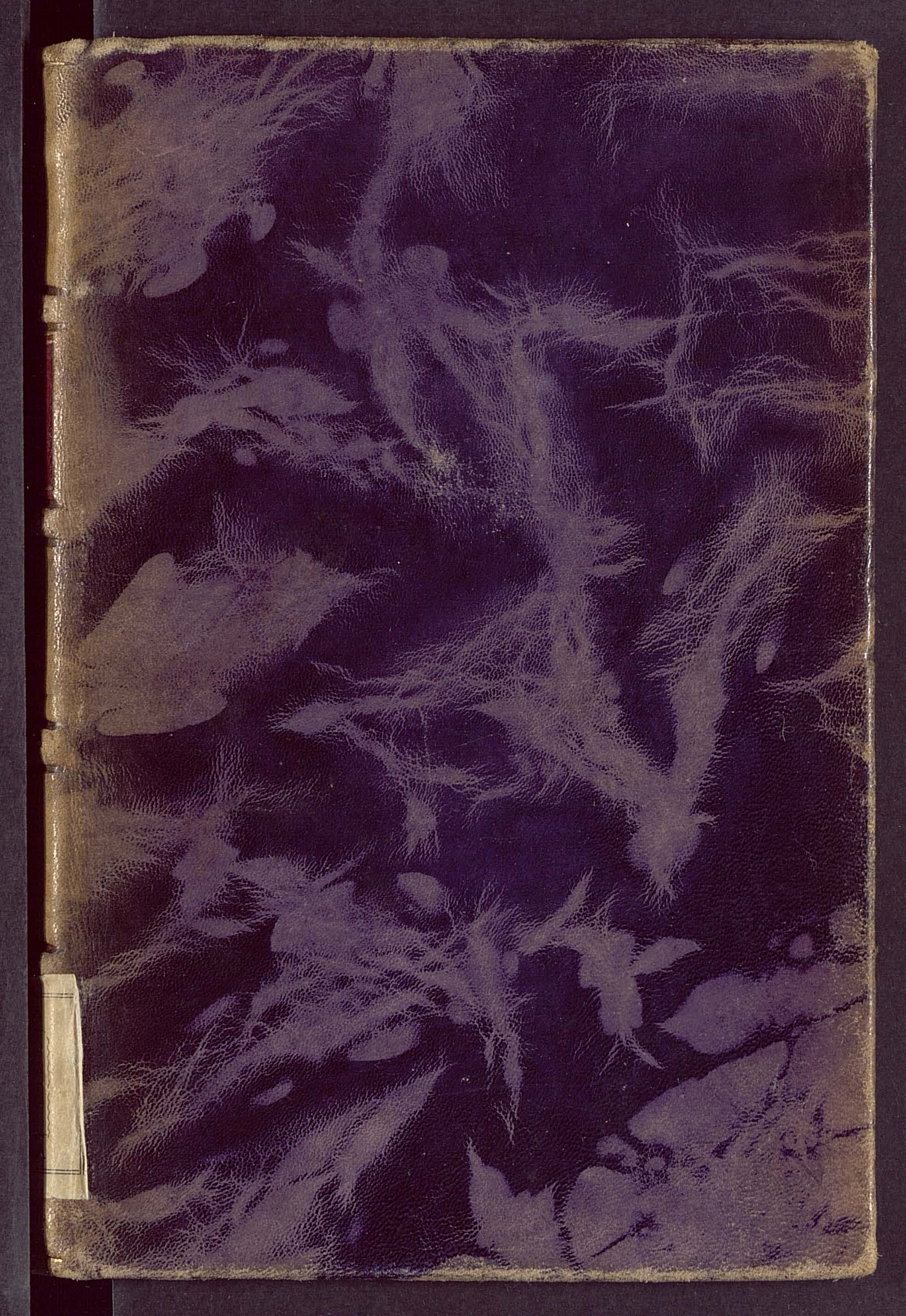
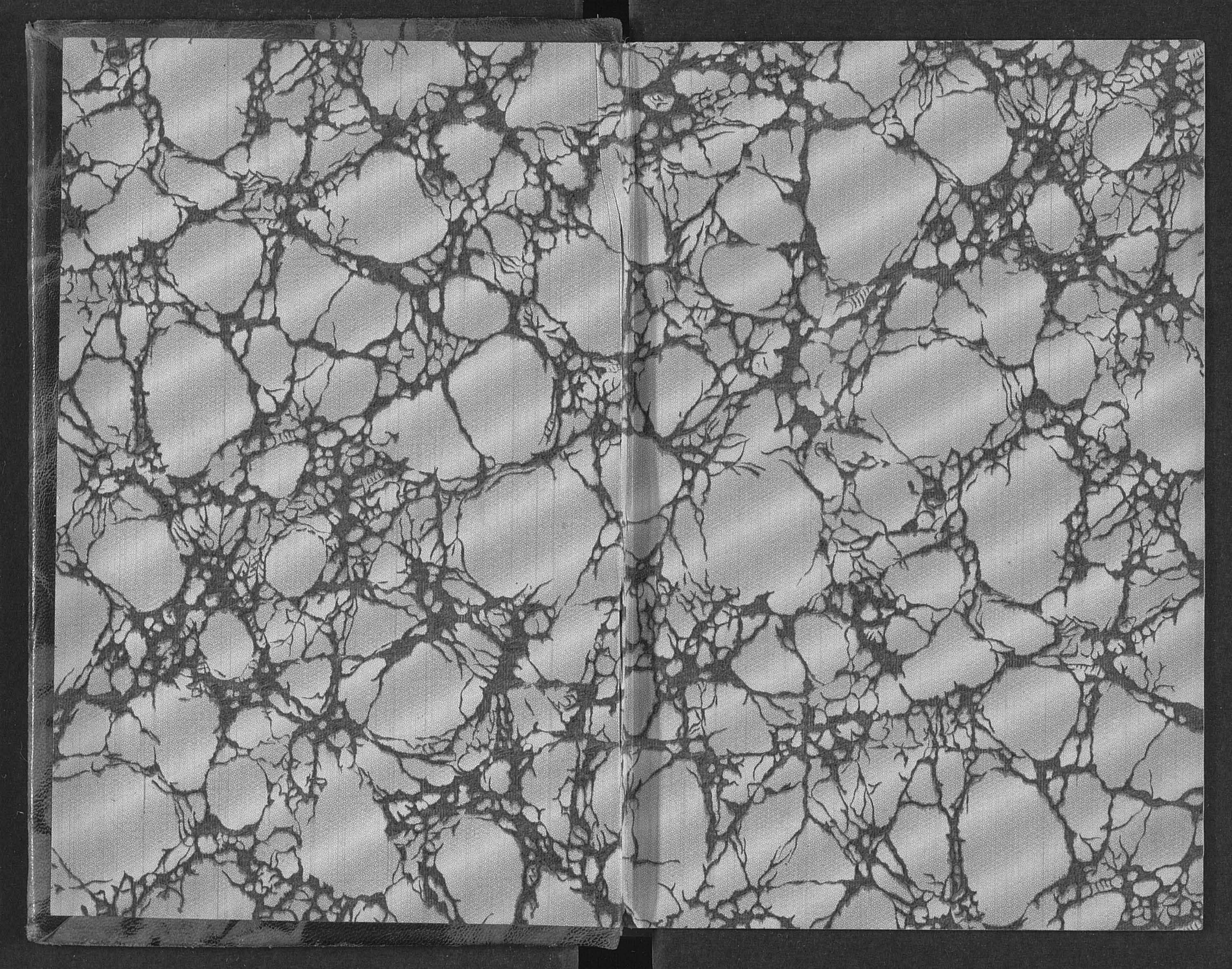






LA MUCETA ROJA

JOSÉ R. CARRACIDO

LA

MUCETA ROJA



MADRID
IMPRENTA DE FORTANET
CALLE DE LA LIBERTAD, 29

1890

AL QUE LEYERE.

En este momento nada sé, ni quiero saber, respecto á las doctrinas del Arte docente y del Arte por el Arte, que sería inoportuno dirimir procesos estéticos al sentarme en el banquillo de los acusados. Ajeno á todo sistema, y sin preocuparme de ventajas ni de inconvenientes, declaro con la sinceridad del reo en capilla, que en la composición de esta historia antes fué la moraleja que la fábula.

Víctima de pernicioso fanatismo es el sectario que toma un aspecto de la realidad por la realidad entera, como el asceta que abominando de las impurezas de la carne la

castiga con el cilicio y la consume en vigilias y ayunos para volar más libremente al seno de la visión beatífica, y se encuentra al fin con las sugestiones demoniacas que horrorizan su espíritu perturbado por la anemia. Hace más de dos siglos que tenazmente volvimos la espalda á la labor positiva de cultivar el mundo de los hechos tangibles, y el pensamiento nacional, como el organismo del asceta, cayó extenuado sumiéndose en pérfida neurosis que disimula la carencia de luminosas ideas, fingiendo en la oscura vacuidad de su cerebro el cielo azul de la sonora garrulería.

Aspiro en este juguete literario á encarnar la infausta supervivencia de nuestra miseria científica en un representante de la nueva generación, que desde la esterilidad de los recursos intelectuales adquiridos vislumbra intuitivamente los fecundos procedimientos que enriquecen sin tasa á los pueblos directores de la cultura moderna, anteponiendo el libro infalible de la realidad al

arreglo artificioso de los libros escritos, la espontánea elaboración de ideas por el entendimiento que ha de usarlas, á los sistemas inyectados por impulso ajeno.

Pido á quienes visten muceta roja que no se enojen conmigo. No los he preferido para simbolizar nuestra pobreza científica por desafecto ni animosidad. Ellos monopolizaron la dirección de la vida pública, y en la resultante social representan la mayor componente, pero no la exclusiva, siendo á la vez influídos por el resultado de su predominio en solidaridad tan estrecha que hoy es casi imposible discernir la causa del efecto. Con la misma piedra se fabrican las soberbias torres que las humildes casas, pero cuando la electricidad se condensa en la atmósfera, solo por su mayor altura descarga sobre las primeras sin saña, respetando las segundas sin predilección.

Si los encargados de formar el espíritu con el alimento de la verdad hallan edificante escarmiento en las geniales arrogancias

y en los dolorosos fracasos del sujeto de esta narración, para patentizar á sus educandos que el fin es semejante á los medios, me juzgaré perdonado de este audaz extravío de mis normales ocupaciones, en el cual he incurrido sin propósito de reincidencia.





I.

Initium sapientiæ...

Cuáles recursos serían más eficaces para reproducir con toda exactitud la situación en que se engendró la mutua amistad del protagonista de esta verídica historia y del narrador indiscreto que presume neciamente encontrar lectores interesados en conocer sus revelaciones?

Mucho temo desencantar á los curiosos anunciándoles que la portada de este relato no puede ilustrarse con apuntes de las sesiones borrascosas del Congreso, ni de los enredos de aristocráticos salones, ni de las orgías tabernarias, ni con los datos penales y clínicos de presidios y manicomios: los lugares que necesito recordar no inspiran tristeza ni espanto, su sencillez está en armonía con los menudos personajes que los frecuentan y con las pasiones ba-

ladíes que rizan fugazmente sus cándidos espíritus. Me avergüenzo de llevar á hombres serios, absortos en el estudio de los graves problemas sociales, á una escuela de instrucción primaria, y para mayor abuso situada en aquel rincón del Noroeste de España, donde se asienta la sombría, húmeda y silenciosa ciudad conocida en nuestra geografía histórica con el nombre tradicional de Compostela; pero crean mi palabra honrada y no me abandonen; poco tiempo permaneceremos entre niños, porque los haré crecer muy de prisa, para trasladarlos á otras escuelas más grandes y decorosas.

Cuando recuerdo la en que cobré los primeros céntimos de mi erudición, no son las negruzcas mesas soportando primorosos cuadros caligráficos, ni los mapas que pendían de las paredes, ni las esferas terrestre y celeste que sobre la mesa del maestro daban guardia de honor á la monumental escribanía de bronce, los detalles que surgen predominantes en mi memoria. Proponiéndome transmitir las impresiones según su valor relativo, no me servirían para la principal las palabras ni los dibujos, sino el pentágrama, fijando entre sus líneas las notas de aquella monótona canturia que aplicábamos igualmente á la tabla de multiplicar que á los ríos de España, á los estragos del

diluvio que á la cronología de los reyes godos. Como el Arca de Noé flotaba sobre las aguas que tenían anegada la tierra, subsiste aquel sonsonete insumergible en las ondas del olvido sobreviviendo á pesar de su fugacidad á todos los chirimbolos pedagógicos que amueblaban la escuela.

Dícese que los sufrimientos son el buril que más ahonda para grabar los recuerdos, y así lo creo porque mi experiencia lo demuestra. Más de una vez aconteció descargar el maestro furibundo bastonazo sobre su mesa, desde la cual á guisa de director de orquesta marcaba el compás del canto, diciendo al mismo tiempo con voz estentórea:—¡Alto!—Repentino y profundo silencio sucedía á esta voz de mando, y un espíritu de sorpresa y angustia, henchido de amenazas, aleteaba siniestramente sobre todos los escolares; pero á los pocos instantes ya respiraban tranquilos, porque el susto se circunscribía á la amistosa pareja formada por mi vecino Jacobo y por este su apasionado condiscípulo, víctima de enérgica reprensión por el pecado de cuchichear interrumpiendo la letra del erudito canto; pero al fin la calma renacía para todos, y el Tajo, suspenso en su curso, desaguaba en el Atlántico con toda felicidad, borrando nuestra preocupación por haber naufragado en los re-

mansos de las íntimas confidencias. En otras ocasiones esta mutua confesión auricular detenía la pluma en su primorosa empresa de trazar gruesos y perfiles, sufriendo en cambio de esta infracción de las ordenanzas escolares la prueba experimental de aquella antigua máxima pedagógica *la letra con sangre entra*. Con estas mortificaciones físicas y morales, vivas aún en mi memoria, coincidían el acrecentamiento y consolidación de la amistad de los dos compañeros de estudios y castigos.

Afectos tan bien sumados no podían contenerse en el menguado recinto de la escuela comprimidos por las molestias de la férula magistral; buscaron más amplios y libres horizontes para dilatarse sin coacciones, y las calles de la vetusta Compostela fueron escenario de esta primera expansión, dando variedad á la estrategia de nuestros juegos las largas crujías de los soportales, y las angostas y solitarias calles donde alternan profusamente, constituyendo severo y monumental conjunto, los pórticos de los templos, las casas blasonadas y las moles conventuales que con sus esquinas y recodos imprimen cierto aire misterioso á los compostelanos, del cual no se eximen ni los bulliciosos espíritus infantiles. Después de este desarrollo expansivo, anhelamos el complemento de la sabrosa é

íntima concentración para realizar á solas y sin testigos los variados y efímeros planes que brotaban de nuestros ingenios nada premiosos en concebir y muy apremiantes en ejecutar.

Cansados de recorrer calles y plazas, paseos y afueras, la casa de Jacobo fué nuestro albergue, y en su cuarto ó en el mezquino huerto en que representaban lo útil contados individuos de varias especies de legumbres y hortalizas, y lo bello algunos rosales y cuatro gigantescas hortensias simétricamente colocadas en los cuatro ángulos, edificábamos y construíamos caprichosos juguetes anhelando satisfacer nuestro sentimiento estético con imaginadas maravillas artísticas.

Tuve ocasión entonces de conocer á los padres de mi consocio, y sin deliberado propósito de observación, ni de retener en la memoria los hechos que nos referían, recuerdo sus antecedentes y sus tipos sin la pérdida de un solo detalle, hasta el punto de que si me indicaran diferentes situaciones como datos de un problema, podría resolverlo despejando la incógnita de su conducta. Esta suposición no es alarde de perspicacia: eran los pobrecitos tan transparentes, moralmente hablando, que sin engañosos artificios tenían su almacén en el escaparate, la experiencia ordinaria que cotidianamente va

infiltrando recelos en el espíritu, pasaba sobre ellos como el agua sobre el hule, siempre habían caminado sin dificultad en línea recta y desconocían los senderos tortuosos.

Estos sucesos narrados pasaban allá en el año de 1865 y entonces tuve ocasiones sobradas de enterarme de los principales episodios que determinaron las sucesivas fases de la vida del padre de mi amigo, del buen Juan Barros, porque con harta frecuencia intervenía en nuestros coloquios prodigándonos consejos ilustrados con referencias de su pasado.

Metodizando cronológicamente los dispersos datos de su biografía se construye esta con la sencillez y brevedad de una vida pasada en estado casi de inocencia, exenta de las hondas perturbaciones y de las angustiosas luchas que en nuestros tiempos amargan el espíritu del habitante de las grandes ciudades.

Juan Barros, en su primera juventud, dulcemente empujado por la ola del liberalismo que se propagó por toda España en los brillantes y agitados años de la consolidación del régimen representativo, había sido miliciano nacional en 1843 con grandes ilusiones estremeciéndole de entusiasmo los himnos patrióticos y los vehementes discursos de los oradores progresistas. Volvió á empuñar las armas, pero entonces por

compromiso el año 1854, soportando con tranquila resignación las molestias de las exhibiciones político-militares, tan solo porque no se dudara de su consecuencia, ni merecer el reproche de mal ciudadano y traidor con que habrían de acusarle sus antiguos correligionarios, si se obstinara en mirar con desvío las filas de los batallones populares.

En estas fiestas del morrión y del himno de Riego conquistó las simpatías de algunos personajes de la localidad, influyentes en la política, y estos asideros que en su camino se le iban presentando sugiriéronle la idea de solicitar, siquiera una migaja de la gran mesa del presupuesto. En las repetidas visitas de atención á uno de estos personajes conoció á la costurera que asiduamente trabajaba en la casa gozando de cierta privanza con la señora, y al instante proyectos de matrimonio preocuparon su mente, animado por el doble propósito de formalizar su vida, y de asociarse con un elemento de gran valor para el logro de sus aspiraciones. Insinuóse con la costurera, quien no tardó en dejarse convencer, y aunque sus corazones no se inflamaron en el fuego de las pasiones invencibles, sintiéronse tranquilamente queridos, y juzgando útil la unión abordaron el problema hasta las últimas consecuencias. La Epístola de

San Pablo y la bendición nupcial legalizando su afectuosa simpatía patentizaron el orden y la normalidad de los propósitos del templado patriota y de la que en lo sucesivo además de Antonia Maizales sería la mujer de Barros. El 1.º de Enero de 1855 consumóse esta alianza sancionada por todos los requisitos canónicos y por el padrinazgo de los señores de cuya casa salía la costurera para estatuir una nueva familia.

Nuestro buen hombre vivía de la tijera y de la aguja dedicando su actividad, para no carecer de trabajo, á prendas tan varias que lo mismo se las había con una levita, que pasaba de una sotana á una toga; pero sus aspiraciones sociales no estaban satisfechas, tendía á más altas cosas. Aunque entonces no le hostigaban apremiantes necesidades económicas, sentíase algo inquieto en su oficio porque voces interiores le estaban siempre llamando hácia el cielo de su imaginada felicidad.

La vida y grandeza de Compostela emanan de dos instituciones antes fraternalmente unidas, hoy separadas por las leyes y de hecho en las ciudades en que apenas se tocan en el desarrollo respectivo de su vida, pero que á pesar de la tendencia secularizadora de nuestro tiempo aún subsisten en cierta convivencia, si por lo reducido de sus peculiares esferas de acción se encuentran á todas horas modelando con su influencia el espíritu de las gentes. La Catedral y la Universidad son las instituciones que regocijan y enorgullecen á los compostelanos, inspirándoles la satisfacción de vivir en su nobilísimo pueblo. A pesar de que donde ambas coexisten suele predominar la primera, nuestro buen Juan se sentía subyugado allá en su fuero interno por una pasión invencible que le arrastraba á venerar la magnificencia y elegancia de la Universidad. La grandiosidad arquitectónica de las robustas y soberbias naves románicas de la basílica compostelana eran ante sus ojos de construcción tosca comparadas con la finura y seriedad del claustro neo-clásico del edificio universitario. El paso de un canónigo no le impresionaba gran cosa, pero el de un catedrático le infundía tal sentimiento de veneración, que mucho le costaba reprimirse para no saludarlo respetuosísimamente, y hasta en su trabajo cuando tenía la dicha de habérselas con una toga extremaba estas ideas envidiando al paño predestinado á lucirse en los actos académicos. Aunque asistía á las funciones solemnes de la Catedral, su solemnidad predilecta era la apertura del curso universitario que siempre esperaba con avidez, y antes que

á vísperas ó maitines á toda orquesta prefería asistir á las misas que en dos días del año se celebran ante el claustro de profesores.

¿Cómo un pobre sastre indocto podría calmar las ansias de este platonismo universitario? Si en el gremio y claustro de los doctores hubiera legos como en las comunidades religiosas solicitaría en el acto ponerse al servicio de aquella respetable casa y aunque de la parte de fuera, sin tener voz ni voto, ni siquiera asistir á las reuniones de los señores, podría realizar sus deseos.

—¡Yo seré bedel!—Así exclamaba en sus apasionados soliloquios el fervoroso devoto de la vida académica.—¿No tiene el cabildo los pincernas que á pesar de su estado iliterato y seglar asisten al coro, visten damasco y tisú, y hasta empuñan la pértiga que el público acata guardando compostura y silencio? pues yo también con pértiga acompañaré á la tribuna al catedrático encargado del discurso inaugural en la solemnidad de la apertura y las auras del claustro rizarán en elegantes ondulaciones la pluma del birrete que cubrirá mi cabeza.—

Oprimido por tales propósitos, Juan hizo converger todos los actos de su vida á la realización de este ideal supremo y así transcurrieron años llevando dentro del pecho el gusano de

este problemita cómplice de su boda. La Providencia que cuida de las aves y de los lirios del valle se apiadó al fin de sus sufrimientos llamando á la vida eterna á uno de los bedeles de la Universidad compostelana y el matrimonio Barros acudió á pedir y á suplicar de la influencia de sus padrinos que no se malograse para ellos ocasión tan excepcional, y por fin las doradas aspiraciones tuvieron el premio que tanta constancia merecía, y en el segundo año de su unión con la Maizales, antes de la terminación del bienio progresista se posesionó Juan de la bedelía gozando del placer completo de que le destinaran, no al antiguo palacio del Arzobispo Fonseca convertido hoy en escuela de Medicina y Farmacia que para él no era centro genuinamente universitario, sino á la Universidad propiamente dicha, cuyas aulas solo estaban consagradas á las clásicas enseñanzas del Derecho, Cánones y Teología.

Aún después de los años transcurridos nos hablaba con tal vehemencia del júbilo con que empezó á desempeñar las funciones de su nuevo cargo, que permitía imaginarse el estado de exaltación que agitaba su ánimo en aquellos momentos de febril transporte. ¡Qué interminables le parecieron las vacaciones de verano para su deseo de presentarse en la puerta de

la cátedra é interrumpir la lección anunciando la hora con toda solemnidad, anuncio siempre obsequiado con murmullos que rebotan de banco en banco! ¡Con qué delectación ejercería autoridad dentro de aquellos claustros conteniendo el primer ímpetu de la ola que rueda atropelladamente al finalizar la clase protestando los jóvenes organismos de la tensión nerviosa que los violentó durante hora y media! ¡Cuánta entereza revestida de mesura desplegaría con los estudiantes díscolos conteniendo toda intemperancia para evitar la profanación de los blasonados vítores que penden sobre las puertas de las aulas, allí colocados para inspirar silenciosa veneración como retablos del templo de la Ciencia! Imaginando tan halagüeñas situaciones pasó el verano este modelo de la integridad de la disciplina universitaria, pero á poco de comenzado el curso ocurrió un hecho en la familia de grandísima transcendencia por las variaciones que podía ocasionar en el régimen de vida del matrimonio.

Aquella blasfemia de Voltaire que supone á la Providencia divina haciendo pasar los grandes ríos al lado de las grandes ciudades pudo ser parafraseada por el matrimonio Barros considerando la bedelía como la hogaza con que Jacobito obsequiaba á sus padres al venir al

mundo. Preocupados con tales acontecimientos vieron con perfecta indiferencia la derrota de Espartero y el buen Juan entregó su fusil de miliciano con mil amores consagrándose por entero á la Universidad y á su familia.

A los pocos meses de haber ascendido á la jerarquía paternal adquirieron los cónyuges la dolorosa convicción de que la hogaza traída por su hijo era insuficiente para toda la familia resignándose el celoso bedel á esgrimir de nuevo las abandonadas armas de su oficio utilizando las horas que el destino le dejara libres. Fácilmente encontró parroquia en los mismos claustros de la Universidad, porque no solo arreglaba prendas usadas sacando al público la modesta faz de un gabán que pegada al forro se escondía de los curiosos impertinentes, para sustituir con ella á la descolorida por las injurias del tiempo, sino que también las construía de primera mano economizando á los estudiantes modestos el recargo que por lujo de establecimiento hubiera de imponerles un sastre afamado. Muchos niños de los señores catedráticos exhibían también la habilidad indumentaria del bedel, y en ocasiones sus papás tampoco dejaban de utilizar los buenos servicios del subordinado. Terminadas las labores de la casa, Antonia se ponía á las órdenes del maestro sastre sustitu-

yendo los hilvanes por la menuda y apretada costura para articular las piezas del conjunto, y al mismo tiempo espaciaba su fantasía el matrimonio en animados coloquios imaginando y perfilando cuadros de futura prosperidad sobre el tema predilecto del porvenir de su Jacobito.

Conocidas las aficiones del padre, fácilmente se supondrán sus frases. Como el gran Escipión siempre terminaba sus discursos con el *delenda est Carthago*, Juan concluía:

—A nuestro hijo no se le ha de enseñar oficio, quiero que estudie, que no sea menestral sino doctor, y así aplicándose y teniendo suerte gozará y triunfará, que en los talleres no hay más que miseria.

Para los problemas económicos la Maizales era muy tímida y recelosa, y consecuente con su caracter arguía:

—¿Pero no reparas, Juan, que una carrera es carísima y que nuestros recursos son cortos y además que si te murieras á la mitad de los estudios, nuestro hijo sería el más desgraciado del mundo porque no podría continuar ni rebajarse entonces á aprender oficio?

El padre siempre optimista replicaba:

—No te preocupes pensando tristezas, estamos fuertes y sanos; ni á ti ni á mí nos espanta

el trabajo aunque velemos hasta las altas horas de la noche y en todo lo demás Dios nos ayudará.

—Así sea, pero no sabes bien en lo que nos metemos.

—Sí, mujer, sí, se matriculará ahora en el Instituto y después según lo que él piense y lo que aconsejen los señores ya decidiremos la carrera que ha de seguir.

Otra vez la madre asociando al miedo del hambre su devota pasión, replicaba:

—Mejor sería matricularle en el Seminario, porque no solo está más al alcance de nuestros recursos, sino que apartándolo de la corrupción del Instituto se inclinará á ser sacerdote, conservándose puro más fácilmente y el día que celebre la primera misa y Dios baje á sus manos no habrá felicidad ni grandeza que se le igualen.

—A pesar de todo eso, el Seminario me parece escuela de ordinariez, mientras que en el Instituto aunque los muchachos estén más corrompidos son de maneras finas; no, irá, irá al Instituto, y ¡poca vanidad que tendrás cuando seas la madre de un bachiller!

Tal decisión aunque dejara recelos en el espíritu devoto y artesano de la Maizales fué adoptada por unanimidad y el discutido Jacobito se examinó para ingresar en la segunda

enseñanza en los primeros días de Septiembre del año 1866. Yo también me sometí á igual prueba y á los dos nos declararon aptos, aprobando nuestros garrapatos después de cerciorarse que sabíamos muy bien que Cristo subió á los Cielos por su propia virtud, y que el parto de su Santísima Madre se verificó sin dejar de ser Virgen, á la manera que el rayo del Sol entra por un cristal sin romperlo ni mancharlo.





II.

Los bachilleres de hogaño.

Todo nombre de varón,
propio de viento ó de mes
y río, masculino es
por su significación;
los de montes también son
de género masculino,
menos Alpes femenino,
con los de ninfas, mujeres,
diosas, musas y otros seres
que tienen igual destino.

Juntos como en la escuela y en los juegos infantiles, declamábamos Jacobito y yo estos versos de la Gramática latina que perfectamente habíamos aprendido de memoria, por supuesto sin entenderlos, con lo cual solo ganabamos embutir dentro del cráneo un relleno tan inútil como desagradable, porque una pieza poética de este mérito solo sirve para corrom-

per y desnaturalizar los más poderosos sentimientos estéticos. En formas no menos bárbaras, amenizadas con el fastidioso sonsonete transportado de la escuela, declinábamos, conjugábamos y analizábamos á diestro y siniestro sin que nos interrumpiera en esta mecánica humanista otra tarea que la diaria asistencia á la cátedra de Religión y Moral, pero en esta, á pesar de su pomposo nombre, el fraile exclaustrado (que decía que la explicaba), quizá por cristiana humildad, nunca se permitió exigirnos otra cosa que el Catecismo de la doctrina cristiana, por el cual sentía tanto entusiasmo, que más de una vez nos repitió que no faltaba quien sostuviera que sus preguntas y respuestas las había escrito el P. Astete por revelación divina, y por esto no se cansaba de pasarlo y repasarlo durante el curso hasta conseguir que todos lo supiéramos sin faltar un solo punto.

Así preparados, volcamos el primer día de Junio el ánfora de nuestra erudición en la lengua latina, y los dos amigos fuimos distinguidos con la calificación de *Sobresaliente*, quedando más satisfechos de nuestro saber en Humanidades que Nebrija el día que terminó sus trabajos exegéticos para la Biblia Complutense. Jacobito excedióse en sus deseos hasta solicitar el premio, y vió logrado su afán con

grandísimo contentamiento del entusiasta bedel, quien ya se imaginaba á su hijo desempeñando una cátedra de la Universidad en los más tiernos años de la juventud, y tanto se extremaron en su entusiasmo los regocijados padres, que decidieron solemnizar este primer triunfo académico del futuro catedrático con una comida suculenta y variada, y para colmar de satisfacciones al héroe de la fiesta, la madre eligió los platos que más deleitaban al premiado, y el padre visitó al mío para que á su hijo no le faltara en el banquete la compañía del más íntimo amigo.

Satisfecha la demanda de Barros hicimos fiesta completa, instalándome desde la mañana en casa del anfitrión, y con nuestros juegos más de una vez interrumpimos á la Maizales en las labores preliminares del gran festín. ¡Con cuánta ilusión, atenuada á ratos por fatigosos apuros, se esmeraba la mujer del bedel en desplegar su talento culinario! A las once de la mañana ya su redonda cara había subido en color, desde el blanco levemente rosado que de ordinario le daba el aspecto de frescura campesina, al rojo sanguíneo por efecto de las abundantes llamas que de la ancha piedra del hogar se levantaban trepando por la cadena de hierro que pendía del centro de la monumental chimenea,

capaz de dar entrada y salida á todas las brujas y duendes que fueran caballeros, no en delgados palos de escoba, sino en monstruosos grifos. Servíala de pinche una vecina de posición mucho más humilde, cuya vida de rudos trabajos se revelaba en sus formas hombrunas, apenas veladas, ya por gruesa lana de color pardo oscuro, ya por percal de tintas exaltadas, como el desdén de su cuerpo lo publicaba el arrastrar los piés descalzos por las losas de la cocina. Esta desmañada colaboradora acudía según la necesidad del momento á los humeantes combustibles para que de nuevo surgieran de ellos las amortiguadas llamas, y al fregado y limpieza de los informes montones de cosas que en una negruzca pila de piedra esperaban los cuidados de su desenfadada limpieza. Después de muchos apuros, de algunos fracasos de detalle, y de sucesivos aplazamientos que enfurecían nuestros estómagos, llegó al fin la sopera y todos silenciosamente le rendimos culto colocándonos á su alrededor para alentar los desmayados cuerpos con el oloroso, colorado y ardiente contenido.

Algo reanimados por la sopa y por los sendos vasos de vino que de un colosal botellón nos sirvió la zafia camarera, empezamos á sentir sobre nuestras cabezas las cariñosas insinuaciones del espíritu de la locuacidad, y el coloquio,

primero entrecortado, fué dilatándose hasta hacerse continuo y vehemente, y confuso al final. Sin que nadie pudiera disputarle la preeminencia, el padre se imponía á todos los comensales por la abundancia de su palabra y por el temple de su garganta. Todo su cuerpo estaba al servicio de sus órganos vocales, favorecido por la flexibilidad que le permitían las enjutas carnes. Removíase en la silla y agitaba los delgados brazos allá medio perdidos en las holgadas mangas de amplísimo chaquetón, que como coraza de defensa utilizaba durante las comidas para no preocuparse de las funestas huellas de grasas y salsas, y su rostro delgado y anguloso, como sus ojos vulgares en estado normal, tornábanse expresivos por el conjunto de excitaciones que en aquel momento aguijoneaban su cuerpo y su espíritu, sintiendo el bienestar de la sana digestión de una comida suculenta, y el júbilo del primer triunfo académico alcanzado por su hijo. La gordura de la madre también se sentía sobreexcitada por el doble móvil que agigantaba las ilusiones y las fuerzas morales de su marido, pero su afán de expansión era contenido en todos los instantes por la desbordada oratoria del bedel que monopolizaba la atención de todos sin permitirles que salieran de la categoría de auditorio, exaltándose hasta

describir el suntuoso banquete con que habría de solemnizarse el ingreso de su hijo en el profesorado. Decía al futuro catedrático:

—Estudia mucho y seguramente no pasarán quince años sin que los *Señores* vengan á esta casa á abrazar á su nuevo compañero, al mismo tiempo que una serenata en que alternen todas las músicas del pueblo, anunciada por multitud de bombas y cohetes, será el asombro y hasta la envidia de estos barrios.

A pesar de la atmósfera de entusiasmo que allí se respiraba, la Maizales aún conservaba algún lastre para no perder de vista la realidad y aprovechar los resquicios posibles para advertir á su marido:

—No seas vanidoso, ni llenes de viento la cabeza del muchacho, porque aún no se ha empezado á andar el camino y Dios sabe cuántos tropiezos nos podrán detener.

Interesados en esta discusión en la cual el padre representaba el elemento progresivo y la madre el conservador, quedaron aún de sobremesa cuando nuestra impaciencia infantil fué á espaciarse á sus anchas por el huerto de la casa para apurar sin desperdicio todas las horas de aquel delicioso día.

Fué el segundo curso imagen y semejanza del primero con la sola diferencia de vernos

transportados á más revueltos laberintos de la lengua sabia de la cual nos contaban grandes bellezas para nosotros ocultas en el arca del misterio. Nos acercamos á los libros de los grandes poetas, pero daba pena el contemplar cómo mutilábamos á Horacio y Virgilio estudiando palabra por palabra, detallando todo género de análisis *á la censoria férula sujetos*. Prescindiendo de la concepción poética ordenábamos antes de traducir como si tales poetas hubieran escrito desordenadamente, y sin formarnos el sentimiento del ritmo medíamos los versos contando los piés y las cesuras, y rebuscando dáctilos y espondéos, con cuyas prácticas jamás comprendimos el genio de la cadenciosa lengua del Lacio, porque el rudo dómine nos explicaba sus obras magistrales como un bárbaro *cicerone* que enseñara una catedral subiendo á las bóvedas, desmoronando la fábrica y tirando una á una todas las piedras, en el erróneo supuesto de que vistos de cerca los pormenores era innecesaria la percepción del conjunto.

Al comenzar el tercer curso fuimos todos sorprendidos por el trascendental acontecimiento de la Revolución septembrina del año 1868, y sus consecuencias tan radicales y precipitadas desorientaron á todo Compostela levantando oleadas de estupor que en su flujo y reflujo se

encrespaban hasta las altas cumbres de las más venerandas instituciones salpicando sus revueltas aguas desde la estatua de Minerva que remata el edificio de la Universidad hasta las veletas de las torres de la Catedral y rugiendo sobre ellas como furioso huracán los himnos patrióticos con gran espanto de la población sensata y devota que creyó escuchar entonces las amenazadoras trompetas del Juicio final.

Nuestro Barros, aunque ajeno á la política y olvidado en absoluto del morrión, se sintió estremecido por el acontecimiento que arrancaba de cuajo el árbol secular de aquella institución de la cual sabía por discursos y lecturas que nos condujera á cien victorias desde Covadonga, las Navas y el Salado hasta Pavía, Otumba y San Quintín renaciendo en su interior los entusiasmos juveniles del antiguo progresista, pero sus hábitos de indiferencia, á la par que un calculado positivismo le advirtieron imperiosamente la necesidad del disimulo adoptando la provechosa conducta de la extrema flexibilidad que no se pronuncia en pró ni en contra de partido alguno, confiando al tiempo la sentencia en vista de los considerandos y resultandos entonces tan problemáticos. Limitábanse sus manifestaciones políticas á repetir en el círculo de los amigos los comentarios que sorprendía en

el cuarto de profesores amenizándolos con algunas frases propias, dichas en gallego, para darles subido color de escéptico humorismo.

En el seno de la familia regocijábase el bedel advirtiendo á su mujer con aire de triunfo:

—¡Qué bien hicimos en matricular nuestro hijo en el Instituto! ¡Malos tiempos se presentan para la carrera eclesiástica porque los sacerdotes, á pesar de su divino ministerio, necesitan comer y vestir!

—Sí hombre, sí, creo que los tiempos han de ser malos para todos, porque esta revolución es demasiado grande.

Nuestro buen hombre siempre optimista calmaba los recelos de su mujer con esta reflexión.

—En nada pueden perjudicarnos los que vengan, porque los pasados ya los conocemos, y los de ahora se presentan como muy amigos de la ilustración y del progreso, hasta el punto de desacreditar á sus antecesores presentándolos como oscurantistas, y en este caso lo natural será que atiendan y mejoren la Universidad.

—No te fies, porque si á la pobrecita Reina la echaron sin compasión, otro día cambian de capricho y cierran las Universidades. Desde luego ya empieza el Gobierno negándose á pagar la Facultad de Teología, y si no tuviera

Seminario este católico pueblo, después de suprimida la Religión de los Institutos, se quedaría sin que se le enseñara cosa alguna acerca de Dios.

—Calla, calla, que nada de eso nos toca y lo que conviene es aprovecharse de las circunstancias para que Jacobito despache pronto las asignaturas del Instituto y se haga bachiller.

Con efecto, respondiendo á este criterio, cambiamos en Octubre de aquel año las matrículas del tercer curso de Gramática latina y Religión por las de las asignaturas de Aritmética y Álgebra, Geografía y Retórica y Poética y así fuimos engullendo numerosas y diversas enseñanzas, almacenando en nuestras aturdidas cabezas como en los huecos de una estantería, abirragados conocimientos enciclopédicos consiguiendo en Junio del año de 1871 poner feliz término á la primera etapa de las aspiraciones impacientes del padre de Jacobo ingresando en el gremio de los bachilleres.

El arlequín científico que se agitaba en nuestra mente no podía ser más vistoso. Con ligeros movimientos cambiaba los poliedros por las especies inteligibles, las pruebas de la existencia de Dios por las leyes de la gravedad, la eclíptica y los coluros por los silicatos de magnesia y los coleópteros. En tres cursos fué una de

barajar ciencias que nos reíamos de los tontos de quienes dicen que gastan la mayor parte de su vida en la investigación de un asunto concreto. Nosotros desde los doce años hasta los quince nos posesionamos á marchas forzadas de diez enseñanzas distintas cosechando en todas ellas notas de Sobresaliente y la mayor parte de los premios: éramos la gloria de la segunda enseñanza por el gran número de muñecos sabios y parlanchines que podíamos poner en acción en el retablo de nuestro entendimiento que hiciera morir de envidia al famoso de Maese Pedro, porque si en este se representaba el triste cautiverio de Melisendra, en aquel se recrudecía la escena por el encantamiento de la realidad condenada á vivir perpetuamente en tan miserable estado, impidiendo su liberación los maleficios que la desfiguraban. Era encantadora monería oirnos recitar magníficas explicaciones de *omni re scibile* inspirando tal asombro á nuestras familias que si nos retrasáramos en volver á casa nos buscarían en la Catedral suponiéndonos como á Jesús retenidos en el templo hasta confundir á los doctores.

A pesar de la atropellada é indigesta preparación, las asignaturas del último curso del bachillerato despertaron en nuestro espíritu aficio-

nes observadoras y experimentales, anhelando con gran impaciencia los sábados para ver funcionar los aparatos que relucientes y primorosos nos provocaban desde los estantes de la cátedra de Física, y no había amenaza que más nos entristeciera que la de suprimir los experimentos en castigo de nuestra revoltosa conducta. Además, por propia cuenta, registramos con la avidez del coleccionista los alrededores de Compostela subiendo las ásperas pendientes del Pedroso, cruzando los pintorescos campos regados por los humildes ríos Sar y Sarela y explorando en la dirección radiada de las numerosas vías que arrancan de la ciudad central de Galicia relacionándola con las circundantes, aquellos interesantes parajes embellecidos por la naturaleza y sublimados por la tradición y la historia. En el grado que permitían la escasez de nuestros conocimientos desnudos de toda guía práctica y la variedad de la géa, flora y fauna compostelanas, clasificábamos piedras, plantas y animales. Estas exploraciones, aunque verificadas á ciegas y en completo desorden influyeron notablemente sobre nuestro espíritu inclinándolo hácia los estudios positivos de las ciencias naturales é infiltrando mayor severidad lógica en nuestros razonamientos.

Solía decirme Jacobo con mucha frecuencia:

—En todas las asignaturas que antes de este curso habíamos estudiado, exceptuando las Matemáticas, lo mismo podía ser su contenido del modo que se enseña que de otro diferente, mientras que en Física y en Historia natural la verdad es lo que se ve en la Naturaleza y no gratuitas suposiciones; en aquellas todo parece convencional, como los nombres de las cosas que pueden variar quedando las cosas idénticas, y en estas todo fijo y subordinado á leyes fatales, su contenido es inmutable.

Yo aceptaba en absoluto esta filosófica consideración de mi constante amigo y quienes la encuentren errónea revuélvanse contra el método por que fuímos enseñados y absuélvannos del pecado de ligereza que, al cometerlo, no era nuestra la culpa de carecer de más sólidos fundamentos.

Este último curso fué para nosotros de atropellada labor intelectual porque al nuevo orden de enseñanzas y á los progresos de la edad empujándonos briosamente en las puertas de la adolescencia, juntábase la sobreexcitación de la atmósfera política que caldeaba á España entera apasionándola en la disputa de los problemas más trascendentales y fatigando las prensas con periódicos, folletos y bibliotecas económicas

que difundían por todas partes la renovación intelectual exigida, para consolidarse, por el régimen democrático entonces inaugurado. Impelidos por estas violentas ráfagas de la opinión, los dos camaradas nos lanzábamos á discutir hondamente los problemas religiosos y sociales más complejos, decidiéndonos siempre por las más avanzadas soluciones: éramos un par de demagogos incrédulos dispuestos á no acatar autoridad alguna en la Tierra ni en el Cielo.

Recordando aquellos tiempos aún me estremezco al pensar lo que hubiéramos legislado teniendo la *Gaceta* á nuestra disposición, pero á la vez me siento satisfecho de haber sufrido todas aquellas primeras exageraciones concomitantes del advenimiento de nuestra conciencia intelectual, porque á pesar de tanta torpeza se robustecía el espíritu formando los músculos de las propias convicciones en medio de la fatigosa obesidad de la yuxtapuesta erudición, y endureciéndose en el ejercicio de quebrantar las fósiles enseñanzas que nos habían incrustado, pero advirtiendo que tales metamorfosis se realizaban en aras del puro amor de la verdad, ya imponiéndose á nuestros quijotescos razonamientos especulativos, ya á las ideas sugeridas en la observación de la Naturaleza.

¡Cuán lamentable es que estos felices momentos de la vida no sean aprovechados por una educación racional que en vez de ahogarlos y esterilizarlos se apoderara de ellos para dirigirlos con respeto! ¡Qué diferencia habría entre los frutos de creaciones tan espontáneas y jugosas y los de las secas y áridas fórmulas escolásticas transmitidas por la autoridad tradicional!

Al declararnos bachilleres en tal estado de cultura, fomentaban nuestra vanidad con el halago solo referente á cuanto habíamos aprendido como cosa hecha y formada prescindiendo de nuestros alardes de espontaneidad discursiva, con gran esmero ocultados para conservar inmaculada la aureola de aprovechamiento merecida por la exactitud en repetir el catálogo de las innumerables definiciones que nos habían entregado como depósito sacrosanto. Muy pronto adquirimos la triste experiencia de que las arrogancias de nuestro pensamiento, anhelando racionales soluciones para sus dudas solo encontraban acerbas censuras como si fueran actos de grosera rebelión, inmundas blasfemias ó voces de libidinosos deseos. Perdónenme cuantas personas puedan creerse lastimadas, pero hoy me envanezco mucho más de aquellas primeras manifestaciones de indisciplina intelectual, que de la docilidad de mi memoria y

de la fácil adaptación de mi espíritu á las enervantes exigencias de una pedagogía que se limita á no separarse de la rutina de la cátedra y á dar gusto en los exámenes.

Pensando así los Señores, sería el irrealizable absurdo de pedir lo más á lo menos, pretender que el bedel discurriera con superior criterio sobre la educación de su hijo. Asociaba el cariño á la ignorancia para maravillarse de la sabiduría y de los premios que en su casa guardaba, desconociendo los vicios gravísimos de una enseñanza que forma pedantes histriones hinchados con el pseudo-conocimiento de la ciencia solo utilizable para charlar de ella. Si las personas consagradas á la vida intelectual no se extrañaban de que uno de los estudiantes más aventajados estudiara Latín, Matemáticas y Física quedando sin entender una palabra de los clásicos, sin saber calcular la alfombra necesaria para una habitación, ni cubicar un baúl ni medir la altura barométrica ¿cómo había de dolerse de tales deficiencias el pobre bedel que de sobra realizaba su misión social venerando el saber que no pudiera alcanzar?

En medio de esta farsa sostenida y honrada por dolorosos antecedentes históricos terminamos la segunda enseñanza llenando de júbilo á nuestros padres que no se cansaban de dar gra-

cias al Cielo por haberlos obsequiado con tan ópimos frutos de bendición, orgullosos de lo que relucía en los bachilleres, pero desconociendo el oro de ley inexplotado en las entrañas vírgenes de los adolescentes.





III.

La vocación.

Terminados nuestros últimos exámenes marché con mi familia al campo despidiéndome, quizá para siempre, de Compostela, habiendo decidido mi familia que nos instaláramos en Madrid. Para atenuar el grandísimo sentimiento de separarme de mi constante amigo, supliqué antes á sus padres, con repetida insistencia, que durante las vacaciones le permitieran que me acompañase, ponderándoles, para conseguirlo, cuánto aprovecharía á su salud descansar en el verano de las pasadas fatigas, extremando mis medios de persuasión hasta convertirme en poeta describiendo las bellezas de nuestra casita de labor, situada en las pintorescas orillas de la ría de Arosa, con vistas á valles y colinas cubiertos por el verde claro de los ondulantes maíces alternando con

las negruzcas masas de los pinares. Encomiábales las excelencias de nuestro soto de castaños donde se pueden pasar las enervantes horas de la siesta en sombra casi crepuscular, aspirando la brisa húmeda y fresca y recreándose con el sibaritismo de contemplar la ría envuelta en luz deslumbradora, produciendo caprichosos juegos en las crestas del menudo oleaje y en las blanquísimas velas que giran sobre sus aguas alternando con los cadenciosos movimientos del remo en las animadas faenas de la pesca. Agua se les hacía la boca durante mis relatos y con inmensa gratitud accederían en obsequio á que su hijo se robusteciera, pero la delicadeza cohibía al deseo contestándome siempre:

—Mucho se lo agradecemos, pero necesitamos todo el verano para decidir con gran reposo la carrera más conveniente para Jacobito.

Sino en absoluto, en parte decían verdad, porque era acto de trascendencia suma para personas que á costa de privaciones y sacrificios colocaban á su hijo en posición superior á sus recursos, el investigar dónde encajarían mejor las aptitudes, del estudiante primero, y del hombre después, para realizar su vida con el coeficiente máximo de efecto útil, problema siempre muy arduo, aun en el caso de tener garantizada la satisfacción de las perentorias necesidades económicas.

Después de haber prometido solemnemente los dos condiscípulos escribirnos con gran frecuencia, salí de Compostela preocupado y triste por la separación definitiva de mi inseparable compañero, ardiendo en ansias de recibir su primera carta y de conocer la solución del gran problema impuesto á las profundas meditaciones de toda la familia. Del bedel que considerara refinamiento de su felicidad, no haber sido destinado al colegio de Fonseca, sino gozar la inefable delectación de sentirse envuelto en la elegante atmósfera del Claustro de Derecho, fácilmente pueden deducirse sus más halagüeños propósitos, y si de este modo sentía al tomar posesión del cargo universitario, en el ejercicio de sus funciones definió clara y resueltamente la vaguedad del primer anhelo amando con tal vehemencia todo lo aristocrático, que si él y su mujer no fueran tan laboriosos, con gusto haría suya esta máxima de la buena vida:

El trabajo envilece y degrada,
lo único decente es no hacer nada.

Arrastrado á venerar la aristocracia de las profesiones no reparaba en la trascendencia de su función social. En la esfera eclesiástica los

párrocos eran para él la plebe de la clase, sin importarle cosa alguna que fuesen los encargados directamente de la cura de almas, atendiéndolas y vigilándolas en sus necesidades y conflictos desde que les ministran el agua de gracia en las fuentes bautismales para ingresarlas en la comunión de los fieles, hasta que con el viático y el óleo santo las depuran del pecado disponiéndolas para el goce de la eterna bienaventuranza; nada de esto consideraba, pero en cambio los canónigos, cuya misión se limita á la contemplativa y ornamental del rezo solemne de las horas canónicas, eran para nuestro bedel los sacerdotes distinguidos. El canónigo sentado en un sitial, rico por lo primoroso de la talla, sin apenas levantar la voz, porque hasta sus pulmones están suplidos por los de los salmistas mercenarios que desde el facistol dilatan por las amplias naves de la Catedral las robustas entonaciones del canto llano, era tipo incomparablemente más selecto que el miserable cura de aldea enseñando la doctrina á sucios y harapientes niños en el atrio de su iglesia ó sufriendo los rigores de una noche tormentosa para sacramentar á un moribundo, llegando en esta exageración nobiliaria hasta lamentar el origen plebeyo de los canónigos modernos en cuyas sepulturas no pueden esculpirse las riquezas

heráldicas que aún hoy se admiran en la sección del claustro donde los antiguos fueron enterrados.

Dentro del ejército también suponía clases, considerando la infantería y caballería como masas ordinarias y vulgares, reservando la elegancia y distinción para las armas especiales y en primer término para la artillería, flor y nata del elemento militar. En todo artillero veía un representante de la clase señorial, y con frecuencia recordaba que cuantos iban á Compostela al instante eran recibidos en las casas nobles, coincidiendo á veces en el parentesco con algún título de Castilla, á pesar de que hoy todo va á menos, y ya no se exige la información de limpieza de sangre, y el arma antes nobilísima se está contaminando con el ingreso de los hijos de gente ordinaria que tuvo la suerte de ganar dinero trabajando, pero cuyos ascendientes no se conocen, y si se conocieran, sus hazañas no constarían en las crónicas de los palacios, ni de los campos de batalla, sino en los surcos de los campos de labor escritas por los mismos héroes con la punta del arado.

Igual criterio le hemos visto aplicar á las carreras literarias. ¡Médicos y farmacéuticos! Gente advenediza en la Universidad, neófitos en el templo de Minerva, pegados á la respe-

table clase de los Doctores en Derecho para alcanzar algunas migajas de su tradicional prestigio. Exteriormente cumplía sus deberes siendo respetuoso con todos, pero á los catedráticos que explicaban en el Colegio de Fonseca los consideraba, allá en su sistema de jerarquías, como intrusos y hasta usurpadores, á la manera de los bastardos que llegan al goce del título nobiliario de sus progenitores. Si escribiera comedias, bien sabía en qué forma y con qué instrumentos presentar en escena á estos Dulcamaras, doctores de nuevo cuño, muy de otro modo que á los doctores *in utroque*, que cruzarían el escenario como reyes precedidos por los maceros y seguidos de los bedeles. Hasta el color rojo de la muceta que visten, lo veía elegante y magnífico, y no así el amarillo de la facultad de Medicina que le recordaba las cosas puercas y corruptas que sus doctores manosean, lo mismo que el morado de la de Farmacia lo consideraba alusión á las flores y yerbajos con que se preparan jarabes, ungüentos y otros amasijos de la farmacopéa.

A pesar de estas ideas, cada vez más arraigadas en el preocupado espíritu del padre de mi amigo, sus opiniones vacilaron ante el problema por cuya acertada solución se desvelaba. Satisfaciendo sus aristocráticos anhelos temía que

el porvenir se presentara muy difícil por las costosas exigencias sociales que sacrifican á un abogado para presentarse bien en el mundo y adquirir fama é influencia, tributo del cual está exento el médico quien apenas terminada la carrera puede colocarse en un partido, y aunque oscura y atropelladamente ganar la vida, y partiendo de esta base segura hacer oposición á lo que le convenga y encumbrarse, quizá con demasiada lentitud, pero sin las miserias del hambre. En estas cavilaciones sufría dolorosísima tortura al recordar las chanzas de las gentes y los epigramas de los periódicos en demérito de los venerandos jurisconsultos que mendigaban en las oficinas públicas las humildes plazas de los escribientes, pero sobre todo, nada le entristecía como ver por sus propios ojos á un licenciado en Derecho ganando dos pesetas en el ínfimo puesto de pincerna, subiendo hasta la indignación como si con la pértiga lo fustigara cada vez que lo veía en las procesiones del cabildo. No le extrañaba que un sacerdote á cuyas manos puede bajar Dios como á las del Papa sirviera de sacristán en la Catedral prendiendo á los canónigos el broche de las capas pluviales; pero que un abogado se encasquetara peluca rizada, calzara media negra y zapato con hebilla y empuñara la pértiga del silencio no

podía sufrirlo, aunque los condes de Lemos hubieran vinculado en su casa el honorífico título de Pertiguero mayor de Compostela.

Estas laboriosas meditaciones ahondaron aún más en el ánimo del pobre Barros, después de esta declaración hecha por su hijo uno de los días en que de sobremesa se llegó á íntimas confidencias de ambas partes.

—Quizá, mis aficiones—dijo Jacobo—se inclinan con preferencia al estudio de la Medicina ó de la Farmacia por lo mucho que me han gustado las asignaturas de este último año; los experimentos y las observaciones directas de la Naturaleza me encantan.

El padre, excitado por el calor moral del hogar, funcionando de jefe de familia, no pudo reprimir la contrariedad que tal revelación le ocasionó, exclamando con vehemencia.

—¡Qué diablos de máquinas y de experimentos son los que os emboban en esas cátedras en que se necesita un mozo para fregar y limpiar lo que se mancha durante la lección! En las clases de Derecho, si los estudiantes no tiran al catedrático bolitas de papel, nada se ensucia, porque todo es hablado y á veces en bonitos discursos que no avillanan esas manipulaciones más propias de titiriteros que de catedráticos.

La madre que presenciaba este debate se

sintió inspirada para terciar en él, é influída por las ideas del marido, con el aditamento de su religiosidad se creyó obligada á manifestar:

—Que las gentes que manejan el azufre haciendo cosas diabólicas, son poco temerosas de Dios y además, que en el estudio de la Medicina se ven muchas deshonestidades en el anfiteatro y en el hospital.

La presencia de estos tres puntos de vista disputándose el predominio, acaloró los ánimos durante la primera hora de la digestión, pero la nubecilla disipóse muy pronto y todos volvieron á discurrir serenamente cambiando sus ideas sin propósito de polémica en el tono confidencial más beneficioso al común interés transcurriendo los días sin afirmar soluciones concretas. El espíritu de los disertantes siempre terminaba sus exploraciones en un equilibrio inestable apto á inclinarse á cualquier lado según el empuje que se le imprimiera después de haber oscilado como el péndulo de derecha á izquierda y de izquierda á derecha sin un punto de reposo.

Supe con detalles la historia de este trabajosísimo proceso intelectual por las frecuentes cartas de Jacobo. Sin salir de sus cavilaciones hubieran consumido la vida eterna si el vencimiento de un plazo fijo no les arrancara la tan

meditada solución: y así pasó recibiendo al fin de las vacaciones la carta en que me participaba el acuerdo definitivo, y para mayor fidelidad en el relato dejo la palabra á su autor transcribiendo íntegro el documento por mí muy anhelado.

Compostela Septiembre 20 de 1871.

«Queridísimo amigo: Por todas las anteriores cartas ya conoces la lucha de mi padre entre sus gustos y mi conveniencia á la cual no he asistido indiferente, porque ya voy entrando en edad de preocuparme de cuanto me interese y solo un canalla pudiera reirse de las ilusiones de padres tan buenos que ante su realización no piensan en el porvenir de sacrificios que les espera.

»No participo de la exagerada pasión de mi padre por la carrera de Derecho, pero no me repugna su estudio ni el imaginarme ejerciéndola como profesión. Siento grandes simpatías por las ciencias físico-naturales persistiendo en considerarlas preeminentes quizá con más fuerza que cuando juntos departíamos acerca de este tema, porque durante el verano en mis frecuentes visitas á la biblioteca de la Universidad no me he entretenido con otras lecturas, apasionándome por ellas casi tanto como por

los discursos de Castelar, y bien recordarás el fervor con que los declamábamos.

»Si solo pensara en halagar mis aficiones, estudiaría resueltamente la facultad de Ciencias prefiriéndola á todas las demás y hasta á las carreras de Ingenieros por no estar mezclada con los detalles técnicos de las aplicaciones que no son de mi agrado. Las grandes teorías científicas y las investigaciones experimentales que las ilustran y confirman estudiadas en su pureza ideal sin rebajarlas á pequeñeces de oficio, siempre enojosas, constituirían mi delectación suprema, pero como tales estudios son de muy poco porvenir y debo pensar en ganarme la vida lo más pronto posible desisto por hoy de mis encumbrados anhelos, y no satisfaciéndomelos en absoluto la facultad de Medicina ni la de Farmacia, he decidido dar yo mismo el pequeño empuje que mi padre necesitaba para que la crisis se resolviera conforme á su gusto manifestándole mi propósito de estudiar la carrera de Derecho.

»Antes de matricularme se consultó el caso, primero con los catedráticos que mejor concepto merecen de mi padre, y después con los demás, y naturalmente, todos aprobaron la decisión singularizándose el decano en alentarle con el lucido porvenir que me esperaba, em-

pleando frases de tan aristocrática pulcritud, que mi eficaz colaborador, casi conmovido, me inscribió inmediatamente en la lista de los alumnos del primer curso de Derecho. En medio de su entusiasmo asáltanle algunos momentos de preocupación, pero pronto se desvanecen ante los resplandores de su alegría al considerar que todos vamos entrando en aquella noble casa, y hasta se imagina que si continúo siendo buen estudiante no está lejano el día en que ha de entrar á avisarme la hora, y en el paroxismo de sus ilusiones me arenga con la frase latina *Tendimus ad alta* que conocerás de verla escrita con grandes letras de oro en la puerta de la biblioteca.

»Basta la gran bondad de mi padre para que me esfuerce en estudiar con doblado empeño y en proporcionarle el inefable placer de que pueda oir algún día del mayor número de catedráticos que el hijo de Juan el bedel, es el mejor estudiante de la facultad de Derecho.

»Si tienes algún pleito de importancia aplázalo para cuando sea todo un abogado y entonces lo defenderá como asunto propio quien es y será siempre tu mejor amigo, *Jacobo.*»

El romanticismo del adolescente y la reflexión de una inteligencia seria inspiraron á destajo la carta que transcribo, la cual es como el boceto del espíritu de su autor anunciando pre-

maturo desarrollo psíquico en el doble aspecto de las facultades imaginativas y de las severas exigencias racionales. En el decurso de nuestras relaciones veía confirmarse brillantemente estos anuncios con la revelación de ideas tan transcendentales, que aún hoy al repasar sus cartas después de aleccionado por una veintena de años consagrada al estudio, me sorprende la grandeza de los problemas sugeridos por la índole de la enseñanza que en la Universidad recibía, con el mismo asombro que los poetas eruditos admiran las espontáneas y profundas creaciones de la musa popular. Con la fruición de un Berruguete al contemplar la emergencia de las hermosas y expresivas figuras evocadas por su genio artístico del fondo de tosco madero, vi la florescencia de la selectas facultades del adolescente Barros, brotando con vida propia de los infantiles retoños de su espíritu empujándole á la crítica de los absurdos pedagógicos, y á rebelarse contra las ideas que por autoridad le transmitían.

Presentar el epistolario de mi amigo, que conservo, tendría la ventaja de que el lector observara en la realidad las sucesivas fases de la espléndida evolución intelectual de su autor, pero el inconveniente de esos libros históricos en que se luce la concienzuda investigación de

los documentos originales, cuya lectura es insoportable. Sin embargo de mi propósito de no ser pesado transcribo el siguiente párrafo de una de las cartas, porque manifiesta en resumen sus atrevimientos intelectuales.

. . . .

«El estudio no me sacrifica, antes al contrario me entretiene agradablemente, pero el trabajo de la cátedra se me hace mucho más penoso que otras lecturas de mi libre elección. Bien sé que las nociones fundamentales que han de ser cimiento de estudios superiores exigen trabajo árido y penoso para ser asimiladas, pero también creo que podría suavizarse amenizándolo con medios demostrativos que facilitaran su comprensión infundiendo á la par un sentido más real de las cosas.

»Estoy asombrado del saber del catedrático de Historia, pero sus explicaciones me fatigan con tanta batalla y tanta intriga, siéndome indiferente cuanto le pasó á Cambises, á los medas y á los persas. Influído por las referencias de artículos y discursos esperaba con grandísima ilusión la historia de Grecia y sufrí nuevo desencanto porque toda se redujo á batallas y más batallas dejando á oscuras el cuadro de su vida del cual anhelaba conocer cómo explicaban sus sabios, cómo se congregaba el pueblo para

escuchar las arengas de Demóstenes, cómo eran sus fiestas y los tan nombrados juegos olímpicos y cuáles ritos practicaban en sus artísticos templos.

»El catedrático de literatura española no es menos sabio que su compañero, solo que todo nos lo cuenta bajo su palabra de honor, y ardo en deseos de conocer siquiera fragmentos de las obras de que es ferviente apologista. Nos habla del Poema viejo del Cid, de Crónicas rimadas y de otras obras de las cuales nos hace entrar en ganas sin dárnoslas á conocer. Para huir de las exageraciones no calificaré á esta enseñanza de tormento de Tántalo, pero puede compararse con el juego *al-higui* que excita el apetito para gozar con el cruel placer de no satisfacerlo. Será extravagancia, pero me parece que estas asignaturas debieran tener su parte experimental como la Física, analizando sobre los documentos los datos reales de las explicaciones.

»Por satisfacer en algo estos gustos míos he comprado una descripción de la Catedral para que me sirva de guía, pero echo de menos una persona competente que me acompañara y resolviera mis dudas, y no me atrevo á pedir este favor al catedrático de Historia, porque aunque es muy bueno y me lo concedería, nadie lo hace y los compañeros se reirían de mis pretensiones.»

De elocuencia desconsoladora es este fragmento de carta inspirada por la queja de un espíritu cohibido por la ocultación de aspiraciones intelectuales cuyas exigencias antes que contenidas debían ser estimuladas en un plan racional de enseñanza que se apoderara de ellas en su origen para fecundarlas con todos los elementos de cultivo. Por razón del tiempo, más que por culpa de las personas, el adolescente pensador debía sufrir mucho antes de resignarse á considerar como defecto lo que era excelencia, porque el esfuerzo individual cosecha iguales sinsabores al rezagarse que al adelantarse demasiado. El simple y el genio al desprenderse por extremos opuestos del gran montón de las medianías, abandonados por sus contemporáneos arrastran en medio de la sociedad que vive al día la cadena de la indiferencia y del aislamiento, y Jacobo ya comenzaba á sentir en los generosos arranques y atrevidos vuelos de su espíritu vigorosamente espontáneo el frío precursor de las yermas y glaciales regiones en que, faltos de todo estímulo, consumen su vida quienes se adelantan á la caravana social en la agitada peregrinación histórica.





IV.

El medio ambiente.

En el decurso de nuestras relaciones epistolares cada vez se abrían más anchos paréntesis que procurábamos atenuar con reiterados propósitos de enmienda y con vehementes protestas de inalterable amistad, pero á pesar de los dichos, los hechos representaban un pugilato de tardanza en el cual era muy difícil determinar el púgil merecedor del premio, hasta que por ley natural las interrupciones se agrandaron convirtiéndose en suspensión definitiva. Cuando Jacobo estudiaba los últimos cursos de su carrera, nuestra anterior amistad se había esfumado en los nebulosos horizontes de los afectos platónicos, consagrándonos sendos recuerdos que nunca encontraban momento oportuno para descender de la esfera contemplativa de lo imaginado á

encarnarse en la forma concreta de lo escrito. No obstante esta incomunicación en que vivíamos, conocía con muchos pormenores la vida del estudiante compostelano por las minuciosas referencias de los coterráneos, á quienes buscaba siempre con afectuoso interés para entregarme al dulce esparcimiento de vagar por las calles de la corte sin ver ni oir el rumoroso movimiento que las anima, absorto por el nostálgico recuerdo del pueblo de mis correrías infantiles, paladeando el sabor de la tierra en las noticias frescas del recién llegado, y todas confirmaban que el carácter de Jacobo se había formado muy de prisa por la acción conjunta y solidaria de las circunstancias del medio social, que moldeaban sistemáticamente la abundante vena de sus ideas y sentimientos personales.

Las ciudades que en siglos anteriores tuvieron gran importancia, pero que se estancaron en su curso por divorciarse de las corrientes modernas de la vida, de las cuales protestan amarradas á la tradición de sus gloriosos recuerdos, tienen el carácter tan definido, y si vale la frase, su personalidad es tan absorbente, que por la ineludible influencia del medio se reflejan imprimiendo su aspecto en sus habitantes. Las ciudades modernas, formadas por la aglomeración de las diversas gentes que á ellas

van llegando, guiadas en su mayor parte por la sed del negocio, son todo lo contrario, recuerdan la fisonomía de esos individuos que se parecen á todo el mundo, trasunto de la extrema tolerancia de nuestros días, que sofoca toda genialidad individual en obsequio á la uniformidad social, soberana absoluta que exige ciego vasallaje.

Acontece en esto como en la vida del hombre. Los ancianos, por la prolongada acumulación de sus hábitos, llegan á tal rigidez de principios é inflexibilidad de carácter que en todo se conducen del mismo modo, no siendo posible su trato sino acomodándose á la regularidad de sus procedimientos. Viven en una pieza. Los jóvenes en cambio, como blanda argamasa que el tiempo no ha endurecido, pueden variar fácilmente de forma á voluntad del artífice que los modela, y por esto tienen la inteligencia y el corazón abiertos á todas las tendencias, empapándose en las corrientes que á su alrededor circulan, lo cual en compensación de la flexibilidad les impide tener carácter.

Entre las antiguas ciudades del tipo antes mencionado descuella como uno de los más preciosos ejemplares, Compostela, antigua capital del reino de Galicia, emporio de riqueza en aquellos tiempos en que la exaltación de los

sentimientos católicos llevaba allí á los pueblos y á los reyes á prosternarse ante el sepulcro del Apóstol evangelizador de España y del celestial caudillo que á los ojos de la fe hizo vibrar su vencedora espada en los momentos más difíciles de nuestra campaña secular contra el islamismo. Hoy, como nobilísimo aristócrata arruinado, apenas conserva más que la ejecutoria de sus grandiosos monumentos, en derredor de los cuales, y bajo un cielo sombrío, discurren, como frailes por los claustros de un monasterio, escasas y calladas gentes con todo el aspecto de supervivencia de los pueblos que terminada su misión en la Historia moralmente fenecieron tiempo há. En el reparto de las mudanzas históricas fué tan grande su infortunio, que no solo la ley general de los tiempos le arrebató la primacía religiosa, sino que el espíritu crítico de la severa erudición volteó con gran empuje la rueda de sus privilegios para hundir en lo más hondo la piadosa tradición de sus orígenes. Quienes se empeñan en desterrar de su historia cuanto trascienda á legendario, se escudan con los argumentos de Acebedo y Masdeu para negar hasta la autenticidad de la batalla de Clavijo, y por consiguiente la del *Voto de Santiago* que tan pingües rendimientos suministraba á la basílica guardadora del Cuerpo santo

del milagroso vencedor. Nada significa que los eruditos compostelanos se opongan á tal descreimiento, presentando aquel bajo-relieve contiguo á la puerta del claustro, esculpido por las toscas manos de un artista de los más oscuros siglos medioevales, casi contemporáneo de la batalla declarada apócrifa, el espíritu crítico lo interpreta de muy diferente modo y continúa minando sin descanso los cimientos de su histórica grandeza.

Los compostelanos lamentan en silencio la soledad y ruina del pueblo, antes visitado por toda Europa, en cuyas calles se mezclaban y confundían las gentes de procedencia más extraña, ya para demandar firmeza en sus virtudes, ya para conseguir el perdón de una vida pecaminosa fortaleciéndose para rechazar las sucesivas tentaciones. La *Rua dos Cambeadores* y los confesionarios *pro linguis germanica et hungarica* como restos fósiles de un vasto organismo, aún recuerdan con signos arcaicos desde la estrecha cárcel de su restringido yacimiento los afanes cosmopolitas de la ciudad que trazó su itinerario en el firmamento con constelaciones, en el fondo de los mares con las conchas que de las esclavinas de los romeros pasaron á los catálogos de los naturalistas con el nombre de *Pecten jacobæus*, y en el suelo con piadosos al-

bergues para los innumerables peregrinos que la edificaban con su contrición, ilustrándola á la par con el trato desenvuelto adquirido en su anterior vida mundana. Pero hoy todo ha cambiado, la nostalgia de su pasado de esplendor, juntamente con la tristeza de su presente de soledad, componen una atmósfera de suspicacia y retraimiento que informa casi por igual á todos sus habitantes sin diferencia de edades. Completan esta frialdad moral de sus calles, apenas transitadas, los altos paredones de los monumentales edificios ennegrecidos por la humedad y el tiempo, evitando que la luz del sol regocije los sentidos y despierte la viveza de ingenio, que en todo género de expansiones derrochan los pueblos meridionales. Tan solo la nota humorista rasga á intervalos las brumas de los espíritus para alumbrar su fondo de misantropia y escepticismo.

Desenvolviéndose en este clima social el espíritu de Jacobo, recogió todas sus influencias devolviéndolas fielmente en vagas tristezas acrecentadas por el hervor de su exuberante fantasía, y sostenidas por las punzantes quejas de los padres que, al presentir el desaliento de la vejez, habíanse tornado muy pesimistas abundando á todas horas en temores y sobresaltos acerca del incierto y difícil porvenir de

su hijo. Las angustias y zozobras de quienes sienten flaqueza para la lucha inexorable del trabajo cuotidiano, temiendo al menor quebranto encontrarse cuerpo á cuerpo con el desalmado gigante de la miseria, inundaban su casa, y así vivió los últimos años de su carrera siempre sofocando la naciente llama de sus expansiones.

Su aspecto exterior armonizaba sin la más leve excepción con el estado de ánimo. Recordaba las estatuas de los pórticos románicos su cuerpo rígido y desgarbado, y la mirada entre melancólica y soñadora, juntamente con la palidez del semblante, comunicaban á las facciones bien acusadas en el alargado óvalo de su cara aquella expresión mística que refleja el disgusto de lo presente con el ansia vehementísima de mejor porvenir. Una fotografía suya de aquellos años siempre me ha parecido la de un asceta novicio despojado del hábito monástico para disfrazarse con el traje de los mendigos vergonzantes. La miseria de la musculatura denunciaba el encogimiento de su vida, nunca interrumpido por los vivificantes ejercicios corporales. Si en alguna ocasión los intentaba estimulado por sus compañeros, el remordimiento turbaba sus juegos, recordándole que el trabajo debía ser su única ocupación para emanciparse pronto de la servidumbre moral en que vivía. Como el poeta

henchido de sentimientos humanitarios exclamó.

> ¡Oh soledades de armonías llenas
> en vano me brindáis ocio y amores
> mientras haya un esclavo entre cadenas!

él anonadado por la pequeñez de sus recursos juzgaba que todos los encantos y diversiones de la vida eran letra muerta mientras no formara su personalidad conquistando un cubierto en el banquete social, siquiera fuese muy modesto.

Ofrece Compostela á los temperamentos románticos poderosos incentivos para darse fiestas de imaginación, y mi pobre amigo gozaba en refinarlas arrojando leña con sus exaltaciones á la hoguera que lo devoraba, porque la vuelta á la realidad siempre era dolorosa caída desde las altas cumbres de sus ensueños.

No le faltan á Compostela los encantos de la Naturaleza. Las márgenes del Sar y las tierras que se empapan en sus modestísimos arroyos afluentes despiertan los sentimientos bucólicos de las églogas virgilianas y ponen en nuestros labios aquellos dulces versos con que Garcilaso describió los frondosos y umbríos parajes confidentes de las amorosas quejas de los dos pastores Salicio y Nemoroso; pero sobre esta nota pagana descuellan las voces austeras de la Historia y de la Religión retrotrayendo á la memoria dramáticos episodios de los siglos caballerescos y fascinando los sentidos con la solemnidad del culto y con la riqueza artística de sus grandiosos monumentos. Los cantos épicos de Herrera, las melancólicas odas de Fr. Luís de León y las elegiacas coplas de Jorge Manrique reflejan el carácter de Compostela mejor que las estrofas idílicas. Los numerosos sepulcros exornados con estatuas yacentes y fúnebres alegorías que horadan los graníticos muros de sus templos, publican que en la ciudad de las peregrinaciones es más poderoso el sentimiento de la muerte que el de la vida.

Excitado nuestro fantaseador por estas impresiones, se había forjado su mundo legendario en el cual, como el Beltrán del *Roberto el Diablo*, evocaba de las tumbas los grandes acontecimientos históricos, y conversando con sus héroes se exaltaba al imaginarse las empresas sin par realizadas por nuestra patria en los pasados siglos, y buscando decoración adecuada á la grandeza de sus entusiasmos solía pasear las noches de luna por la Plaza del Hospital para sentir de lleno la imponente majestad de los cuatro monumentales edificios que la cierran. También asistía con frecuencia á la Catedral durante las horas canónicas, pero apar-

tándose del público se recogía junto al magnífico Pórtico de la Gloria y deleitado su oído, ya por los acordes del órgano, ya por los coros de canto llano que elevan al cielo los salmos, espaciaba su espíritu admirando los atrevimientos de imaginería del primer monumento iconográfico del mundo, obra de genial artista que en medio de la rudeza y tosquedad del siglo XII, vistió los medrosos engendros de la fantasía popular y los asuntos y personajes bíblicos con las espléndidas formas del arte clásico. Orgulloso se sentía entonces de ser gallego, por ser coterráneo del autor de tal magnificencia á quien llamaba en su entusiasmo el Miguel Angel de la Edad Media.

Presumía el casi jurisconsulto de tan exquisita sensibilidad que confesaba no serle indiferente espectáculo alguno, impresionándole tanto la Naturaleza, á pesar de su vida de preocupaciones, que al despertar á la mañana y oir el cuchicheo de los pájaros que en los huertos vecinos daban al viento su alborozo, no podía menos de repetir como oración matinal aquellos versos de Fr. Luís de León:

Despiértenme las aves
con su cantar sabroso no aprendido,
no los cuidados graves
de que es siempre seguido
el que al ajeno arbitrio está atenido.

Ya en ocasiones me había escrito acerca del exagerado predominio de su sensibilidad hasta el punto que al recorrer el corto paseo llamado de la *Herradura* se sucedían en su espíritu casi bruscamente dos sentimientos opuestos. Mirando la feraz campiña que en la dirección del Mediodía dilata su exuberante frondosidad entrecruzada por los arroyuelos que la abrillantan hasta terminar en las vertientes del Pico Sacro, que parece esfumarse entre la neblina que limita el horizonte, creía recordar con fruición las paganas costumbres helénicas celebrando los juegos olímpicos al aire libre, acompañados del rumoroso concierto de las olas del mar jónico, alumbrados por el sol espléndido que todo lo inundaba de vida y regocijo; y volviendo la vista hácia el Norte, la imponente austeridad del *Monte Pedroso* (del cual puede decirse con Calderón *que arruga al sol el ceño de su frente)* con el monasterio de San Lorenzo al pie escondido entre añosos robles, inspirábale el recogimiento de la vida mística *que muriendo porque no muere* desdeña la mundana como privación de la eterna, libre de las sirtes y golfos del pecado.

La mayor parte de las horas que dedicaba al estudio solía pasarlas en la biblioteca de la Universidad. Las grandes dimensiones y el se-

vero ornato del salón de lectura eran parte muy principal, para despertar en su alma santo amor á la Ciencia, llevando sus tareas con la pureza de sentimientos del sacerdote que oficia, mientras que en su casa lo estrecho de la habitación y lo pobre del mobiliario le recordaban al obrero que trabaja tan solo por ganar el jornal.

Resultado forzoso de estas condiciones y circunstancias era su carácter exageradamente idealista y quijotesco, apático para la realidad de la vida, considerándola mezquina y baladí, ante la sublimidad de los magníficos pensamientos con que se recreaba en el santuario de sus lucubraciones ficticias, víctima del mismo engaño que sufren los naturalistas cuando con irreflexiva ligereza desprecian la base positiva de los hechos materiales, envanecidos con el hallazgo del concepto ideal que consideran como ley reguladora de su producción. ¡Triste manera de ser! porque aun juzgando paradoja el aserto, es innegable ante la experiencia, que nada seca el corazón como la idealidad exagerada. Encastillado el espíritu en su vida interior, se desliza por las pendientes del amor propio y del egoismo hasta perderse en las falsas creaciones engendradas en las asfixiantes celdas del aislamiento, y no amoldándose la complejidad de la vida real á la rígida sencillez de los ideales preconcebidos, se termina acusando de impura y contradictoria la que debía reconocerse como principio único y maestra indiscutible de nuestros sentimientos é ideas.

Contrapeso de esta educación escolástica amasada con el artificioso contenido de los libros y de los pomposos discursos, eran las apremiantes exigencias de su vida, obligándole á descender á la realidad y á transigir con las menudas prácticas sociales, con el fin de ganar voluntades para asociarlas al mejor éxito de las futuras campañas; pero su dispepsia intelectual, aunque á veces se encubría con la mueca de la afabilidad, denunciaba con sobrada frecuencia los insanos alimentos que la habían producido, rechazando agriamente á quienes no se elevaban á la excelsitud de sus meditaciones. Tanto se había deformado su entendimiento, antes atento á todo lo vivo y real, ciego y sordo después para el inmenso concierto del mundo por desuso de los sentidos que tiranizados por las facultades especulativas desoyeron las veraces enseñanzas de los hechos, que solo gustaba de escuchar lo compuesto y aliñado con los mentirosos afeites de las estrechas construcciones sistemáticas que en su presunción se juzgan definitivas, no porque ya lo contengan todo, sino

porque se niegan á considerar cuanto no quepa dentro de tan violentos artificios. Los variados matices del trato social, el humano interés que debe mostrarse por los asuntos que preocupan á las gentes con quienes se conversa, y, sobre todo, la benévola condescendencia con que la galantería distingue á las señoras, eran letra muerta para nuestro inflexible filósofo.

No obstante, cuando se permitía concurrir á la Alameda asociándose al movimiento casi de rotación con que se recrea entre dos filas de árboles, el apretado cordón de la selecta sociedad compostelana, su impresionabilidad le embriagaba con aquel derroche de lujo, aguijoneándole la impaciencia de terminar pronto su carrera para asistir á los altos círculos intimando con las personas de posición, autorizado por los brillantes y ruidosos triunfos que seguramente obtendría en el foro. Contrariábale no poco la discordancia de sus ideas políticas, casi demagógicas, con las conservadoras y aun reaccionarias de sus futuros amigos; pero su volubilidad le aconsejaba presentarse templado en las conversaciones, y hasta cohonestaba esta conducta de transacción, considerando que las ideas jamás se realizan de golpe y que en la práctica debe partirse siempre del respeto al estado presente.

En estos momentos, la pasión amorosa también se insinuaba en su espíritu sin concretarse en sus deseos, aunque influído por vagas aspiraciones aristocráticas, hijas de su temperamento artístico, sentíase fascinado por las jóvenes de porte más distinguido; pero estas excitaciones mundanas imperaban fugazmente sobre su ánimo; con la dispersión del paseo se desvanecían, para volver de nuevo á los castillos ideales de sus abstracciones y al potro de sus melancolías. De todo lo real y humano Jacobo tenía la ambición, pero no la avaricia.





V.

La tentación.

Acontecimientos de importancia suma distrajeron á mi antiguo amigo de sus habituales preocupaciones en el curso de 1875 á 1876, último de sus estudios en la Universidad Compostelana, y siendo imprescindible relatarlos detalladamente para desvanecer sombras que á trechos oscurecieran esta semblanza, evitando al lector que prosiguiera la serie de su lógico y natural desarrollo, continúo la exposición, aunque reservo por ahora la fuente en donde bebí tan copiosas noticias. Con la misma puntualidad que he cumplido mi palabra de trasponer con rapidez la infancia y la adolescencia de los niños iniciadores de esta sencilla historia, prometo declarar más adelante sin artificio ni engaño, cómo llegaron á mí las minuciosas intimidades

que á continuación revelo. Por anticipado advierto que ni Cide Hamete Benengeli, ni otro historiador arábigo ni cristiano me proporcionó el conocimiento de los hechos referidos, que sin necesidad de que yo lo diga, desde muy lejos se descubre cuánto más descuidado y humilde fué el cronista de las tristezas y extravagancias del estudiante compostelano; pero con la misma franqueza que confieso los menesterosos orígenes del engendro de mi flaco y desmedrado ingenio, reclamo la nota de auténtica veracidad para los hechos que me sugirieron el antojo de este relato. . . . .
. . . .

El impulso que había determinado la trayectoria del espíritu de Jacobo, más le arrastraba á recrearse en la soledad de sus lucubraciones, que en la abierta expansión de las confidencias amistosas, por cuyo motivo, no tuve sucesores que amargaran con celos el dulce recuerdo de mi privanza con el precoz y revolucionario estudiante. Harto disgustaba á los instintos aristocráticos del bedel la propensión de su hijo á la misantropía; pero éste, aunque ejerciendo tan solo resistencia pasiva, cada vez era más indócil á los consejos del padre, quien se extremaba en sus afanes de sociabilidad hasta recomendarle que por intermedio de los con-

discípulos más elegantes, se hiciera presentar en algunas reuniones, ganando antes sus simpatías con un trato amable y expansivo; pero todo era machacar en hierro frío, el verbo de la pura é inmaculada idealidad no quería humanarse, prefiriendo la permanencia en el limbo, á las venturosas mansiones en que las voluntades aunadas cooperan al mejor éxito de la vida de quien supo conquistarlas con las poderosas armas de la franca iniciativa y de la oportuna flexibilidad.

En estas condiciones, nunca se excedió del trato superficial con algunos de sus condiscípulos que no buscaban su compañía, pero que tampoco la rehuían al encontrarle al paso. Como aun en la indiferencia existen grados, en el termómetro de sus predilecciones ocupaba el punto más alto Luís Porto, hijo de un rico comerciante de Vigo, que estudiaba la carrera de Derecho, no para ejercerla, sino para ilustrarse en la dirección de los negocios el día que se pusiera al frente de ellos; é influído por tal propósito, aunque no descuidaba sus estudios, no los acometía con empuje en conformidad con los moderados afanes de su pensamiento, que no presumía competir con las águilas. Estaba acostumbrado á obtener en los exámenes la nota de *Bueno* y en alguna rara ocasión se

vió sorprendido con la de *Notable:* era un precioso ejemplar de las correctas medianías, perfectamente organizado para evolucionar en las filas de las grandes masas sociales sin descomponer sus movimientos tácticos. Alto, erguido, ademanes resueltos, semblante moreno de facciones bien proporcionadas y mirada viva, eran las cualidades de su aspecto exterior que revelaban un carácter formado para el comercio social, y de su amable flexibilidad respondía su constante anhelo de acompañar señoras. El arte secundaba esta natural afición, poniendo primoroso esmero en todo el aliño y compostura de su persona, vistiendo la gallardía del cuerpo con trajes irreprochables, exentos de las afectadas exageraciones de la moda.

A pesar de la diferencia de los caracteres, á Luís no le disgustaba pasear con Jacobo, porque su temperamento fortalecido por la costumbre, le inducía á tolerar y hasta á considerar á todo el mundo, y respirando la atmósfera científica que envolvía á su condiscípulo, no se violentaba juzgándose partícipe de la aureola de prestigio que como nimbo luminoso circundaba las sienes del hijo del bedel, cosa muy natural en Compostela, donde se propaga por todos los círculos y hasta por los talleres la reputación de los estudiantes sobresalientes.

Recíprocamente Jacobo, acompañado por uno de los jóvenes más distinguidos del cuerpo escalar, creía exhibir ante las gentes un triunfo de sus merecimientos, que estimaba en tanto, que en ocasiones, para halagarle, hasta era traidor con sus ideas ridiculizando la ciencia y encareciendo la vida mundana ¡pobrecillo!, especie siempre rectificada por Luís, en la seguridad de que devolvía el halago á su obcecado compañero aunque se negara á confesarlo. No obstante estas mutuas concesiones, en el fondo se contemplaban con gran frialdad solo templada por la lástima, porque siendo el talento la cosa mejor repartida, Luís lamentaba en su amigo la falta más importante, la del sentido de la realidad, la cual, desequilibrando el espíritu, lo convierte en una monstruosidad, siempre funesta por brillante que sea, como el *foie-gras*, que á pesar de su sabor exquisito, mata al animal que lo produce, y Jacobo se cobraba con creces de este juicio, contemplando en su juez con mirada poco caritativa á un ente vulgar limpiamente barnizado, mezquino y rastrero para encumbrarse á las célicas alturas en que se cernía su privilegiada inteligencia.

Una tarde, pasando Jacobo por la Rua del Villar, fué alcanzado por Luís, quien, cogiéndose de su brazo, le dijo:

—¿Vas á la Alameda á ver las bellas?

—Sí, y también las feas, que como siempre, estarán en mayor número.

—No debes faltar porque hay quien se interesa por ti.

—¿Por mí? Imposible.

A pesar de esta contestación absolutamente negativa y de la completa ignorancia de los antecedentes, la noticia encrespó de súbito en el alma de Jacobo olas de curiosidad que saltaban de sus labios en atropelladas frases. No se le ocurrió tomarla á broma. Si otro se la hubiese dado, quizá guardara serenidad para disimular la impresión, pero proviniendo de Luís, era tal el cúmulo de excelencias, que halagaba su mente que no podía contener las ansias de descubrir la ignorada conquista. En breves instantes imaginó una joven elegante y hermosa—porque Luís no trata otra clase de gentes—enamoradísima de su reputación, ardiendo en deseos de escuchar de sus labios las finezas y encumbramientos de una pasión manifestada con arrebatadora elocuencia.

Un tanto repuesto de la sorpresa, tornó á preguntar Jacobo con mal fingida despreocupación:

—¿Puedes contarme esa novela diciendo el nombre de la heroina?

—No es novela, sino realidad, y puedes estar orgulloso, porque la señorita á quien me refiero satisface las exigencias de los que no se contentan fácilmente, y aunque vales mucho, las mujeres suelen errar bastante en sus aficiones.

—Veo, Luís, que hoy tienes excelente humor y que te has propuesto anticipar el carnaval conmigo.

—Si te obstinas en no creer la historia, haz lo que quieras, pero te la contaré.

Jacobo concentró su atención, preparado á regalarse con el suave aroma de la lisonja que á él llegaba desde las altas esferas de la sociedad por intermedio de su elegante amigo. Este calmó su curiosidad con el siguiente relato:

—Anoche estuve en los lunes de los de Ramírez, y después de bailar un rigodón con Julia Saavedra, me preguntó, y con gran interés, quién era un joven que algunas tardes me acompañaba en paseo, añadiendo tales señas, que era indudable que á ti se refería. Apenas le dije tu nombre, me interrumpió manifestando que te conocía de referencia habiendo oído elogiarte repetidas veces, y que hasta su padre llegó una noche á casa entusiasmado después de haberte oído discutir en la Academia Escolar de Jurisprudencia prediciéndote brillante

porvenir, tanto por tu saber como por tus dotes oratorias. Con esto comprenderás que no era broma, ni novela, ni nada imaginario cuanto te decía y ahora puedes ponerte todo lo hueco que quieras.

Jamás canto de sirena sonó más dulcemente en oídos de navegante, que este eco de los salones de Ramírez, embriagando de vanidad el exaltado espíritu de Jacobo, hasta imaginarse que tal interés y la supuesta pasión que lo inspiraba, eran el tributo debido á sus grandes méritos. Los aspirantes á sabio montados á la antigua suelen ser de lo más orgulloso: engreídos con los históricos relatos de las penosas peregrinaciones emprendidas por millares de personas para asistir á las lecciones de los grandes maestros anunciadas como acontecimientos de universal interés en medio de aquella tumultuosa germinación de la inteligencia, allá en los siglos medios, y con el más reciente pugilato de los monarcas que se disputaban el honor de tener en su corte y sentar á su mesa los sabios de mayor renombre, creen aquellos desdichados que por fuero le corresponden análogas consideraciones y suelen no agradecer las otorgadas por sus iguales, como D. Quijote se creía exento de pagar hospedaje en las ventas creyéndolas castillos destinados al servicio de los

caballeros andantes. La ranciedad de las ideas del pobre Jacobo respecto á la vida, le ocultaba que el sabio no influye ni triunfa, si además no es hombre de sociedad y si no posee el arte de agradar, procurando ocultar lo árido de la ciencia. Ignoraba que lo práctico y beneficioso es codiciar sin tasa los tesoros espirituales y materiales y ser comedido en la exhibición de los alcanzados para no despertar la envidia en el ánimo del prójimo.

A despecho de su ficticia despreocupación, Jacobo provocaba indirectamente á su compañero á que le regalara el oído hablándole más y más del mismo asunto, y Luís, siempre complaciente, no tuvo reparo en decirle que detenidamente se ocuparon de él refiriendo y comentando lo que no podía contarle, porque no lo juzgara lisonja, aun teniendo la garantía de su buena amistad. Supe por casuales confidencias que Jacobo no llegó á conocer el diálogo en todas sus partes, porque Luís al relatarlo, aconsejado por su discreción, puso gran esmero en ocultar los comentarios caritativos de ambos interlocutores, referentes á la pobreza y á las condiciones de carácter que entristecían y apartaban de todo lugar de expansión al sabio precoz. La más rudimentaria experiencia de la vida pronto enseña que á nadie halaga ser com-

padecido, aunque deba agradecerse este movimiento generoso del ánimo.

Llegaron á la Alameda los dos amigos y á los pocos pasos vieron á Julia, á quien Luís hizo reverente saludo y Jacobo hirió con el dardo de furtiva mirada vibrando toda su alma como el arco al lanzar la flecha. Al momento se apercibió su acompañante de esta interior conmoción como se hubiera apercibido el menos experto en empresas amorosas, porque transcendió al semblante y á la palabra con signos muy notorios; pero no queriendo turbarle más, nada le dijo. A cada vuelta, con mal disimulada avidez, el *ferido de amores* escudriñaba el cordón de gente para acrecentar su romántica fiebre con las miradas de Julia, y las escasas con que esta le examinaba dirigidas tan solo por la curiosidad, las traducía en su visionaria exaltación como abrasadores rasgos de la pasión amorosa, y descendía tan aprisa la pendiente de sus optimistas suposiciones, que ya esquivaba el ocuparse de Julia con su acompañante, creyendo innecesaria tal oficiosidad y hasta indigno de un hombre serio revelar, aunque sea al mejor amigo, lo que no debe transcender de la intimidad de los dos amantes.

Terminado el paseo, y recorrida varias veces la desigual crugía de los soportales de la Rua

del Villar sorteando en sus trechos más angostos los grupos de paseantes que les duele retirarse á su casa mientras no se ven solos, insistiendo en rodear las blanqueadas columnas de los arcos que ocultan la severa vetustez de sus carcomidos fustes de granito con el afeite de repetidas capas de cal, se despidieron los dos amigos, subiendo Luís las escaleras de Platerías y las siguientes de la Quintara para llegar á la calle del Preguntoiro y reconocer el personal de modistas y también de criadas que por ella circula en las primeras horas de la noche, escuchando los galanteos de los estudiantes apostados en los escaparates de los comercios, y Jacobo retirándose en dirección opuesta iba tan absorbido por sus recientes impresiones, que pasó al lado de la Alameda sin notar el imponente rumor de los árboles, que movidos por el viento, parecían en la oscuridad de la noche gigantes trabados en descomunal batalla, ni los agudos y chillones sonidos de las campanas de la contigua capilla del Pilar, que á porfía con los árboles recargaban el aspecto medroso y triste del camino, entrando maquinalmente en su casa y directamente en la alcoba, que además desempeña las funciones de gabinete de estudio. Encendió su lámpara de petróleo y reclinando una silla en el borde de la cama se sentó en

actitud de recogerse á meditar. Como hoja desprendida que el viento voltea sobre el suelo, luego levanta en sus alas trazando caprichosa espiral y por último arroja con desprecio contra el quicio de una puerta, su conturbado pensamiento giraba vertiginosamente elevándose á las más venturosas alturas, al creerse amado por la distinguida joven, puesta en moda para desesperación de los Tenorios compostelanos, sumiéndose después en hondo desaliento al considerar la inmensa distancia que separaba la bajeza de su posición, del lugar eminente en que Julia vivía. Solo trabajando con doblado esfuerzo para salir pronto del férreo círculo de sus angustiosas limitaciones, ayudado por triunfos que aparejaran la honra con el provecho, podría hacerse digno de su amada, y empujado por esta reflexión entregábase al estudio, pero su inquieto espíritu, rebelde á concentrarse, como niño mal educado, burlaba todo propósito de disciplina para merodear en el campo de sus fantásticos amores.

Mientras Jacobo luchaba en vano para dominar las exigencias de la pasión naciente con el poder de la lógica, sus padres alarmábanse por momentos, no habiéndose apercibido de la entrada de su hijo, que debiera ser muy ostensible después de tan insólita tardanza.

Cuando su preocupación ya tocaba los límites de la tolerancia oyeron leve ruido en el gabinete del estudiante y una sospecha envuelta en temores les hizo creer que su hijo ya estaba en casa, no alcanzando á imaginar el motivo que le apartara de la costumbre nunca interrumpida de saludarlos al volver de la calle, antes de recogerse en su habitación. Corrió la Maizales á cerciorarse de su sospecha, y al verla confirmada, le faltó tiempo para sentir el contento de encontrar á quien los tenía acongojados suponiéndole perdido, porque la torturaban las ansias de sondear el arcano de este nuevo retraimiento de su unigénito vástago. El aspecto congestivo del semblante, la brillantez de los ojos y lo desordenado del cabello impresionáronla vivamente y con afligido acento, ya no preguntó, sino que afirmativamente se dirigió al hijo diciéndole:

—Jacobo, estás enfermo, tienes fiebre.

—No señora, estoy bueno.

—Entonces ¿qué te pasa? estás muy alterado.

—Nada, quería estudiar mucho esta noche sin pérdida de tiempo porque lo necesito para las lecciones de mañana.

—No trates de ocultarme nada, porque sería en perjuicio tuyo, ¿te han dado algún golpe ó algún disgusto? dímelo por Dios, que por

triste que sea lo que te haya ocurrido, me entristece aún más no conocer la causa de tu malestar.

Ante esta insistencia sostenida por el amor de una madre que sin desaliento había afrontado siempre los más ásperos sacrificios, consideró infame no satisfacer tan generosa curiosidad, y aunque ocultando el verdadero motivo, se propuso corregir sus formas ariscas y en medio de su desconcierto mental se manifestó amable contando la siguiente mentira:

—He sabido por conducto muy seguro que darán el premio de la licenciatura al hijo de un catedrático y esto me apena muchísimo, porque rebaja la brillantez de mi hoja de estudios, y además porque impone á ustedes el imposible sacrificio de pagar tres mil reales después de tantos hechos durante mi trabajosa carrera.

No logró esta explicación desvanecer todos los recelos de la madre, pero no quiso mortificarle exigiéndole la verdadera y desplegando las galas de su abnegación procuró tranquilizarlo con mucho cariño, inspirándole además mucha confianza en la divina Providencia que siempre los había atendido con innumerables favores.

Después de este anuncio del cambio de conducta de su hijo, comprendió la suspicacia de

la madre que era urgente asociarse á su marido para someter á escrupulosa observación averiguando sin mediadores los orígenes del nuevo desvío, de quien sin este último rasgo ya se mostraba extremoso en la austera rigidez de su trato. Ambos esposos mancomunada y solidariamente conjurarían los hechizos que ahogaban las expansiones de su hijo, librando cuantas batallas fuesen necesarias para apartarle de malos senderos, armándose ya de diplomacia, ya de energía, según las circunstancias. La mujer del bedel, apagando la luz del gabinete de estudio, obligó al laborioso estudiante á trasladarse á la habitación, que era taller de sastrería y comedor, donde su padre se estaba desojando con el difícil problema de un venerable gabán más rico en piezas que en años, al cual abandonó para tender el paño en el púlpito de sus amonestaciones confirmando y ampliando lo que su esposa había dicho y aun algo de lo que había callado. Al poco rato los tres se sentaron á cenar sin que Barros abandonara el asunto que aquella noche los absorbía, relacionándolo con pasadas manifestaciones del desagradable carácter de quien parecía olvidar su pobreza, viviendo caprichosamente sin doblegarse á las exigencias sociales. La esposa aprobaba la disertación crítica de su marido y Ja-

cobo, sin romper su silencio sufría desesperante tortura, revolviéndose como Prometeo sobre la roca del destino, trucidado por las lógicas y sanas observaciones de los padres, y retenido por las pesadas cadenas de su invencible apatía hacia la realidad de la vida, maldiciendo de los audaces bríos de su pensamiento, cuyas potentes alas se agitaban en el vacío, sin haber encontrado aún la atmósfera que les sirviera de punto de apoyo para levantar el vuelo y señorearse de las alturas que con vehemente afán lo solicitaban.



VI.

La corola social.

En el abigarrado bazar de la casual é insistemática erudición del estudiante compostelano no faltaban dispersos retales de la sombría tela que tejieron los espíritus pesimistas, agobiados por el disgusto de vivir, y con ellos vistiera el pensamiento en las horas de tristeza defendiéndose de las pasiones con sus escépticas frases, repetidas como axiomáticas sentencias. Admirador de los filósofos, que, inspirados por sentimientos de amarga misantropía, le revelaran con todo el aparato de un profundo análisis las engañosas apariencias del amor, con ellos afirmaba que las exaltaciones ideales de la miserable criatura humana, tenían la misión de ocultarle su papel de juguete del *Genio de la especie* que pugna desde lo íntimo de sus entrañas por arrebatarle la vida

para transmitirla al nuevo sér predestinado á repetir idéntica farsa, y en tales momentos exclamaba con Leopardi:

Fratelli, á un tempo stesso, Amore é Morte
Ingeneró la sorte

á la vez que recordaba las severas amonestaciones de los Padres de la Iglesia acerca de los innumerables peligros encerrados en la satánica belleza de la mujer, encubridora de repugnantes y furiosas sierpes que saltan de su seno para emponzoñar despiadadamente las almas infelices tiranizadas por la mentida esperanza de placeres degradantes, afirmando con San Jerónimo «que el amor es un olvido de la razón muy cercano á la locura». Considerando el ascetismo religioso como precursor de la filosofía pesimista, recreábase en la contemplación de esta corriente del pensamiento humano solo alimentada por los arroyos de agua purísima, nacidos en las almas que en el pleno dominio de sus potencias no enturbiaron la limpieza del discurso con el lodo de mundanas pasiones, enemigas irreconciliables de los generosos y levantados conceptos; pero desde que Luís aplicó á su inflamable espíritu la mecha de la tentadora noticia, las llamas de la pasión le agitaron con tal viveza, que descompuso y hasta rasgó la austera toga de sus

filosofías, mostrándose tan frívolo como el mancebo más iliterato. Dice Taine que todos los adolescentes adoran á una *Madonna* y persiguen á la cocinera, y en análoga infidelidad incurrió el presuntuoso idealista olvidando sus máximas filosóficas por suave ráfaga de lisonja, solo mensajera de la vulgaridad, y quizá de la coquetería, de una frívola muchachuela; patentizando tal conducta que las ideas superficialmente conocidas, pero no asimiladas, en el ejercicio de la vida, son artificiosa máscara que no resiste el primer choque de la realidad, descubriendo al instante las flaquezas encubiertas. Jacobo había labrado su armadura sin vigorizar antes el pecho para los combates, y se condujo en el primer encuentro como el comparsa de teatro á quien solo sirve el hierro que lo cubre de estorbo para huir en el momento del peligro.

Escarneciendo la magnificencia de sus teorías con las mezquindades de la impura realidad, se entregaba por entero á los tiranos deseos de la naciente pasión amorosa, maquinando proyectos que le facilitaran las íntimas confidencias en que se confunden y aunan las almas de los enamorados, sin darse reposo en el tejer y destejer de sus maquinaciones. Imaginar vehementes coloquios y escenas del más encumbrado liris-

mo, recorriendo la guardarropía romántica para vestir á su amada con la cándida túnica de las Beatrices, Lauras y Leonoras, era su ocupación predilecta, la cual interrumpía, no sin disgusto, para combinar los medios que á tan deleitoso fin le habían de conducir; pero con tal violencia sentíase lanzado en los nuevos caminos de sus fantásticas exaltaciones, que á todo estaba dispuesto, hasta á hollar los escrúpulos con que pudiera retenerle la fama de su precoz seriedad. Ya no escuchaba las voces de los pesimistas ni de los ascetas, y en el amor correspondido veía el más regalado festín sin dejos amargos ni acres, y por gozar de él hasta la embriaguez conspiraban sus más vivos anhelos sin importarle degradarse cual otro Hércules ante las exigencias de la adorada Onfalia, abandonando la potente clava de la cultura científica por la rueca que en sus manos pusieran los graciosos caprichos femeniles.

Desde el día de la tentación no faltó una sola tarde al paseo, esperándolo con muchísimo más interés que la cátedra, y en los ojos de Julia, las veces que se dignaban mirarle, encendía las ascuas que abrasaban su alma. Desvanecido y preocupado por los estímulos mundanos, era en su casa todavía menos expansivo que antes, aunque algo más sereno que en el primer mo-

mento de su fiebre amorosa, se esmeraba en no prescindir de las fórmulas de cariño á que lo habían acostumbrado sus padres. Se hizo pulcro y aliñado, como nunca lo había sido, dando al peinado la forma que según sus instintos estéticos creyó más adecuada al óvalo de su cara, y el lazo de la corbata le retuvo muchos minutos delante del espejo. No salía á la calle sin cepillarse minuciosamente queriendo compensar con un exceso de celo los anteriores descuidos, y menudeó las visitas á la caja del betún para que merced al sudor de su rostro le abrillantara las botas con refulgencias especulares.

Ante síntomas tan evidentes, no tuvo que esforzarse la suspicacia de los padres, para conocer la causa de la brusca variación de la conducta de su hijo y resolvieron de común acuerdo no combatirla de frente, por no irritar al mónstruo de la pasión que había hundido la garra en sus entrañas, evitando cuidadosamente las mortificantes reprensiones que solo conducirían al acrecentamiento de los desvíos cuyas proporciones eran cada vez más alarmantes. Decidieron, sin embargo, no descuidar en absoluto su alborotada situación de ánimo, templándola con el suave paliativo de frecuentes sermones, que le convencieran de la apremiante necesidad de terminar pronto su carrera para

ganar la vida con independencia; y además, si su voluntad fuese tan grande, para que auxiliase á sus padres que ya sentían harta fatiga de las luchas de la vida. Con tal motivo, encarecíanle en pintoresco estilo la amenazadora disminución de los ingresos y hasta le confiaban el arqueo de los exiguos fondos de la casa, para reclamar con urgencia la mano reparadora de la inevitable ruina.

Estas continuas lamentaciones reprimían, y no poco, los fantásticos vuelos del amante envanecido; pero su influencia era fugaz, cediendo ante los arrebatos de la pasión que derribaba sin tregua la esclusa de las reflexiones paternales, para lanzar su revuelta y espumosa corriente sobre el espíritu que tenía su patria natural en el mundo de las leyendas. Refractario y empedernido ante tan justas observaciones, consumía largas vigilias en escogitar el procedimiento que mejor allanara la muralla de glacial indiferencia que la sociedad levanta entre las gentes no presentadas, y, aunque inexperto en amoríos, desechó por arriesgado y poco respetuoso escribir una carta sin el consentimiento de que fuera aceptada. Las sutilezas de las epístolas amorosas las reservaba para más tarde. Por eliminación se quedó con el exclusivo recurso, como único

decoroso, de hacerse presentar en los salones de Ramirez utilizando la amistad de Luís. Sin duda alguna era este paso gigantescamente audaz en el curso de su vida, pero necesario é insustituible en tal ocasión. Inmensas eran las resistencias que preveía para realizar su designio. ¿Cómo obtener autorización de sus padres para retirarse á deshora, y principalmente para encargar en una sastrería de lujo un buen traje de levita, porque obras de esta importancia excedían de las facultades artísticas del bedel?

Salir de la tijera doméstica, precisamente en la época, en que solo de economías se hablaba en su casa le parecía dificultad invencible, pero no podía prescindir de este desembolso sopena de renunciar á lo que entonces era toda su vida.

«¡El traje! Hé aquí la primaria exigencia de los salones donde la buena sociedad se reune. A ellos pueden concurrir los desnudos de ideas y de honradez pero no los menesterosos de vestido; apariencias y no realidades, es lo único que reclaman las gentes que se llaman selectas.» Así discurría en sus soledades hostigado por la penuria de recursos, el romántico galán con ribetes de demagogo; pero en la versatilidad de su pensamiento, más propicio á justificar antojos que á refrenarlos, consideraba

muy lógico que tanto se preocupara de vestir bien, retrotrayendo á su memoria, en este caso, las antes desechadas teorías de los pensadores pesimistas.

Se decía: «En la época de los amores la Naturaleza despliega sobre todos los seres las galas de su pompa, pintando con los matices más brillantes del iris, la piel de los brutos, el plumaje de las aves y los pétalos de las flores. Los estambres y pistilos antes de celebrar sus nupcias rodéanse de la esplendidez de la corola, ostentando con ufanía la finura del colorido y la suavidad del aroma á la par que se esconden castamente en su poético ropaje para darse el beso misterioso de la fecundación, y el hombre, en la vida colectiva, no debía ser inferior á los brutos, á las aves y á las flores descuidando el realce estético de su persona en los días solemnes en que el amor llama á las puertas del alma, y en tal concepto, los refinamientos indumentarios de los enamorados, pueden considerarse como la *corola social* de la humanidad».

No obstante la estimación que siento por el amigo, debo confesar que estos sutiles y alambicados razonamientos exhalan un tufillo de ridícula pedantería, pero el pobrecito no lograba refrenar el empuje que en todas ocasiones

le subía al quinto cielo, para buscar la razón explicativa de los actos de su vida, por insignificantes que fueran. La rigidez de los artificios dialécticos, como vasto aparato ortopédico, oprimía todo su espíritu moldeándolo sistemáticamente.

Decidido á vencer cuantos obstáculos se acumularan en el camino, no vaciló en celebrar con sus padres una conferencia de carácter económico, animado por la consideración de poder con sus propios recursos proveerse de todo lo necesario para ingresar dignamente en el santuario de la elegancia, centro de su actual devoción. Durante las vacaciones de verano, Jacobo daba lecciones en su casa y á domicilio á los estudiantes suspensos en los exámenes de Junio, trabajo fatigosísimo miserablemente retribuído, pero el cual en fuerza de desgañitarse muchas horas diarias, con la labor mecánica de repetir definiciones elementales, proporcionó al sufrido catedrático, por acarreo de sus exiguos honorarios escrupulosamente ahorrados, un germen de capital que impuso en una casa de banca con la ilusión de acrecentarlo al interés compuesto. Aunque un milagro como el de los panes y los peces del Evangelio lo multiplicara, no alcanzaría á satisfacer las innumerables necesidades á que sus padres lo destinaban según

la preocupación del momento. El pago del título de licenciado, la redención del servicio militar, y la subsistencia en Madrid durante el curso del doctorado, eran los principales sumideros cavados por el infatigable proyectismo de los padres, para enterrar las ganancias del joven profesor, y de estas pretendía ahora cercenar una parte el enamorado impaciente.

Terminadas las faenas del día y apagado por la Maizales el candil de la cocina, en la sobremesa de la cena reunidos los tres alrededor del velón, abandonábanse á la corriente de sus confidencias, y este momento fué el elegido por Jacobo para presentar su difícil proposición. Mucho recelaba el explanarla, pero al fin una noche después de haberse mostrado muy amable y expansivo, se arrancó en los siguientes términos, utilizando como trampolín la pendiente por donde la conversación se deslizaba:

—Es verdad, solo saber no basta para la vida, el favor consigue casi siempre más que los méritos, y tanto me van convenciendo estas observaciones de ustedes, que teniendo en cuenta la índole de mi carrera, que exige como ninguna otra el apoyo social para prosperar, he pensado que me convendría muchísimo hacerme presentar en alguna de las reuniones

concurridas por las personas de mejor posición.

Al instante la estupefacción asomó al rostro del auditorio, confuso ante tan inesperada mudanza del sabio misántropo; pero antes que las frases de sorpresa le interrumpieran el discurso, prosiguió diciendo:

—Nuestra pobreza podría dificultar mi entrada en los salones, pero hoy se admiten en todas partes, además de la aristocracia de la sangre, las llamadas del dinero y del talento, y si algunos estudiantes, solo por la riqueza de sus padres penetran en la alta sociedad, en más han de estimarse mis títulos, porque la reputación de que gozo en el pueblo, aunque fuese inmerecida, la he conquistado por mí solo.

Este largo y enfático preámbulo trajo á remolque esta petición final:

—Pero ante todo, es indispensable hacerme buena ropa, porque ni la ciencia de Salomón bastaría para eximirse de esta nota del buen tono, y deseaba el permiso de ustedes para encargar al mejor sastre un traje de levita que se pagaría con dinero de mis ahorros.

Anonadado quedó el matrimonio por la revelación de afanes tan extraños é intempestivos y al instante supusieron, que el móvil que los inspiraba, era el mismo que á todas horas había puesto el cepillo en las manos que antes lo

despreciaban tanto, é influído por estas impresiones el padre le contestó:

—Tienes mucha razón en todo lo que dices, pero me sorprende que después de haberte resistido tanto tiempo á seguir mis consejos, ahora quieras obedecerlos tan aprisa. Además, no sabes estar en sociedad y resultarás torpe y hasta ridículo. Espera á terminar tu carrera, que poco te falta, y entonces, libre de la preocupación de los estudios, podrás con más desahogo dedicarte á la sociedad que mucho ha de convenirte.

Como implacable diputado de oposición, replicó el hijo:

—Pues si V. reconoce que la sociedad ha de convenirme, cuanto antes mejor, y así más pronto me curaré de las torpezas, evitando que haga el ridículo en otra situación en que pudiera ser más doloroso, y además, como no todas las noches he de estar en reunión, y los estudios de este curso son de poco trabajo, no han de sufrir el menor retraso.

—¿Pero qué te importa á estas alturas esperar un poco más? ¿Cuánto más honroso no será que te presentes, no como estudiante, si no como Licenciado en Derecho? Vamos, no comprendo los apuros que te han entrado tan de repente.

—Alguna vez he de empezar, y me parece mejor ahora, porque las inconveniencias y faltas de los muchachos se disculpan, pero las de los hombres no.

La esposa intervino apoyando á su marido, y advirtió al hijo que no insistiera, porque no se le concedería el permiso.

Que esta negativa dejó mohino al impetuoso amante, innecesario es decirlo, conociendo su temperamento y la fiera arrogancia con que las pasiones hacen su primera entrada en los espíritus vírgenes, arrollando cuanto se oponga á su marcha triunfal. Muy serio se despidió de los padres aquella noche y así se sostuvo el día siguiente; pero como era natural, se fué suavizando esta tirantez de relaciones, y al recobrar su anterior flexibilidad, Jacobo repitió la proposición empleando formas humildes y cariñosas.

Si el hijo fatigó su ingenio buscando recursos para lograr la revocación de la insoportable negativa, los padres no cesaron de pesar y medir la trascendencia de la solicitud que habían desatendido, poniendo en un platillo de la balanza los anhelos mundanos del bedel y en el otro la carga de sus estrecheces, y á pesar de la abrumadora pesadumbre de esta, el contento de imaginar á su hijo codeándose con la aris-

tocracia compostelana tanto la contrapesaba, que en algunos momentos hasta se arrepentían de haber desaprovechado aquella favorable disposición de ánimo. Barros, impelido por sus elegantes aficiones, fué quien cedió más pronto y para vencer la resistencia de su mujer siempre perezosa en sus entusiasmos le decía:

—Aun con el escollo de los amores que le tienen sorbido el seso á nuestro hijo ¿qué podrá sucederle? que la señorita lo acepta, en lo cual no andaría desacertada, porque talentos como nuestro Jacobo nacen poquitos, pues en este caso, aun no pasando de amoríos, ocupa la imaginación y no se entretiene por ahí con una modistilla que lo ate para siempre. ¿Le dan calabazas? pues nada pierde, porque le quedan las buenas maneras que se aprenden rozándose con gente fina y además las amistades que haya conquistado.

Dulcificada por estas reflexiones la mujer fué poco á poco adhiriéndose al trasacuerdo del marido y deseaban ya una ocasión en que sin menoscabo de su autoridad pudieran revocar la negativa, la cual, para satisfacción de todos, no se hizo esperar mucho, porque alentado Jacobo con los cariños y mimosas atenciones que en su casa le prodigaban, quizá para compensar la pasada rigidez, se aventuró á

pedir de nuevo en el tono antes dicho. Fingieron los padres un poco de recelo antes de conceder, pero al fin inundaron de luz el nublado espíritu del cautivo amante, permitiéndole que el artífice más distinguido de Compostela le exornara el plumaje de las alas para volar junto á su amada.

Como no hay satisfacción sin amenaza de contrariedad, desde este momento ya se vió obligado á soportar como lastre de sus regocijadas ilusiones el cúmulo de advertencias y consejos con que sus padres creyeron que debían prevenirle, y en esta labor coercitiva empezó la Maizales predicando este sermón:

—Hijo, desde ahora vas á principiar vida nueva engolfándote en muchas cosas que desconoces, porque á pesar de tus estudios eres ignorante de lo que sucede en el mundo, y bien puedo, siquiera por mis años, advertirte los muchos peligros que encierra la sociedad para que estés en guardia contra ellos, y ya sabes que quien ame el peligro perecerá en él.

Nadie extrañe esta erudición en textos sagrados porque el clima religioso de Compostela conserva frondosísimo el árbol de la devoción, y bajo él se cobijan muchas mujeres aficionadas á lecturas piadosas, asiduas oyentes á todos los sermones.

Barros, más humano en los consejos, completaba la obra de su cónyuge revelando al catecúmeno de los salones:

—Las personas principales solo gustan del trato amistoso de aquellas con quienes pueden alternar en todas las cosas del gran mundo, y necesitándose para esto recursos inmensamente superiores á los nuestros, has de tener mucho tacto para que tu pobreza no resulte en evidencia, lo cual, sería funestísimo para tus propósitos. Los aristócratas estiman y ayudan á los pobres cuando como tales se presentan pidiendo protección, pero son inexorables con ellos si aspiran á colocarse á su altura presentándose como camaradas.

Como si el tema lo jugaran al rebote, volvía á los austeros labios de la devota matrona para salir despedido con la siguiente homilía:

—El lujo en que viven los ricos es poderoso estímulo para que los seduzcan los tres enemigos del alma que nunca abandonan sus asechanzas, y por esto se dice, que más fácilmente atraviesa un camello por el ojo de una aguja que el rico entra en el cielo.

Aún resultando coincidente el comunismo religioso de la madre con los sentimientos demagógicos del hijo, este protestaba desde el fondo de su alma contra tan enojosa predicación, pero todo lo sufría resignadamente ante la idea de encontrarse en casa de Ramírez departiendo con Julia en apasionado coloquio.

Sin pérdida de tiempo el sastre más afamado de Compostela apuntó las dimensiones del talle del nuevo parroquiano, pidiéndole este que las hechuras fuesen de última moda, y que no reparase en el número de las pruebas, no molestándole visitarle diariamente si lo creyera necesario; y con igual interés acudió al buen gusto de las primeras autoridades de la zapatería y sombrerería compostelanas para que alcanzase la regeneración estética hasta las opuestas extremidades de su cuerpo.

En la Universidad buscó á Luís, y en el momento de haberlo encontrado, sin saludarle apenas, le dijo atropelladamente:

—¿Tendrás inconveniente en anunciar mi presentación en casa de Ramírez, para lo cual acabo de encargarme un buen traje de levita?

—Pero hombre, tu petición es un tiro á quema-ropa. Me parece que las muchachas empiezan á interesarte demasiado y que no te ha caído en saco roto lo que días pasados te conté de Julia.

—Mentiría si te dijese que me disgustan, pero no imagines interés particular alguno, tan solo la imprescindible necesidad de crear rela-

ciones que puedan servirme, es lo que me mueve á pedirte este favor.

El huraño filósofo de la víspera procuraba disimular en esta contestación el disgusto de verse sorprendido en el centro de sus recónditas intenciones.

Luís se mostró francamente dispuesto á servir á su compañero, porque no creyese que le tenía envidia ó mala voluntad, pero en vista de las consecuencias era muy grande su arrepentimiento por haber ocasionado aquella resolución que con toda seguridad había de ser funestísima para su amigo, acarreándole un desengaño, tanto más doloroso, cuanto más se internaba en el laberinto del cual no podría salir sin publicar antes la vergüenza de la derrota. A pesar de tan bien calculados temores, por ahuyentar la suspicacia de los celos, Luís secundó sus planes con gran diligencia y Jacobo dueño ya de las nuevas prendas alcanzó el día tan anhelado en que iba á trasponer los umbrales del alcázar de la elegancia para lanzarse á la exploración de regiones columbradas por sus deseos como emporio de las grandezas humanas.





VII.

Lo grande en lo pequeño.

Antes del momento solemne de la presentación de Jacobo en el gran mundo, todo estaba dispuesto en su casa, para que con el mayor desahogo posible, se compusiera y acicalara como requería la magnitud del caso. Sirviéronle la cena á él solo, porque preocupados los padres con la idea de ayudarle, aplazaron la reparación de sus estómagos para después de haber despedido al hijo. Cuando este terminó su atropellado refrigerio, lavóse las manos la resignada Maizales para despojarse de la grasa de la cocina antes de entrar en el tocador del flamante lechuguino, quien con grandes abluciones y derroche de jabón, pretendía regenerarse en el Jordán de la esmerada limpieza. Pasó después á ponerse la camisola, operación que nada tuvo de

sencilla, porque lo desigual del planchado aglomerara casi todo el almidón alrededor de dos botones, que antes se rompieron que abrocharse, y hubo que reemplazarlos venciendo la dificultad de atravesar con la aguja la tela duramente encartonada. Las botas en su primera postura obstinábanse en no mostrarse flexibles, frunciendo en unos puntos el entrecejo, mientras que en otros estallaban por su violenta tirantez, y perdonando el exceso de las arrugas, hubo de atenuar los defectos de la forzada dilatación que dolorosamente le comprimían el pie con impacientes y rabiosos taconazos descargados contra el suelo.

Durante estas laboriosas faenas no escasearon las censuras á los *artistas*, que á pesar de su pomposa reputación, entregan las *obras* llenas de faltas; pero la crítica se desató en improperios cuando el sastre doméstico hubo de examinar minuciosamente las prendas confeccionadas por su colega de lujoso establecimiento. Con qué amargura exclamaba el pobre Barros.

—¡Anda, hijo, abróchate ese chaleco y no aprietes mucho la hebilla, porque te se quedará en la mano! ¡Qué costuras, válgame Dios, en su vida olieron la seda, están hechas con hilo podrido! ¡Pues no digo nada de la levita! Prepárate á ponerla con mucho mimo, porque

tanto los forros, como el paño, debieron comprarse como géneros averiados. Mira, Antonia, si hasta parece que ya tienen color de ala de mosca.

—Calla, hombre, si esos vanidosos porque tienen un vidrio muy grande en el escaparate ya creen que pueden burlarse de los pobres y ¡bien quisieran ellos que esos señores que les devuelven las prendas hasta una docena de veces les pagaran una cuenta de 25 pesos con tanta puntualidad como nosotros!

Después de estas invectivas á los artífices elegantes y de un nuevo sermón acerca de los peligros del mundo, salió Jacobo de su casa hacia la peluquería, donde le limpiaron la cara de la naciente pelusa y le rizaron el cabello; finalizando sus preparativos con la adquisición de un par de guantes de color ceniza que prefirió á los demás, juzgándolo discreto término medio.

Al llegar á casa de Luís sentíase ya fatigado de la lucha con las mil menudencias que, como irritantes alfilerazos, agriaran su ánimo desde el anochecer, llegando hasta recordar con nostalgia las predicaciones de su madre referentes á la sencillez y tranquilidad de la vida hecha anteriormente, pero ya era irremediable seguir el camino empezado.

Receloso Luís del gusto de su presentado, le inspeccionó de alto á bajo, y no pudo menos de decirle:

—No te enfadarás si te hago insignificantes advertencias, que no tienen el propósito de mortificarte, sino el de que conozcas algunas tonterías en que la sociedad pone reparos.

—Cá, hombre, todo lo contrario, me haces un señaladísimo favor que te agradezco.

—Pues mira: péinate como bien te parezca, pero sin rizar el pelo, abróchate la levita hasta el último botón, y en vez de esa corbata de tirilla, vas á poner una que ahora te daré. Ese pañuelo que enseñas tan dobladito en el bolsillo del pecho, desdóblalo y guárdalo sin enseñarlo, y cuando compres camisas y guantes, avísame, si no tienes inconveniente en entregarte á mi elección, y así serás casi un gomoso.

Esta última frase fué dicha en son de cariño sin mezcla de ironía, porque el carácter benévolo del joven sociable repugnaba toda arma ofensiva.

Obedeció Jacobo lo factible en aquel momento, prometiendo además con frases de gratitud colocarse bajo su dirección en lo sucesivo, y hablando cosas de poco interés, encaminaron sus pasos á la calle del Franco, y en el preciso momento que de la torre del reloj de la Catedral se desprendían pausadamente diez sonoras campanadas, que en vibraciones de majestuosa amplitud, se dilataban á lo largo de la solitaria calle, avistaron el portón de la negruzca casa que ya esperaba la visita del sabio formalmente anunciado.

Era el Sr. D. Juan Ramírez, hacendado, que poseía extensas fincas en Galicia, que conjuntamente con los dominios forales, le rentaban una anualidad de 3.000 duros, otorgándole tal reputación de opulento, que los más crédulos le suponían capaz de hacer oscilar la Bolsa con sola su presencia. Casado desde los 25 años, llevaba otros tantos en compañía de su señora doña Carmen, quien se apresuró á ponerse excesivamente gruesa, quizá en compensación de no haber obsequiado al marido con las delicias de la paternidad. Este procer compostelano habitaba la casa solariega de la familia, que como mayorazgo había heredado, y por el recuerdo de sus antecesores aun la llaman en plural de los Ramírez. A pesar de su hidalgo abolengo, carecía de título nobiliario, aunque bien lo deseaba, siquiera para autorizar el escudo de armas labrado sobre la puerta ojival de la casa, en el que campean varios perros trepando por un caldero pendiente de gruesa cadena. Ofreciéronle en distintas oca-

siones ennoblecerle con títulos de la corte pontificia, pero estos le sabían á poco, no obstante ser fervoroso católico, apostólico, romano, y solo le hubieran satisfecho los concedidos por nuestro Gobierno, aunque fuese de una situación muy liberal.

Abrían las claveteadas puertas del vetusto caserón á un portal oscuro y húmedo que asomaba allá en su fondo el arranque de ancha escalera de piedra, continuada con negruzcos peldaños de nogal hasta llegar á la antesala en parte circunscrita por una balaustrada salomónica, y en el resto por descoloridos tapices que cubrían la entrada de los salones, los cuales eran espaciosos y altos de techo, permitiendo lucir con holgura las complicadas arañas de cristal que refractaban y descomponían en los brillantes colores del iris las bujías que en noches de sarao los iluminaban *à giorno*, y los huecos de los balcones se encubrían con gruesas y pesadas cortinas de damasco, cuyo aspecto de notoria antigüedad no armonizaba con la mayor parte del mobiliario y de la menuda quincalla que con su brillo de oropel denunciaban la frescura del dueño en materias estéticas.

No teniendo hijas este matrimonio, ni planes políticos, apenas se explica el afán de proporcionarse las molestias y los gastos que siempre

ocasiona el recibir semanalmente á numerosas personas; pero los antecedentes de la casa lo exigían, honrándose desde tiempos inmemoriales con la asistencia de la linajuda aristocracia compostelana, sin excluir la de aquellas personas que sobresalían por sus merecimientos individuales, latitud de criterio que en el caso presente franqueaba la entrada al anunciado por Luís.

No faltará quien piense que estos obsequiosos señores se sacrificaban viviendo uncidos á la rueda de los cumplimientos sociales y que hubieran podido gozar más en Madrid gastando su renta sin que la gente se enterase, pero ¿cómo resignarse el décimo descendiente de la limpia casa de los Ramírez á vivir en un piso soportando la vecindad de gentes vulgares, á pasear en carruaje solo algunas veces como extraordinario, á tener medio turno á dos butacas en el Real sufriendo doña Carmen todo género de compresiones antes de llegar á su localidad en vez de aquel palco del teatro de Compostela en el cual durante los entreactos no cesaba el trasiego de las gentes que iban á presentarles sus respetos? y por último, y sobre todo, ¿recorrer calles y paseos sin que los transeuntes se detuvieran á contemplarlos, no siendo para comentar la gordura de la se-

ñora, mientras que á Cánovas, á Sagasta y á Castelar, en su juicio, hijos de unos cualesquiera, todo el mundo los nombra cuando pasan? No era posible tanto sacrificio: desfallecerían sus ánimos sin el constante estímulo de la consideración social. D. Juan se encontraba en sus glorias siendo cabeza de ratón pero moriría de pena si tuviese que ser cola de león.

Ante esta grandeza iba á prosternarse el inflexible sectario de las reformas sociales, pero al encontrarse en medio de los salones espléndidamente iluminados, viendo reflejarse las personas y las cosas en los grandes espejos que cubrian las paredes, su encogimiento fué tan grande, que hasta se creyó falto de voz como en las pesadillas cuando se quiere gritar y no se puede. Desconcertado su espíritu no supo distinguir lo fingido de lo real é imaginó que la casa se dilataba hasta lo infinito para anularle con su inmensidad. Respirando aquella atmósfera de riqueza, sentía vértigos y desmayos, y sin acordarse de Julia, renegaba de la maldita hora en que le había ocurrido lanzarse á tan difíciles aventuras. Sintiendo por momentos flaquear el espíritu y el cuerpo, pidió encarecidamente á Luís que no se separara de él porque se encontraba sin fuerzas para llegar serenamente á presencia de los señores de la

casa, y solo ayudado por la amabilidad de su introductor, pudo presentar sus respetos á la encumbrada familia que saludó al neófito de los salones con frases más corteses que cariñosas, interviniendo Luís en la conversación después de agotado el formulario de la etiqueta para evitar el enojoso momento en que las personas se miran sin saber qué decirse, llevando su generosa oficiosidad hasta suplir la falta de iniciativa del presentado separándolo del sitio en que se había enclavado para que pudiera reponerse de la abrumadora impresión.

Recogidos ambos en el gabinete situado en el término del menor de los dos salones se sentaron en sendas butacas á la pálida claridad de las luces atenuadas por pantallas, y utilizando el ambiente de misterio que impregnaba aquella habitación de refugio, se esforzó el mentor en animar á su inexperto protegido manifestándole que todo aquello nada valía, que la mayor parte de los contertulios eran tontos que hacían interesante conversación de cualquier simpleza, que cuánto más aligerase su bagaje científico y menos esforzase su inteligencia mejor sería entendido y considerado por aquellas gentes superficiales. La exactitud de estas observaciones era conocida de Jacobo

por intuición, pero tampoco se le ocultaba que el triunfo, aún en las condiciones más vulgares y mezquinas, solamente se logra en virtud de cierto arte de adaptación, el cual no se adquiere más que practicando, pudiendo impedir el éxito la sobra de facultades lo mismo que su escasez. Quizá Napoleón hubiera sido derrotado en una pedrea de chiquillos.

La fácil y abundante vena de estas amargas disquisiciones con que el filósofo procuraba explicar su gran depresión de ánimo, fué interrumpida por la entrada de Julia, á quien consagró potencias y sentidos para seguirla y observarla sin perder detalle, venciendo las alternativas de sus desapariciones ocasionadas por el saloncito que entre ellos se interponía con inquietos cambios de postura que agrandaran el campo visual. Para más atormentarse con el contraste, admiró la naturalidad de sus ademanes y la resolución de sus determinaciones, saludando primero en compañía de su padre á los dueños de la casa y dirigiéndose después de un rato de coloquio sostenido en medio de amables sonrisas, á un círculo de muchachas, en el que fué recibida con muestras de júbilo y con afectuosos besos, quedándose en pié al lado de una de sus más apasionadas

amigas, cuya cintura le rodeaba con el brazo izquierdo, mientras que con el derecho accionaba graciosamente jugando con el abanico. Sin descomponerse, ni perder la suavidad de maneras peculiar de las personas finas, era tal su desenvoltura, que inconscientemente se singularizaba entre las interlocutoras, como los buenos actores, que siempre se destacan del conjunto aun mezclándose con numerosa masa que llene el escenario.

Era Julia hija de un magistrado del Tribunal Supremo, nacido y educado en Compostela, quien al enviudar tornó los ojos con nostalgia invencible hacia su pueblo natal, juzgando además provechosísimo en su nueva situación, reunirse con una hermana solterona que vivía en la casa paterna. Anhelaba este cambio, más que por él, por dotar á la huérfana de cariñosa y vigilante compañera, que con sus cuidados sustituyese en parte á la madre. Antes de decidirse D. Pedro Saavedra á pedir la jubilación, estuvo suspenso entre estos dos considerandos: el destierro que imponía á su hija acostumbrada á la vida de Madrid, encerrándola quizás para siempre en un pueblo melancólico y escaso de distracciones, y las dificultades é inconvenientes que asediarían á una muchacha de 19 años, al encargarse del gobierno de

la casa, en población tan llena de peligros como la corte, donde se esconden impunemente en el revuelto torbellino de la masa de gentes desconocidas todo género de malas intenciones; pero al fin falló, resignándose al primero, y la enlutada familia Saavedra regresó á los patrios lares.

En el momento en que Jacobo contemplaba á Julia en los salones de Ramírez, habían transcurrido más de dos años de su residencia en Compostela, pero en todo revelaba haberse educado en la fina y culta sociedad de Madrid colocada á igual distancia del encogimiento á que se ven forzados aquellos que en pueblos pequeños tienen fiscalizadas todas sus acciones, y del desenfado y menosprecio de la opinión en que viven las gentes del gran mundo. Era Julia distinguida sin afectación, y desenvuelta sin liviandad, demostrando lo primero en la sencilla elegancia de su traje, tan sobrio en adornos sobrepuestos, que si la amplitud de sus formas poco escultóricas le ayudara, podría suponerse que emulaba los sueltos pliegues del ropaje de las estatuas clásicas, y evidenciando lo segundo en la afabilidad de su expansivo trato, en la regocijada expresión el semblante y en la franqueza con que emitía sus opiniones siempre inspiradas en un realismo de

buena ley exento de lamentaciones románticas. En su conjunto predominaba la gracia sobre la hermosura, pero aún así, realzada aquella por la atmósfera de distinción que la envolvía, bastaba para retener cautivos á los numerosos apasionados que á su alrededor formaban corro en las reuniones, celebrando las agudezas de su ingenio, á veces demasiado espontáneo, por todo lo cual acusábanla sus amigas timoratas de coqueta, pero la verdad exige declarar, que si bien la halagaba el éxito, limitábase á ser igualmente agradable á todos sin fomentar esperanzas con predilecciones, y que no obstante su propensión á la ironía, excitada no por el afán de mortificar, sino por un deleite artístico de su espíritu crítico, hubo en ocasiones de enseñarles el ejercicio de la caridad defendiendo al prójimo herido por las punzantes lenguas de las escrupulosas jóvenes.

Apenas Julia había entrado en el grupo de sus amigas se le acercaron dos afectados gomosos que con estudiadas maneras se pusieron á departir fingiendo gran animación, y no ignorando Luís cuáles eran los propósitos del neófito mundano, y cuánto debía sufrir al ver en otros la iniciativa de que él estaba tan menesteroso en aquel lugar, extremó su amabilidad con este empuje dado á la inercia de su protegido.

—Anímate á volver al salón, entraremos en el corro donde está Julia y verás cómo te diviertes, porque son todas muchachas muy animadas y no te faltará conversación.

Consintió Jacobo en salir de la huronera en que se había refugiado, aunque muy temeroso de decir en el aturdimiento alguna inconveniencia que revelase su anterior manera de ser, á despecho de su afán de ocultarla. Acercáronse ambos al lugar indicado; saludó Luís á las amigas con aire animado y expansivo é hizo la presentación de su compañero aceptada, por todas con una cortés inclinación de cabeza, y con manifestaciones de sorpresa por los dos atildados contertulios, quienes recordaban haberle visto en la Universidad como en su natural elemento, muy ajeno á los galanteos de sociedad.

Correspondía al recién presentado trazar el rumbo de la conversación para darse á conocer á las nuevas amigas y estas con su silencio ya se habían constituído en tribunal censor para escudriñar las ideas y los sentimientos que revelara, con la misma minuciosidad que ya habían aplicado á la figura y al traje. ¡Qué situación tan difícil la del elocuente orador de la Academia! y ¡qué angustias para sobreponerse á ella! ¡Qué momento tan trascendental para su porvenir en aquella casa! Ansiando salir del inexorable apuro convirtió en asunto la extrañeza de sus nominales condiscípulos para hablar del estudio con menosprecio, y en cambio encarecer la fortuna de conocer jóvenes tan preciosas, iniciando un discurso acerca de la influencia del trato de la mujer sobre el carácter del hombre, el cual no excitó la atención del auditorio, excepto la de la hija del magistrado que aludida por las miradas que el orador le lanzaba en paseo se lo apropió por completo, comprendiendo en el acto la razón de que el afamado estudiante pusiera cátedra en aquellos salones. En vista del mal afecto del discurso, Luís se apoderó del asunto bajándolo de tono y apelando á un chiste que reído y celebrado por el grupo devolvió la animación ahuyentada por las graves palabras del teorizante.

En esto sonó el piano exigiendo un rigodón de los concurrentes, y de buena gana el fracasado orador hubiera desaparecido, pero no pudo menos de declarar en la aduana de la cortesía que ni siquiera rigodones sabía bailar, humillante declaración que tácitamente inspiró á todas este comentario: y entonces ¿á qué viene V. aquí?

Durante el baile fué á cohonestar su desairada situación cumplimentando á doña Carmen

quien por la obesidad hacía años que no ejercitaba las habilidades coreográficas, que luciera en los tiempos de su esbeltez, limitándose á inspeccionar y á prodigar elogios sin moverse del asiento á los flexibles talles de las jóvenes que las practicaban. La señora, al verle llegar, sorprendióse de que un hombre fuera tan poco galante que por retraimiento aumentara *el pavo* en su casa y le preguntó:

—Pero qué ¿nó baila V.?

—No señora, tengo esa desgracia.

—Será porque no quiera, que pareja no le falta si V. se anima.

Jacobo tuvo necesidad de confesar otra vez que no bailaba porque no sabía y entonces su interlocutora le dijo en el tono de quien rectifica una interpretación errónea.

—Vamos, V. se dedicará á cosas serias—añadiendo como paliativo esta amable concesión. —El baile bien mirado es una tontería.

Que creyera que no bailaba por entregarse á cosas serias le mortificó mucho más que si hubiera atribuído el impedimento á un defecto físico y con gran precipitación se puso á ridiculizar lo serio de la vida con tales extremos que hubo de templarlos doña Cármen cambiándose en esta farsa los papeles tan por completo, que una señora que aún creía, que el arte

cisoria completaba la educación del perfecto caballero, era la apologista de la ciencia y de la Universidad en frente de aquel que después de haber vivido en plena utopia, en un instante apostataba de toda su obra para ensalzar al hombre mundano por él tan desdichadamente representado.

No se ocultaban á Jacobo estas ridículas consecuencias de sus destemplanzas mostrándole con la inflexibilidad de las leyes naturales que nada justifica, ni disculpa siquiera, las torpezas que en sociedad se cometen, la cual exige de todas las personas completa subordinación al formalismo de sus preceptos, lanzando de su seno á los que se resistan á adaptarse, como el organismo expulsa los cuerpos extraños que no asimila, aunque se introduzcan alevosamente desgarrando sus tejidos. Por sapientísimo que sea el desmañado en los salones, siempre se verá pospuesto al que posea su ceremonioso ritual.

Preocupado por estas consideraciones, á la vez que sostenía antipático coloquio con la señora, tan crasa de cuerpo como de espíritu, esperó que terminara el rigodón para marcharse, pero al ver á Julia desasida de su pareja, renacieron en el amador las ansias de probar fortuna, y solicitó de Luís que nuevamente le

acompañara al corro en que á todo trance quería triunfar por los imaginados encantos de su palabra, pero al instalarse en el centro de sus operaciones, otra vez se le nubló el discurso, y esperando que se le ocurriera algo de gran efecto, estuvo buen rato en silencio, y mejor fuera que de él no hubiese salido, porque desesperado de su premiosidad, rompió en tal sarta de tonterías, que al despeñarse desde las riscosas cumbres del atolondramiento se hundió en la glacial indiferencia del auditorio. Pone término á esta desatinada situación el piano preludiando un wals, y la elocuente palabra vuelve á ser desatendida, pero esta vez ya no busca á doña Carmen, sino que se reconcentra en triste y silencioso monólogo.

Terminado el wals, que Jacobo creyó de perdurable duración, aún se propuso darle el brazo á Julia para conducirla al comedor, pero otro más listo y resuelto se le adelantó y hubo de contentarse con acompañar á una de las mamás.

Después del refresco que Jacobo dejó intacto, sintióse febril, y perdida toda esperanza, por lo menos en aquella noche, propuso á Luís el retirarse, y así lo hicieron, despidiéndose antes de los Sres. de Ramírez.

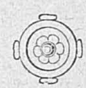
En la calle soltó las riendas á las amargas reflexiones, y reintegrado á la plenitud de las facultades discursivas, acusaba sin piedad á su continuo retraimiento hinchado de fantásticas lucubraciones, de llastimoso fracaso que acababa de experimentar. Esforzábase Luís en rebuscar atenuantes á las censuras que rudamente dirigía contra sí mismo el implacable lógico; pero todo era en vano, y así lo comprendió su indulgente defensor, cuando en último término hubo de oir esta reflexión final:

—Tú eres muy generoso, esta noche me lo has demostrado hasta un punto, que toda mi gratitud la considero escasa en comparación de tu bondad, pero presumo conocerme algo, y para que veas que no inspira mis juicios la modestia, habré de decirte: que mi entendimiento solo se ha formado con las grandes ideas de las altas concepciones científicas, las cuales no tienen inmediata aplicación en la vida ordinaria, como tampoco la tienen las gigantescas máquinas de vapor y los potentes focos de luz eléctrica. Para los usos domésticos todo ha de desmenuzarse y empequeñecerse, y me falta resolver este problema de la división y fraccionamiento de los conceptos arrancados en grandes masas de las ingentes canteras de la biblioteca y de la cátedra, muy propias para

labrar estatuas decorativas de soberbia fábrica, pero imposibles para figuritas de salón. Antes que modesto, como me crees, soy tan orgulloso, que por grande me explico que no quepa yo en los salones de Ramírez, pero no soy tan obcecado que no comprenda la necesidad de saber achicarme para ponerme al nivel de las gentes con quienes deseo vivir. Figúrate un elefante qué impresión ha de producir en la colonia de insectos, que ni siquiera se apercibe del paso del coloso; pero si á este le conviniese entenderse con aquellas partículas animadas, tendría que descender á hablarles su lenguaje, y el ignorar el camino por donde se baja á la llanura, ha sido la causa de mi derrota esta noche.

Habiéndose engolfado en esta perorata tan llena de arrogancias, Luís ya no quiso hablarle más y se despidió en el punto en que se dividía el camino. Jacobo siguió el oscuro y solitario que á su casa conducía, y en ella entró acompañado del maléfico genio del desconsuelo, saludando friamente á su madre á pesar del sacrificio de no haberse acostado por esperarle. Se dirigió á su habitación, desnudóse rápidamente, se desplomó en la cama, y después de apagada la luz, fué juguete de la febril excitación, imaginando geniecillos burlones que dan-

zaban en derredor suyo, recordándole las pasadas escenas en medio de ridículas muecas, y así padeció tormento hasta el amanecer, que de puro rendido, empezó á dormir, pero sin que la pesadilla cejara en su tenacidad.





VIII.

Entreacto.

A pesar de la fatigosa vigilia, Jacobo despertó á la hora acostumbrada sin haber compensado el enorme gasto nervioso con el saludable tónico de un sueño reparador, sintiéndose afligido en extremo por el cansancio del cuerpo y el desaliento del ánimo. Falto de toda iniciativa, ni á vestirse se decidía; con tanta indolencia estaba tendido en el lecho que un escultor lo hubiera solicitado para modelo de la estatua yacente de la pereza. En el orden psíquico, la voluntad reflejaba el desmayo del organismo con el quebranto de las arrogancias de la víspera, y con el desvanecimiento de sus ideas de grandeza intelectual eclipsadas entonces por los lúgubres resplandores del pesimismo que atemorizaban su espíritu hasta hacerle confesar en alta voz, que esta vida, al menos

para algunos, era inmenso valle de lágrimas sin oasis de sonrisas.

—Mi destino es siempre padecer por la desproporción entre las grandes aspiraciones que dormidas en el alma van despertando exigentes y díscolas al correr de los años, y la mezquindad de recursos que por todas partes me limita el campo de acción. Si concentro energía para derribar las murallas que me cercan, resulto envuelto y sepultado entre los escombros y herido por mis propias manos. ¡Ruín sarcasmo el de mi vida, nada soy en la inacción, y si de ella intento salir, el esfuerzo se convierte en mi daño!

Con estas reflexiones maceraba su espíritu el infortunado galanteador hasta que en un momento de resolución, pudo apartar las disciplinas de este depresivo discurso y levantar la losa de sus pesadumbres, animándose con la oración mental de su fe científica, para volver á las tareas normales de la vida, únicas provechosas, en su sentir de aquel instante, por no estar al alcance de la mundana perfidia, la cual como la ola ahoga besando.

Al encaminarse hacia la Universidad, el fresco de la calle empezó á disipar su modorra y alentado con el espectáculo de las gentes, tan solo preocupadas por sus negocios, fué reanimándose poco á poco, sintiendo renacer las ilusiones y esperanzas que en momentos anteriores juzgaba irrecuperables. Sobre campos de soledad condénsanse fácilmente nubarrones pesimistas, que ocultan al envuelto en su negrura los dilatados horizontes de la vida, pero si tiene arranque para trasponer sus linderos, descubre espacios serenos no influídos por la pequeñez de las individuales tristezas, como el viajero que desde las cumbres alpinas ve lucir el sol en la anchura del firmamento sin apercibirse apenas de la tempestad que ruge bajo sus plantas, consternando á los habitantes del valle. En los claustros de la Universidad donde Jacobo era obsequiado con grandes deferencias, sobre todo por los estudiantes aplicados que solían acudir á él en sus dudas, recobró toda aquella exuberancia de idealidad que le arrastraba á dictar leyes al mundo desde la excelsitud de su entendimiento, y como el semiasfixiado que siente llegar oleadas de vida nueva en el oxígeno que le vivifica, se fortificó con la presencia del trono de su prestigio el desairado amador, hasta reanudar sus propósitos, en los cuales fuera vencido por enmarañarse en una red de insignificantes hilos, pero su valor subsistía indomable.

En un intervalo de descanso entre dos cáte-

dras, vió á Luís y los dos solos pasearon por el lado menos concurrido del claustro para comentar los incidentes de la reunión. Entonces Jacobo, reanudando el enfático discurso con que la víspera se había despedido de su acompañante, nuevamente se encumbró diciéndole:

—No puedo menos de reconocer que hice anoche una campaña desastrosa, mas no por ella hablo mal de la sociedad para no confesar mis defectos, como confiesan su pobreza quienes llaman al oro vil metal porque no lo tienen en sus bolsillos. Yo pongo las cosas en su punto reconociendo mi inexperiencia, y digo con Pedro el Grande *quien me vence, me enseña á vencer*, recordando esta máxima para no desistir de educarme en la misma sociedad que me derrota, en la convicción de que cada vez lo haré menos mal. Aunque lo creas paradoja, es mi mayor gusto hacer lo que más me molesta, porque las molestias son el precio obligado de todo aprendizaje, mientras que lo fácilmente hacedero carece para mí de interés, porque su sencillez supone las dificultades vencidas y allanadas.

Nuestro espontáneo orador, en ocasiones se había deleitado con los refinamientos de análisis psicológico que en el sabroso panal de las sutilezas místicas se acumularon, y saboreando la miel de sus positivas observaciones como excepcional alimento del alma para mitigar el amargor de los trances difíciles, resumió el plan de su conducta futura con esta frase de las *Confesiones* de Santa Teresa: *Es gran bien el tener grandes deseos, aunque las obras no sean grandes.*

Luís aplaudió en su juicio íntimo, la tesis de la disertación, pero mucho temía que al intentar realizarla se encontrase con la antítesis, porque el famoso estudiante era víctima de sarcásticos encantadores, que si le daban libertad para proyectar razonadamente gozábanse después en atarle las alas del discurso para malograr la ejecución. Por esta circunstancia, sin deprimirle, se contuvo en sus arranques de generosidad, y aún pudiera creerse que rebuscó dificultades cuando le dijo:

—Creo que todos tus propósitos no te sacarán á flote, si no aprendes á bailar, siquiera rigodones.

Jacobo descendiendo de los filosóficos encumbramientos aceptó el consejo de su director lamentando, no obstante, la imposibilidad de seguirlo porque no teniendo amigas ¿quien le había de enseñar una cosa tan eminentemente práctica?

—En verdad que el negocio no tiene fácil solución—observó Luís.

Mostrando en esta frase concisa asomo de cansancio, trató el veterano de los salones de contener las audaces demasías del recluta bisoño resistiéndose á consolarle de nuevo en sus desfallecimientos, pero ¿cómo había de imaginarse que el severo filósofo de la víspera, solamente consagrado á labrar dentro de sí el sér racional huyendo de las transacciones absurdas de la impura realidad, consintiera dejarse atropellar por las impaciencias de una frívola pasión? Nunca hubiese creído que Jacobo se descolgara con esta solicitud meditada durante breve pausa.

—Luís, vienes siendo mi providencia y si no te repugnara sacrificarte en obsequio mío una vez más, yo te pediría que en tu casa practicáramos un poquito los rigodones.

No le pareció muy lucido el papel de maestro de baile, sobre todo no desempeñándolo con pleno gusto, pero se le hacía muy violento negarse á un amigo cuya conducta destemplada ya empezaba á inspirarle lástima, y por esto consintió en aceptar el magisterio para que lo reclamaba el tránsfuga de la vida racional contemplativa.

Sin pérdida de tiempo se iniciaron aquella misma tarde las lecciones con una preliminar tan deliciosamente ridícula que hubiera excitado la codicia del sainetero de más regocijada inventiva. Luís tarareando discretamente para no fijar la atención de los huéspedes que pudieran mortificarle con sus burlas, tomó para sí la parte de la señora y encomendó á su discípulo la del caballero obligándole á que pausada y ceremoniosamente, conforme al ritmo del canto, le paseara cogido de la mano del uno al otro extremo del angosto cuarto. Cesaba la música para explicar con detenimiento los quiebros del balancé, pero expuesta la teoría, sin descanso Luís insuflaba con sus pulmones un aire de rigodón para que prácticamente demostrara el aprendiz su aprovechamiento, el cual apenas era perceptible, porque la rigidez de los músculos se oponía con porfiada resistencia á la demanda de las actitudes graciosas y de las evoluciones rápidas y suaves que han de sucederse en los varios tiempos del baile. Era Jacobo tan refractario á la educación coreográfica que sus movimientos jamás andaban acordes con la música: al coger las manos nunca acertaba con la derecha, y fingiendo coquetería en el semblante era tan rara su expresión, que se le pudiera creer preocupado en reprimir un acceso doloroso. En el aturdimiento producido por el afán de resul-

tar bailarín, varias veces tropezó con los muebles, y una derramó agua jabonosa de la palangana sobre las botas salpicándole al pantalón, pero de nada hizo caso; aunque su cuerpo se hubiese acardenalado, ni con un quejido interrumpiera el regenerador aprendizaje que por la seriedad con que lo hacía, prescindiendo de los incidentes risibles, inspirara á cualquiera observador la conveniencia de trasladar la cátedra á la celda de un manicomio.

Los padres esperaban con ansia la reposada hora de la cena para que el estudiante les contara sin omitir detalle su ingreso en la alta sociedad, pero el cronista de las propias hazañas acortó el relato todo lo posible oscilando entre la repugnancia al fingimiento de triunfos con él tan esquivos, y las amarguras de su tránsito por los salones, temiendo que la verdad, en vez del bálsamo del olvido, tuviese en su casa aguijón que le mortificara con las punzantes frases de nuevas y más vehementes homilías; y lo que sería más doloroso, que sus padres, en vista del fracaso, decidieran la retirada del explorador á sus anteriores tiendas. A pesar de todos los equilibrios notaron los censores demasiado claramente para su mortificación las tenaces reservas y el empeño porfiado de su hijo en pasar á otro asunto, cuando el que se trataba era tan magno y de

tanta actualidad, que todos carecían de interés ante él, y por este proceder indujeron que alguna contrariedad había sufrido. Pugnaban por descubrirla empleando los procedimientos de sondeo que su habilidad fiscal les sugería, pero el interpelado se limitó á declarar.

—No me conduje con la misma soltura que en los sitios que frecuento habitualmente, pero no cometí incorrección alguna que me impida volver, y por esto me conviene no parar en el camino empezado hasta acostumbrarme á los salones como á mi propia casa.

No le eximió, sin embargo, esta declaración de que terminara la velada con un rosario de consejos sociales del cumplido bedel, y morales de su timorata esposa, encargándole el primero al despedirse:

—Cuídate mucho de no cometer pifias con los señores que van á esa casa, porque además de ser una vergüenza horrible para todos nosotros te perjudicaría muchísimo—y repitiéndole la segunda aquella frase de la *Imitación de Cristo* en que madre é hijo se fijaban siempre en las frecuentes lecturas de este edificante libro: «*En el recogimiento hallarás lo que pierdes muchas veces por defuera. El rincón usado se hace dulce y el poco usado causa fastidio.*»

Tan severas admoniciones, no lograron apar-

tar al enamorado de las enseñanzas de Luís aficionándose cada vez más á ellas, porque le infundían nuevos bríos para la batalla del inmediato lunes, llegando en sus versátiles impresiones hasta imaginarse que agradarían la elegancia, suavidad y expresión de su mímica en las reverencias con que se saluda el encuentro de la pareja.

Alentado por tan exageradas esperanzas al saludar á Julia en el paseo la miraba con arrogancia como diciéndole «aún no sabes quien soy; todos los mequetrefes que conociste en la corte se quedarán tamañitos cuando yo me desenvuelva.» No obstante estos alardes de suficiencia, faltábale decisión para acompañar á su amada aunque la viera paseando solamente con alguna de las muchachas á quienes había sido presentado. Si sus afanes lo impulsaban, el recuerdo de su fracaso lo retraía bruscamente, y cohibido por el contrapuesto influjo de estas impresiones, andaba irresoluto con la carga de sus propósitos esperando madurar la resolución para la vuelta siguiente, la cual nunca le encontraba bastante decidido, y á su casa se iba con el tesoro íntegro de su conversación encerrado en el arca de los escrúpulos que le retenían al intentar el tránsito de la idea al hecho.

Envalentonado con los preparativos á que atendía con diligencia suma, y conociendo el lugar de la escena, el cual ya le era casi familiar porque ni un instante se apartaba de su memoria, deleitábase en sus soledades con imaginar á medida del deseo su cambio de fortuna en el lunes tan deseado, llegando hasta á ensayar los insinuantes párrafos de la declaración amorosa. Anticipándose á suponer las contestaciones de Julia, trabajaba en la fantástica empresa de prefigurar el diálogo, y entusiasmado con sus toques de efecto, levantábase á intervalos para medir en dos pasos su gabinete de estudio frotándose las manos con fruición, y deteniéndose delante del espejillo para recrearse en contemplar los ademanes y la mirada con que realzaría su futuro discurso.

Como fanático olvidado de sí mismo, para vivir por entero en el objeto de sus aspiraciones, pasó Jacobo la semana en la visión deleitable del lunes siguiente, amontonando planes sobre planes para edificar la torre de Babel que le permitiera ascender hasta el cielo de sus ensueños. Engolfado en estas cábalas ardía en ansias de verlas realizadas, pareciéndole los siete días las setenta semanas de años que según los profetas debía esperar al Mesías el pueblo de Israel, pero al fin el plazo se cumplió y pre-

vias las rectificaciones indumentarias aconsejadas por Luís, el amante soñador traspuso segunda vez el umbral de los salones de Ramírez acompañado de su complaciente profesor de baile.





IX.

La revancha.

En el arcano de las altas esferas donde se combinaron los hilos de las acciones humanas constituyendo la variada y sorprendente trama de la vida, la imaginación y la realidad hubieron de tomar á destajo la tela de Penélope, desbaratando la segunda lo tejido por la primera. ¿Qué se hicieron los propósitos de serenidad y entereza forjados por el idealista en el candente hogar de su fantasía? Como el humo se disiparon al volver á la realidad de aquellos graves y severos salones impregnados del glacial ambiente de la ceremoniosa etiqueta, reconociendo la fatuidad en que había incurrido al considerarlos como suyos allá en su fuero interno, cuando no era más que juguete de su abrumadora grandeza como el náufrago inerme de la voluntad

de los habitantes á cuyas playas arriba. Pero si los deseos más inmoderados y los prejuicios más tenaces, no logran cambiar la realidad de las cosas, las amplias corrientes de la vida cotidiana, arrastran en medio de su monótono curso sucesos no esperados, que como providenciales obsequios traen á la mano la natural y fácil solución de lo que momentos antes se consideraba insoluble. Así lo vió nuestro enamorado. Durante una semana no cesó de afilar las armas que su débil brazo no pudo esgrimir, y en cambio sintióse reanimado por la favorable circunstancia, no calculada, que siendo el mismo el concurso del elemento femenino el del masculino se había reducido á pequeña parte, y esta constituída por venerables señores cuyas blancas guedejas no interesaban á las muchachas, y en esta ocasión la ley de la oferta y la demanda por él bien conocida, le hizo comprender el aumento de su valor.

La proximidad del carnaval motivaba esta ausencia de los jóvenes elegantes arrastrados por las torpes excitaciones de la carne á los bailes de artesanos que se celebraban en el exconvento de San Agustín, local quizá elegido con el propósito de imitar al santo en su pecadora juventud. Una vez más patentizaba este caso, que por mucho que la cultura social

pula y refine los gustos, nunca desaparece por completo la bestia humana que impetuosamente exige la satisfacción de sus apetitos, idea que utilizó el zozobrante galanteador como puerto de abrigo para colocar su púlpito, y desde él, fulminar implacables anatemas sobre aquellos, sus contertulios, que preferían la ordinariez y procacidad de las gentes bajas, y el hedor de sucios y destartalados lugares á la finura de la sociedad selecta y á los artísticos salones adornados principalmente con la belleza de las preciosas muchachas que los transformaban en mansión encantada. El orador solo templó el tono iracundo para compadecer la ignorancia de los obcecados, quienes como los salvajes, cambian el oro puro por insignificantes cuentas de vidrio, seducidos por su falso brillo.

Este anticipo de las predicaciones cuaresmales agradó más al corro de que formaba parte Julia, que el discurso del lunes pasado, y perdonándole las destemplanzas de la forma en gracia de la buena intención, el auditorio empezó á manifestar sus simpatías al predicador, y este á crecerse con ellas, animando la conversación con los atrevimientos de sus reflexiones y juicios, y hasta con las felices ocurrencias de su ingenio. Aunque á todos los oyentes pareció algo excéntrico su modo de discurrir, rectificaron el

concepto que formaron de él la noche de su presentación, ensalzándole hasta el punto de gustarles sus excentricidades, como deliciosa y amena variante de la uniformidad correcta que tan sabida tenían.

La manquedad de la reunión no impidió que se bailara, porque los señores graves se resignaron á interrumpir sus conversaciones sesudas y hábitos tranquilos para animar los rigodones, completando las parejas necesarias, lo cual contrariaba no poco al animoso conquistador porque Julia siempre era de las solicitadas, y él, á pesar de su preparación y de las excitaciones del maestro para que se lanzara á practicar, no se atrevió á salir de su retraimiento temeroso de ponerse en ridículo.

Aunque su situación pasiva en los momentos del baile le hacía perder algo del ascendiente moral ganado durante los intermedios, se propuso aprovechar la buena temperatura de su ánimo para descubrir los sentimientos que hasta allí le condujeran, y demandar esperanzas para el alivio de su cuita á quien le había arrastrado con el poder de avasalladores encantos á entrar en aquellos lugares tan ajenos á su natural condición; pero los instantes pasaban sin brindarle ocasión oportuna de insinuarse, porque la excortesana, como si él fuera su principal acusador,

parecía evitar adrede que la juzgara coqueta, departiendo bulliciosamente con las amigas y ahuyentando los momentos de silencio que habrían de incitarle á las amorosas confidencias. En la profunda investigación de los sinceros deseos de la joven diplomática, se observaría que, á pesar de la conducta aparente, no le faltaba su tantico de curiosidad por conocer los apartes del nuevo apasionado.

Siendo Julia muy obsequiada en sociedad, y su carácter más propenso á saborear las delicias de lo cómico que á conmoverse con escenas sentimentales, no puede suponerse que la pasión amorosa, espoleara su interés; sin embargo le hablaba suavemente la voz del afecto, porque solo almas desnaturalizadas pudieran conservarse impasibles ante sus amadores: forzosa repercusión del amor manifestado que Dante concretó en esta ley moral, *Amor che á nullo amato amar perdona*. Pero el móvil principal de su curiosidad era el examen de aquel, que ajeno al figurín correcto del joven de los salones, se presentaba con personalidad propia, recién salido de los troqueles de la vida sin que el tiempo ni el uso hubiesen gastado la aspereza de sus relieves, ofreciendo en las mismas incorrecciones el encanto de una juventud incipiente que con su espontánea exuberancia hace olvi-

dar la tosquedad de la forma, como sucede en la contemplación de las obras artísticas de la Edad Media.

Al fin Jacobo vislumbró un resquicio de oportunidad y con voz temblorosa dijo á Julia en actitud de traidor de melodrama, como si se propusiera, no enamorarla, sino atemorizarla:

—La única ilusión de mi vida es estar á su lado departiendo con V.

Muy fuerte era la declaración para contestada por una señorita, y Julia entre mortificada por la presencia de las amigas, que no dejarían de embromarla, y sorprendida por el estrafalario denuedo del galán, algo se inmutó, sonrojándose levemente, y apelando al disimulo de arreglar el tocado mirándose en el espejo de enfrente y de abanicarse después muy de prisa, reanudó la conversación con sus amigas. Jacobo, aunque inexperto en empresas amorosas, no pudo menos de comprender que se había excedido al revelar su pensamiento en una frase demasiado concentrada, y al punto quiso enmendar la torpeza diluyéndola en verboso discurso, pero renació la conversación general un momento interrumpida, y sus propósitos no pasaron de tentativa frustrada.

El entendimiento de Jacobo, exclusivamente ejercitado en la rigorosa disciplina de la dialéc-

tica, no poseía la habilidad de las soslayadas insinuaciones ni el agudo discreteo en que se revela lo más íntimo del alma sin llegar á su declaración explícita, y por esto sentíase muy torpe para llevar rodando por un plano suavemente inclinado la balumba de sus anhelos, acrecentando su desconcierto las intencionadísimas frases con que á veces le sorprendían aquellas indoctas muchachas. Acostumbrado á prepararse para todos los actos de la vida con el orondo ropaje de la erudición, ni siquiera sospechaba las gallardas formas que puede exhibir el espíritu cuando se muestra en su desnudez, y hasta de aquellas arrogancias intelectuales de su altiva adolescencia empezaba á olvidarse, en fuerza de la obligada costumbre de sepultar la exuberante espontaneidad bajo el peso de las máximas y discursos escritos en los polvorientos infolios. Ante estas sorpresas, que tanto le impresionaban, no pudo menos de abrir un paréntesis en sus preocupaciones amorosas para intercalar tan útil observación, y aprender en ella cómo puede desarrollarse naturalmente la penetración intelectual, sin más que los sencillos y sanos alimentos de la vida común formando el *buen sentido*, á veces adulterado en los hombres por el mefítico influjo de exageradas y erróneas lecturas que los des-

vían de los normales caminos de la realidad.

Persuadido Jacobo á ponerse en razón prescindiendo de las quijotescas impaciencias, era su nuevo plan iniciar y proseguir la campaña con tal tiento que Julia no se percatara; método que consideraba muy práctico por haber observado en las discusiones que sostuviera, la facilidad con que se aceptan los antecedentes cuando ocultan la conclusión, y la rebeldía con que los desechan si aquella se presupone. Pero encontraba una dificultad insuperable para realizar su proyecto: desconocer todos los asuntos que ordinariamente ocupan la atención de la mujer para tomar pie de ellos encumbrándose por grados insensibles hasta tocar á su tema. No había visto otro espectáculo que el llamado por Voltaire *la ópera del pobre* ejecutada en la Catedral para solemnizar las fiestas de primera clase; ignoraba todo lo referente á modas; aislado de la sociedad desconocía la vida íntima de sus contertulios no pudiendo entregarse á comentarios de sabrosa murmuración, y hasta sus conocimientos literarios limitábanse á los grandes modelos como las epopeyas, los dramas de Calderón y Shakespeare, las novelas de Cervantes, las odas de Fr. Luís de León, Herrera y Quintana, los poemas de Goethe y las obras de los místicos, cuyo sutil conceptualismo acerca de los refinamientos del amor divino transportaba al amor humano, prefigurando por modo exquisito en la pureza de su vida ideal amores ultrarománticos. Con tales elementos era imposible platicar con una señorita, por culta que fuese, y ante su inutilidad abominaba de las malhadadas grandezas que le impedían confundirse con las adorables pequeñeces que tan dulcemente le solicitaban. Fatigado de registrar en vano los escondrijos de su pensamiento, no quiso perder una ocasión que juzgó propicia para departir con Julia, y con la mal fingida serenidad de un doctrino que presume de hombre de mundo, rodeó la proposición con el nimbo de su candidez preguntando:

—¿Iba V. mucho en Madrid al Teatro Real?

—Bastante, porque estábamos abonados.

—¿Alguna vez le habrá tocado ver la ópera *Fausto?*

—La ví varias y es de las que me gustan más por la música, por las decoraciones y sobre todo por lo monísimas que están las tiples.

—Solo conozco el poema y comprendo que inspirara á Gounod trozos de bellísima música, principalmente en las escenas de amor, que por llegar á ser el protagonista de ellas, *pero de verdad*, pudiera aceptarse la repugnante intervención del diablo y hasta dar la vida.

El gran toque de la habilidad náutica del romántico lo constituía esta bordada en el océano de sus amorosas confidencias para virar después con rumbo al puerto de sus propios sentimientos dejando á un lado las calaveradas del Doctor rejuvenecido.

—Pero, Jesús,—replicó Julia—esos extremos pueden pasar en el teatro, porque allí son muy bonitos, pero en la realidad de la vida serían muy ridículos.

—Pues yo creo que la suprema felicidad, á que todos debíamos aspirar, era producir nuestra vida conforme á los espléndidos ideales que el arte nos muestra en aquellas situaciones en que las almas se aunan y confunden por amorosa abnegación.

—Calle V., hombre, que si viviéramos como se ve en las óperas sería cosa de reventar no sé si de risa ó de aburrimiento. Y además vaya un tipo que toma V. por modelo, que mata á disgustos á la pobre Margarita.

—Es cierto que en este caso se confirma el *dime con quien andas*... porque al final la conducta del amante es verdaderamente satánica, pero siempre que leí las escenas amorosas de ese poema he sentido vivísimos anhelos de amar y ser amado de igual modo, y diciendo verdad, más me entristecía que alegraba su lectura, porque siempre me imaginé que no alcanzaría dicha tan completa.

Ante los vuelos que la conversación iba tomando vaciló la interlocutora entre seguirla por lo serio ó variarla con una cuchufleta, pero animada por la esperanza de divertirse con las exageraciones del nuevo Fausto se decidió por lo primero y cuidando, no obstante, de que no la juzgara su Margarita, le dijo:

—Yo le daría un consejo.

—Será mi mayor gusto poder seguirlo.

—Que no preocupara la imaginación con esos poemas, porque ninguna, como no sea una literata sentimental, ha de estar á la altura de sus tipos imaginarios y se pasará V. la vida buscando novia sin encontrarla jamás.

Como los calculistas que con solo enunciarles un problema ven el resultado, haciendo instantáneamente las operaciones necesarias para su resolución, pensó Jacobo que estas palabras de Julia podían ser una censura para desalentarlo, lo mismo que la expresión de un recelo de no alcanzar á la talla exigida por él, y sintió impulsos de salir de la duda disparándole la formal declaración de amor; pero al fin se contuvo, y prosiguiendo en términos impersonales su método explorador, le dijo:

—No tengo formada tan baja idea del sexo

que V. honra, antes al contrario, creo que la realidad puede dejar muy atrás todo lo imaginado y algunas conozco capaces de demostrarlo, y que si me amaran yo me entregaría á ellas sin sombra de recelo porque atenuaran la más mínima parte de mis ilusiones.

Al iniciar esta explicación, temió la consejera que la mar de fondo de su apasionado rompiese en la superficie levantando hirvientes espumas de rendidas declaraciones á la usanza caballeresca, pero respiró satisfecha al ver que no personalizaba, y gustando de este discreteo, sin reparar que como la mariposa corría el riesgo de abrasarse en la luz en derredor de la cual giraba, exclamó:

—¡Pero V. es un sultán! No se contenta con una sino que desea *algunas*, y por lo visto también han de tomar la iniciativa amándole á V. primero, por si se digna corresponderlas.

Aguijoneado por estas frases, en las cuales hasta creyó ver un reproche á su timidez, ya Jacobo no podía contener el secreto, que á borbotones le había subido al rostro, publicándolo sus ojos y forzando el cancel de sus labios; mas temeroso de perderlo todo en un momento, hizo un esfuerzo supremo para sofocar sus ímpetus, y afectando reposo contestó:

—No me expresé bien, por lo cual V. ha

entendido lo que yo no he querido decir. He dicho *algunas*, porque limitándome á una, que es la que yo amo, revelaba mi secreto de enamorado, y soy muy escrupuloso en la custodia de secretos; si fuera confesor sería otro San Juan Nepomuceno. Y los indicios de amor los necesito, no para que nazca el mío á sus expensas, sino para tener la tranquilidad de que no han de recibirse con disgusto las manifestaciones de mi corazón, pues si V. no lo sabe por experiencia propia, su claro talento lo supone, el que mucho ama, y en tal situación me creo, padece refrenando los afectos y goza comunicándolos en dulces expansiones.

Sin perder la afición á los discursos ampulosos, ya el doctrino se aventuraba á envolver dardos en sus frases, y cada vez los ponía más afilados aleccionado por el natural aprendizaje que torna discreta á la protagonista de aquella deliciosa comedia del Fénix de los Ingenios *La niña boba ó buen maestro es amor*, y Julia, animada por la insinuante conversación del galán, ya no esquivaba ser blanco de ellos, y aun parecía solicitarlos con sus réplicas, solazándose con el carácter íntimo del diálogo. Resbalando por la pendiente en la que cada vez estaba menos firme, objetó al enamorado exageradamente circunspecto:

—No se violente V. escondiendo sus sentimientos, porque las mujeres, aunque no acepten las relaciones amorosas, siempre agradecen las muestras de cariño de sus apasionados.

—¿Y cree V. que el agradecimiento se acrecienta á medida de las manifestaciones de un amor inmenso?

—Siendo discretas, siempre.

—De modo, que decir á una mujer que se la ama con toda el alma, que solo por ella y para ella se desea la vida, y que cuando sus ojos no alumbran nuestro camino, es el mundo tenebrosa cárcel: en una palabra, entregarse sin reservas y en absoluto á su amada, ¿colmará las medidas de la gratitud?

Jacobo esperaba la respuesta afirmativa para solicitar de Julia que le otorgase el máximum de su agradecimiento, pero el escurridizo ingenio de la muchacha le burló la ocasión, haciéndole observar que la verbal declaración de amor es lo de menos, lo importante son las continuas pruebas de constancia á pesar de las contrariedades, y terminó diciéndole.

—Nunca he tenido amores, pero me parece que la correspondencia amorosa antes de declararse, ha de reconocerse como hecho que se impone á los enamorados.

Bastante desconcertó á Jacobo este inesperado subterfugio, y aun llegó á sospechar que estaba tratando con una coqueta que se proponía jugar con él para lucir uno más en la ristra de sus *osos*, pero apretando el cerco le preguntó:

—¿Esas ideas las manifiesta V. como las generales de la mujer? ó ¿son el programa que V. impone á sus enamorados para ser correspondidos?

Como los casados y los señores respetables, que por suplir á los jóvenes ausentes animaban el baile, no tenían interés por ninguna muchacha en especial, viendo á Julia tan entretenida no quisieron interrumpirla, y Luís siguió este ejemplo dejando que las empezadas confidencias siguieran su curso, y por tal razón una vez dejó de bailar sin sentirse mortificada por el olvido, divirtiéndose más con la charla del sabio; pero en el momento de la anterior pregunta anunciaron el refresco y Julia se aprovechó de esta circunstancia para rehuir la contestación, y á pesar de ir al comedor del brazo de su interpelante, se esforzó por tener siempre al lado alguna de las amigas, imposibilitando con tal conducta la prosecución del diálogo anterior.

Por varios conatos frustrados de reanudar los apartes, se convenció Jacobo del irrevocable propósito de su interlocutora de levantar por aquella noche la sesión íntima, y cuando Don

Pedro Saavedra se retiró en compañía de su hija, Jacobo buscó á Luís para despedirse de los señores de la casa, agradeciéndoles las veladas deliciosas con que obsequian á sus invitados, y prometiendo no faltar el lunes siguiente.

En la calle, antes de separarse ambos amigos, solo de Julia se ocuparon, elogiando la amenidad de su trato y su discreción extremada, compenetrándose tan perfectamente las dos cualidades que formaban un carácter siempre jovial, pero sin excederse á censurables extremos de chocarrería. Luís felicitó á su protegido por la campaña de aquella noche, al parecer tan brillante, y este, sin entregarse á expansivas confidencias, se limitó á encomiar las ingeniosas agudezas de la muchacha con que tan agradablemente le había sorprendido; pero al quedarse solo engolfado en la tarea de repasar desmenuzando todos los puntos de su extensa conferencia, percibía dejos amargos, cada vez más fuertes, en la azucarada copa de su regocijo. De una parte, parecíale indudable el interés, siquiera de simpatía, con que Julia le atendiera, pero de otra, aquel corte brusco en el momento más sustancioso de la conversación, revelaba el propósito de no extenderse más allá de las fronteras de la amistad. Érale muy duro conformarse con este segundo juicio, y para no sumirse después de tan deleitosas emociones en el más hondo desconsuelo, atenuaba su interpretación arrojando montañas de recato sobre el espíritu de la enamorada joven que comprimían los brotes de su naciente amor, temerosos de ser considerados como manifestaciones de liviandad.

La incertidumbre en que la hija del magistrado supo dejar al impaciente galanteador, fué para este nuevo combustible que avivó la hoguera de sus cavilaciones, y como en torno de la obra del genio revolotea afanosa bandada de comentaristas para desentrañar el sentido íntimo de todas las frases, Jacobo no cesaba de meditar sobre las palabras de Julia, encontrando en ellas para su goce y para su tormento, según los estados del ánimo, cuanto quería su preocupada inteligencia. A la interpretación de este nuevo libro de texto aplicaba entonces las potencias del alma con más fervor que al estudio de los autores que le habían inspirado aquella serenidad olímpica de lo ideal, despreciadora de los míseros afanes que agitan á los individuos que no lograron emanciparse de la tosquedad del barro donde tuvieron su origen.





X.

Viaje al Parnaso.

Sobre el húmedo césped de los parajes umbríos, exhalaban suave perfume las escondidas violetas como efluvio indiscreto de la pujante actividad, desplegada por la Naturaleza en el silencioso retiro de su tocador, para presentarse espléndidamente ataviada en las fiestas de Venus. La savia plasmadora despertaba del sueño invernal, trepando por los vasos capilares para agolparse en las yemas y coronar con verdor hasta los troncos más añosos, y la savia del organismo humano, émula de la vegetal, acrecentaba la amplitud de sus ondas, que impelidas por los vigorosos latidos del corazón repercutían en el cerebro, manifestando el estado congestivo del órgano del pensamiento con delirios poéticos. Enrarecida la atmósfera por los

tibios rayos del sol, nuncios de la primavera, relájase la tonicidad muscular, de lo cual es síntoma cierta lánguida pereza, y sobre tal estado de laxitud, rota la esclusa del sano equilibrio, desbórdase el torrente asolador de las facultades imaginativas, acarreando las infundadas vehemencias y los caprichosos disgustos de incipiente histerismo.

Estos caracteres de la *primavera médica* reveláronse imponentes en mi impresionable amigo, arrastrándole á tal exaltación y desasosiego que lindaban en ocasiones con las destemplanzas de la locura. Asistía á las cátedras por la imposibilidad de burlar la asidua vigilancia del bedel, pero exceptuando las horas en que daba el cuerpo á la Universidad, consagrábase por entero al poema de sus amores. La calle de Julia le había resultado camino para todas partes, á pesar de ser excéntrica, y si alguna vez sorprendía en la ventana á su ídolo, no le importaba que se retirase inmediatamente después de haberlo saludado, gustoso mortificaba su inquietud con grandes ejercicios de paciencia esperando la reaparición de la adorada imagen en el altar de sus únicas devociones, sin impresionarle que profanaran la acendrada religiosidad de sus sentimientos las sacrílegas rechiflas de los aprendices de la sastrería contigua y de

los escribientes del procurador de enfrente. Se lanzó algunas veces á acompañar en paseo á la reina de sus pensamientos, pero aunque adulaba mucho al señor magistrado para que le considerase muy amable además de sabio, no exageró este proceder, temeroso de que se torciera el buen giro que le parecía llevaban sus pretensiones, y para compensar las intermitencias del discurso amatorio cuando se resignaba á pasear solo en las tristes tardes concedidas á los rigores de las conveniencias sociales decía con los ojos, en los preparados encuentros, las apasionadas frases que por fuerza callaba. En suma, cortejaba á la dama conforme al repertorio sugerido por el frenesí romancesco de los adolescentes enamorados, igual para todos, á pesar de las más profundas diferencias intelectuales, singularizándose tan solo este arrebatado fantaseador, por una intensidad más reconcentrada en las extremosas manifestaciones de la pasión.

El lunes siguiente al antes mencionado, instalóse en el campo de sus escaramuzas amorosas, resuelto á no salir de allí aquella noche sin aclarar sus dudas y, firme en este propósito, apenas vió que los achorizados dedos de doña Carmen soltaron la mano de Julia, se la estrechó el codicioso interlocutor dispuesto á no

perder tiempo en la realización de sus atrevidos planes, pero las muchachas á cuyo corro se dirigía la recién llegada, mirábanla con intencionadas sonrisas, y al momento fué á saludarlas sin que por esto saliera de la órbita de sus giros el satélite que le acompañaba. Después de varios esfuerzos para monopolizar, solo él, la atención de Julia, pudo lograrlo entregándose á transportes del más encumbrado lirismo, y hasta declamando algunos versos amorosos, pero aun en la situación tan humana y terrenal en que se encontraba, seguía rindiendo culto al platonismo conceptuoso de los poetas místicos, y sin reparar en lo inoportuno de la cita hablando con una muchacha que tenía más sentidos que entendimiento, apeló nada menos que á la *Canción entre el Alma y el Esposo* para decir con San Juan de la Cruz: Soy tan constante en el afecto, que

Buscando mis amores
iré por esos montes y riberas
ni cogeré las flores
ni temeré las fieras
y pasaré los fuertes y fronteras.

arranque recibido por Julia con este comentario.—¿Pero es que tiene V. á su amada cautiva en Africa, y que no puede verla, sino corriendo todos esos peligros?

Algo le estremecían estas frecuentes abluciones con que el ídolo refrescaba los ardores del devoto, volcando sobre ellos el jarro de la vulgaridad, pero la fiebre amorosa pronto reaccionaba del escalofrío, y considerando agudezas estos prosaicos epigramas, no descendía del cielo de su entusiasmo, porque solo viviendo fuera de la tierra se comprende que la frase anterior, le dejara bríos para disparar la flecha con que había montado el arco, diciéndole por fin:

—Pues mi amada no está, ni lejos, ni cautiva, sino tan cerca de mí en este momento, que es V. misma, y el cautivo soy yo, que tengo toda mi alma encadenada á su voluntad.

A pesar de haberse anunciado mucho esta interpelación, turbóse, y no poco, la interpelada, y recurriendo á una evasiva para conservar la ambigüedad, tomó por su habitual sendero de la juguetona alegría, prorrumpiendo entre risas.

—¡Jesús! ¡A qué cosas tan serias se lanza usted! ¿Cuándo pude imaginarme que tenía cautivos? ¿Que quiere de mi voluntad, si esta misma conversación le demuestra que soy *su amiga?*

Preludiaba Jacobo un campanudo discurso sobre la inmensa distancia que separa al amor

de la amistad, cuando Julia le interrumpió fingiendo cierta importante noticia que debía comunicar á una amiga suya que vió trasladarse de uno á otro extremo del salón y el diálogo quedó terminado en este punto.

Pudo Jacobo reanudarlo más tarde, pero vió claramente que Julia gustaba de sus pláticas amorosas, siempre que no la acosara con la apremiante declaración, y temiendo perder las posiciones conquistadas, por precipitarse al asalto, se resignó á fomentar el discreteo, si bien por su parte, no como inocente pasatiempo, sino procurando para su causa las mayores ventajas posibles.

Entregados á estos juegos, tanto abusó el galán de su erudición poética, que la dama le dijo:

—Debe V. escribir muy buenos versos.

—No lo crea V., varias veces lo intenté sin resultado.

—No sé por qué, pero los hombres que tienen esa *habilidad* se resisten á confesarla como las muchachas sus noviazgos.

—Pues yo le hablo sinceramente, y siento en el alma que sea verdad, pero mentiría si otra cosa dijese, porque jamás logré versificar á mi gusto.

—Ya lo va V. confesando, es que no le satisfacen, pero yo deseo conocerlos, y si no los tiene en la memoria me los leerá el próximo lunes.

Con tales bagatelas entretuvieron la velada, y al retirarse Jacobo á su casa iba pensando en las contradictorias revelaciones de la traviesa muchacha.

—No quiere hablar de amor y al mismo tiempo me pide versos con mimosa exigencia. ¿Si se habrá propuesto burlarse de mí, escarneciendo la pobreza y humilde posición de mis padres? Cá, esto sería demasiada maldad, y solo para mofarse no deja de comprometer su reputación departiendo tan largamente conmigo. Nada, nada, aunque es tan enredadora, es muy tímida en el fondo, y no se decide á formalizar conmigo relaciones amorosas. Lejos de mí todo asomo de desaliento, que armado de constancia triunfaré de su indecisión.

Absorto en las disquisiciones de este monólogo entró en su cuarto, y en vez de acostarse, preparó cuartillas para derramar sobre ellas los esplendores de su fantasía tan afanosamente solicitados. ¡Cuántas ideas poéticas, cuán hermosas imágenes y qué conceptos tan refinados y sutiles respondieron al conjuro de su espíritu sobreexcitado! Pero, ¡cuántas dificultades, que miseria de recursos, y las palabras cuán indóci-

les para producir la majestuosa sonoridad de las combinaciones métricas! Fatigosamente subía las faldas del Parnaso, como aquel *quidam caporal italiano*, del poema de Cervantes, caballero en mula de *tartamudo paso*, ya tropezando en los acentos que le entorpecían la marcha imponiendo á sus fogosos deseos el andar desesperante de la prosaica cabalgadura, ya deteniéndose en las espinas de los consonantes, tan insuperables á veces que le obligaban á variar de sendero. En su nerviosa exasperación invocaba á las ninfas del Sar, pero estas no conseguían de Apolo que le prestara su Pegaso. Después de ensayar gran variedad de metros y estrofas se resignó al tradicional romance octosílabo, que por ser asonantado y compatible con las humildes entonaciones del lenguaje, lo consideraba como el canto llano de los números poéticos; pero aun disminuyendo trabas, solo pudo escribir en algunas horas, y después de muchas rectificaciones, un mezquino fragmento, el cual traslado con el doble propósito de que se conozca por modo auténtico la rigidez de la forma y el afán de filosofar, aun jugando con el ingenio para halagar una pasión mundana.

Por muchos tonos que ofrezcan
las diversas nubecillas
que en la aurora y el ocaso

lucen sus preciosas tintas,
una sola luz las tiñe,
y siendo siempre la misma,
produce sin agotarse
riqueza tan exquisita;
así el amor, penetrando
al través de nuestras fibras,
va tejiendo las acciones
que más adornan la vida,
desde el matiz delicado
de la gracia femenina,
hasta el sublime arrebato
del mártir que sacrifica
sus mejores esperanzas
en pro de la ajena dicha.

Al siguiente día, calmada la fiebrecilla nocturna en que se engendrara este trozo de versificación, lo encontró muy desgarbado y falto de estro, arrepintiéndose de haber acometido tal linaje de empresas, cuando sin remontarnos á otros siglos se han escrito en el nuestro los romances de Arolas, los del Duque de Rivas, y principalmente los legendarios del vate nacional por excelencia, del gran Zorrilla, en los cuales el calor de la inspiración, la tersura de la frase y la flexibilidad de los giros siguen tan espontáneamente el desarrollo de los conceptos, que la forma no es artificio preparado tomando las medidas al asunto, sino que con él nace y crece como la piel que envuelve nuestra ar-

mazón orgánica. Pero hay manías muy insidiosas y la poética es de las más. Se empieza por juego, conociendo los defectos del ensayo, y burla burlando, el espíritu se desvanece hasta tomar en serio la tarea, aunque los resultados sean tan defectuosos como al principio.

Contemplando su primera tentativa, se decía el aprendiz de poeta:

—Esto ha sido esfuerzo gimnástico para probar mis fuerzas, pero nadie empezó haciendo bien las cosas y voy á repetir para perfeccionarme. Dejando el concepto del amor en general, lo personalizaré ahora, que esto agradará más á Julia. Lástima que su nombre apenas tenga palabras consonantes, pero prescindiré de nombrarla, que quizá fuera muy atrevido encontrándome tan atrasado en su favor.

Y montando nuevamente su mula *grande en los huesos y en la fuerza exigua*, prosiguió la jornada, recibiendo, después de muchas súplicas, esta limosna de las musas:

Busca el místico á Dios en todas partes,
constante objeto de su amor ferviente,
y los cielos, la tierra, cuanto existe,
muéstranle su Hacedor siempre presente.
Esta dulce visión, del alma encanto,
la engendra el rebosar de los amores,

luz que brilla primero en la conciencia
para extender á todo sus fulgores.
Tirana mi pasión, cual la del místico,
nada en el mundo de mi amor me aleja.
¿Cómo olvidarte yo, sol de mi vida,
si todo cuanto admiro te refleja?

El contagio ya se extendía por su entendimiento, sintiéndose más satisfecho de esta prueba que de la anterior, no comprendiendo que los desiguales renglones, empedrados de durezas, eran más propios de un razonador metafísico que del amante cantor de su pasión. Como el escolástico más rastrero, servilmente construyera un silogismo rimado, que á voces pedía el *ergo* á la mitad de la última estrofa, revelando su factura que antes se escribió el pensamiento en prosa, para moldearlo después en endecasílabos remendados con ripios.

Por la velocidad adquirida, no pudo contener el impulso de perpetrar una diatriba al estudio, que fuera juntamente el *Confiteor* de su pasado y el propósito de la enmienda para lo futuro, y quizá como réplica al cantor grandilocuente de los progresos científicos, intentó remedar su majestuoso vuelo, apostrofando á los amores de su vida anterior en medio del magnífico estruendo de las odas quintanescas, con la siguiente blasfemia:

¿De qué sirve al avaro pensamiento
del estudio los frutos más preciados
atesorar sediento,
si la Historia, con voces de elocuencia,
proclama sin cesar de siglo en siglo,
como única verdad de la experiencia
que al compás de los tiempos se derrumban,
los supuestos eternos ideales,
arrollados por otros que disputan
ocupar los antiguos pedestales?

En este arranque escéptico, antes que el pecado de la forma debe perdonarse la depravación de la idea, á pesar de su gravedad, porque ajenos errores le arrastraron á ella. Anhelando su espíritu por espontáneo poderoso impulso empapar la visión en la clara y directa luz del Sol, apenas miró, acudieron, so pretexto de auxiliares, manos arteras con vidrios teñidos estorbándole que percibiera la realidad en su propio color hasta producirle al fin un pérfido daltonismo que á todas horas castigaba su tacto con sensaciones diversas de las anunciadas por la vista; y con estos antecedentes ¿no es disculpable el enfermo que no distingue los colores, si al arrimarse á la nieve que por error visual cree rojiza llama, y sufrir el burlador estremecimiento de la glacial impresión prorrumpe en desatinadas imprecaciones ignorando dónde está la causa de su daño? Jacobo al sentir que

sus ideas tropezaban con los hechos no debía escarnecer la Ciencia, sino su ciencia; pero las gafas del exclusivismo erudito incrustadas en su cráneo impedíanle establecer tal distinción, y obraba con la lógica del idólatra que zambulle la figurilla que adora cuando no llueve á su gusto, ultrajando las divinas leyes del Universo.

Mientras él rimaba sus ideas contando las sílabas por los dedos, en casa de ella acaecían escenas de no poca transcendencia en los sucesos futuros. No solo en Compostela, sino en otro pueblo más rico en elementos para distraer la atención pública, el *Gran Galeoto* ya presenciara más de lo necesario para ejercer su infatigable actividad en la propagación y acrecentamiento de los indicios que constituyen su manjar más deleitoso, y no tardaron los juicios compasivos de los husmeadores, alternando con las frases satíricas de unos, y agriándose con la tristeza de la dicha ajena no disimulada por otros, en transmitirse á las gentes ansiosas de novedades. No faltó quien creyera deber de conciencia advertir al exmagistrado el entretenimiento seguramente perjudicial á que su hija se entregaba con decidida afición, y él que ya lo notara en los largos coloquios con que se distraía en casa de Ramírez, en la frecuencia con que

el estudiante intentaba reanudarlos en paseo y hasta en los repetidos encuentros que la casualidad les deparaba en los alrededores de su casa, empujado por la oficiosidad del consejo amigo, interesado en evitarle lamentables consecuencias, se decidió á intervenir enérgicamente convenciendo á su hija del fatal desacierto en que había incurrido, para persuadirla al abandono de los ruinosos caminos en que se internaba.

Comenzó la campaña el padre de Julia llamando á esta al despacho para amonestarla solemnemente, diciéndole:

—Sabes que nunca me gustó entremeterme en tus amoríos pero ya tienes 22 años.

—Aún no los he cumplido, papá.

—Bueno, pronto los cumplirás y debes pensar seriamente en tu porvenir. Te has aficionado á un pobre estudiante, que aunque tiene talento, Dios sabe cuál será su porvenir y cuándo alcanzará posición, y piensa que puedes pasar toda tu juventud esperándole, y si acaso no casarte ó casarte hecha ya una vieja. Desapruebo en absoluto tu elección, porque el hijo del bedel aún ha de dar muchos tropezones en su camino, y no digo lo que te espera sufrir asociándote á tan infortunada compañía.

—Tengo mucho tiempo por delante para casarme vieja, pero no sé papá, porque me hablas de esto cuando no existe fundamento para tal advertencia.

—Demasiado sabes que existe, y no lo digo yo solo, sino todo el pueblo, que se ocupa del maldito amor lamentando la rareza de tu capricho.

Don Pedro, á pesar de haber pasado en Madrid la mayor parte de su vida, preocupábase mucho de las hablillas.

Julia, molestadísima, y sin cuidarse de que envolvía á su padre en la censura, le dijo:

—Esa gente chismosa no debe tener mucho en qué ocuparse y la ha tomado conmigo inventando una fábula sin sombra de verdad, porque ni de quien te refieres ni de otro alguno acepté relaciones, ni siquiera les dí esperanzas.

—Soy muy viejo para creerte y lo que pido por tu bien, para que no me obligues á exigirlo, es que despidas á ese ridículo mozalvete.

Julia salió del despacho acompañando su rabieta con este rasgo de orgullo.

—Se conoce que hay muchas cursis envidiosas de los que me sobran.

Enseñan los libros sagrados que la serpiente tentó á nuestros primeros padres excitando su orgullo con la promesa de hacerlos iguales á Dios, y este silbo halagador siempre resonó con éxito en los oídos de los descendientes repi-

tiendo con ellos la trágica escena del Paraíso y precipitándolos á las bárbaras arrogancias de Segismundo, que mata á un hombre solo por la satisfacción de decir á quienes contrarían sus palabras *¡Vive Dios, que pudo ser!...* Con idéntica fiereza á la del protagonista de *La vida es sueño* replicamos á quienes intentan abatir nuestras aspiraciones, sintiendo excitado el amor propio con tan indómita bravura que convertimos en inquebrantable propósito lo que sin esta sugestión no hubiera pasado de vago y fugaz deseo. Julia no había recibido ni de sus padres ni del mundo la suavizadora enseñanza de las contrariedades é infatuada por los galantes elogios con que la sociedad deprava á la mujer repitiéndole que «la hermosura á todo tiene derecho y en todo tiene razón» consideró desafuero la reprensión de su padre, siendo además infundada, y se propuso afirmar su derecho ejerciéndolo para gozarse en decir un día á su áspero director «¡Vive Dios, que pudo ser!»

No tardó Jacobo en suponer esta admonición paternal por el indicio del cambio brusco de conducta de las dos personas de la familia Saavedra, quienes procedían con él tan en razón inversa una de otra, que la hija le exaltaba con cariñosas atenciones á medida que el padre le deprimía con sus frases escasas y severas, constituyendo un caso perfecto de equilibrio mecánico. Creíanse ambos independientes en las acciones y á despecho de sus sentimientos se movían en la misma solidaridad de los platillos de la balanza. Al contrario de sus intenciones vino D. Pedro á ser inconscientemente el principal factor y cómplice para proporcionar al enemigo lo que hasta entonces tan difícil se le había mostrado; con la circunstancia agravante de no tener derecho, ni siquiera al premio del agradecimiento, por su eficaz y rápida tercería.

Esta actitud beligerante sosteníala el antiguo magistrado en el paseo y donde quiera que los enamorados se viesen, sin excluir la casa de Ramírez, llegando en sus tertulias al extremo de llamar á Julia siempre que la veía engolfada en coloquios con su novio, sin preocuparse de que tal conducta acrecentaba la murmuración en vez de refrenarla. Para disminuir ocasiones se negó un lunes á llevar á la díscola y mal aconsejada hija á este escenario de sus duos amorosos, y el acuerdo fué contraproducente, porque la privación exacerbó el apetito, y ante las crecientes dificultades menguaron los escrúpulos para satisfacerlo, sirviendo una de las criadas de los señores de Saavedra, con todo el disimulo requerido por las circunstancias, de portadora de los cortos pero sustanciosos escritos de Julia á Ja-

cobo, y de retorno de las alambicadas epístolas y de los infelices versos de este á aquella. El neófito de los conceptos rimados consumía horas y horas petrarquizando con la más delgada sutileza para extraer de la alquitara de su ingenio la quinta esencia de los afectos de amor. No solo el bedel, fácil al entusiasmo, sino su recelosa mujer, nunca vieran al hijo tan exageradamente aplicado y mucho temían al quebranto de su salud por abusar del estudio.

Envuelto y revuelto el tan laborioso estudiante en estas tareas se consideraba en el ápice de la felicidad, aumentándole el júbilo las contrariedades que á sus designios se oponían, porque iluminaban con tintas dramáticas el cuadro de sus amores completándolo con los más exquisitos toques del refinamiento artístico. Comentando las excelencias de lo que llamarían infortunio los espíritus vulgares, escribió á su amada para confortarla de los rigores de la lucha en estos términos:

«La más alta belleza de las pasiones solo pueden engendrarla el contraste y la oposición en fecundo consorcio. Sin el odio mortal de Capuletos y Montescos Julieta y Romeo hubieran sido dos novios adocenados, pero el choque de los rencores de familia hizo saltar la chispa que inmortalizó en los cielos del Arte

sus trágicos amores. Sin el bárbaro cohecho de un tutor intransigente Eloisa y Abelardo hubieran desleído su comprimida pasión en el regular y tranquilo estado del amor exento de congojas, y sin las formidables olas del Helesponto que en noche tempestuosa sepultaron á Leandro, sus ocultas entrevistas con Hero no hubieran pasado de repugnante sacrilegio cometido por una sacerdotisa impura.

»Son los ríos imagen de la vida. Si se desliza su corriente por ancho cauce y sobre lecho igual, el terso espejo de la superficie es sencillamente bello reflejando con nitidez la frondosidad de las márgenes, pero si en su curso se interponen obstáculos, las furiosas aguas corónanse de níveas espumas y las menudas gotas que salpican á los rayos del sol los quiebran y descomponen suspendiendo en los aires las luminosas galas del arco iris. No te desalienten las contrariedades porque ellas embellecerán nuestro amor y aumentarán el temple de nuestras almas como la frigidez del agua da dureza diamantina á la hoja de la espada.»

Tal era el tono de las proclamas incendiarias de Jacobo que Julia leía por haberle exigido su padre que desatendiera al pretendiente tan rico de fantasía como menesteroso de recursos pecuniarios.



XI.

Llegada al Parnaso.

QUÉ romántico no atormentó la fantasía en sus delirios eróticos fingiendo misteriosas y anormales entrevistas para regalarse con las íntimas confidencias de su amada, cuando la complicidad de los nocturnos velos incita á romper las trabas del pudor social? ¿Qué temperamento exaltado no soñó con la reja de las leyendas escribiendo en el pentágrama de sus anhelos, los varios tiempos de una fogosa serenata alternando los *andantes amorosos* del alma que goza la delectación del amor correspondido, con los *scherzos* y *allegrettos* de los imaginados celos y zozobras hasta desvanecerse al fin en *ritornello* tiernísimo que como himno de triunfo pone olvido á las pasadas angustias? Y ¿cómo Jacobo, siempre exaltado en sus varias imaginaciones, no había de aspirar á ser actor

en tales escenas cuando el destino se las brindaba como natural y lógica expansión de los amantes tiranizados que solo á espaldas de la sociedad pueden comunicarse la identidad de sus sentimientos?

Los enfáticos encumbramientos y la seriedad quijotesca de quien nunca había jugado, repugnaban por frívola y ordinaria la frase *pelar la pava* con que en la jerga amatoria llaman los Tenorios desenfadados á la recatada confesión de quienes solicitan vivir en la misma gracia haciendo juntos examen de conciencia; pero aparte del nombre que por más respetuoso prefiriera, cifrábanse sus más vehementes deseos en oir ternezas, protestas y juramentos dichos por su amada con voz cautelosa y trémula en el silencio y soledad de las altas horas de la noche.

Para satisfacer estas ansias había prometido Julia facilitar con todo sigilo las condiciones necesarias, y solo faltaba que el novio engañara á sus padres suponiendo un motivo que le exigiera pasar la noche fuera de casa. Entre varios proyectos, poco hábiles todos ellos, sugeridos por la inventiva, exuberante en el fantasear engañándose á sí misma, pero mezquina en el mentir, se decidió por el siguiente exponiéndolo con vergüenza y recelo.

—Saben ustedes las muchísimas atenciones

que debo á Luís habiéndome presentado y guiado en casa de los señores de Ramírez con extraordinaria amabilidad, y ahora me pide que hasta fin de curso le dedique algunas noches para ayudarle á repasar los puntos más difíciles de las asignaturas.

La madre recibió la noticia presentándole al instante esta limitación.

—Supongo que á las once ya podrás estar en casa.

—No señora, su deseo es que pase toda la noche con él.

Gran sorpresa causó á los padres tan atrevida proposición y aunque su hijo nunca había mentido, sospecharon con pena que empezaba á variar de conducta maleado por los entretenimientos amorosos de cuyo rumor algún eco percibieran, y el bedel se apresuró á cohibirle advirtiéndole:

—No olvides que tu salud es muy floja y con la temporada que llevas estudiando exageradamente, si empiezas á mermar el sueño, no llegas sano á los exámenes.

—En compensación dormiré durante el día cuando vele por la noche.

—No me gustan tales desarreglos, mejor sería que te disculparas de esos repasos tan á deshora.

Jacobo no podía resignarse á que un detalle accidental malograra sus deleitosas ilusiones, y reforzó la demanda con esta reflexión:

—Luís, atendiendo á sus clases y á la vida de sociedad, no puede estudiar á otras horas, y si no accedo á su petición en los mismos términos propuestos por él, es decirle que no me da la gana de molestarme, y no me atreveré á mirarle á la cara, porque con justicia me acusará de ingrato.

—Eso nunca, hijo mio, la ingratitud es vicio abominable.

Con esta sentencia intervino la madre favoreciendo la proposición del demandante, y aunque no sin recelos, el matrimonio fué transigiendo, lo cual no le dolía gran cosa al devoto de la aristocracia, porque si bien el peso de sus sospechas le arrastraba á creer que era cátedra de amor y no de Derecho la que á tales horas habría de explicarse, lisonjeábale interiormente que los merecimientos del hijo triunfaran de la humildad de su posición hasta entenderse con una discípula de selecta estirpe.

Contento el enamorado mentiroso de haber conseguido fácilmente lo que tanto deseaba, vió llegar la noche de sus fantásticos ensueños henchida de dulcísimas promesas, dudando que le fuera dable gozar la felicidad entrevista por

él como rareza venturosa muy alejada de los rigores de su destino.

Como en refectorio conventual, cuidó la madre de que el púlpito no estuviera desierto durante la cena, pero el novicio de las nocturnas devociones tenía en otra parte el pensamiento, y en su estado de distracción apenas se enteró de la plática.

Salió de casa á las diez y media de la noche, y como había dicho á sus padres, fué á casa de Luís, pero no á engolfarse en los estudios, sino á esperar la una, hora convenida para la inauguración de las románticas veladas. Charlando con el amigo, á quien no pudo ocultar la causa que motivaba su excepcional conducta, oyó dar las once y las doce, hasta que poco después de esta hora, no pudiendo soportar la desesperante lentitud con que el tiempo pasaba, y además temeroso de resultar excesivamente pesado, se despidió del amable compañero sobreponiéndose á sus reiteradas instancias para que con él esperase el tiempo que faltaba hasta la hora de la cita.

Abrasado en su impaciencia pensó consumir los cuartos de hora enemigos de su dicha vagando por las calles para atenuar con vertiginosos paseos la implacable instigación de sus ansias, pero al salir á la calle, súbitas impre-

siones modificaron estos propósitos. Puesto de repente en medio de la soledad augusta de la noche, contemplando la luna que en toda su plenitud difundía desde las alturas de la azulada esfera mansos resplandores, que sin transiciones de penumbra arrumbaban las sombras en las rinconadas del monumental edificio de la Universidad que ante sus ojos tenía, y al escuchar como única manifestación de la vida el canto del vigilante sereno que con voz lúgubre entonaba, allá lejos, el *Ave María Purísima*, no pudo contener el ímpetu de su fantasía, y comenzó á declamar aquellos versos de Zorrilla:

Limpia es la noche y callada
la luna en el zenit brilla,
como lámpara colgada
en recóndita capilla.

y á continuación de estos, los de Espronceda, con que da principio al *Estudiante de Salamanca*. Excitado por la solemne grandiosidad promovedora de esta repentina emoción estética, se propuso invertir el plazo de espera, visitando los lugares más poéticos de Compostela, para inflamar la imaginación con el espectáculo de las grandezas artísticas, y con el recuerdo de los hechos históricos, ya presentes en sus mo-

numentos, ya latentes en los nombres de sus plazas y calles.

No faltará quien juzgue apócrifa esta parte del relato, conceptuando inverosímil, que un enamorado á quien solo faltan minutos para entregarse por primera vez á los transportes y deliquios de un frenesí amoroso, se distraiga con la Arqueología y con la Historia; pero no olvidando cómo tiranizaba al estudiante compostelano la absorbente imposición de su monstruosa idealidad, podrá convencerse el lector de la autenticidad de este excepcional episodio. El carácter de Jacobo, harto manifiesto en todos los momentos de su vida, indujíale á considerar en Julia, no el objeto único é insustituible, centro y compendio de todos los afanes de su vida, si no el símbolo más brillante del *Eterno femenino*, de cuyo supremo culto deducía el que individualmente profesaba á su elegida. Panteista en el amor, posponía el caso concreto al concepto ideal, adorando al amor en sí mismo antes que á la criatura, y poeta exaltado de las ideas abrasaban su mente las abstracciones, pero los sentimientos humanos huían de la frialdad de su corazón, por donde resultaba, que á pesar de sus engañadoras vehemencias, era soberano egoista que, so pretexto de olímpica indiferencia por las

pequeñeces del mundo, solo atendía, sin que le impresionaran consideraciones individuales á satisfacer los antojos de su sibaritismo espiritual.

Después de este concienzudo análisis psíquico, creo que nadie se resistirá á creer que la instantánea explosión del entusiasmo artístico sofocara por el momento la impaciencia amorosa, llevándole al siguiente paseo, tan del gusto del erudito fantaseador.

Detúvose ante la Universidad para contemplar el severo edificio de orden jónico, remedo de templo griego, contrastando su negruzca mole granítica, con la blanca estatua de Minerva, rodeada por los alegóricos genios de las ciencias, colocados sobre el ático como triunfal coronación de las glorias del pensamiento. Viendo avanzar el adjunto templo que perteneció á la Compañía de Jesús, al cual oprime por el flanco opuesto el Instituto de segunda enseñanza, pensó que esta colocación publicaba una advertencia de la Historia, mostrando á la Iglesia estrechada é invadida por los intrépidos defensores de la secularización de las ciencias, esforzándose por llevar á todas partes la antorcha de la libertad. Entretenido con estas meditaciones, tomó rumbo al patio de Madres, y al espaciar la mirada por las feraces vegas que arrancan de la falda del monte Viso, fijó

su atención la antigua colegiata de Santa María la Real de Sar, precioso ejemplar de las geniales obras del arte románico que atesora Compostela, revelando en los historiados capiteles y canecillos, la desordenada fantasía de los imagineros de la Edad Media, que sin reparo esculpían lo frívolo y lo obsceno al lado de los apólogos bíblicos.

Transportado en espíritu por estas impresiones á los comienzos del siglo XII, evocó la colosal figura de Gelmirez, y conmovido ante la grandeza del arzobispo compostelano pródigo de sus múltiples talentos, para la exaltación de su ciudad predilecta, veneró en él al promovedor de brillantes empresas literarias y artísticas, á la par del esforzado guerrero y hábil diplomático, paladín victorioso de los derechos de una reina viuda para asegurar en las sienes de un niño huérfano la disputada corona, ungiendo delante del sepulcro custodiado en su Basílica, al que la Historia había de llamar Alfonso el Bravo. Orgulloso de esta hegemonia de la Sede compostelana al intervenir en los asuntos de Castilla, llegó á la Alameda, y sin observar apenas las caprichosas sombras proyectadas por las acacias mansamente movidas por el viento, amplió estos recuerdos históricos con los sugeridos por el colindante cerrillo don-

de acampó Doña Urraca al luchar por su causa bajo el amparo del infatigable arzobispo, quien erigió en su cumbre la románica capilla consagrada al enterramiento de Santa Susana, en recuerdo de las victorias alcanzadas en aquel lugar. Por estos antecedentes, y por su topografía, llamaba Jacobo á esta colina, antes murada, la acrópolis de Compostela.

Entrando por la *Puerta Faxeiras*, atravesó la crujía de soportales de la *Rua del Villar*, saliendo á la plaza de las Platerías, en cuyo frente se levanta la fachada más antigua de la Basílica, exhibiendo en las columnas y en los tímpanos de sus arcos semicirculares, toscas esculturas del arte latino-bizantino, ya en asuntos inocentes, ya en escenas de un desenvuelto naturalismo, contrastando este balbuceo arqueológico con los espléndidos bustos de los medallones esculpidos en la contigua fachada del *Tesoro* por la mano vigorosa del Renacimiento, y con la imponente gallardía de la *Torre del Reloj* que lo defiende por el lado opuesto, desarrollando su elegante perfil hasta la farola terminal de donde arranca la cruz, que á 80 metros de altura, extiende sus brazos en el espacio.

Torciendo su curso por la calle de la *Raiña*, avistó el colegio de Fonseca, recuerdo de la

munificencia del eminente compostelano, sucesor y émulo del insigne Jiménez de Cisneros. Ante este edificio, destinado hoy á la enseñanza de la Medicina y de la Farmacia, meditó que solo una ley expiatoria pudo ordenar que los estudios experimentales de la Fisiología y de la Química, humildes en su criterio, subordinado á la realidad de los hechos, niveladores por consiguiente en sus tendencias y revolucionarios en sus conclusiones halladas y no presupuestas, se establecieran en uno de aquellos orgullosos Colegios Mayores, que menospreciaban á su madre la Universidad, para no contaminar la seriedad de tan nobilísimos Institutos con el desenfado de las turbas plebeyas que á granel acogía en su seno el *Alma mater*.

La grandiosa magnificencia de la plaza del Hospital, interrumpió muy pronto sus disquisiciones sobre esta cuestión universitaria, y rodeado por aquellas cuatro montañas de granito que transformó en armónicos conjuntos la Euritmia, secundada por el esfuerzo de los Titanes, no sabía qué parte contemplar primero. La fe ardiente que sugestionó á las almas con las piadosas leyendas y con los milagros de los santorales, alentaba su fantasía ante la estatua ecuestre del Apóstol Santiago, que en su ardimiento bélico, parece dispuesta á saltar

desde el vértice del ático que remata el edificio neoclásico del Consistorio, para envolver en nubes de polvo, levantadas por su corcel, á los enemigos de la patria, después de henderlos con su cortadora espada. Si volvía los ojos á la fachada de la Catedral, que de lleno iluminaba la luna produciendo brillantes reflejos en las extensas vidrieras que derraman sin tasa luz poniente en la nave del centro, lamentaba que obra tan gigantesca fuese inspirada por el corrompido gusto de Churriguera; pero en medio de la licenciosa ornamentación, sorprendía elegancia en las líneas y asombrosa grandeza en el conjunto, acabando por admirar el soberbio atrevimiento de la fábrica. La contemplación del Hospital, edificado por los Reyes Católicos, arrastrábale por la exuberante variedad de las quiméricas figuras de las gárgolas, por los primorosos adornos de la cornisa y por la magnificencia del pórtico á imaginar aquella orgía estética del Renacimiento, en la cual, embriagados los artistas por la belleza de la forma en su palpitante desnudez, llegaron en la fiebre de la pasión á violentar la realidad con las exageraciones de su desbordada fantasía, siendo infieles sin escrúpulo al pudor cristiano con las liviandades de las fábulas paganas.

Abandonó este sublime espectáculo, obra de

las instituciones seculares inspiradas por los más altos y generosos sentimientos humanos, para atravesar el pasadizo del *Arco de Palacio*, desembocando en la plaza de la Azabachería, centro de la vida de Compostela en sus tiempos de esplendor, y teatro de importantes sucesos, regocijados unos, como la llegada de los ilustres peregrinos extranjeros, que allí se congregaban para entrar en la catedral por la *Puerta Francigena;* y luctuosos otros, como los ultrajes inferidos á Doña Urraca, y el asesinato del arzobispo D. Suero, perpetrados por las fieras pasiones de las discordias civiles. Bajando después las escaleras de la Quintana, dejó á la derecha la Puerta Santa, solo abierta á la purificación de las almas en los años de jubileo, por cuyo especialísimo privilegio compite en el orbe católico la basílica de Santiago con la pontificia de San Pedro, y al atravesar la enlosada plaza se sobrecogió por los vibrantes sonidos de tres solemnes campanadas, desprendidas de la Torre del Reloj, anunciando la una menos cuarto, las cuales, repercutiendo en el corazón del vagabundo fantaseador, aceleraron sus latidos, volviéndole á la plenitud de las ilusiones amorosas, un tanto preteridas por la contemplación del suntuoso panorama que hubo de entibiar la vehemencia de sus ansias, arrastrándole á aco-

meter una verdadera infidelidad, que si bien no excedió de la pureza estética, fué bastante para torcer momentáneamente el curso de sus entusiasmos. Como impulsado por el arrepentimiento de sus censurables distracciones, apresuró el paso, alterando con la resonancia de las pisadas el sueño augusto de la monumental ciudad, que dormía á la sombra de sus cuarenta y seis templos, para subir la empinada cuesta de San Payo sin fijarse apenas en el farolillo que enciende todas las noches la mano de la devoción delante de la Sacra Familia en su huída á Egipto, y pasando por el Preguntoiro, las Casas Reales y la Puerta del Camino, dejó atrás la legendaria calle de Bonabal y el ex-convento de Santo Domingo, elegido por el caprichoso libretista para escenario de los actos primero y último de la ópera *Favorita*, subiendo finalmente la calle de las Ruedas, que era la en que vivía la familia Saavedra.

Al término de esta larga procesión de contemplaciones y recuerdos históricos, resurgió el delirio amoroso en su anterior magnitud, é influído aún por los cuadros de la vida caballeresca con que había suplantado la imagen de Julia, dolíase del prosaismo de los tiempos modernos que relegó al teatro y á los estudios de los pintores las capas largas que, arremangadas

por el terciado acero, lo cubrían en pabellón juntamente con los birretes de velludo adornados con airosa pluma, los jubones de mangas acuchilladas, las ceñidas calzas y los borceguíes de encorvada punta, como garra de milano, pero resignado á galantear de gabán y hongo, se encontró delante de la casa de su dama anunciando la llegada con golpecitos en los hierros del balcón. El escenario no podía estar mejor situado para la obra que iba á representarse. Terraplenado para la carretera de circunvalación el centro de la calle, solo quedó para entrar en las casas angosto y profundo sendero á modo de zanja, cuyo borde guarnece el pretil que casi sirve de apoyo á los balcones voladizos de los primeros pisos de las casas, permitiendo á los dos amantes estas especiales condiciones, que pudieran hablarse á la par como en casa de Ramírez, pero con la ventaja de haber suprimido los enojosos espectadores.

No tardó Julia en presentarse, y es inútil decir que estaba interesantísima, porque cualquier muchacha, aun ocupando uno de los ínfimos puestos de la jerarquía estética, halaga los sentidos y se transfigura embelleciéndose en el sublime momento de las furtivas y recatadas confidencias. En la reja ó en el balcón de los amorosos deliquios, elévase la mujer á su Ta-

bor glorioso, y en él vió Jacobo á la señora de sus ensueños como celestial aparición, porque los pormenores discutibles esfumábanse en la sombra, y solo la elegante silueta del cuerpo y la graciosa ondulación de los movimientos de la cabeza se destacaban en el fondo oscuro que la envolvía. No era posible desear complicidad más extensa y refinada para exaltar los sentimientos de los enamorados. Exceptuando el violín ó la flauta de algún estudiante anacrónico, no perturban el sueño de Compostela las bulliciosas zambras á la morisca, ni el agudo retrinar de las bandurrias, ni apenas las incoherentes canciones de algún borracho trasnochador. Mudas las ciento catorce campanas en las cincuenta y tres torres que, ya orgullosas, ya modestas, buscan el espacio libre irguiéndose sobre los tejados, no se oyen poco después del toque de las *ánimas* ó de la *queda*, otros sonidos que las periódicas campanadas de los tres relojes de torre, que arrancan tristes ecos de las gargantas de los serenos secundados por ladridos de perro, cacareos de gallo y por el lejano chirrido de alguna carreta que, como tónica invariable, sirve de fondo á las notas filadas y á las quejumbrosas cadencias del primitivo *Á... la... lá...* entonado por el aburrido carretero; pero este ambiente melancólico y casi

sepulcral, antes que abatir las vehemencias de Jacobo, las excitaba, á semejanza de las aves nocturnas que encuentran en la sombra el apoyo más firme para levantar el vuelo.

Empezó Julia diciendo:

—Hace rato que te esperaba.—Y su novio, con poca delicadeza, le contestó:

—Aún no ha dado la una, y de haberlo sabido no fuera menester que me esperases, porque precisamente he paseado por esas calles, lleno de ansiedad, para hacer tiempo.

—No habrá sido mucha la ansiedad, porque si no pasearías por estas calles, y no por esas como dices.

—No dudes, por Dios, de la sinceridad y vehemencia de mi cariño; desde que te he hablado eres mi única y constante idea, con tal tiranía, que rechaza mi pensamiento cuanto á ti no se refiere.

—Ya sé que por palabras no has de quedar mal; pero lo cierto es que contaste los minutos como quien tiene que cumplir uua obligación.

—No me atormentes con tan injustos reproches, porque bien conoces el cambio radical de mi vida, solo por conseguir tu amor. Dejemos mezquinos recelos y entreguémonos á la confiada expansión de nuestros corazones, para llegar á la íntima convivencia que por modo tan

sublime expresa Santa Teresa en aquellas coplas que tienen por estribillo este apasionado dístico:

Alma buscarte has en mí,
y á mí buscarme has en ti.

—Pero, Jacobo, tú siempre eres lo mismo. Hablando de nuestro amor no haces más que repetirme lo que dijeron los poetas, los santos y los sabios, y esto no me importa saberlo; y en cambio, de lo que tú sientes, si es que sientes algo, de tus propósitos y planes, que es lo más interesante, nunca me hablas.

—Como los sentimientos solo con palabras y frases han de manifestarse, y deseo con toda el alma patentizarte la magnitud de mi amor inmenso, acudo en alguna ocasión á las felices expresiones de otros cuando creo que retratan sin disminuirles el tamaño, las ansias para mí inefables que por ti siento.

—Todo eso que dices es muy bonito, como los discursos que pronuncias; pero por encumbrarte tan fácilmente me has parecido á veces un actor que se posee de su papel. Quisiera verte más llano, porque desde tales alturas debo parecerte muy mezquina, y hasta recelo que me ames de verdad, creyendo que me has buscado como dama joven para que te ayude á representar el drama.

—Julia, te encuentro muy diversa de lo que esperaba; no haces más que dirigirme cargos, y en vez de contestarlos uno á uno, solo se decirte que tú, y solo tú, eres mi única vida, que en tu voluntad están mis alegrías y tristezas, y que cada minuto quisiera transformarme en cada uno de tus antojos, para vivir siempre en tu agrado.

—Aunque siempre tendré gusto en verte muy enamorado, de mí, se entiende, no me hace falta tanto sacrificio ni tanto extremo; quisiera que te rebajaras á hablar como habla la gente, contando lo que haces y lo que piensas hacer, las impresiones agradables y las molestas, las ilusiones y los desengaños, para acompañarte en tus alegrías y en tus tristezas.

Pasó la noche parafraseando cada interlocutor en sendas explicaciones su respectivo punto de vista, con varios intervalos de amorosos arrullos, cortados por el filo de las críticas de Julia que cercenaba las alas al orador conceptuoso y erudito, empeñado en bajar la luna para que sirviera de escabel á su dama, y además unas cuantas estrellas de las más lucientes para fabricar un nimbo que, esplendoroso, rodeara su cabeza.

Hasta el amanecer conferenciaron los enamorados; y antes de despedirse, si Jacobo rece-

lase menos de la fría serenidad de ánimo de su implacable comentarista, de buena gana hubiese representado la famosa despedida de Romeo y Julieta discutiendo si el resplandor que se anunciaba por el Oriente era el amanecer ó un meteoro que en medio de la noche lo fingía, y si era de la alondra ó del ruiseñor el canto de cualquier pájaro que entonces se oyese; pero se vió compelido á prescindir de este floreo literario, despidiéndose en términos más naturales y sencillos, aunque jurando eterno amor hasta otra noche en que tuviera el placer de ratificar su juramento.





XII.

Regreso del Parnaso.

Con sano criterio formado en el mundo de la realidad dice en su *Introducción á la Sabiduría* nuestro gran pensador Luís Vives: «no hay cosa en toda la vida que traiga mayor destrucción que tener dañado el juicio, de manera que no pueda apreciar y estimar las cosas en su verdadero y justo precio», y Jacobo en esta forma corrompido por haberse encontrado siempre ausente de la realidad de los hechos, conociéndolos tan solo por el testimonio ajeno, refinara su obra de perdición con la lectura de las novelas románticas como el Hidalgo manchego con la de los libros de caballería.

Quizá se escandalicen aquellas pudibundas personas que se llaman á sí mismas espirituales, porque menosprecian la carne en sus creaciones

vivas y palpitantes sustituyéndola por el yerto maniquí de los artífices poéticos acaparadores de mármol, alabastro, marfil, nacar, perlas y hebras de oro en competencia con la bisutería y hasta con la albañilería, al oir que los libros obscenos no son menos ponzoñosos que los absurdos románticos concebidos en el mundo de los antojos individuales. Es verdad que los primeros aguijonean los brutales apetitos de la lascivia, degradando las generosas aspiraciones y abatiendo las energías orgánicas hasta precipitar el cuerpo y el espíritu en lánguido desmayo y en la depravación final de la pereza impotente y del escepticismo estéril; pero no es menos verdadero que los segundos desorientan al entendimiento, fascinándole con erróneos señuelos que atraen á los inexpertos seducidos por el artificio de sus inverosimilitudes sugiriéndoles deseos que, no siendo posible satisfacer, atormentan al iluso con fantásticos espejismos de perspectivas nunca alcanzadas. Los indómitos estremecimientos carnales producen por su grosería repugnancia y asco, pero la persecución de idealismos inasequibles inspira lástima, y en el término medio de la vida normal deben evitarse igualmente los viciosos extremos de las asperezas del desvío que de las ternuras de la misericordia. Campo mezquino

es el individuo para que las encontradas exageraciones se templen en la armonía, pero en el extenso de la historia pasa la humanidad del libidinoso desenfreno de la Roma pagana al ascetismo cristiano de la Edad Media, y de este vuelve en el Renacimiento, á una alegre sensualidad, que mitigada en ciertos momentos y exaltada en otros, vive en el carácter social de nuestros días. Lejos de esta alternada compensación que agita al hombre en las sucesivas fases de su desarrollo histórico, al repartirse las aptitudes allá en la misteriosa noche en que los gérmenes son llamados á la vida, diéronle á mi amigo el lote de los imposibles ideales, y al recorrer con él su camino, en vez de equilibrarlo con el lastre de las observaciones positivas y de los naturales afectos humanos, hinchó el globo de sus congénitas vehemencias con el gas sutil del romanticismo, elevándose hasta perderse en el vacío de los anhelos nunca satisfechos, donde Mefistófeles lo juntaría con su hastiado Doctor para murmurar de él, repitiendo:

De su insensata locura
á medias conciencia tiene:
al cielo le pide el astro
que más puro resplandece,
y al mundo la más intensa

sensación de sus placeres:
y ni el cielo ni la tierra
juntando todos su bienes
llenar podrán el vacío
de su corazón estéril.

En los espacios imaginarios donde Jacobo tenía su vivienda, recordaba con dejos de amargura que la gran festividad amorosa por él imaginada como deleitable embriaguez de ternezas, pródiga en arrebatados juramentos y en fogosa elocuencia se había convertido en desencanto por los continuos desplantes de epigramática frivolidad con que se negaba á secundar, la que debiera ser su colaboradora, los vuelos del espíritu, por tímidos que estos fuesen, y en su invencible afán de generalizarlo todo, suponía que la mujer es más de la tierra que el hombre hasta el punto, que si alcanzara su poder á reformar el Génesis, no haría salir á Eva de la costilla de Adán, sino directamente del barro, deduciendo que á no tener la rarísima suerte de topar con alguna de las heroínas que inmortalizan su nombre en la leyenda, la sublimidad del amor era impostura de los espíritus obcecados rectificada con gran solicitud por la vulgaridad femenina.

No solo en la cita nocturna antes referida sino en otras posteriores se fué convenciendo

cada vez con mayor firmeza de lo erróneo de sus prejuicios y no resignándose á la sencillez en que el amor se le presentaba, acrecía su contrariedad hasta acudir á la musa del dolor para que le ayudara á cantar tal infortunio, pidiendo á Becquer su melancólico escepticismo para la fabricación de becquerianas de la hechura siguiente:

En los revueltos años que me esperan
cuando el placer me halague con sus dones,
¿cómo olvidar que volverán las penas
en horas posteriores?
En la dicha acechando los pesares
y en estos suspirando por los goces,
así cruzan las sendas de esta vida
los pobres corazones.

Desde el primer instante del contagio poético no cesó de arrojar los brotes de la fiebre revelando todas las transiciones del estado de su ánimo; pero la continuada práctica no fué parte en la mejora de sus engendros métricos, aconteciendo que al sustituir las vehemencias eróticas por las amargas decepciones, asomaban sus gustos arcaicos en la explosión de las quejas dándose á imitar, quizá para poner más de relieve su desdichada versificación, los modelos más altos de nuestra literatura. Jorge Manrique fué una de las primeras víc-

timas, y pretendiendo robarle su elegiaca sencillez ensartó larga serie de coplas de pié quebrado empezando el crimen en esta primera.

Corriendo el alma afanosa
tras la ficción del desëo,
imagina
que de sus ansias reposa;
pero que es nuevo rodëo
no adivina.

Fr. Luís de León fué otro de los sacrificados, torturando sus inimitables liras en el potro en que comprimía y descoyuntaba, como inquisidor á testarudo hereje, la defectuosa medida de sus versos, extrayendo de la máquina de sus apuros este ejemplar más infeliz, si cabe, que los anteriores:

¡Oh soledad bendita,
hospitalario albergue de tristezas!
¡Quien en tu paz medita
revive á las altezas
hundidas de la vida en las bajezas!
Tu calma al obcecado
solicita con voces redentoras,
por ellas guïado
combate á todas horas
las ficciones del mundo tentadoras.

A pesar de la ceguera paternal con que el autor contemplaba estos, y otros raquíticos hijos de su numen, que no presento, sentíase

contrariado por el mucho tiempo y fatigoso trabajo que le exigían para romper á la vida; y obstinándose en desmentir la frase de Lope de Vega *Galicia nunca fértil en poetas*, juntamente con la del crítico que afirmó que *al Norte del Duero no nacían vates*, no cejaba en sus múltiples reincidencias; pero la realidad demostrábale con saña que su estro no era el predestinado á redimir á su país de la censura de esterilidad poética para la producción de rimas castellanas.

Reflexionando sobre estas dificultades que refrenaban el vuelo de su inspiración, decía: «Ignoro los méritos literarios de aquellos trovadores por quienes dijo el marqués de Santillana en su famosa carta al Condestable, Duque de Coimbra, que en los reinos de Galicia y Portugal se cultivó la poesía más que en otras regiones de España; pero juzgando por lo más conocido (y aquí daba rienda suelta á sus presuntuosas imaginaciones) sucédeme como á los dos vates de más renombre que en esta tierra se criaron, ser más poeta en la realidad de mis sentimientos que en los artificios de la rima, y hasta presiento que las crudezas del destino han de castigarme como á nuestros dos enamorados trovadores Macías y Juan Rodríguez del Padrón. No digo que muera alevosamente

asesinado en una cárcel como el primero, ni que busque olvido á insufribles desdenes, peregrinando á Jerusalén, como el segundo; pero con este podré exclamar al término de mis jornadas:

La falsa gloria del mundo
y vana prosperidad
contemplé;
con pensamiento profundo
el centro de su maldad
penetré.»

No por mala voluntad al que leyere este relato, que sería villano sentimiento aun en el caso de un crítico bilioso, sino por el afán de presentar datos originales, transcribo los malos versos y las hinchadas lucubraciones del amante semidesengañado, para que se vea en su propio sér la pertinacia del virus romántico que, como vicio de la sangre, apenas empezaba á curarse de una de las corrosivas manifestaciones surgían otras, sosteniendo y acrecentando dolorosamente el cuadro patológico de los ponzoñosos humores.

Si en sus coloquios se mostraban francamente discordantes los dos enamorados, en sus aisladas meditaciones crecía la discordancia, porque libres de la amable consideración con que mutuamente se obsequiaban, desenvolvíanse en

sus monólogos los respectivos caracteres con perfecta espontaneidad, y si en estos momentos pudieran cotejarse las reflexiones de Julia, llanas y corrientes, con los arrebatos de Jacobo veríase su flagrante oposición.

Era la sociable señorita de aquellas personas de quienes dice Gœthe que los árboles no les permiten ver el bosque. Retenida en el mundo estrecho que alcanzaban sus sentidos por inmediata inspección, ponía fin al Universo en el punto en que las nubes parecen tocar á la tierra, y en el menguado recinto de su horizonte sensible encerraba todas las ansias, consagrando en primer término las atenciones de su curiosidad á las personas y á las cosas que directamente le interesaban, sin reservar apenas sentimientos altruistas para el prójimo desconocido. Julia solo vivía para los afectos individuales, la humanidad en abstracto relegábala al mundo caótico de las cantidades infinitas, ajenas á las celdillas de su reducido cerebro. Jacobo, á la inversa, no solo pretendía levantarse con vuelo de águila sobre los árboles para ver el bosque en conjunto, sino trasponer la atmósfera para contemplar la redondez del planeta, y aun ir más allá para distinguir nuestro sistema solar y la vía láctea y, por último, lo infinito y el foco de donde irradia la creación, menospre-

ciando lo mezquino y efímero de la criatura ante la grandeza y eternidad de los conceptos absolutos. Eran, pues, él y ella dos términos antitéticos, y el divorcio de sus almas había de imponerse con la fuerza implícita de las leyes insuperables á los juramentos explícitos de su voluntad consciente.

Julia reíase á solas de las cándidas exaltaciones de su novio, maravillándose de haber incurrido en las rarezas que siempre había ridiculizado. Aunque empujada por las inhábiles intemperancias de su padre, veía claramente cuán opuestas eran sus obras á sus propósitos, y desconociendo el magnífico repertorio de sentencias filosóficas con que engalanaba los discursos su grandilocuente trovador, limitábase á las máximas vulgares para generalizar á su manera, dando la razón al autor anónimo de la frase «nunca podrá decirse de esta agua no beberé.»

Hubo de saber D. Pedro Saavedra que su atolondrada hija hablara más de una vez después de media noche con el iluso estudiante, y comprendiendo que la tenacidad en la resistencia podría precipitarla á mayores incorrecciones, ya no pudo sostenerse más tiempo en su tirantez, y juzgando contraproducente el sacrificio que se imponía al abstenerse de mimar á

su única sucesora, en quien concentraba todos los afectos del alma, apenas sin disimulo cambió de conducta, y como si él fuera el culpable se extremó en atenciones y obsequios para volver á la gracia de su monísima y encantadora hija, consiguiéndolo muy fácilmente, porque la muchacha ya se sentía hastiada de las ridículas extravagancias de su romántico adorador.

Descompuesto el sistema mecánico que había impulsado á Julia y á Jacobo á girar en una misma órbita, una y otro se inclinaron hacia los respectivos centros, tendiendo á la normalidad de su anterior estado, y solo faltaba un golpe de iniciativa para romper los hilos de las débiles complacencias, y desbaratar el artificio de imposible consolidación por la diferencia de los engranajes y por la heterogeneidad de los elementos. Las relaciones amorosas del trovador compostelano sosteníanse en equilibrio inestable sobre la cúspide microscópica de la severidad del ex-magistrado, pero al más leve movimiento de tan insignificante sostén, cada parte había de separarse arrastrada por la imperiosa fuerza de atracciones más naturales.





XIII.

Abatimiento de los exaltados.

Era el día de la gran fiesta nacional que solemniza España entera, conmemorando la heróica resistencia de Madrid, á la pérfida invasión de las huestes napoleónicas, orgullosas de pasear triunfantes por Europa las águilas imperiales; grito de guerra que repercutió en todas las provincias infundiendo vigor titánico y rabia implacable en la abyecta miseria del organismo, que parecía agonizante, arrastrándolo á épicas hazañas que hicieron resonar la lira de nuestros poetas, desde la turbulenta de Espronceda, hasta la majestuosa de D. Juan Nicasio Gallego.

Los estudiantes de nuestras universidades sintiéronse tocados de la indignación general en aquel momento de belicosa efervescencia, y dando de mano á sus tareas literarias ante la

perentoriedad de coadyuvar con su sangre á redimir la patria, cambiaron el libro por el fusil, singularizándose la Universidad compostelana en este alzamiento escolar, por lo numeroso del contingente, y por la exaltación de sus vehemencias. Tuvo este batallón literario por coronel al Marqués de Santa Cruz, después de haberle otorgado la ejecutoria de omniscencia, invistiéndole de Doctor en todas las facultades, y con suerte poco próspera, perdieron sus vidas la mayor parte de estos generosos y entusiastas soldados. Solo alguno de los pocos que lograron sobrevivir al sacrificio cruentísimo de esta juventund caldeada en el santo amor patrio, vió premiados su fe y ardimiento torciendo el curso de sus primeras inclinaciones, como Rodil, el estudiante de Teología que más tarde se encumbró, hasta tocar el ápice de la carrera militar.

Vivo aún en Compostela el recuerdo de este sublime arrebato, antes del día 2 de Mayo, casi todos los cursos suelen celebrar varias sesiones los estudiantes para decidir en medio de acalorada discusión, la forma más grandiosa de rendir culto á la memoria de sus intrépidos predecesores. Lo frecuente es que el entusiasmo se agote en la polémica, y que los proyectos conmemorativos fracasen, pero alguna rara

vez, quizá cuando la promoción de oradores es menos abundante, la idea se realiza y á estos años de resultado positivo, perteneció el de 1876 que es el correspondiente á esta parte de nuestro relato.

Autorizada por los compañeros contribuyentes la comisión organizadora, preparó una festividad cívico-religiosa que comenzó en el suntuoso templo de San Martín á las diez de la mañana, anunciada por el lúgubre clamoréo que descendía de todas las torres de la ciudad, no entristeciendo, sino regocijando á sus habitantes con la promesa de la novedad que amenizaba el curso tranquilo de su vida cotidiana.

En los balconcillos de la complicada escalera que da acceso al pórtico del templo, removíase apretada muchedumbre de estudiantes, afanosa de comentar estrepitosamente cuanto alcanzase el triste privilegio de fijar su atención. A falta de estos asuntos de interés colectivo, distraíanse requebrando con criterio muy democrático á las jóvenes que pasaban por su lado, pero la selección verificábase dentro por la comisión que recibía á la sociedad elegante para instalarla en el presbiterio.

Encendidos los hachones del artístico túmulo exornado con atributos escolares y trofeos militares, los instrumentistas y cantantes de la capilla

de la Catedral, empezaron á ejecutar el oficio de difuntos, alternando con los coros de canto llano que con su grandiosa austeridad, daba más carácter á la solemne ceremonia, que la raquítica orquesta interpretando infelices rapsodias de estilo *rossiniano*. Después de la misa y antes de los responsos, un canónigo, insigne orador por la exuberancia de sus esculturales imágenes presentadas con la pompa declamatoria de la trajedia clásica debía pronunciar la oración fúnebre que los compostelanos esperaban con ansia, porque quizá influídos por la Universidad, sienten por adquisición directa, que la herencia de los pasados siglos consolida, grandes aficiones académicas y gustan extraornariamente de la oratoria. El predicador colmó las esperanzas de sus oyentes, conmoviéndolos con patéticos períodos y sobre todo con este final: «Jóvenes escolares, no toleréis que os inficionen los incrédulos, antes dignos de lástima que de aversión, afanosos de propagar en nuestra católica España, las irreligiosas filosofías engendradas entre las brumas que se levantan del Rhin y del Támesis, aspirando neciamente á eclipsar el sol de la fe que aún resplandece en nuestros corazones, para desesperación de las impías arrogancias. ¡Ay de nosotros si llegásemos á ver este luctuoso día!

No olvidéis que el sentimiento de la patria vive en esta tierra indisolublemente unido al de la religión, y en especial al del Apóstol tutelar de este católico reino, cuyo precioso Cuerpo custodiamos en esta su ciudad predilecta. Santiago al frente de las huestes cristianas les restituyó la perdida Península, vibrando su espada centelleante en Clavijo, en las Navas y en el Salado. Ante los muros de Granada el nombre de Santiago electrizaba á los desmayados combatientes, y en las inhospitalarias playas de América, nuestros conquistadores que superaron á los héroes de la Iliada, se confortaban en sus angustias, invocando á Santiago como cifra y resumen de los gloriosos recuerdos de la patria ausente. ¡Que más! Hasta los animosos estudiantes cuyo heroísmo estamos conmemorando; antes de buscar al enemigo, se prosternaron al pie del Santo Sepulcro de nuestro Apóstol, y con la sublime unción de los mártires, recibierón la bendición episcopal, saliendo de nuestra Basílica, con la bandera desplegada que flameó victoriosa sobre los rotos arcos del puente San Payo. Doquiera que volváis los ojos, no hallaréis triunfo sin ofrenda religiosa. Procurad no interrumpir tan piadosa tradición, porque solo así os haréis dignos sucesores de los héroes que allanaron el camino de vuestra vida, á quienes

deseo gocen de la bienaventuranza eterna.»

Terminada la función religiosa, dió principio la cívica con un paseo procesional de los estudiantes, quienes al compás de cierta marcha fúnebre reciamente soplada en los cornetines de la charanga de la Beneficencia, se trasladaron desde la Iglesia, hasta la Universidad, donde debía finalizar la fiesta. La comitiva, después de recorrer las naves del claustro adornado con profusión de escudos y banderas, se instaló en el Paraninfo bajo la presidencia del Rector, seguido de los Decanos, teniendo á la derecha sobre alegórico pedestal, el inestimable recuerdo que piadosamente se conserva en la Biblioteca: la bandera que el Arzobispo bendijo antes de salir á campaña el batallón literario, la cual á prueba de sacrificios, volvió llena de gloria al seno del *Alma mater* de donde saliera.

Anhelando saborear esta última parte del programa, oprimíanse los estudiantes y el resto del público, en los escaños y bancos del salón, y allá en la alta tribuna, no gozaban de mayor holgura las señoras, que en gran número, acudieron á ver, más que á oir, lo que allí pasara. Una mirada escrutadora podría descubrir al bedel Barros que al lado de su mujer se situó en el extremo más oscuro de la tribuna, con modesto recogimiento.

Varias poesías escritas en castellano, y una en gallego, iniciaron la sesión literaria sin gran entusiasmo del público por las creaciones poéticas que los autores declamaban con fervor. Reservaba el auditorio las apasionadas manifestaciones de sus sentimientos para la fogosa elocuencia de Jacobo que pondría magnífico remate á la solemnidad del día. Sentado el orador en el estrado cerca de la presidencia á él convergían muchas miradas, pero la suya solo con la de Julia se cruzaba, pidiendo inspiración á su dama como los caballeros de las leyendas antes de enristrar la lanza en el campo del tornéo.

Cuando llegó el anhelado momento, Jacobo se puso en pié adelantándose unos pasos con aire resuelto y confiado; pero con gran sorpresa suya sintió cierto temblor en la garganta que algo le entorpecía al comenzar el discurso, sensación en él inusitada, porque nunca su palabra alardeara de indócil. Siendo Jacobo orador por temperamento no cohibía la presencia del público la espontaneidad de su palabra, antes al contrario, actuaba sobre su espíritu como la luna sobre el Océano hinchando la marea de la verbosidad que al rodar en amplios períodos sobre numeroso auditorio, establecía relaciones solidarias entre el corazón de este y su

mente sobrexcitada, sintiendo y pensando ambos en un flujo y reflujo, no del todo inconsciente para el orador, cuando confesaba que la hormigueante masa humana era colaboradora de todos sus discursos, y colaboradora indispensable, porque en la soledad no acudía el verbo á sus labios, y ante un concurso frío y escaso las alas de su elocuencia agitábanse débilmente. La torpeza de este momento solo puede explicarse por el afán excesivo de lograr más estruendoso triunfo que todos los anteriores de su carrera oratoria, para que Julia viese por sus propios ojos cuán grande era su fortuna al ser requerida por el hombre que tanto se elevaba sobre el nivel común; pero solo conseguía demostrar que lo mejor es enemigo de lo bueno.

En pocos minutos pudo vencer las trabas de su facundia y el torrente surgió fácil y abundante, arrancando aplausos, y hasta murmullos de admiración en la tribuna de las señoras, manifestaciones que contrajeron los semblantes y humedecieron los ojos del matrimonio Barros allá en el escondido rincón en que se había acurrucado. Continuando por el ancho camino de su enérgica grandilocuencia dijo:

—«Algunos espíritus menguados, ajenos á las cuitas de nuestra hermosa región, suelen

acusarnos de tibieza y aun de hostilidad hacia la gran patria española presentándonos como sectarios innobles del egoismo regionalista. ¡Cuánta injusticia y cuánta ignorancia encierra esta acusación! Sin buscar las pruebas en las ciudades y en los campos de Galicia, nunca avaros de su sangre para las grandes empresas nacionales, en este mismo recinto encontramos los testimonios que desmienten la imprudente falsedad de los detractores de nuestros patrióticos sentimientos. Ninguna Universidad española envió, como la compostelana, 1.200 estudiantes llenos de juventud y henchidos de esperanzas á pelear en los campos de batalla, y esta bandera que de aquí salió desplegada, no solo en Galicia se tremoló, traspuso la cordillera cantábrica y en los llanos de Castilla recogió en sus pliegues el último aliento de los que caían sin preguntar cuál era la región del peligro.

En 1705 los ingleses anclan sus naves soberbias en aguas españolas, y nuestros predecesores en estas aulas corren denodadamente á castigar su insolente arrogancia repitiendo un ejemplo que sus antepasados les dieran, y ante el cual los acusadores de Galicia tienen que prosternarse vencidos.

Orgullosos los portugueses de haber reco-

brado su independencia, más que por la fuerza de las armas, por la desastrosa política de Felipe IV, se ensañan con sus vencidos y entran en la villa de Monterey hollando nuestras fronteras, y á pesar de ser nuestros hermanos y los continuadores del genio de nuestra raza, de nuestra literatura y de nuestras costumbres tradicionales, en vez de acogerlos fraternalmente, como supondrían los recelosos de nuestro españolismo, provocándonos á realizar lo que no pensamos, los estudiantes de esta Universidad salieron á detenerles el paso en 1663 y no cansados de luchar por la integridad de la patria reincidieron generosamente en 1665 publicando muy alto que sin dejar de ser gallegos nadie les aventajaba en españolismo. No con caprichosas teorías presentadas en los escenarios, donde la opinión se desfigura, sino con pruebas de tanto alcance como las que acabo de exhibir demostraremos á España entera, y hasta al mundo, si le importara saberlo, que Galicia, ni aun á fuerza de desdenes, pierde la serenidad de su juicio ni ahoga los impulsos de su corazón esquivando el sacrificio de su sangre en la hora del infortunio.»

Este párrafo, dicho con vigorosa entereza, levantó atronadores aplausos, sostenidos durante algunos minutos, y en el mismo tono y con

igual éxito terminó Jacobo su discurso, arrancando abundantes lágrimas á sus conmovidos padres, que no podían disimular la intensidad de la emoción. El tribuno escolar fué este día el hombre de moda en Compostela, halagado por todos, y aun por muchas que en el paseo se volvían para mirarle, cuchicheando elogios, de los cuales no dejaba de percibir alguna frase suelta, y mecido en esta atmósfera de lisonjas, se creía merecedor, no de una señorita distinguida, sino de la princesa más encopetada de Europa.

Con impaciencia esperaba el aplaudido orador que pasara la media noche, deseando escuchar los comentarios de Julia, ilustrados con el eco de las opiniones de sus amigas; pero más le hubiera valido no forjarse tales ilusiones, porque la decepción fué muy grande al ver que no era copartícipe de sus alegrías y triunfos, la que debía estimarlos como propios. Charlando de cosas indiferentes pasaban los minutos con desesperante lentitud, sin que Julia mentara el acontecimiento del día, hasta que Jacobo, no pudiendo contenerse, le dijo:

—Ya te he visto en la tribuna del Paraninfo.—Esta frase arrancó á su displicente interlocutora la glacial contestación:

—¡Ah! Sí. ¡Y bien que te has lucido hoy!

El cantor de la abnegación de Galicia, á pesar del frío moral de la situación en que se hallaba, aún tuvo ánimo para despedir este requiebro:

—Me siento satisfecho del discurso, y si ha superado á los demás, á tu presencia lo atribuyo, que me inspiraba grandes y hermosas ideas.

—Muchas gracias por la galantería; pero no creo que yo te inspire tanto.

Queriendo Jacobo castigar con una broma la indiferencia de su novia, dijo:

—Tú y otra me inspirábais á destajo.

Ignoraba el elocuente joven que la prosaica niña de Saavedra, después de haberse reconciliado con su padre, deseaba por momentos ocasión oportuna para finalizar el curso de platonismo amoroso, del cual ya se sentía empalagada, y allá en sus cálculos consideraba magnífica coyuntura la presente para despedir al catedrático acompañado de la gloria, la cual fácilmente le consolaría de la mortificación que pudiera ocasionarle un bochorno sin atenuante, y en conformidad con este propósito, aunque bromas como la que Jacobo quería darle, siempre disgustan á las mujeres, agigantó su disgusto, replicando:

—Pues busca otra que se resigne á tener compañera.

Jacobo disponíase á seguir el juego, advirtiéndole que viviría más aliviada si consintiese en repartir la carga de su amor; pero Julia, al formalizarse rehuyendo las vacilaciones, le desahució notificándole que irrevocablemente daba por terminadas sus relaciones amorosas.

La decadente pasión del romántico reavivóse entonces, y atropelladamente preguntó:

—Pero ¿á qué obedece esta brusquedad tuya? ¿Qué infundada tontería te contaron, ó con qué sospecha te has atormentado; pues yo, torturando mi memoria, no recuerdo detalle que, aun traído á deshora, pueda motivar esta tu actitud?

Julia, resuelta á no cejar en su decisión, contestó:

—No he de entrar contigo en dimes y diretes; pero, créeme, conviene á los dos que volvamos á nuestros anteriores caminos, y en el tuyo, libre de estos extravíos, podrás encontrar las maravillas con que sueñas.

—Desde el primer momento me presenté á ti sin disimulos ni ficciones, y así me aceptaste; pero si ahora me quieres de otro modo, dímelo, que trataré de reformarme á tu gusto; y si supiese que otra vez más habías de variar, nada me importaría, porque quiero amarte sometiéndome á tus antojos.

Julia sintió la herida causada por estas frases, que la presentaban, como voluble coqueta, enfrente del amador constante, y enardecido su orgullo, replicó:

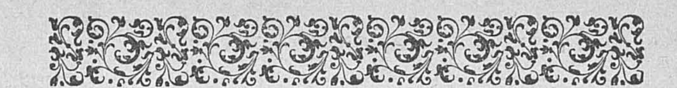
—Pues anda, vete por esos mundos de Dios á buscar la formalidad de que tanto alardeas, que ya bastante escuché tus sermones.

Y se retiró cerrando las vidrieras, ante las cuales quedó Jacobo estupefacto y sin poder concertar sus ideas, abrumado por la agria sorpresa que acababa de recibir.

Al fin ¡qué había de hacer! Emprendió lentamente el camino de su casa, y en ella se recogió, apurando en la oscuridad de su alcoba la amarga pócima vertida por Julia en la azucarada copa de su triunfo oratorio; contraste que no dejó de impresionarle, porque no obstante la decepción amorosa, lisonjeaba su amor propio el ser aceptado por la muchacha más reputada por su distinción, prefiriéndole á los gomosos que á porfía la solicitaban.

Abatido por sus depresivas reflexiones, murmuraba con Calderón:

—*¡Tanto se emprende en término de un día!* A la mañana, en las cimas del Capitolio, y á la noche, en el Watterlóo de mis campañas amorosas.



XIV.

La vuelta del hijo pródigo.

Muchas fueron las felicitaciones que á la mañana siguiente recibió Jacobo de sus compañeros en los claustros de la Universidad, sinceras y entusiastas unas, atenuadas por envidiosas reticencias otras, contribuyendo todas con sus halagadores efluvios á desvanecer las pesimistas preocupaciones que le atormentaban más de lo que era de esperar, al deducir de ellas que la historia del día anterior quizá fuese el símbolo del porvenir de su vida, semejante, en muy reducida escala, al del Gran Conquistador del siglo, hasta terminar como él, después de ruidosas victorias, solo y escarnecido, en el Santa Elena de sus crueles adversidades.

Al ver á Luís corrió á reunirse con él para contarle el proceder de Julia, y quejarse de la

mala estrella, que si le daba momentos de júbilo, solo era para hacerle más viva la impresión de los disgustos; pero el confidente que ya sospechara la tibieza de sus amores, y sobre todo que conocía las profundas diferencias de los caracteres de los enamorados, no le aconsejó que insistiese con Julia, sino que se despojara del interés que aún por ella pudiese tener, y que pensando en sus pocos años y en su brillante porvenir, concentrara su afán en el estudio; y terminó de tranquilizarlo tocando el registro de más eficaz resultado, prediciéndole:

—Cuando vayas á Madrid y pronuncies en el Ateneo, en los *meetings* y en el Congreso, discursos como el de ayer, ya verás cómo te solicitan de todas partes y podrás elegir á centenares muchachas como Julia y aun mejores.

Estas leales palabras del amigo, si bien nada escrupulosas, fueron muy eficaces para convencer con gran rapidez al presuntuoso que aún creía escuchar las palmadas que la víspera le prodigaran, y á medida que la plática avanzaba, el consejero desvanecía la niebla de los tristes presentimientos del impresionable orador, con el céfiro de los risueños horizontes prometidos como porvenir seguro. Aunque no enteramente libre de su pena, salió Jacobo muy confortado

de esta conferencia, y para continuar extirpando el nostálgico recuerdo de sus amores evocaba la frivolidad epigramática de Julia, y con este tratamiento eliminó sin extraordinarios esfuerzos los turbulentos efectos que tan violentamente le agitaran, recobrando casi por entero su anterior serenidad para la prosecución de las tareas intelectuales, que mucho necesitaba entregarse á ellas fervorosamente, en compensación de la pasada infidelidad.

No obstante la firmeza de los propósitos, no lograba concentrar su atención en absoluto sobre las enseñanzas de que había de examinarse en breve plazo. Hallábalas demasiado concretas y tan artificiales en su contenido, que á veces, hasta con repugnancia, eran rechazadas por el inmoderado afán de las grandes síntesis que le dominaba, y por los anhelos de recrear su espíritu con el sistema inconmovible de las necesarias é inmutables leyes científicas, exigencia que fácilmente revivía en él á despecho de los estudios de carácter convencional impuestos á su pensamiento para moldearlo en el voluntarioso criterio del casuismo jurídico.

Para castigar con nuevos desalientos este amargor que los obligados trabajos producían en su paladar científico, quiso la mala ventura

que se viera compelido en cierta ocasión á pasear con dos conocidos suyos, estudiante el uno de Medicina, y el otro de Farmacia, ocupándose los tres de las respectivas materias con que se entretuvieran en aquel año académico. Si los tribunales de exámenes no los paraban en el camino, muy pronto saldrían de la Universidad autorizados con el título de licenciado para actuar en la vida social sirviendo á sus conciudadanos en los varios papeles que previamente ensayaran en los simulacros de la escuela.

Todos finalizaban sus estudios practicando en aquel curso para el perfeccionamiento de su educación profesional; el futuro médico en la clínica, el farmacéutico en el laboratorio, y el jurisconsulto en la cátedra de práctica forense.

Hablando el primero de sus experiencias *in anima vili* decía con elocuente entusiasmo:

—Mucho me interesaron las explicaciones teóricas de la Fisiología y de la Patología general, pero cuando me encargaron el estudio de un enfermo, tuve gran tristeza por la desconfianza de ver confirmadas las ideas que había aprendido, y además, porque dudaba de la eficacia de todos los recursos curativos por mí conocidos. Reflexionaba yo á la cabecera del enfermo, ante la explosión anárquica de las fuerzas de la vida: «No, yo no puedo encauzar este devastador torrente; de los diques que me dieron para esta empresa, se burlará este organismo si intento oponerlos al hervor tumultuoso de sus energías desgobernadas. ¡Con qué desdén presenciará mís dosis de quinina esta fiebre de 41 grados!» Pero mi tristeza se disipó en las cumbres del regocijo, cuando ví deprimirse la columna del termómetro, á medida que reforzaba la cantidad del antifebrífugo.

Jacobo, excitado por el interés del relato exclamó:

—¡Qué hermoso es ver á la realidad confirmando nuestras ideas! ¡Con qué ilusión se estudia cuando se observa con los propios ojos que la ciencia no es vana palabrería!

El clínico, prosiguiendo su disertación, añadió:

—Mi problema de ahora es un caso de hipertrofia del corazón, y me deleito en observar los efectos de la digital. Se le propina el medicamento, y el pulso se acelera en los primeros instantes, pero sus latidos languidecen, y poco después se invierten los términos, el pulso retrasa sus estremecimientos hasta reducirlos á la mitad, pero estos aumentan en intensi-

dad lo que pierden en número y su bravura repercute en el corazón golpeando secamente con el vértice las paredes torácicas. La Naturaleza lleva en sí misma freno y espuela, y sabe vengarse empleando alternativamente uno ú otra, cuando se le exigen jornadas anormales. Todas estas variantes del supuesto órgano de los sentimientos, puede transcribirlas al papel el esfigmógrafo, amanuense automático que reproduce en sinuosa curva hieroglífica las palpitaciones de la entraña, con más sinceridad que todos los poetas envanecidos de exhibir el corazón humano.

El estudiante de Farmacia se expresó en términos muy parecidos á los de su semicolega.

—Inverosímil me parecía que las múltiples metamorfosis de la Materia descritas en la Química con mutaciones súbitas de color é instantáneos cambios de estado, no fueran supervivencias de las ilusiones de los alquimistas, pero al entrar en el laboratorio, no he dudado de las espléndidas maravillas desplegadas por los cuerpos en la cópula de sus íntimas reacciones, y aun he dilatado mi fe científica más allá de lo dicho en los libros, vislumbrando que en los innumerables momentos de un proceso natural son tan variadas las fases recorridas, que no

hay crónica posible para tan inagotables series, ocultando en el seno de su púdico recogimiento, deleitosas sorpresas al observador que acuda á contemplarlas. Días pasados, al preparar el cloroformo, grandísimo fué mi asombro contemplando cómo una sustancia desmiente la ley de herencia produciendo su contraria. La ligereza del alcohol generador tórnase pesadez en el hijo, el influjo regocijador de aquel que movió á los antiguos á llamarle *agua de vida* es letárgico en este simulando la insensibilidad cadavérica, y la sed de agua del primero pasa á ser desvío en el segundo, que ni momentáneamente quiere confundirse con el líquido que mana de las fuentes; y durante tan radicales transformaciones hínchase la masa por su propio empuje, como para despedir el espíritu de sutileza del padre que no se encarna en el hijo. Entretuviéronme estos fenómenos como complicada tramoya de un drama que se desarrollaba en el misterioso mundo de los átomos.

En este pugilato de entusiasmos experimentales, incitando con su sana belleza al fecundo amor de la realidad, Jacobo sufría amargamente comparando el rigor científico de esta enseñanza auténtica, con los sainetes jurídicos en que había sido actor, y así lo confesó, corres-

pondiendo á los relatos de sus acompañantes con el de su parte.

—Amigos, qué distinta es mi práctica de la que acabáis de contarme; la vuestra es todo verdad, os entendéis directamente con la Naturaleza, recibiendo sus edificantes lecciones, y la mía es ridícula ficción en que jugamos á los tribunales, representando cada uno lo que nada le importa, y lo que es peor, acostumbrándonos á la mentira aparatosa en complicidad con las sugestiones del amor propio, como en las viejas disputas escolásticas en que debía representar alguno el papel de abogado del diablo sin sentirlo, fomentando así en nosotros sentimientos innobles y ruines, para alcanzar por insignificante descuido del contrario, aquello á que en justicia no se tiene derecho. Me parece que no holgaría recordar á los autores de nuestros reglamentos de Instrucción pública, aquel apólogo del *Libro de los niños*, en el cual una sola manzana podrida corrompe á centenares, si con ella se mezclan, para que evitasen todo ejercicio histriónico, porque las farsas escolares no pueden representarse sin que el espíritu se interese en ellas, inoculándose de esta levadura ponzoñosa, que la sociedad acoge en su seno y con ella agentes que la envenenan, en vez de vigorizarla con el alimento sano de la verdad sincera.

El experimentador químico advirtió á este discurso de Jacobo:

—Creo que no te falta razón en lo que dices; pero sabes muy bien que el abogado, ya en el foro, ya en el Parlamento, vive en continuo teatro, y es provechoso que para él le eduquen; mientras que nuestras tareas no tienen espectadores, y mide su mérito, no la brillantez de la forma, sino la verdad que encierran: su tendencia no es encender el ánimo en el fuego de la pasión, limita sus aspiraciones á iluminar la atmósfera serena de los pocos entendimientos que de los problemas científicos se preocupan.

—Pues en esas exigencias de la constante exhibición está precisamente el toque de nuestra desgracia. Arrastrados por la tiranía del éxito, sacrifícase la pureza de la verdad á las mundanas vanidades del aplauso; distraídos por las veleidosas impresiones de la opinión, no puede replegarse el espíritu en severo examen de conciencia; falta la calma para que el hombre interior se consolide, y viviendo al momento, sin memoria de lo pasado ni plan para lo porvenir, enterándose atropelladamente de hechos circunstanciales que pronto han de olvidarse por otros nuevos, todo se confía á los juegos fatuos del ingenio, desvaneciéndose con sus sa-

tánicas sugestiones hasta convertirse en paladines de absurdos insostenibles, por gallardear como el gladiador que rinde á la fiera en el circo, y embriagarse después con la estruendosa ovación de los espectadores fascinados.

El alumno de Medicina ilustró la crítica anterior, añadiendo:

—Pues alguna vez los abogados debieron entrometerse en el ejercicio de nuestra profesión, porque no dejan de ser escenario las alcobas de los pacientes en que se representan ampulosas escenas de gongorismo científico, y lo peor es que no debe eludirse esta pompa de la liturgia clínica, porque el público la pide. Las gentes llamadas cultas se burlan de las supersticiones de los antepasados porque desprecian los amuletos; pero aún no han arrojado la cabeza de la tenia, que se muestra en el menosprecio del médico cuando se limita á dar consejos higiénicos, creyendo que su ciencia debe darles la llave del arcano donde se guardan las recetas milagrosas.

El jurisconsulto extremó la acusación de sus tareas abogando por los del clínico en esta defensa:

—No niego el ceremonioso aparato de que se revisten muchos de tus colegas; pero habrás de concederme que en sus fórmulas hay un

fondo positivo de observaciones directas de la Naturaleza, en el cual palpitan el respeto á los hechos y el criterio severamente experimental que os infundieron en la realidad de vuestras prácticas; pero (dejando á un lado la seriedad de los altos estudios sociales) el ejercicio de la abogacía es repetición de la farándula que este curso nos han hecho representar, basándose siempre en términos convencionales alterados con gran frecuencia por la vanidad pueril de nuestros legisladores, quizá con el propósito de que lo arbitrario domine en las inteligencias sin que le perturben ni los ecos lejanos de la nativa inclinación de los espíritus, que claman por las inmutables leyes científicas anteriores y superiores á la voluntad de los hombres.

Separáronse los tres interlocutores, y Jacobo continuó meditando sobre el tema de la conversación, sinceramente arrepentido de haber contrariado sus espontáneas aficiones: y sobre todo en las horas de estudio cuando su entendimiento protestaba con fatigas é invencibles distracciones de los enojosos preceptos del arte jurídico que querían inculcarle, acusaba con dureza á la irreparable debilidad de no haberse atrevido á prescindir de los gustos elegantes de su padre.

Después de esta lucha entre la vocación y el oficio, que si á muchos espíritus quebranta, al de Jacobo en los angustiosos momentos de prepararse para los exámenes, lo aniquilaba con desmayos escépticos producidos por el contraste de una violencia enorme para cosechar escaso fruto, vió llegar el tremendo mes de Junio acongojado por los presentimientos de que en el último curso desluciría su intachable hoja de estudios con calificaciones inferiores á la suprema, bajando vergonzosamente al terminar su carrera del primer puesto en que siempre se había sostenido desde su ingreso en las aulas.

El pobre examinando, consideraba, no probable, sino segura la derrota, y en este supuesto juzgó prudente advertir á sus padres el disgusto que no podía evitarles, sincerándose de los cargos que hubieran de hacer á su desaplicación, ocasionada por las distracciones mundanas que le apartaran de la metódica vida de trabajo de los años anteriores; pero ellos con la esperanza de que no se cumpliesen las lúgubres profecías del amedrentado estudiante, contuvieron los deseos de flagelar la irregularidad de su conducta pasada con las disciplinas de estas temidas consecuencias, y sobreponiéndose á la comezón de sermonear,

simularon tranquilidad reanimando cariñosamente las abatidas fuerzas del hijo.

Llegaron los azarosos momentos de la prueba, y el optimismo del bedel no sufrió la más leve decepción, regocijándose con el inefable deleite de ver al fin á su Jacobo calificado como *Sobresaliente* hasta en los ejercicios de la licenciatura, y no cansándose de repetir á su mujer:

—Nunca podremos agradecer bastante á Dios el fruto de bendición que nos ha dado. No sé si te pasará lo que á mí, que aún no he podido convencerme de que tenemos en casa todo un licenciado en Derecho, y que este es nuestro hijo.

—En verdad, Juan, que poniéndonos en el momento en que ingresó en el Instituto, parece mentira que pudiéramos llegar al fin con tanta gloria.

—Mucho nos ayudó la divina Providencia y cuando no puso tropiezos hasta aquí, aunque falta la parte más difícil del camino, debemos esperar que no ha de abandonarnos y que le dará honrosamente un pedazo de pan en su carrera.

La madre expresó sus recelos, diciendo:

—En Él confío, porque las influencias de los pobres poco valen en el mundo.

—Calla, Antonia; aún lo has de ver Ministro de Gracia y Justicia.

—Aunque á eso llegara, ya estoy muy vieja para verlo; véalo yo en el cielo hecho un santo, que es preferible á todo.





XV.

Chispazos.

NADA pasa sin poner en manos del tiempo la misión de borrar paulatinamente las huellas impresas en el camino. En el orto y ocaso del sol no se cambia la escena en el horizonte sin los intermedios períodos crepusculares en que luchan la luz y la sombra. No turba la piedra la tersa superficie del lago sin propagar el golpe en sucesivas ondas que ni aun en los confines de la masa líquida se extinguen, sino que sobreviven reflejándose para volver al punto de partida, ni el bronce de la campana es herido sin que en las alas del viento dilate su voz por montes y valles, ni la carne desgarrada vuelve á unirse sin imprimir el vestigio de la cicatriz, que solo el tiempo atenúa con diversa perfección, según la magnitud del estrago. Si no hay placer sin

risa, dolor sin queja y en general voz sin eco, ¿ha de extrañar que Jacobo no acallara de repente las de su amor, cuando tan potentes habían sonado en el período álgido de su predominio?

Ausente de Julia, era sobrecogido á intervalos por amorosas reminiscencias que, unidas á los remordimientos de haberse desviado de su vocación científica, contribuían á distraerle de las tareas universitarias; pero al ver á su ex-novia turbábase la serenidad de sus reflexiones, parecíale menos prosaica la gomosa de los salones compostelanos, é impulsado por el renacimiento de su primer entusiasmo, tímidamente pretendía volver á la privanza de su primer amada, y gestionando la rehabilitación asistió algunos días á las solemnidades con que en la catedral se celebra la octava del Corpus, oyó á los frailes franciscanos cantar los gozos de San Antonio en las fiestas de su novenario, á las cuales acuden muchas para solicitar los favores del portentoso taumaturgo, y soportó los falsetes de las monjas carmelitas, entonados en loor de su excelsa Patrona. Negativo fué el resultado de estas jornadas devotas para la reconquista de los deshechos amores que parecían renacer con intensidad creciente cuanto más se levantaba el muro de la indiferencia con que

Julia los truncara en la memorable noche de su brusca despedida, y excitado por este calor otoñal que galvanizaba sus sentimientos, forjó nuevas ilusiones esperando con ansia la grandiosa fiesta pirotécnica que dedica Compostela anualmente á su Santo Patrono, para la cual ábrense los balcones del Consistorio á la sociedad selecta, y allí, al lado de Julia, oprimiéndola con argumentos, y fascinándola con toques de pasión, recobraría el favor perdido.

Llegó la noche deseada, y Jacobo, poco después del anochecer, instalóse á la espectativa de que nadie le burlara el puesto que iba á buscar. Vista la Plaza del Hospital en conjunto sin percibir detalles, sorprendía al espectador con el animadísimo cuadro de la rumorosa muchedumbre encerrada en el suntuoso marco de las riquezas arquitectónicas que la rodeaban. La acción y reacción del empuje comunicado por los grupos que en serie continua arrojaban las bocacalles, al chocar con la gran mole humana, por instantes más comprimida, agitábanla con movimientos oscilatorios como las mieses al aplanarse por ráfagas encontradas de vientos irregulares, suscitando ruidosas protestas para contener, en nombre del derecho, las pretensiones de los rezagados. Este oleaje de gentes exhalaba el disgusto de sus variadas y

frecuentes molestias en el inmenso murmullo que se imponía á los sonidos de la charanga municipal, que desde lo alto de una tarima arrojaba compases de música bailable, soplados con fe y oídos con indiferencia. A lo largo de la fachada del hospital habíanse acurrucado grupos de campesinos que entretenían las horas de espera desarrollando el repertorio de los cantos gallegos, compitiendo los rústicos tenores con las tiples en filar hasta un imperceptible *morrendo* sus melancólicas cadencias. Los monótonos golpes del pandero con los dulces sonidos de la flauta de boj, que tan frecuentemente se oye en los frondosos campos de Galicia, sugiriendo á nuestra fantasía las escenas bucólicas de la pastoril Arcadia, constituían la orquesta que realzaba la voz de los cantantes. Todo respiraba la vida alegre y jubilosa animación de los espíritus que se divierten pacíficamente, sin ensañarse en las tristezas del enemigo vencido.

Después de haber tenido Jacobo tiempo más que suficiente para deleitarse en la contemplación de este panorama, vió llegar la que esperaba; inmediatamente se acercó á saludarla, siendo recibido con extraordinaria frialdad; pero él, lejos de amilanarse, se puso á su lado, y sin gran tardanza, apenas vislumbró un res-

quicio por donde enfilar su interpelación, dijo:

—Estuviste muy cruel y muy injusta conmigo; me arrojaste como si fuera un canalla encenagado por la depravación en los tugurios del vicio.

Julia que al volver al estado normal, hasta se avergonzaba de la locura de sus extravagantes amores, enfrente de la actitud acusadora de quien la había compelido al extravío, disparó esta enérgica y seca contestación:

—Le creo á V. un caballero y confío en que no me molestará con recuerdos importunos.

El interpelante, resignándose á la etiqueta del cambio del tratamiento, replicó.

—¡Y llama V. recuerdos importunos al dulcísimo deliquio de nuestras almas que las desvanecía con los amorosos efluvios emanados de dos corazones, para aunarlas y confundirlas...

Julia interrumpió esta cascada retórica, exclamando con inquietud.

—¡Jesús! ¡Que fastidio!—Y para librarla del amenazador discurso, fué en su ayuda el pirotécnico elevando sin reposo innumerables cohetes que con tal saña se perseguían, que antes de haber estallado uno ya otro estaba en camino, deshaciéndose todos en lluvia de vistosísimas luces que iluminando la plaza con re-

pentina alternación de colores, sorprendían al espectador como el juego de las bengalas en los bailes de espectáculo.

Para alivio de la interpelada, siguieron á los cohetes voladores, dos árboles de fuego que rápidamente encendidos, titilaban sus luces presentando todos los cambiantes de las estrellas fijas en límpido cielo con acompañamiento de ruidos varios, desde el agitado rumor de los chorros de chispas, que sirven en los teatros para simular fuentes de fuego, hasta la reposada y majestuosa detonación de las bombas.

Extinguidos los últimos destellos de algunas luces solitarias que sobrevivieran á sus compañeros en el deslumbrante artificio, hubo un entreacto que Jacobo intentó aprovechar volviendo á su pleito, pero la demandada frustró el careo, sosteniendo animada conversación con sus vecinas. El cohetero, cómplice al parecer de los deseos de Julia, no quiso que se fatigara mucho tiempo en burlar las intenciones del acompañante, obsequiándola con nuevos árboles de fuego, y para que su suerte fuese completa, el cielo encapotado, envió algunas gotas sobre las narices de los espectadores, haciéndose indispensable quemar sin espera la gran arcada que defiende la amplia escalera de la Catedral, fingiendo con horrísonos estampidos, hábilmente calculados, el fragor de un combate naval, y en seguida la decoración mudejar, que por el sitio en que se coloca y por sus grandes dimensiones sugiere la fantástica idea de haberse cubierto el centro de la fachada de la Basílica con oscilante masa luminosa, que como inmenso sol de diamantes lanza destellos de todos colores, deslumbrando la vista con los vivísimos fulgores de los vidrios y azulejos heridos por los rayos del sol poniente.

Cumplido este número del programa de los festejos empezó á enrarecerse la apretada muchedumbre que rellenaba la plaza, clareando á trechos la arena del suelo en medio de la informe masa negruzca que antes lo cubría por completo. El público selecto de los balcones del Consistorio lentamente fué abandonando sus puestos, despidiéndose con muchos cumplidos las familias amigas, y Jacobo vió marchar á Julia sin obtener de ella más que un imperceptible saludo que sobrepujaba en frialdad al de llegada. Convencióse el reincidente que era inútil insistir en sus propósitos y por el camino fué murmurando el último responso á sus difuntos amores, sin afectarle mucho la decisión que se le imponía, porque mitigaba la pena que pudiera sentir con el paliativo de este razonamiento:

—No sé cuando aprenderé que vive conmigo el causante de mis contrariedades empeñado en embellecer lo que veo con los ojos de la imaginación y en afear lo que miro con los del cuerpo. Si no sufriese estas alucinaciones no olvidaría la vulgaridad positiva de Julia que hoy he vuelto á conocer en su antipática magnitud; pero casi me alegro de haber hecho el tonto por segunda vez para tranquilizarme completamente y aprovechar esta saludable lección para otras ocasiones de la vida. El cántaro quebrado no recobra su integridad por tenerlo escondido; solo los niños creen estos milagros, pero muchas veces los hombres incurrimos en los absurdos infantiles. Tenía Luís mucha razón; á estudiar, á estudiar, que la vida no se agota por estas pequeñeces y *requiescant in pace* mis aventuras de los salones de Ramírez.

Terminada la festividad del Santo Apóstol la augusta calma de las necrópolis tiende su manto sobre Compostela. Ciérranse muchas casas, las calles quedan solitarias y en las horas de la siesta cuando las campanas de la catedral tocan pausadamente á vísperas, es la inmóvil y silenciosa ciudad magnífico sueño arqueológico engendrado en la fantasía de un erudito que extático se recreara en transportarse mentalmente á pasadas centurias, amontonando obras que fabricaron los que duermen el sueño eterno en el panteón de la Historia. Los compostelanos de grandes y medianos recursos trasládanse al campo ó á los pintorescos pueblecitos que bordean las micropenínsulas de las costas gallegas recortadas graciosamente por sus rías de helénica belleza á pasar los imaginarios calores del mes de Agosto, casi siempre harto mitigados por la constante humedad del ambiente, y Julia era de las que formaban en las apretadas filas de la expedición veraniega, de lo cual sinceramente se alegraba Jacobo para que esta ausencia real le ayudara á expulsar hasta el último residuo de sus preocupaciones amorosas emulando en indiferencia á quien se las había sugerido.

La familia Barros pertenecía al montón oscuro é innominado de los que no veraneaban, retenida todos los años en casa por el régimen severo de su honrada estrechez, y á esta constante limitación uníase entonces la perentoria necesidad de los estudios del hijo para conseguir el premio extraordinario de la licenciatura, el cual significaba honra y provecho economizando la respetable suma de 3.000 reales que cuesta el título exigido para ejercer la profesión.

Estimaba en tanto este triunfo el bedel que para reunir el mayor número de condiciones favorables decidió que el solicitante prescindiese de las ganancias con que en las temporadas de vacación acrecía su peculio machacando en las duras cabezas de los alumnos confiados en que antes se ha de cansar el catedrático de suspenderlos que ellos de examinarse, y haciendo converger todo hacia el fin supremo del remate tan glorioso como útil, no hablaban de otra cosa los padres y el hijo.

Corriendo el dado de este cotidiano tema de sus discursos extendiéronse á imaginar planes ulteriores, porque los muchachos pudientes que estudian por lujo la carrera de Derecho para lucir la toga y la muceta roja en las solemnidades académicas, como los caballeros santiaguistas el manto y el birrete en las procesiones, sin las fatigas que sufrieron sus antecesores auxiliando á los peregrinos, no tienen por qué inquietarse ante la incertidumbre del porvenir; pero quien adopta una profesión como herramienta, no ha de prescindir de explotarla, y en este caso, en el cual entraba tan de lleno el hijo del bedel ¿cuál dirección tomar ultimados sus estudios en la Universidad compostelana?

Las aspiraciones de Juan Barros, que bien pudiera pasar por ellas á la Historia con el

sobrenombre de *Animoso*, no se aquietaban con oscuras mezquindades y al término de la carrera decía á su hijo como al principio, *Tendimus ad alta*, alentándole y alentándose á proseguir la lucha en nuevas esferas con menosprecio del cúmulo de dificultades que habían de oprimir sus hombros, cada vez más débiles.

La esposa, interpretando las intenciones del marido, exclamaba:

—Si tuviéramos posibles, ¡con qué gusto lo mandaríamos á Madrid para que estudiase el doctorado, y se fuese preparando para hacer oposición á una cátedra! Pero nosotros tenemos que resignarnos á que coma aquí de nuestro pan, mientras no pueda ganarlo, ¡y gracias que no le falte!

Contraproducente fué esta observación, porque en vez de contener el interior impulso de los entusiastas proyectos del padre, lo incitó á verter el fondo oculto de sus anhelos, derramando este torrente de sus ya concertadas ilusiones:

—No me parece tan difícil llevar á cabo lo que tú ves como imposible. Si el chico gana, como es de suponer, el premio de la licenciatura, nos ahorra una buena cantidad que sin esto habría que gastar, aunque fuéramos á buscarla debajo de tierra, y además, quedan

intactas sus economías, que descontadas en el costo del traje que se hizo en el invierno pasado no bajarán de unos 3.000 reales, y con poco que se le añada puede pasar en Madrid el curso que viene, y hacerse doctor por de pronto.

Mucho atemorizaron á la Maizales estos nuevos atrevimientos, y no obstante el lujo de aritmética que los justificaba, no pudo menos de exponer su alarma, diciendo:

—Pero Juan, no oyes hablar á todo el mundo de la escandalosa carestía de Madrid, y además, no cuentas el importe del viaje; creo que es una locura lo que piensas, porque Jacobo con el dinero que tiene, ya en Navidad se muere de hambre.

—No seas exagerada, mujer, ya echaremos las cuentas más despacio, y presupuestando 20 duros al mes, verás que tiene casi para todo el curso.

La meticulosa, defendiéndose en retirada, arguyó:

—Muy bajo calculas tú, y además, mucho temo que la miseria pierda á nuestro hijito allá en la corte, donde hay tantos peligros.

—Quiá, lo que puede perder á los muchachos, es la sobra de dinero, que los vicios no se sostienen de balde. Mucho he consultado

con la almohada esta decisión, pero desde hoy ya no cavilo más; escribiremos á Madrid cuando se abra la matrícula, para que inscriban á Jacobo en las asignaturas del doctorado.

El hijo que presenciaba esta discusión, asociado con todo el alma al bando de su padre, apenas vió que este triunfara se apresuró á facilitar los medios necesarios para trasladar su nombre á las listas de la Universidad Central, y lleno de ilusión propuso reanudar conmigo las interrumpidas relaciones, anunciándome su próxima visita, y si yo le contestaba, encargarme su matrícula. Aceptaron los padres este proyecto, y los recelos de la timorata fueron arrastrados al piélago del aventurado viaje, á remolque de la ligera nave tripulada por las ilusiones de su marido. Jacobo no pudo dormir aquella noche, emocionado por el contento de ver realizada una ilusión que por su grandiosidad, juzgara inasequible. Entrar y confundirse en el mundo vertiginoso, que exalta la mente de los tranquilos provincianos con el alborotado rumor de los periódicos, ver con sus propios ojos los políticos y los literatos que sus lectores ausentes prefiguran como seres de naturaleza sobrehumana, templar su sed de vida intelectual en las mismas fuentes de donde surgen en toda su pureza y plenitud los

raudales de ideas que más tarde han de beberse, mermados y turbios, y ¿por qué no? lanzarse algún día á ser actor en el indiscutible escenario de las grandes reputaciones, subyugar al numeroso inteligente auditorio, arrancarle frenéticos aplausos, y ascender desde la indistinta masa de los innominados al cielo de las personalidades que alumbran con sus resplandores los rumbos de la vida nacional.

Estos aduladores ensueños monopolizaban la atención del presunto hombre público, azuzándolo imperiosamente á no demorar la realición de sus proyectos.

Después de cuatro años de no escribirnos fuí sorprendido por la carta de Jacobo á que antes se hace referencia, la cual contesté sin dilación para manifestarle en términos expresivos y con perfecta sinceridad, mis deseos de bajar á la estación á recibirle, y en los primeros días de Septiembre recibí una segunda con la libranza del Giro mutuo destinada al pago de la matrícula del doctorado para el curso académico de 1876 á 1877, y sus órdenes fueron cumplidas con diligencia suma.

Después de consagrar Jacobo algunas semanas con excepcional interés al repaso de los puntos más culminantes de las varias enseñanzas de la facultad de Derecho, fué á la Universidad á sufrir la prueba académica, que más le había preocupado en toda su carrera por los transcendentales intereses que en ella estaban comprometidos. Los padres, sentían también la misma singular inquietud, y por ella impelida fué la devota Maizales á prosternarse la víspera del día señalado para el tremendo ejercicio de oposición, ante el altar del seráfico doctor San Buenaventura, suplicándole entre lágrimas y sollozos que iluminara con sus celestiales luces al menesteroso estudiante, acudiendo á su intercesión en el apurado trance por el nombre consolador con que la Iglesia lo venera. Para satisfacer sin pérdida de segundos su curiosidad, la angustiada madre convino con el opositor que le esperaría en la ventana para que desde lejos le hiciese una seña con el pañuelo si obtenía el resultado favorable.

Anticipadamente gozaba Jacobo la relativa tranquilidad de ser opositor único y aún la sintió mayor para escribir desahogadamente las cuatro horas que el reglamento previene, cuando la suerte le señaló como tesis de su disertación el *Concepto de la Propiedad*, la cual se prestaba á brillante desarrollo, sin el embarazo de menudencias capciosas. El disertante conocía las ideas de Proudhon, y constituyen-

do su temperamento exaltado juntamente con su pasión por el rigorismo dialéctico, soberbio clima intelectual para el arraigo y la prosperidad de la flora demagógica, allá en lo íntimo las acataba respetuosamente explicando su fracaso, porque alrededor de la severa moral de la docrina, vocearon para ahogarla los egoistas intereses materiales siempre rebeldes á todo desprendimiento aunque la justicia lo ordene, pero en este caso ocultó con esmero sus simpatías por el acerado crítico de las *Antinomias sociales*, y sometiendo su exposición á la autoridad de las morigeradas enseñanzas que recibiera, ilustró con los brillantes chispazos de su ingenio, los fundamentos del *jus utendi et abutendi*, aunque consignando que en el terreno de la moral condena Dios los abusos, y hasta los castiga con ejemplares escarmientos. Los examinadores aprobaron con regocijo paternal esta brillante coronación de una carrera que iluminaba con sus resplandores los fastos escolares, y el alumno laureado recibió cariñosos abrazos del bedel que le mojaba el rostro con la humedad de las lágrimas, y con emoción no menor las derramó la madre, al ver que su hijo agitaba el pañuelo como intrépido guerrero que con mano convulsa tremola la victoriosa bandera.

Juan Barros, inquieto y conmovido, no pudo permanecer más tiempo en la Universidad, y por primera vez abandonó su puesto después de veintiun años de irreprochables servicios, para volar á reunirse con la gloria de su vida en el rincón que tantas noches le viera encorvado venciendo el sueño y la fatiga de sus ojos causada por la menuda labor de la aguja, entonces transformado en alcázar de la felicidad más grande de la tierra. Sin miramientos ni limitaciones, fuera del alcance de la crítica, entregáronse los padres á la espontaneidad de su regocijo, bendiciendo las estrecheces pasadas que resultaban insignificantes al ser correspondidas por aquella holgura del ánimo, que no podrían pagar todos los tesoros del mundo.

En tono patriarcal, decía el bedel, con el asentimiento explícito de su mujer, al jurisconsulto:

—Dios te premie con larga vida de felicidad, las alegrías que das á tus padres.





XVI.

Trasplante.

Nunca le es posible al pobre atender oportunamente al irreprochable adorno de su persona. Sacrifícase para sustituir el raído traje queriendo adecentar su aspecto, y el sombrero ó los zapatos sublévanse inmediatamente de verse postergados, y así va siempre empalmando los disgustos con las satisfacciones. En la esfera de los sentimientos tampoco es más blanda su suerte, porque del constante apremio de su vida surgen al lado de la necesidad, apenas satisfecha, imperiosas exigencias que con las dificultades de la incesante lucha hacen efímero el gozo del espíritu, condimentando con renacientes zozobras los relieves del festín de la víspera.

En este caso se vió el pobre matrimonio Barros. Levantado un momento á las alturas del

regocijo, descendió muy pronto á la triste idea de separarse de su amor, lanzándolo sin recursos á las inclemencias de un mundo desconocido. Tan hondamente le afectaban estas preocupaciones, que hasta la severidad de la devota se disolvió en arrobamientos de ternura, hablando en estos inusitados términos:

—¡*Ay, hijiño!* ¡Con cuánto dolor de corazón te veo marchar, no solo por desprenderme de tu compañía, sino por lo mucho que has de sufrir no teniendo quien te cuide con cariño! Eres muy descuidado para atender á tu salud, y á las que tienen huéspedes les convienen para su negocio los distraídos.

Jacobo, arrobado en fascinadoras ilusiones, tranquilizaba á su madre prometiéndole que se abrigaría mucho, no recelando pedir para su cama todas las mantas que necesitase, y que, respecto á la comida, sería inexorable si intentaran ponerlo á dieta; pero los extremos del cariño maternal no confiaban en estas promesas, y replicaban:

—Si no te conociera, aún podría creerte; pero si te he criado á fuerza de paciencia, obligándote á comer y á cuidarte, ¿qué va á ser de ti ahora? Mucho temo volverte á ver entrando tísico por esas puertas.

No por imbuirle tristes preocupaciones, sino

como recurso para que atendiese á su salud, aventuraba la pobre mujer tan lúgubres vaticinios, no escatimando medio persuasivo que el ingenio pudiera sugerirle, á fin de que el hijo de sus entrañas no quebrantara su salud por negligencia y ruindad de las manos mercenarias en que iba á ponerse.

Exponiendo toda la verdad, aunque en este momento sea algo repulsiva, debo consignar que Jacobo estimaba y agradecía por reflexión las solícitas advertencias de la madre, inspiradas por los recelos de un amor henchido de generosidad; pero que de la peña de su árido corazón no brotaban fuentes de humana ternura, recibiendo casi impasible los vivos toques del sentimiento maternal. Fascinado por los nuevos horizontes prometidos á su vida intelectual y social, prescindía en el tumultuoso hervor de sus visionarias esperanzas, de los afectos de sublime abnegación consagrados á la felicidad de la persona amada, juzgándolos asunto mezquino, y como si voces superiores lo solicitaran á sobrehumanas empresas, caminaba á su fin, desasido de los tiernos lazos del amor, con aquella glacial serenidad que San Jerónimo exigía de Heliodoro, advirtiéndole:

«Aunque vuestra madre desgreñada, mesándose los cabellos y rotas las vestiduras os

muestre los pechos con que os dió leche, y aunque vuestro padre se tienda en el suelo y umbral de la puerta, pisadlo; y con ojos enjutos pasad adelante y volad hasta llegar á la bandera, porque el ser cruel en esto, es género de piedad y clemencia.»

No necesitaba Jacobo armarse de tanta fiereza, porque sus padres no eran óbice, sino auxiliares de la realización de su ideal; pero á juzgar por la molestia que le producía el influjo que aspiraban á ejercer en su vida ulterior prodigándole consejos y advertencias, era presumible que, si después de haberle despertado el deseo, no se lo dejaran satisfacer, fuese discípulo más dócil del Santo, que Heliodoro retenido en su casa por los dulces halagos del cariño.

Sin tristeza por separarse de unos padres nunca cansados de desprendimientos, hizo los preparativos del viaje, cuidando de despedirse de casi todo Compostela, hasta el día acordado en que los tres se encaminaron al punto de partida de la diligencia, donde tuvieron el regocijo de encontrar numerosas personas, y entre estas no pocos catedráticos que honraron al notabilísimo estudiante con el abrazo de despedida. De todos los allí presentes, conmovidos por las lágrimas del padre y los sollozos de la madre, desprendíase un sentimiento de buena voluntad

que, como en el inmenso acorde del concertante de *Aida*, al empuñar la bandera Radamés, reresonaba en los corazones clamando al unísono con apasionada sinceridad: *¡Ritorna vincitore!*

Las ásperas voces del mayoral azuzaron las mulas, y el vehículo, cabeceando, arrancó de entre las gentes que lo rodeaban. En este momento súbita exaltación nerviosa de la madre afligida empujóla corriendo con los brazos echados adelante, á detener el pedazo de sus entrañas, cuya separación le dolía como si se lo hubieran extirpado desgarrándole las carnes y la vida se le fuera en él, escena final que humedeció los ojos del futuro doctor, porque no obstante su corazón endurecido, no le amamantaron tigres de Hircania. Con esta sombra de melancolía que atenuaba los vivos resplandores de sus ilusiones, empezó el viaje á la caída de la tarde de uno de los primeros días de Octubre, pasando toda la noche sin dormitar siquiera, viendo amanecer en medio de espesa niebla, que en masas informes rodaba sobre las márgenes del Miño, cerca de Lugo. Prosiguió su viaje sintiéndose casi desconyuntado por las violentas sacudidas del armatoste en que iba comprimido, pero aún con ánimos para contemplar las pizarrosas orillas del aurífero Sil, y las empinadas cuestas de la gran cordillera

septentrional, que perezosamente subía, la llamada por burla diligencia, para trasponer la divisoria de Galicia y entrar en la comarca leonesa bajando la pendiente de moles graníticas que bordean las planicies que desde sus estribaciones se dilatan. Después de otra noche más penosa que la anterior, en la que el cachazudo vehículo trazando complicadas curvas de nivel sorteaba las trayectorias impracticables del puerto de Pajares, amaneció por fin al pie del camino de hierro, y nuestro viajero, juzgando sibaritismo la amplitud de un coche de tercera clase, despreció la dureza del asiento á trueque de satisfacer desahogadamente la imperiosa necesidad del cambio de postura. Cabalgando sobre el rápido y violento Hipógrifo de la moderna civilización, cruzó la monótona meseta castellana lleno de tristeza por las impresiones que aquel paisaje de carácter africano determinaba en su espíritu, solo acostumbrado á los verdes y jugosos campos que en ameno consorcio con las musgosas colinas y las graníticas montañas constituyen los panoramas de tipo europeo. La desolación del campo en rastrojos, la ausencia de árboles y el color terroso de los pueblos que le parecían montones de barro en medio del desierto, oprimiéronle el ánimo; y al pasar por Paredes y recordar que allí tuvo su cuna Jorge Manrique, comprendió que este poeta castellano exhalara como ninguno el sentimiento elegiaco de la muerte agobiado por la austeridad del yermo en que ponía sus ojos. Con estas tristezas en el alma atravesó la elevada y extensa cuenca del Duero, comparándola en sus audacias de imaginación con la capa pardusca del mendigo tradicional que envolvía el esqueleto del gigante que un día espantó al mundo con la férrea dureza de sus membrudos brazos. Al llegar á los pedregosos páramos de Avila, la imponente severidad de los peñascales, unida al cansancio de aquel viaje de casi tres días, le deprimió aún más el ánimo y su debilitado cerebro temia que los cíclopes de las crestas del Guadarrama lo sepultaran bajo su mole roqueña; pero el coraje del mónstruo que le arrastraba ganó la altura abriéndose paso con furiosos resoplidos y silbidos estridentes para descender á la cuenca del Tajo rodando por la vertiente de la cordillera que dió los materiales, y con ellos su ceñudo aspecto, á la soberbia mole del monasterio del Escorial; hasta que por último, las planchas giratorias de la estación del Norte anunciaron con el acompasado estruendo de su herraje que las percutían las ruedas de un tren portador de nueva oleada de vida que desde la periferia venía á sumirse en el golfo voragino-

so, que con la belleza de sus espumas atrae insaciable â los espíritus ávidos de la emoción artística de las grandes luchas.

Temeroso de que mi amigo se hubiese transformado del bachillerato á la licenciatura hasta el punto de desconocerle, y que me pasara desapercibido entre la confusa muchedumbre formada por los que llegan y por los que esperan, recorriendo el andén voceé su nombre, é inmediatamente contestó Jacobo á mi llamamiento; nos reconocimos á pesar de las modificaciones que en ambos habían determinado los años y muy de prisa tomamos un carruaje que nos llevara á mi casa, donde previo el consentimiento de mis padres viviría mi antiguo condiscípulo, mientras no encontrara casa de húespedes que reuniese las condiciones de precio, tranquilidad y relativo desahogo buscadas para el mejor aprovechamiento de su nueva vida.

Llegado este instante, innecesario es que acumule pormenores para aclarar la duda que dejé sin resolver al empezar el capítulo V de esta narración. Sin exigir del lector especiales aptitudes para sorprender el juego de las combinaciones dramáticas, descubre inmediatamente que habiéndome reunido otra vez con mi amigo y viviendo en la estrecha intimidad de

acompañarle á todas horas y á todas partes para ayudar con mis recursos, al huesped de unos días, debí oir de sus propios labios el minucioso relato de su vida pasada sin omisiones ni reservas, porque el punto incidental que en un momento no comprendiera bien en otro se esclarecía, y ocupados en estas para mí interesantes confidencias, alguna vez transcurrieron las altas horas de la noche, apurando las últimas llamaradas de la bujía, sin pensar en el sueño.

Conforme á lo antes dicho, no intervinieron cronistas para completar esta historia con los antecedentes capítulos. Quizá desencante á los lectores la sencillez del medio que me sugirió las pasadas revelaciones, pero tal es la índole del asunto; en ningún momento puede maravillar con extraordinarias sorpresas, si su exposición ha de ser verdadera. Reconozco que muchos paladares encontrarán insípido este plato sin la guindilla de inesperados y milagrosos encuentros y hasta de resurrecciones, para que los exdifuntos entreguen los imprescindibles secretos con que se fueron á la tumba; pero ni mi ingenio, ni mi conciencia me permiten dar gusto á los ávidos de violentas emociones, atribuyendo á mi leal amigo lo que nunca hizo ni le sucedió.

Cuando Jacobo salió por primera vez á recorrer las calles de Madrid, no cesaba de manifestarme su desilusión ante la realidad del centro de la vida nacional que él imaginara como emporio de todas las magnificencias, prefigurándolo sobre la base de Compostela hasta donde alcanzaba el poder aumentativo de su fantasía. En el panorama por él imaginado, no existían calles estrechas, ni casas mezquinas, ni oscuras é infectas rinconadas; todo era grandioso y monumental sin barrios de viviendas pobres, y con templos y edificios públicos que dejaban tamañitos á los admirados por los compostelanos. A pesar de mis esfuerzos para que comprendiera la magnitud de Madrid comparándola con la realidad de su pueblo, no podía conseguir apartarlo de lo imaginado á su antojo, que aplicaba como término de comparación.

Y no solo á esta impresión estética producida por el aspecto exterior de la capital de España se limitó su desencanto. Al conocer directamente las manifestaciones de la vida pública fué acreciéndose hasta invadir todas las grandezas que ausente de ellas había venerado.

Imaginando en cada uno de los catedráticos de la Universidad que se singulariza con el título de Central, una autoridad científica de reputación europea y un orador que diariamente prodigaba grandilocuentes discursos, profundos en la doctrina y de clásica belleza en la forma de los períodos, reaccionaba de sus imposibles exigencias, denigrándolo todo hasta arrojar al montón de la vulgaridad, las reputaciones consagradas por larga serie de positivos y brillantes trabajos. En los prejuicios sugeridos por sus extremosos apasionamientos no entraba el respeto á la discreta ilustración: no encontrando los genios que él había soñado, solo veía profesores ineptos en todas las cátedras. En idéntica censura, fué envolviendo á los oradores políticos que no le conmovieron como esperaba, por la idea que los extractos de los periódicos le formaran del majestuoso vuelo de los grandes discursos parlamentarios. Mucho había soñado en Compostela, con el efecto arrebatador de estas solemnidades de la elocuencia, esforzando la imaginación para representarse á las eminencias de la tribuna, en el Sinaí de su imponente soberanía, estremeciendo al auditorio con el escalofrío de su incontrastable poder; pero en la realidad encontró pigmeos los gigantescos actores entrevistos por el soñador á través del discurso escrito.

No fué más galante en sus censuras con los oradores del Ateneo. Este centro de cultura, venerado por el idealista, como el tabernáculo

donde se guardaban las sacratísimas formas de la vida intelectual en toda su pureza, aisladas de las bastardías del fin práctico, lo suponía en todos sus actos, revelándose con las sublimes voces de las más altas lucubraciones científicas, y de las más refinadas bellezas de la perfección estética, pero sometido á idéntico criterio del aplicado en los casos anteriores, este santuario de sus cándidas devociones, también lo hundió en la sima del menosprecio.

Esta serie de decepciones produjo en sus sentimientos nueva exaltación del amor propio, exagerando el precio del equipaje intelectual con que venía á la corte. Las primeras visitas á los principales centros de cultura arrastráronle á presumir, que no distaba mucho cuanto en ellos se hacía, del alcance de sus facultades, y sobre todo, que transcurriendo algún tiempo para adaptarse perfectamente á ciertas habilidades del nuevo medio social, más de forma que de fondo, y tomar la embocadura á las trompetas de la publicidad, que extienden por todas partes los ecos del éxito, podría igualar y aun superar á muchas reputaciones favorecidas con el respeto de la opinión y premiadas con recursos materiales para su holgada subsistencia.

Influído por estas sugestiones del orgullo, y comparando la respetuosa consideración que

gozaba en Compostela con la indiferencia de todo Madrid que le dejaba andar por las calles, por los claustros de la Universidad y asistir á las conferencias públicas de los varios centros científicos sin atenderle con la más leve mirada, sintió nostalgia de la vida que acababa de dejar, hermoseando en la ausencia el recuerdo del pueblo y de la sociedad donde tuvieron origen y desarrollo las energías intelectuales que poderosamente le incitaban á luchar cuerpo á cuerpo con los atletas para colocarse entre ellos.

Sus sentimientos, prontos á encresparse con las revueltas olas de todas las fantásticas aspiraciones, no se contuvieron en la nostálgica melancolía, sino que se amargaron con algo de despecho por los honores otorgados en ocasiones á la ineptitud triunfante, y empezó á tachar de egoistas é inhumanos á los moradores de la Babilonia empedernida que desprecia el verdadero mérito, si los resplandores de la fama no lo iluminan, porque en el mutuo desconocimiento en que viven los habitantes de la populosa ciudad, no brotan los generosos sentimientos en el comercio de los afectos, y el interés individual, en su desamparo, busca arrimo en la fortaleza de los ensalzados, y por esta razón de conveniencia acude á sostenerla con su apoyo.

Despeñándose por estas riscosas meditaciones llegó á creer cuanto se dice de la dureza y sequedad del carácter castellano, y á considerar los transeuntes de las calles de Madrid como severos fantasmas impulsados por la ley inflexible del predominio del más fuerte, que ocultan el propósito de sus idas y venidas para hundir mejor la garra en la presa descuidada. ¡Qué inmensa distancia separaba este antipático misterio de aquella animadora transparencia de la vida de sus convecinos que no pasan por una calle sin que todos penetren sus intenciones! El canónigo que sale de su casa á las nueve menos cuarto de la mañana va al coro, tal catedrático que transita por el Franco á las diez va á dar clase al Colegio de Fonseca, el hacendado que á las doce baja la escalera de la Quintana se dirige á la Catedral para oir misa en el altar de la Soledad, doña Fulana que en compañía de su hija sube fatigosamente á las dos de la tarde la Cuesta de San Payo va á comer con su yerno, el boticario D. Zutano deja su oficina á las cuatro para dar el cuotidiano paseo por el Camino Nuevo; y con igual precisión se conoce la órbita diurna de la sistematizada vida de los compostelanos, uniendo este recíproco conocimiento todos los pasos de la gran familia con lazos de afectuoso interés, que contrastan

con la desabrida indiferencia del madrileño resuelto á pegar empellones si no encuentra el paso franco.

Teorizando sobre los diferentes caracteres de uno y otro clima social que repercuten en el ánimo de los respectivos habitantes, como los climas terrestres en las formas de los vegetales, extremaba sus ideas regionalistas; y cuando las molestias de la nueva adaptación se hacían más sensibles, extendíase hasta las doctrinas federativas estimándolas en alza ó en baja según las variaciones de su ánimo.

En los días de mayor nostalgia, cuando se esforzaba en disiparla paseando por el Retiro, al divisar la extensa planicie que se dilata desde la Estación de las Delicias rompía en estas invectivas.

—En Madrid todo es mentira. Se necesita cinismo para llamar Las Delicias á esos campos de desolación que fingen las lejanías del Océano, pero de un océano de lodo desecado y hoy polvoriento. Con qué razón exclamaría delante de este yermo nuestra gran poetisa regional:

Llanura é sempre llanura
Deserto é sempre deserto.

y prosigo diciendo con ella:

En verdad non hay, Castilla
nada como ti tan feyo
qu'ainda mellor que Castilla
valera decir inferno.

Amargado por estas impresiones de la desenfrenada imaginación volvía sobre sus pasos hacia la angosta calle de Jacometrezo donde estaba la casa de huéspedes en que ingresó, pagando nueve reales por el pupilaje, y al encerrarse en el fementido gabinete falto de espacio, de luz, de aseo y sin otra perspectiva que la de un patio inmundo de paredes desconchadas que mostraban la ruín armazón, sumíase en la ola de sus tristezas, que engrosada por el torrente de las incertidumbres del porvenir, ahogaba su espíritu en la lobreguez del desconsuelo.

La preciosa planta que pomposamente floreciera en Compostela, al buscar lozanía en nuevos climas para mejor sazonar su fruto, empezaba á marchitarse por las crudezas del ambiente social, que al herirla con la frialdad de sus desdenes parecía emular en efectos mortíferos á las bajas temperaturas de los secos vientecillos que de las heladas cumbres del Guadarrama bajan sobre el cortesano bullicio, como el filo de la guadaña simbólica.



XVII.

Nuevos horizontes.

Como frase sancionada por larga experiencia, todos repiten: «En Madrid se entra llorando y se sale llorando.» Tiene su fundamento este trueque del ánimo en la imposibilidad de cambiar sin sufrir las molestias de toda crisis que ofusca la razón impidiendo ver las cosas en sus proporciones exactas, pero al restablecerse el equilibrio en los sentimientos, después de satisfecha la demanda exigida por las nuevas circunstancias, la visión se normaliza reconociendo con serenidad lo que ofuscado no percibiera, y lamentando al fin abandonar las positivas riquezas que antes menospreciara.

Desde la primera fase de contrariedades en que dejamos á Jacobo, fué pasando, aunque lentamente, á otra, más conforme con la reali-

dad y más tranquilizadora para su espíritu, de reconocimiento á las manifestaciones de la vida intelectual de Madrid, que sin ser tan sublimes como él las imaginara, no eran tan despreciables como las viera en el primer momento, y culpa de su juicio dañado por monstruosas ficciones fué no discernir el oro del latón, juntando el primero con el segundo para recusar ambos por su común vileza.

En esta tarea de reivindicar consideraciones y prestigios, otorgó al Ateneo la mayor parte de sus homenajes, porque, prescindiendo de que todos los discursos pronunciados en su recinto no fuesen tesoros de doctrina y modelos de elocuencia, como tenía creído, era indudable que en punto á cultura general tomaba la iniciativa en la renovación de las ideas, siendo en nuestra patria heraldo del pensamiento, nuncio de doctrinas y sistemas recién nacidos en el seno de los procesos intelectuales, y que por ley natural de su desarrollo mueven los ánimos á discutirlas para fortificarse en su crecimiento y reinar un día en todos los espíritus. Prefirió, además, el Ateneo por su afición á los estudios especulativos allí cultivados, sin las restricciones de los proyectos gacetables que en el Parlamento abaten gran número de veces el vuelo de las inteligencias, ni los compromisos de partido

que en la política militante cohiben las audacias del discurso por no relajar la disciplina. Aquel libre vagar de lo humano á lo divino, del Arte á la Historia, de la Metafísica á la Biología, enamorábale con irresistible impulso por realizar su ideal de perpetua vida académica. Si Jacobo hubiese vivido en Atenas, dejaría á Demóstenes en la plaza pública apostrofando al Tirano para reunirse con los oyentes de Platón en las gradas del Pórtico.

Para acrecentar esta pasión ateneista, sucedió aquel año que los debates de la secciones se animaran discutiendo con entusiasmo el Positivismo, que como criterio científico, realizaba por primera vez su presentación solemne en España, interesando á todos los que consagran su atención á los problemas intelectuales hasta el punto de que trascendieran los ecos de la controversia, á pesar de su carácter filosófico, á las columnas de los periódicos diarios.

La situación económica de nuestro filósofo no le permitía el lujo de inscribirse en las listas de la docta casa, ni siquiera como socio transeunte, pero bien dicen que el amor todo lo puede, porque al fin logró de sus porfiadas gestiones, cerca de un portero paisano suyo, que le dejara asistir á las sesiones secretas escondido en el sitio destinado al público en las

noches de conferencia, que supongo no habrán olvidado cuantos concurrieron á la modesta pero gloriosa casa de la calle de la Montera.

Sentado en una desvencijada silla de Vitoria, y oculto detrás de un encerado, seguía con interés vivísimo los varios lances de la polémica, apasionándose por los jóvenes oradores, que educados en el criterio positivo de las ciencias experimentales luchaban valerosamente por extenderlo á todos los conocimientos humanos, alterando la tranquilidad de los espíritus que vivían en la pacífica posesión de la verdad absoluta, con la modesta noticia de ser imposible realizar ni aun descubrir los ideales definitivos de la Humanidad.

—Todo vive formándose en interminable evolución — decía un orador positivista, —y quienes presumen emitir la última palabra, yerran como el niño que en su entusiasmo por bailar la peonza declarase este entretenimiento fin supremo de la vida. Los juegos de la infancia, las empresas amorosas de la juventud, los trabajos serios y reflexivos de la edad madura y las ocupaciones devotas de la vejez, sostenidas por el temor de la proximidad de la muerte, todas son igualmente lógicas en sus respectivas edades, y trastrocarlas sería violentar la naturaleza, puesto que corresponden en su aparición

sucesiva al orden en que las sensaciones é impresiones afectan á los sentidos y conmueven el ánimo.

Este modo de discurrir alborozaba al ignorado oyente como redentera revelación, y allá, en su escondrijo, extendía las ideas del orador con estas reflexiones:

—El método positivista parece la verdad de Perogrullo, y sin embargo, ¡cuánto se le combate por irracional y cuántos daños causó no haberlo seguido! Todo es respetable por el solo hecho de existir, y los hechos, tales como se presentan, son el único pan saludable para nutrir el entendimiento. ¡Qué diferencia entre la solidez de esta base y aquellas alas de Ícaro que con tanta ilusión había tomado yo de las sutiles filosofías para volar al seno de una verdad suprema, en la cándida creencia de que esto era posible, y que después de realizado, ya todo el Universo era mío, como si fuese idéntico ver el catálogo de una biblioteca que estudiar los volúmenes que encierra! Realmente, este nuevo punto de vista no solo instruye con el amor de los datos auténticos, sino que moraliza con la humildad de reconocer que un hecho bien observado en la pata de una hormiga, es más provechoso que la sublime idea surgida de las lucubraciones de la mente del filósofo.

Otro orador positivista, encarándose con uno de los hinchados defensores de las ciencias llamadas morales y políticas decía:

—Es la sociedad en su organización colectiva lo mismo que un organismo individual pasando por idénticas fases al desarrollarse. Tiene su sistema muscular en las clases obreras, sus arterias y venas en las mercantiles, que llevan y traen las primeras materias y los productos elaborados, y su sistema nervioso en los sabios y artistas, siendo en este concepto la Sociología rama de la ciencia de la vida, de imprescindible conocimiento para el hombre de Estado, si ha de elevarse sobre el político rutinario. La Sociología tiene su Anatomía en el estudio de los tipos sociales, su Fisiología en las corrientes de la vida nacional, su Patología en las crisis que afligen á las naciones, y hasta su Terapéutica en las enseñanzas de la Historia. Pero como no sería buen médico el que encerrado en la generalidad de los conocimientos científicos, desdeñase el estudio de los casos concretos que en la clínica se le presenten, tampoco será perfecto hombre de Estado el que ufano de la excelencia de sus teorías menosprecie los pormenores del pueblo que intenta dirigir.

Jacobo, acrecentando su entusiasmo y sin

poder refrenar apenas el deseo de gritar, ¡verdad! ¡verdad! exclamaba silenciosamente:

—¡Con qué sencillez se impone esta magnífica analogía! Me parece al oirlo que ya lo pensara yo sin conocer las ideas de esos sabios ingleses. Si no hubieran publicado sus libros hace años, creería que no se me anticiparon más que en la forma de expresar la doctrina, pero que esta la robaron de mi cerebro. Aquí debían venir los ministros á saber que no basta, para desempeñar su alto puesto, talento natural, por muy grande que sea, sino que además se necesitan vastísimos conocimientos en el ramo de su dirección, acumulados por la intensa labor del especialista, sin olvidar por esto el conjunto de principios que informan la evolución social.

Impresionábanle tan hondamente la discusión entre las aristocráticas ideas descendidas de las cumbres del puro discurrir sin mancilla de realidad, y las democráticas que se elevan de los hechos observados, que no me hablaba de otra cosa siempre que me veía, encomiando las excelencias del método que los naturalistas del Ateneo pretendían imponer á los jurisconsultos para la regeneración científica de sus respectivos estudios. Después de asistir á varias sesiones, extremó su pasión positivista hasta incurrir en el vicio condenado por su flamante sistema,

declarándolo fase última y definitiva del pensamiento en la cual acabarían todas las luchas que dividieron la Humanidad. Entonçes el mundo no estaría entregado á las disputas de los hombres, sino á una asociación comunal de obreros que fraternizarían en el empleo de sus esfuerzos.

Pretextando subordinarse á los hechos entró á todo correr por nuevos caminos de la utopia hasta parar en el siguiente discurso, que una tarde, paseando juntos por el Retiro, hubo de dedicarme á falta de público á quien endilgárselo:

—En el siglo pasado, el italiano Vico, abarcando con mirada filosófica el inmenso panorama de la Historia, anunció tres períodos en el desarrollo de la Humanidad, sometido el primero al poder de los dioses, el segundo al de los héroes de naturaleza semidivina engendrados entre el cielo y la tierra, y el nuestro, exclusivo del hombre, quien por su natural y verdadero esfuerzo vive y progresa en los tiempos modernos sin el auxilio de fantásticas potencias. En el siglo presente, el filósofo francés Augusto Comte, que pretendió suplantar á Jesucristo divinizando la Ciencia en la religión del Positivismo, reprodujo la idea de Vico señalando en la serie de la cultura humana la edad teológica como inicial, la me-

tafísica como intermedia y la positiva como sazón del pensamiento depurado de anteriores preocupaciones, para entrar libre de mentirosos ensueños en el reino supremo de la verdad cognoscible.

No pude contenerme ante este derroche de filosofía, y hube de decirle:

—Me parece que te has contagiado de los ateneistas, divagando como ellos, porque no veo á donde vaya á parar esa retahila.

—Pues ahora lo verás, á caracterizar el momento actual de nuestra patria y sus antecedentes.

—Dudo que puedas caracterizar algo por mucho que esfuerzes el ingenio, cuando todo entre nosotros está muy tiznado y muy borroso.

—Pues aplicando á España las ideas de Vico y Comte, creo que estuvo más de la cuenta en el período divino ó teológico, por la circunstancia de haber cifrado su gloria en la extirpación de la herejía, sobreviviendo en nuestra historia como en ninguna otra la influencia teocrática y la educación pasiva de recibir en la memoria ideas pensadas por otros, esterilizando el campo de la propia investigación. Muy tarde, y sin preparación, entró en el período metafísico por la iniciativa de Sanz del

Río, quien al regresar de Alemania con el krausismo por bandera, arrastró gran parte de la juventud con la regeneradora promesa de elaborar individualmente la verdad por *investigación racional*, pero desplegando al mismo tiempo tanta unción en sus análisis espirituales, revelados en tan peculiar fraseología, que degeneraba en cierto misticismo láico, indicio de su proximidad al período teológico. Por mi ingénita afición á todo progreso, á tales filosofías me aficioné en estos últimos años.

—¡Tanto como hemos hablado de tu vida é ignoraba que eras krausista!

—Nada te había dicho por falta de ocasión, y además, porque no sé si puedo llamarme krausista no habiendo leído un solo libro de Krause; por los de Ahrens y Tiberghien me he enterado de la doctrina, como los católicos que no leen la Biblia, pero sí sus comentadores, reputados ortodoxos.—Prosiguiendo la serie de nuestra evolución intelectual, veo en las discusiones del Ateneo que los hazañosos Aquiles de las epopeyas filosóficas, son sustituídos por los serenos y juiciosos obreros del período genuinamente humano ó positivo, que con paciencia afirman los cimientos y fabrican la escalera para subir con seguridad á las alturas, sin arriesgarse á estériles y peligrosos saltos.

Dudando que se realizaran las ilusiones del filósofo optimista, hube de objetarle:

—Te olvidas que vives en la tierra de los pronunciamientos que desde las más antiguas discordias civiles hasta hoy siempre prefirió la revolución á la evolución, y que por todas partes te rodean gentes que esperan resolver sus conflictos por la lotería ó por la sorpresa de un milagro.

—Por desgracia tienes mucha razón, y aunque me consuela el anuncio de las ideas regeneradoras, también temo que prosperen entre nosotros, porque una cosa es conocer una idea y otra muy distinta es vivirla en la práctica. Y tanto creo en esta diferencia, que hasta dudo de mí, respecto á conformar los hechos de mi vida con estas ideas que ahora me seducen.

—No lo creo imposible, persistiendo en el propósito.

Jacobo como quien se prepara á ensartar largos y quejumbrosos razonamientos empezó exclamando:

—¡Ay amigo, aunque los años no me pesan, han endurecido bastante mi cerebro las varias capas del detritus histórico que en sus celdillas se fueron sedimentando y una obra es tanto más difícil de demoler cuanto la argamasa es más antigua! Empecé buscando con afán la

realidad de los hechos, y las exigencias de mis estudios me forzaron á sustituirla por el artificioso maniquí de los libros, la yuxtapuesta erudición suplantó al verdadero crecimiento intelectual, he circundado mi cabeza con tesis filosóficas como el actor con la corona de talco, y después de tanta pompa, aún reconozco el salvaje allá en el centro de donde brotan los impulsos y las resoluciones que me guían en la práctica de la vida. ¿Qué sé yo? ¿Para qué sirvo? Una colección de frases altisonantes que en el mercado no tienen demanda y que solo aprovecho para lamentar mejor mi inutilidad. Llevo varios meses en Madrid buscándoles colocación y no he podido encontrársela al más ínfimo precio, no quedándome otro recurso para comer que asistir con mi escudilla al reparto de la sopa del Gobierno y refugiarme en un rincón de las covachuelas. Los infelices paisanos míos que vienen sin saber leer ni escribir, son más afortunados que yo, echan su cuerda al hombro, se plantan en una esquina y no les faltan baules que solicitan sus espaldas. Veo con envidia los zapateros remendones en los portalillos, porque donde quiera que se instalen encuentran empleo á sus servicios y al fin de la semana recogen unas cuantas pesetas, y yo no puedo aspirar á tanto.

El pobre jurisconsulto terminó con voz temblorosa esta lamentación realista y me creí en el deber de consolarle advirtiéndole:

—Eres demasiado impaciente y demuestras en efecto que no ha penetrado en ti el evolucionismo, queriendo llegar y vencer. Todos los grandes hombres que brillaron en la vida pública hicieron su entrada en Madrid como tú, y bien atrás dejaron después á esos industriales que hoy constituyen tu ideal.

—No negarás que la ola de la fortuna solo ayuda á poquísimos que arriban al puerto salvándose del naufragio que sacrifica á innumerables navegantes, tan oscuros que ni siquiera trazan el efímero rastro de una línea en los periódicos, y no puedo menos de revolverme indignado contra el sarcasmo cruento de la sociedad que mima y ensalza á sus educandos para sumirlos en el más glacial abandono y hasta motejarlos de ineptitud después de otorgarles título de suficiencia. Convéncete, es una burla sangrienta rechazarnos después de habernos sometido á cuanto exigieron de nosotros, alentándonos con elogios en el ensayo.

Ante estas tristes reflexiones, cariñosamente reconvine al filósofo despechado, diciéndole:

—Pero ven aquí, mal positivista. Atribuyes el éxito á la ciega fortuna, al azar, olvidando

que en tus nuevas teorías todo lo regula el principio de la lucha por la existencia dando el triunfo al mejor dotado, sacándole á flote por el poder de su esfuerzo para surcar las corrientes sociales que se oponen á su paso.

En este momento de nuestro filosófico diálogo, desembocamos en el paseo de coches al caer de la tarde cuando la ostentación del lujo fascina los sentidos, y Jacobo al contemplar la mole de innumerables gentes que se oprimen y codean en aquel amplio trono de la opulencia, contestó á mi reconvención.

—No creo que este torrente de riqueza que rueda dentro de su cauce tan aburrido, al parecer, de su propia monotonía, haya alcanzado por el vigor intelectual el esplendor que exhibe.

La audacia del arranque me obligó á rectificarlo en estos términos:

—Pues resulta que yo soy el verdadero positivista, porque el tipo de la vida científica no es más que uno de tantos que han de coexistir en la sociedad, y pecas de exclusivismo al tomarlo como metro para determinar la talla de todos. Quien se enriquece, algo tiene superior, porque el dinero no se deja coger del primero que llega.

—Muy cierto es lo que dices, pero lo es

también la injusticia de condenar la vida puramente intelectual á eterna miseria cuando las ideas son el poder supremo del mundo.

—No niego la exactitud de tu observación, pero bien sabes que las riquezas de la tierra nunca fueron para la inteligencia sino para la voluntad. El genio siembra las ideas, florecen, y el talento las lleva al punto de granazón, en el cual vienen las medianías ilustradas á segar la mies de las aplicaciones prácticas con la afilada hoz de su porfiado empeño. Muchas ideas y poca voluntad difunden las energías del hombre como el prisma los rayos luminosos, pero pocas ideas, ó mejor una sola con voluntad inquebrantable las concentra como en el foco de poderosa lente alcanzando inmenso resultado. Arquímedes pedía un punto de apoyo para remover el mundo con la palanca y no creo que pudiera ofrecérsele otro más resistente que una obstinada voluntad.

Si la compañía de Jacobo influyó contagiándome de su propensión á filosofar, yo no dejé de influir en él con mis lucubraciones, y así lo manifestó en la gran conferencia que me fué explicando hasta que nos separamos, acerca del transcendental problema que la pedagogía debe resolver, prefijando la proporción en que han de desarrollarse el pensamiento y la voluntad

para realizar el tipo perfecto del hombre social sin los ruinosos descuentos de las nativas inclinaciones ni del heroico martirio de los medios materiales de subsistencia. Yo poco aficionado á recetas, no me conformaba con sus puntos de vista, inclinándome á recomendar escrupulosa observación en el espontáneo desarrollo de las varias producciones surgidas en los viveros humanos para educar, no contra la Naturaleza sino en colaboración con tan augusta y soberana madre.





XVIII.

El misterio de la encarnación.

REALIZÓ Jacobo su tarea del curso académico, sin exceptuar el último acto universitario que le puso en condiciones de exornar la muceta roja, con el birrete laureado de doctor, después de haber leído una brillante disertación, acerca de las *Relaciones entre la Moral y el Derecho* que mereció la nota de *Sobresaliente* del tribunal censor.

No habiendo logrado durante el curso, colocación alguna, ni privada, ni oficial para atender á su subsistencia, decidieron los padres que pasara el verano en Compostela, porque además del gusto de abrazar al doctor y de discutir conjuntamente el modo de extraer el interés del capital de la carrera, resultaba más económica la suma de los viajes de ida y vuel-

ta, que pagar tres meses de pupilaje solo para achicharrarse la temporada que duerme Madrid letárgico sueño. Con gran ilusión emprendió su viaje el compostelano, pero no pudo sostenerse en ella al recorrer el teatro de sus antiguos ensueños. Estimaba en más la belleza del campo, sintiendo conscientemente la poesía del árbol como elemento estético del paisaje y lo mismo la grandiosidad arquitectónica de los colosos de granito, que inconscientemente imprimieran en su espíritu el sello de la austeridad; pero la vida social distaba mucho de satisfacerle, afirmando entonces sin vacilaciones la superioridad de Madrid.

En carta que me escribió al poco tiempo de su llegada decía: «Cuánto más perceptible es el tránsito de lo más á lo menos que el inverso, porque apenas me sorprendió entrar en un pueblo veinte veces mayor que el mío, pero el regreso al punto de partida me impresiona por su pequeñez y desanimación como no podía imaginarme. Pero á pesar de esto, ¡qué desgracia es verse compelido á echar raíces en distintas tierras! Por Madrid suspiro en medio de la escasez de recursos de Compostela, y lleno de nostalgia por los poéticos encantos del pueblo que moldeó mis primeros sentimientos á él vuelvo los ojos del alma en las horas de

desfallecimiento en que me abruma la inmensidad de aquel centro, donde todos concurrimos á luchar. Dualismo de imposible compostura que nos clava una espina que nunca se arranca, obligándome con dolorosa sinceridad á repetir en muchas ocasiones, los sentidos versos de Lista.

Dichoso quien nunca ha visto
más río que el de su patria
y duerme anciano á la sombra
do pequeñuelo jugaba.»

Atendiendo á las exigencias de su vida, prescindió Jacobo de las melancolías de la nostalgia y hubo de regresar á Madrid en Octubre, para instalarse de pasante en el muy acreditado bufete de un abogado que alternaba el ejercicio de la profesión en las épocas de gobierno conservador, con el despacho de una cartera ministerial en las situaciones francamente liberales. Todos los magnates compostelanos afectos á la política del entonces ex-ministro, aunaron sus solicitudes en demanda de favor para el incipiente jurisconsulto, ponderando el mérito excepcional de su coterráneo, predestinado, si no se malograba, á ser otra gloria de Galicia, quizá tan grande como el Mentor que había de guiarlo en la práctica de la jurisprudencia.

Solo de oídas conocía Jacobo á D. Silverio Carballo, que este era el nombre de su nuevo director, y lo estimaba como respetabilísima persona, influído por los elogios que en Compostela prodigaban á su talentazo, amigos y adversarios políticos; é impresionado por este antecedente fué á visitarle con gran ilusión, no exenta de cierto temor de no conquistar todas sus simpatías, si solo le juzgaba tan excelso personaje, como un infeliz muchacho animado de buenos deseos.

Anunció la visita el recomendado de sus electores y atravesando una sala, que por la serie de mesas que en ella se veían cubiertas de rimeros de papeles, y por lo polvoriento de los estantes semiocupados por legajos y algunos volúmenes en rústica, simulaba un centro burocrático, entró en el gabinete de trabajo del prohombre, donde conferenciaba con sus clientes y con los periodistas que acudían á interrogarle acerca de los sucesos políticos, como las gentes consultan el Calendario zaragozano. Se encaró el solicitante con un hombre de mediana talla, rollizo, de figura nada gentil, porque lo abultado del estómago y del abdomen al envolver en grasa las líneas del talle convergentes hacia el cuello en forma piramidal por la caída de los desgarbados hombros, determinara una figu-

ra semejante á la de las botellas de *Champagne*. La cara era ancha y pálida, la barba gris, los ojos grandes, animados por mirada insolente, la cabeza falta de pelo en la región frontal, y esta bastante oblicua como si se hubiera torcido, arrastrada por la masa encefálica que parecía descolgarse por la nuca. A Jacobo le disgustó este tipo de Sancho adecentado, y siguió disgustándole, cuando después de las fórmulas del saludo le dijo con voz sonora y acento de convicción como si se preparara á revelar su credo político.

—Ya los amigos de Compostela me han dicho lo mucho que V. vale, y yo me alegro que salgan jóvenes que honren nuestra tierra. Por cuanto me han hablado de los méritos de V., me decido á recibirle en mi bufete, que muy solicitado es esto que le concedo, pero aunque me gusta hacer bien siempre que puedo, no abro la mano en este género de concesiones, porque aquí se manejan asuntos muy delicados.

Claramente vió Jacobo que su protector se mostraba como mercader de favores, ensalzando el que le dispensaba, pero no obstante se lo agradeció muy rendidamente, prometiendo corresponder con formal asiduidad á tan singular distinción: y la potencia del foro continuó advirtiendo:

—Me he visto precisado alguna vez á despedir ciertos pasantes que traían para los ratos de descanso, novelas y libros de sublimes filosofías. Aquí toda la atención ha de ser para los procesos, y en los intermedios, de sobra hay que hacer con empaparse bien en la ley de enjuiciamiento, y compulsar la legislación de distintas fechas para saber cuáles son los artículos vigentes, y cuáles los derogados.

Jacobo bendijo como obsequio de la Providencia esta indicación de su futuro maestro, porque sin ella muy pronto hubiera hecho méritos para ser expulsado en pos de sus románticos predecesores, y después de variada conversación, ya sobre las cosas de Compostela, ya sobre los asuntos de actualidad, se despidió el catecúmeno del foro desagradablemente impresionado por la insulsa mediocridad y sentimientos rastreros que redujeron en un instante el águila por él imaginada sobre las ingentes cumbres del saber, á infeliz gallina que solo levanta el vuelo para subir á los palos de su corral.

Al día siguiente de esta presentación ya ocupó Jacobo una mesa en el bufete de D. Silverio, entablando fatigosa lucha en la que batallaban, de una parte, sus devotas é invencibles aficiones al libre discurrir sobre los amplios conceptos generales proyectando atrevidas síntesis

despreciadoras de los minuciosos datos, y de otra las tiranas exigencias de la nueva ocupación que le percutían el cerebro como implacable granizada de pormenores importunos, ocasionándole las molestias del atolondramiento no compensadas, en su sentir, por enseñanza alguna. ¡Abatir el poderoso vuelo de su inteligencia para quedar retenido en los bárbaros y vulgares manuscritos de procuradores y escribanos escarbando como su gallináceo director en la vil jerga de las fórmulas curialescas hasta descubrir el gusano de la falsedad, y sino la imperceptible larva de un descuido, era tormento que cada día juzgaba más insoportable!

En medio del quebranto ocasionado por esta lucha interior acudía el neófito á todos los medios que pudieran vigorizar su voluntad para corresponder decorosamente á las recomendaciones que le llevaran á tan ambicionado puesto, y al favor con que su jefe le recibiera, pero á los propósitos se sobreponían, á veces, insuperables desfallecimientos que le obsesionaban los sentidos y la atención arrastrándole á ciertos descuidos, que sorprendidos por D. Silverio, les aplicaba la debida censura, si bien en términos suaves y hasta cariñosos; que todo ha de referirse sin apasionamientos que desfiguren la verdad, aunque solo pequen por omisión.

No se ocultaba al veterano jurisconsulto la violencia á que han de someterse los jóvenes, siempre fáciles á la distracción, para proseguir sin levantar cabeza la tarea casi mecánica del minucioso escudriñamiento de legajos nada amenos para extractar de su rutinario fárrago lo sustancioso que en él está desleído en proporciones homeopáticas, y por esta consideración, no solo absolvía los defectos de la obra del nuevo pasante, sino que estimaba la firmeza de su aplicación premiándosela con amables deferencias como la de sentarle á almorzar en su mesa algunas veces. Aunque el anfitrión era viudo sin hijas, circunstancia que hacía innecesario el departir de cosas entretenidas en obsequio á las señoras, gustaba en tales momentos de olvidar la prosa de los pleitos agitando las alas de su raquítica idealidad para encaramarse á los problemas políticos suscitados en los periódicos del día; y en ocasiones partiendo del conocimiento personal de algunos literatos que le halagaban por haber sido ministro, y por la probabilidad de que volviera á serlo, se permitía aparentar cultura artística merodeando entre sus obras, ya fuesen poemas, dramas ó novelas, como ratón en despensa, sometiendo los juicios de su paladar literario, antes que al mérito de las producciones, á los elo-

gios que sus autores le prodigaran. Según este principio, ensalzaba como las creaciones poéticas más grandes de este siglo, las contenidas en un tomo intitulado *Nuevas Geórgicas*, el cual abría sus páginas con una pomposa dedicatoria en versos alejandrinos al Excmo. Sr. D. Silverio Carballo, presentándole como redentor de la desmayada agricultura de Galicia y portaestandarte de las gloriosas tradiciones de su país, después de hacerle recorrer siglos y distancias para colocarle al lado de los Gracos en la antigua Roma y al de O'Connell en la moderna Irlanda, no importándole que le parangonara con revolucionarios el nuevo Virgilio, á trueque de verse elogiado como Mecenas.

En estas horas de expansión á medias aliviaba Jacobo su espíritu de las pesadumbres de la práctica forense, sobreponiéndose á la vanidosa incultura del político para hablar más holgadamente de las altas cuestiones suscitadas, dándose el placer de discurrir sobre lo que era de su agrado, y recreándose en los propios encumbramientos con independencia de los gustos del interlocutor. Este fué comprendiendo en varios almuerzos que si podía censurar al inexperto abogado en los extractos de los procesos era muy inferior á su discípulo en la cultura general y en la brillantez del razonamiento, por

carecer del adorno de los estudios políticos, históricos y literarios que con fácil ingenio utilizaba en su instructiva conversación, pero el ladino ex-ministro, en vez de inspirarse en las imprudencias de los celos, supo mantenerse sereno en su elevado prestigio de hombre práctico, resolviendo favorecer, sin extraordinario interés aparente, á su ilustrado pasante para explotarlo con hábil disimulo en las campañas políticas, reteniéndolo y sobornándolo por el agradecimiento.

Inició la realización de esta cábala halagando á su coterráneo con las siguientes intencionadas caricias:

—Sinceramente he de confesarle que solo por compromiso lo recibí en mi bufete, pero hoy le tengo por afecto interesándome por su porvenir de V. Creo que nuestra tierra une á sus hijos por la simpatía, como la sangre á las personas de una misma familia.

Jacobo olvidando la vulgaridad de su protector le dedicó apasionadas frases de reconocimiento que fueron correspondidas por esta insinuación exploradora:

—Tengo para mí que en día no lejano podré deleitarme con el placer moral de haber hecho su felicidad de V., porque en el trato de mis clientes tiene la base de un buen bufete

propio, y además como en nuestro país todo se relaciona con la política, me permito aconsejarle la conveniencia de entrar en ella para ir tomando posiciones, en lo cual también puedo servirle yo con los recursos que mi historia me proporciona.

Sorprendido y abrumado por tanta amabilidad, Jacobo contestó:

—Ya que V. me habla con solicitud paternal, debo manifestarle, que para las luchas políticas, se necesita asegurar de antemano los medios de vivir, y como no los poseo, me parece urgentísimo proporcionármelos antes, aunque solo fuese para aliviar á mis padres de las privaciones que se imponen por sostenerme en Madrid.

D. Silverio, maravillado de tales escrúpulos, pero disimulándolo para que no se le tachara de negociante político, anunció á su protegido:

—Esa dificultad la resuelvo en días ó quizá en horas, porque esta misma tarde no dejaré de ver en el Congreso al director de *El Nacional*, que ya sabe V. que es nuestro órgano, y creo que le admitirá en la redacción del periódico, con sueldo pequeño, eso sí, pero suficiente para pagar los garbanzos.

Jacobo, elevando el Sancho á Quijote por

su generosidad en socorrer menesterosos, casi intentó besarle las manos, pero sino con los labios, con el pensamiento le imprimió un ósculo de fervorosa adoración, sobre todo al ver realizada la promesa, que se traducía en regocijar su bolsillo con 30 duros mensuales como redactor de un periódico, que si al presente no le podía pagar todo su trabajo, en lo porvenir eran incalculables los réditos con que había de satisfacerle los atrasos.

Instalado el nuevo periodista en la redacción de *El Nacional* delante de las cuartillas, pudiera creerse que pronta y fácilmente terminaba su labor, pero la realidad contradijo esta creencia mostrando que la aparente ligereza de las tareas de su cargo no cedía en pesadez fatigosa á cuanto se propusiera para encarnar ideas puras en obras prácticas.

En una larga plática de lamentaciones confidente de las amarguras que sus trabajos de redacción le costaban, decía:

—A primera vista parece que no siendo premioso de entendimiento, apenas supone esfuerzo ser orador y escritor, porque al presentarse las ideas en la germinación del discurrir, sacarlas á la luz de la publicidad se reduce á mecánica tarea en que toca mayor parte á la voluntad que á la inteligencia. Y sin embargo,

¡qué serie de laboriosos procesos intelectuales para encarnar primero la idea en la palabra, y para fijar esta después en la forma concreta y definida del período escrito! El deleitoso sibaritismo de la vida contemplativa que no transciende del mudo soliloquio de los íntimos pensamientos, lo sentí atenuado, aunque no mucho, por las exigencias oratorias que en medio de sus licenciosas digresiones, algo reprimen el espíritu con el freno del método, pero las cuartillas esperando de mí el desarrollo lógico y sistemático de una idea sin redundancias ni repeticiones, con exclusión de nebulosas vaguedades, economía de frase y limpieza sintáxica en sus giros, siempre me repugnaron como el ceño severo de áspero pedagogo; y si de este modo sufría cuando la perentoriedad no me azuzaba, ahora que necesito escribir al minuto, siento fiebre todas las noches al ponerme á la tarea, y cada vez mi cerebro protesta con mayor rebeldía de las sucesivas demandas, esterilizándose en la lucha.

Ante esta confesión de insuficiencia, objeté al discurso de mi amigo:

—Creo que no te observas bien y llamas falta á lo que es sobra. Seguramente tu empeño en escribir artículos cuajados de ideas é irreprochables en la forma como los que se

publican en las revistas sabias de Europa es lo que te pierde. Piensa en que el periódico prescribe á las pocas horas, deja correr la pluma al desgaire, pon una sola idea estirada en varios párrafos y difundida en las frases hechas y repetidas por todo el mundo, y verás como se disipan tus apuros resultando eminente periodista.

—Hablando por experiencia puedo decirte que estás equivocado. Cierto es que el periódico diario no ha de tener la densidad de doctrina del libro, ni siquiera de la revista, pero no es menos cierto que exige un arte peculiar erizado de dificultades, como cualquier otro género literario, para herir la fibra del sentimiento, revelando á la opinión en términos claros y definidos, las vagas é informes aspiraciones latentes en la atmósfera social y en las empresas de los partidos políticos. El periodismo es muy voraz, reclamando diariamente ideas nuevas é interesantes, y consumiendo en la ligereza de sus formas la monstruosa actividad de los Tenorios de la opinión que persiguen el ideal inasequible entre las congojas del hastío, compañeras de la satisfacción del deseo.

Aunque admirando el sagaz espíritu de observación del periodista, hube de replicarle:

—Te concedo cuanto dices respecto al interés del asunto y al calor de la forma, pero me parece evidente que quien hace lo más hace lo menos, y para tu cultura los trabajos de la redacción debían ser insignificante juego, como para el atlético gimnasta tener un niño en el brazo.

—Pues no es así, porque la diferencia no es de cantidad como supones, sino de cualidad. Actores tenemos que declaman prodigiosamente las décimas de Calderón y están ridículos en las familiares escenas de la comedia. Debo reconocer, por mi desgracia, que en el periódico, como en los salones de Ramírez, otra vez se opone la grandeza de mis fantásticas lucubraciones á que me adapte á las pequeñeces de la vida cotidiana. Sé muy bien que Hugo Grocio revelando al mundo los fundamentos del derecho natural, sería hasta despreciado por las muchedumbres que enardecidas por oscuros autores de libelos, vociferaban en derredor del cadalso de Luís XVI, pero queriendo y necesitando bajar á la arena de la vida, es desesperante fracasar en las empresas prácticas. El gran misterio que por todas partes me cierra el paso, es el de la encarnación de mis conocimientos teóricos en resultados positivos. No sé qué hacer de mí. El ejercicio de la abogacía me aniquila hasta el embruteci-

miento, y en el periodismo no sé dar la nota de actualidad. Estoy perfectamente educado para fabricar lo que la sociedad no compra á ningún precio, ignoro si el error será de ella ó mío, pero yo soy la víctima propiciatoria de este desequilibrio.

Y estaba en lo cierto, porque de *El Nacional* ya le hubieran despedido si no mediase la insistente recomendación de su decidido Mecenas para calmar al director del periódico cuando se le quejaba de la inutilidad de su protegido en los siguientes términos:

—Es un muchacho que hablando encanta por la manera de discurrir y por la variedad de los conocimientos, pero escribe un artículo de fondo, y allá se va por los cerros de Úbeda, saliendo con extrañas filosofías, como si solo se propusiera hacer juegos malabares con el ingenio. Carece tan en absoluto de sentido político, que en vez de apuntar al Gobierno se entretiene en sublimes disquisiciones que nadie ha de leer, prescindiendo de los ministros como si se tratara de los dioses del Olimpo.

D. Silverio defendía á Jacobo alegando la inexperiencia del doctrino, que como bruma interpuesta entre el mundo y su espíritu, eclipsaba los vivos destellos de su entendimiento; y sosteniendo que al disiparse aquella, resplandecerían en toda su intensidad las excepcionales condiciones de su recomendado, aconsejaba al director de *El Nacional* que le encargara el extracto y juicio crítico de las sesiones del Congreso, para iniciarlo en la estrategia política fogueándolo en el apasionamiento de las luchas personales, ya por la continua necesidad de ensalzar á los amigos deprimiendo á los contrarios, ya por el epigramático tiroteo que excita los ánimos en la tribuna de los periodistas.

Convenida esta traslación, Jacobo cesó de adoctrinar á los lectores de *El Nacional*, bajando al puesto de cronista, que le absorbía mayor número de horas, pero disminuyéndole fatiga intelectual, porque no preocupándose de imaginar tesis políticas, su papel se limitaba á relatar á vuela pluma lo sucedido en la sesión, con el aditamento de los comentarios que le sugería el curso del debate. No obstante la facilidad de la nueva tarea, su disgusto no se disipó por completo, viéndose obligado la mayor parte de las veces á sofocar la sinceridad de sus impulsos para someterse á la política del periódico. Como Jacobo no tenía temperamento de soldado mercenario, exasperábanle tanto las ruines mezquindades del innoble proceder que envuelve sus malas artes con el pomposo man-

to de la palabra obstruccionismo, como el empeño del Gobierno en sostener su infalibilidad, y doliéndose del espectáculo tan poco edificante que daban al país las inteligencias directoras de la vida social, al consumir sesiones y derrochar discursos en menudas porfías de vanidad pueril, haciendo escarnio de su misión positiva, que debiera manifestarse sobria en palabras y espléndida en hechos, murmuraba aquellos conocidos versos de Rioja:

¡Cuán callada que pasa las montañas
el aura respirando mansamente!
¡Cuán gárrula y sonante por las cañas!

En las peleas de las sesiones escandalosas, al contemplar la excitación que agitaba á los diputados, imaginábase el templo de las leyes convertido en patio de manicomio, repleto de infelices delirantes, con el cerebro envuelto en la muceta roja como camisa de fuerza que les impedía la acción, pero no el vocear. Al escribir las reseñas parlamentarias, asaltábale el deseo de acusar á todos los lados de la Cámara desbaratando la farsa convencional de los partidos, y este amargor de la mentira aún lo sentía más intenso cuando necesitaba arrancar de las trompetas de la Fama las notas más vibrantes, para subir á la región de las nubes, las vulgaridades

de D. Silverio. Todos los redactores, antes de comenzar sus tareas, se ensañaban con el discurso del ex-ministro, refinando su caricatura, pero después recomendaban á Jacobo que no tuviese pudor en el elogio, y el cronista, por gratitud, y por las exigencias de su comisión, volcaba sobre el obtuso orador todos los adjetivos encomiásticos, compadeciendo en su desgracia á los infelices correligionarios de provincias, predestinados á leer más mentiras que palabras.

A la mañana siguiente de uno de estos *bombos*, al asistir Jacobo al bufete, recelaba por vergüenza encararse con su jefe, temeroso de que le tachara de adulador; pero, ¡ca! siempre esta benévola concesión acudió á tranquilizarle:

—Ya he visto que no se le escapó á V. la trascendencia de mi discurso, interpretando bien su pensamiento.—De lo cual resultaba ¡parece mentira! que el panegirista era quien debía dar las gracias.

Como la reputación de D. Silverio fuera fabricada acumulando todos los recursos de habilidad que estaban á su alcance, por el hábito de cultivar agradecidos con el interesado propósito de atraer voluntades que acrecentaran el coro de sus alabanzas, ahogando las voces independientes empeñadas en decir la verdad,

extremó su protección á Jacobo y lo colocó en *El Nacional* para tener más segura la fidelidad de sus columnas.

Sin embargo, para un ex-ministro clasificado entre las eminencias de la política y de la Administración, aunque no eran desatendibles los superlativos elogios del periódico, unos grados más de fervor, no bastaban á explicar el vivísimo interés de D. Silverio por su pasante, y excitado por esta duda, hube de sonsacar á mi amigo los motivos íntimos que impulsaban á un hombre no reputado por la ternura de su corazón, á mostrarse con él tan pródigo en favores. No era Jacobo largo de lengua y se resistía á entregarme el secreto, pero al fin me confió con encargo de reserva, que por la debilidad humana de poner estudiado empeño en aparentar las cualidades de que más se carece, su protector quería merecer á todo trance reputación de sabio y pensador profundo, cifrando sus más gratas ilusiones en publicar artículos doctrinales en la *Revista de España*, para que fragmentariamente los reprodujeran después los periódicos políticos, encabezándolos con un párrafo laudatario para el *eminente publicista* que levantaba su pensamiento á las sublimes alturas de las ciencias morales y políticas. El aspirante á escritor, nunca abatió su orgullo

hasta pedir á Jacobo que le supliese su pobreza científica, pero el muy taimado le presentaba una serie de notas á modo de minuta, ordenándole que suspendiera sus trabajos forenses para que se ocupase en dar forma á las ideas allí sumariamente expuestas, recomendándole gran esmero en la labor que se dignaba confiarle, por no permitirle sus muchísimas ocupaciones hacerla directamente, pero sí revisarla después para darle los toques de efecto con que el maestro perfecciona la obra del discípulo. De estos esquemas, bien pudiera decir su autor, el improvisado publicista, como cierto catedrático de segunda enseñanza: «Estas *ideitas mías* las he visto confirmadas en Platón» porque compulsados todos ellos, coincidirían con lo expuesto en los libros guardados en sus estantes, pero esta circunstancia no era óbice para que repetidas veces dijese á su intérprete, que si se le ocurrían tesis de importancia relacionadas con los asuntos de actualidad, no tuviera reparo en indicárselas, porque se necesitaba que todos coadyuvaran á patentizar la sinrazón de los ideales de sus enemigos políticos. Sin ser adivino, claramente comprendía Jacobo lo que D. Silverio deseaba, y esmerándose en corresponder á sus favores complaciéndole, sacrificábase en algunas ocasiones á

pergeñar artículos para obsequiarle con el deleitoso regalo bien pronto exhibido en las páginas de la *Revista*, firmado al pie, *Silverio Carballo*.

Al fin de su delicada confidencia, añadió esta queja de la opinión que transcribo textualmente.

—Y, resultado doloroso, cuando escribo artículos con mi firma, los directores de las publicaciones ó me los rechazan, ó si logran verse impresos nadie debe leerlos, porque se sumen en las profundidades del silencio, y en cambio suscritos por el ex-ministro son vivamente comentados y hasta se le descubren ocultas intenciones por mí ignoradas. Sé muy bien que guarismos idénticos representan valores distintos según la posición, y que los atentados se consideran más graves si se cometen con personas da alta jerarquía; pero se demuestra sin asomo de duda que mis obras honran á aquellos á quienes la sociedad exige algo más de lo ordinario, y por consiguiente, para ser estimadas no les falta mérito sino posición á su autor. Veo aquí un dilema imposible de resolver. Se dice, solo valiendo, se ganan las alturas, y no se reconoce valor, sino en lo procedente de quien ya subió. Esto me desespera, porque con tal criterio, nada se puede esperar de la batalla de la vida por grande que sea el coraje de los combatientes.

Con este escepticismo, se atormentaba el articulista auténtico, patentizando una vez más la falta de aptitud para encarnar las energías de su espíritu en los mecanismos sociales, errando en sus lamentaciones como el inventor que suponiendo resuelto el problema, acusara de ilógica á la máquina que no secundase sus cálculos, en vez de confesar la inexactitud de sus ideas y rectificarlas apurando el estudio de los pormenores que han de contribuir al éxito positivo.





XIX.

Mejora de la herencia.

Cerráronse las Cortes en los primeras días de Julio, y publicadas las vacaciones de los Tribunales, abandonó el bufete D. Silverio buscando en Galicia, para refrigerar su cuerpo, otras orillas más bucólicas que las del Manzanares, y para su espíritu, el descanso de las tareas político-jurídicas, amenizado por las visitas de los devotos correligionarios que procesionalmente acudían á incensar el ídolo, no sin el egoismo de una calculada petición desvaneciéndole antes con el sahumerio de la lisonja, como las juglares que ahuyentaban el aburrimiento en las antiguas mansiones señoriales con las truhanerías deslizadas en sus encomiásticas trovas.

En ausencia del magnate, quedó encargado

el novel pasante de noticiarle cuanto ocurriera en los negocios, trabajo que le permitía dedicar muchas horas á *El Nacional* y no pocas al *dolce far niente* impuesto con tiránica exigencia por la abrasadora y reseca atmósfera que es digno remate de este suelo agostado y polvoriento, el cual en su dura esquivez, huyendo de todo lenitivo á los rigores del clima, trepó por las laderas de la costa, hasta perder de vista al mar, mezclándose allá en las alturas á los terrosos sedimentos de nuestra meseta central.

Para utilizar de algún modo los servicios de Jacobo, resolvió el director del periódico crear una sección titulada *Variedades*, que contuviera los desahogos filosóficos y eruditos del cronista que se había quedado sin sesiones del Congreso que reseñar, no importándole que careciesen de todo interés de actualidad, porque en la somnolencia de los calores caniculares hay que apelar á cuanto se presente para satisfacer al monstruo, cuyas fauces siempre abiertas necesitan engullir sin intervalo millares de letras, compensándose esta penuria de recursos con la aquiescencia de los lectores que nada rechaza en el sopor de sus largas siestas.

En tan respetables ocupaciones, pasó Jacobo los calores estivales hasta un día de los comedios del mes de Septiembre en que leyendo la

Gaceta, se enteró de la convocatoria para proveer por oposición la cátedra de Derecho penal vacante en una de las universidades de provincia, y súbitamente se resolvió á inscribirse entre los opositores, incitado por el más exquisito ideal de felicidad con que soñaran padres é hijo en las expansiones entusiastas del hogar doméstico allá en Compostela.

Como sucede á todos los estudiantes de las varias carreras universitarias, Jacobo no tenía igual afición á las múltiples enseñanzas que constituyen la Facultad de Derecho. Las del Derecho civil, del administrativo y de los Procedimientos judiciales éranle poco simpáticas por el carácter de convencional tradicionalismo de los códigos que se vinieron sucediendo desde los tiempos semibárbaros del *Fuero Juzgo* hasta los vigentes. Era aún menor su simpatía por las del Derecho canónico y disciplina eclesiástica, considerándolas como supervivencia de un tipo de vida social casi inaplicable al estado laico de las modernas naciones secularizadas, y en tal concepto las clasificaba en la enciclopedia de los conocimientos sociales, como *Arqueología jurídica*.

No era tan desafecto á los estudios del Derecho político y cada vez lo era menos desde que al iniciarse en la Sociología positivista vis-

lumbrara, que las grandilocuentes declamaciones de los escritores de Derecho público podían reducirse y someterse el método severo de las ciencias experimentales. Después de esta eliminación, concretaba su entusiasmo en los estudios de la Economía política y del Derecho penal, por el carácter rigorosamente científico de la primera, que al cimentarse sobre la inflexibilidad de las leyes económicas, remeda la constitución de las ciencias naturales, y por el fundamento de positivas observaciones antropológicas solicitado por el segundo, para edificar sobre él la parte dispositiva de su código y desarrollar al pormenor los procedimientos correccionales.

Como don de la próspera fortuna, estimaba Jacobo que la cátedra vacante fuese de sus estudios predilectos, y decidido á no incurrir en la insensatez de rechazar la ventaja que la casualidad le brindaba, inmediatamente se rodeó de cuantos libros pudo alcanzar que convinieran á su preparación, completando esta biblioteca de circunstancias con algunas de las obras de los criminalistas italianos en que se considera al hombre delincuente, ya como caso de atavismo, ya como caso morboso de la historia natural humana; y con tan grande interés hizo converger todos sus esfuerzos al más feliz su-

ceso de la empresa, que para no distraer la atención en otros asuntos, solo artículos de Antropología criminal escribía para llenar la sección de *Variedades* del periódico, contradiciendo el epígrafe, con la repetida insistencia en temas de la misma índole, cuyo desarrollo seguramente pasarían por alto todos los lectores del *El Nacional*, salvo alguno, tan ocioso como aburrido, que buscara distracción al constante bostezo de su vida, apurando las cuatro planas del periódico.

En los últimos días de Noviembre, reanudáronse las sesiones de Cortes y el director del órgano más genuino del partido liberal, hastiado de tanta doctrina de la criminalidad advirtió al sabio redactor que le suprimía las *Variedades* para que volviera á ser cronista de los debates del Congreso, decisión que contrarió á Jacobo hasta resolver después de varios días de meditar mucho y de trabajar disgustado en sus tareas periodísticas, que debía proponer á D. Silverio, más que la conveniencia, la necesidad de separarse de la redacción para concentrar toda la actividad en los estudios que habían de conducirle á la honorable silla del catedrático, entrevista en sus ansias como ápice de las glorias humanas. Mucho distaba el magnate político de conceder al magisterio la estimación en

que su pasante lo tenía, pero no queriendo importunarle en tan deleitosas ilusiones, le autorizó para que se despidiese del periódico, aunque lamentando que así renunciase un puesto que tantos codiciarían, no solo por la paga, sino por el porvenir que alguuna vez pudiera cosecharse en aquella redacción.

Sin otro provecho que el pecuniario de las mensualidades cobradas, terminó Jacobo su vida de periodista para entregarse sin reservas al estudio del Derecho penal, aunque continuando en el bufete de su protector quien le daba de almorzar diariamente y algunos auxilios en dinero para que atendiese á su subsistencia en los meses en que solo vivió preparándose para el gran torneo universitario. Con la frecuente intimidad, las nobles cualidades del jóven compostelano, no obstante sus alardes de independencia, consiguieron humanizar con ráfagas de afectuosa simpatía el yerto corazón de su eminente coterráneo, arrancándole por cierta imposición moral, actos de benevolencia y desprendimiento, muy excepcionales en el egoismo de su calculada vida.

Llegó al fin el plazo solemne para Jacobo y juntamente con otros cuatro coopositores se presentó á fines de Abril ante el tribunal que había de juzgarlos, constituído por siete catedráticos, de los cuales solo uno estaba caracterizado como representante de las ideas progresivas. Los demás eran conocidos por sus tendencias conservadoras que algunos extremaban hasta llamarlas francamente reaccionarias. No desconocía nuestro criminalista la desventajosa posición en que le colocaba el criterio de los jueces, pero su carácter incapaz de mixtificaciones y supercherías rehusó despojarse de la caballeresca arrogancia que inspiraba todos sus hechos, y en los ejercicios de oposición expuso lealmente su manera de pensar, arrostrando las consecuencias de una sinceridad incompatible con hábiles hipocresías.

Era la gran preocupación del aspirante, más apasionado de los conceptos que de los hechos, contestar satisfactoriamente las diez preguntas que la suerte designa como materia del primer ejercicio, porque la sorpresa de los pormenores, y quizá la intención capciosa del autor de las papeletas podrían deslucirle parándole en redondo en cuestiones tan solo de memoria, pero al fin trocáronse sus temores en regocijo al verse colocado desde el primer momento á la cabeza de sus contrincantes por la brillantez con que desarrolló los puntos doctrinales, la cual solo fuera levemente atenuada por dos cuestiones de Derecho positivo en que la memoria, refrac-

taria á la aridez de los pormenores no sistematizados, mostró su punto de flaqueza.

Libre de este primer susto, el espíritu del jóven pensador, desplegó todos los lujos de su exuberante discurrir maravillando al tribunal y al público con los claros y vigorosos razonamientos, que ilustrados por variadísima cultura patentizaban con la lucidez del hábil propagador, juntamente con la seriedad didáctica del sabio catedrático, la firmeza de la base sobre que había construído el sistema de sus innovadoras ideas. Animado por el gran éxito de sus disertaciones no vaciló en sostener que la enseñanza del Derecho penal debía reformarse radicalmente acompañándola de estudios prácticos verificados por los alumnos á la manera de la exploración clínica en que se ensayan los estudiantes de Medicina. A las cárceles y presidios, como á hospitales de la criminalidad, habrían de asistir diariamente quienes se preparasen, ya para defender, ya para juzgar á los reos, proponiéndose regenerarlos con el correctivo de la pena adecuada al delito, y redactando monografías é historias penales fundadas en los datos recogidos por propia observación. Solo así penetrarían los alumnos en el trabado proceso de las acciones humanas, en el cual se eslabonan las virtudes y los vicios, la honradez y la depra-

vación como en el organismo la carne sana con las secreciones pútridas.

La audacia de estas ideas opresoras del libre albedrío tuvo gran resonancia, dilatándose desde la Universidad hasta la Academia de Jurisprudencia y la Sala de abogados del Palacio de Justicia. En todos los centros donde quiera que los colegas de Jacobo se reuniesen, comentábanse sus ejercicios de oposición ensalzando las dotes intelectuales del opositor compostelano, pero escandalizándose la mayor parte de los comentadores del determinismo fatalista que inspiraba su pensamiento, tan brillante como errado, empujándole á monstruosas conclusiones que subvertían el orden social causando más daños que la peor de las demagogias. Estos ecos de popularidad envuelta en censura llegaron también á D. Silverio quien le aconsejó la conveniencia de templar toda exageración, diciéndole por fin como halago al éxito:

—De buena gana le oiría; pero tengo que reprimirme para que el tribunal no crea que voy con mi presencia á ejercer presión en favor de V.

Jacobo después de haber sufrido muchas, segun él, injustas pretericiones, empezaba á saborear las dulzuras de la vida pública en cuyo deleite apenas le molestaban las punzantes crí-

ticas de sus detractores, considerándolas necesario acicate para excitar el entusiasmo de sus apasionados. Con excepcional interés esperaban los que se habían ocupado del curso de las oposiciones conocer el fallo del tribunal, temiendo muchos que el valiente criminalista fuese postergado por la ranciedad de los jueces, que calificarían de escandalosos los arrojos revolucionarios del opositor que no se molestaba en suavizar asperezas. Pero al fin estos recelosos pesimistas tuvieron el gusto de equivocarse, y vieron á Jacobo Barros y Maizales colocado en el primer lugar de la terna, no por unanimidad, pero sí por gran mayoría, porque solo dos de los siete jueces le negaron su voto.

Este resonante triunfo avivó en el ánimo de mi amigo los amortiguados bríos, y satisfecho de su gloriosa jornada, me decía lleno de orgullo:

—¿Ves como de mis anteriores fracasos era culpable la sociedad y no yo? Mi torpeza la ocasionaban las deficiencias de la educación. No me enseñaron cosas prácticas y no puedo satisfacer á quien me las pida, como la tierra no puede dar frutos distintos de los que en ella se siembran. Con lucubraciones teóricas me alimentaron, y demostrado está que no soy arca cerrada que guarda lo que en ella ponen,

sino tierra feraz que en las sucesivas cosechas mejora la simiente. Soy todo un buen hijo acrecentando la herencia legada por mis padres.

Yo atenuaba estos alardes de mi interlocutor objetándole, que quizá como viciosa consecuencia de la rigidez de sus ideas deterministas, concedía exagerados poderes al influjo de las causas externas, desconociendo el vigor de la propia iniciativa cuando una voluntad enérgica la sostiene.

Entretenidos en discusiones de esta índole, consumíamos ambos amigos las horas que Jacobo dedicaba al esparcimiento de su ánimo como natural reparación de las azarosas preocupaciones y de los esfuerzos que durante larga temporada le hubieran oprimido, pero no tardó en nublarse el cielo de estos regocijados coloquios, porque la tardanza del Ministerio de Fomento en ultimar el expediente de la oposición, nos hizo sospechar que se perpetraba el sacrificio de una víctima más, posponiendo al primer puesto de la terna, por el sacrílego delito de discurrir con criterio independiente. Iniciada esta sospecha, consagró mi amigo toda su atención á investigar lo que en el Ministerio se maquinaba y en sus gestiones fué adquiriendo la dolorosa convicción de que si el tribunal censor calificara sobreponiéndose

á opiniones y creencias, el ministro no quería condenar su alma autorizando tamaña tolerancia, y para mostrarse piadoso instrumento de las máximas evangélicas exaltando á los humildes y haciendo de los últimos los primeros, nombró catedrático al segundo lugar de la terna, y al opositor sobresaliente lo lanzó al montón de los réprobos.

Y para esta santa empresa de separar el grano de la cizaña ¡con qué solicitud se rebuscaron los antecedentes del incrédulo! Aquellos artículos doctrinales que el director de *El Nacional* consideraba como letra muerta en las columnas de su periódico, todos comparecieron ante el escrupuloso ministro para que los castigara como textos vivos de irreligiosidad, y el rumor público que enaltecía al expositor de atrevidas novedades, fué considerado como eco de escándalo que debía ahogarse sofocando la voz que lo despertara.

Esta cruel resolución gubernativa causó gravísimo daño al pobre Jacobo, destemplando su ánimo, que tan pronto se alborotaba en accesos de indignación, como se sumía en melancólicos desmayos. Por un acto arbitrario, aunque barnizado de legalidad, despojarle de lo que en justicia era suyo habiéndolo ganado honradamente trabajando con fe, lo consideraba el

más atroz de los sarcasmos, sacudiendo su espíritu desde las iras demagógicas, hasta la indiferencia del escepticismo, que ni estima la virtud ni condena el vicio.

Dolorosamente impresionado por las justas tristezas de mi pobre amigo á quien inicuamente habíanle tronchado las más espléndidas ilusiones, sentí insuperable deseo de apostrofar á sus sayones, á pesar de mi temperamento poco propenso á los arrebatos de la vehemencia, y secundando su afán de filosofar, me excedí hasta la siguiente diatriba:

—Creo que la libre elección del ministro entre los propuestos en terna, es nueva forma de los antiguos procedimientos inquisitoriales refinados por un espíritu de cobarde hipocresía. Antes el principio darwinista de la *selección artificial*, se practicaba valientemente dando tormento con cuerdas y cuñas, y hasta tostando en la hoguera á quienes por la independencia de su pensamiento ó por la entereza de su carácter salían de los avasallados montones de la uniformidad social, y hoy más débiles que entonces, pero más astutos, se fabrica el potro inquisitorial con los lazos corredizos de reglamentos, hábilmente dictados, para poder á mansalva y sin responsabilidad, estrangular y sumir en las mazmorras del silencio á quienes por el

vigor de su personalidad no han de ser materia dúctil para las conveniencias oficiales.

Jacobo, aplaudiendo mi iniciativa y confirmándola con su probable porvenir, añadió:

—Tan ciertas son tus observaciones, que sin hacer sangre, ni arrancar quejidos, ni dar el más leve espectáculo cruento, me han trucidado el alma con alevosa decepción, y además me condenaron al tormento de la miseria que no sé hasta donde me precipitará.

Todos lamentamos con amarga sinceridad, que despojaran á Jacobo de la investidura que por derecho divino le correspondia, y solamente D. Silverio dió poca importancia al infortunio de su atribulado pasante, atenuándole la pena con este consejo:

—Casi me alegro de su fracaso; deje el ser catedrático para las medianías ramplonas y V. dedique su entendimiento y su elocuencia á la política, que es la ocupación de los dioses.



XX.

Calle Angosta de Peligros.

Si los sentimientos de Jacobo se mancillaron con la hiel del despecho que infiltraba arteros propósitos de venganza en la ruda franqueza de su carácter, su situación económica sufrió más hondo quebranto, porque separado de *El Nacional* para atender á la cátedra, y perdida la esperanza que en el anterior período de preparación cohonestaba las mercedes que de su protector recibía, encontrábase frente á frente con el pavoroso espectro de la miseria, y tan oprimido por su descarnada mano que ignoraba cómo y cuándo hubiera de libertarse del desalmado opresor. Firme D. Silverio en su insólita generosidad, refrendó con carácter indefinido la promesa de auxilios al autor de sus artículos, y también yo, previa la autorización de mis

padres, secundé á su insigne Mecenas, ofreciéndole cubierto en nuestra mesa; pero Jacobo aunque por el momento salvara así la perentoriedad del hambre, no podía resignarse á vivir de limosna, aun dándosela con suma complacencia y rodeada de delicadezas.

Los pobres padres de mi menesteroso comensal después de la amargura de ver ignominiosamente despeñado á su hijo de la cúspide de la gloria, sintieron recrudecido su padecer al recibir la carta de Madrid en que el infortunado Jacobo les declaraba sin omisiones la penuria de recursos á que le precipitara el tremendo golpe de las sañudas pasiones políticas, y ante tal declaración, se apresuraron abiertamente á proseguir con infatigable entereza el camino de sacrificios que siempre recorrieran sin vacilar, con el anhelo de que su amado hijo pudiese posesionarse del alcázar de las grandezas humanas.

Las largas vigilias y el continuo torcedor de angustiosas preocupaciones, habían quebrantado no poco la salud del bedel y de su hacendosa mujer, pero prescindiendo de las atenciones reparadoras que sus cuerpos necesitaban, resolvieron con sublime abnegación reducir el alimento á lo imprescindible para no morir de hambre, suprimiendo el vino que confortaba

sus desmayados estómagos de la atonía de la vejez, con el fin de transformar en libranzas del giro mutuo, cuanto excediese en sus comidas de las frugales refacciones del anacoreta. El infeliz matrimonio espiritualizando el régimen del estómago casi hasta la extenuación, ahorraba mensualmente 5 ó 6 duros, cantidad que Jacobo recibía con inmensa tristeza porque era la censura más amarga de su inutilidad recrudecida por el dolor moral que taladraba su corazón, imaginándose la suma de privaciones simbolizada por aquel socorro, tan exiguo en dinero, como gigante en deseos.

Acosado por estos remordimientos, nuevamente volvía la mirada lleno de despecho á todas las manifestaciones de la actividad social, y reproduciendo en mayor escala las anteriores quejas acerca de la esterilidad de sus conocimientos, execraba las deficiencias de sentido práctico de la educación que recibiera aficionándole á todo lo inservible para el provecho propio. Ni su dignidad ni su conciencia, podían resignarse á cobrar el precio del constante ayuno de padres tan merecedores de otra suerte más halagüeña, y no encontrando en el empleo de sus aptitudes medio de eximirlos del doloroso tributo á que los tenía sometidos, empezó á relajarse poco á poco su escrupulosidad moral hasta

resolverse á torcer aquel paso noble y correcto con que siempre se dirigiera á sus fines, para internarse en la trocha de la conducta viciosa.

No llegó hasta pensar en las heroicidades de aquel romanticismo degradado que idealizó á los bandidos subiéndolos al cielo de los redentores de las injusticias sociales y depurándolos de la nota de ladrones, para presentarlos como almas generosas obligadas por la fuerza de sus sentimientos caritativos á robar al rico para socorrer al pobre; pero con criterio poco distante de este, pensó en las sumas de dinero que diariamente hacen rodar por las mesas de juego de Madrid muchas personas, que quizá hastiadas del desahogo de su vida exenta de luchas, buscan en el azar excitantes emociones; y se resolvió á solicitar los favores de este capital que por lo voluble apenas tiene dueño, no para persistir coadyuvando á la vida dramática de sus caprichosos giros, sino para convertir á su exclusivo servicio la parte que le pusiera en las manos una providencial fortuna que le libertara del potro en que padecía bochornoso tormento si se dignaba obsequiarle con el indispensable alivio de sus angustias pecuniarias, para volver inmediatamente del extraviado sendero, á la carretera franca de su anterior conducta.

Mortificábale considerar que una sota ó un

as fuesen los instrumentos de su liberación, pero á esto sobreponía la inefable dicha de poder decir á sus padres:

—«No me envíen más dinero y vuelvan á regalar sus cuerpos, si lo desean aún mejor que antes, porque tengo recursos para satisfacer mis necesidades y para auxiliar á ustedes en las suyas.»

Interrumpiendo el relato, he de manifestar que varias veces medité en esta brusca desviación de un espíritu que tan de repente se precipitaba de la celestial región de las puras ideas á los tenebrosos antros del vicio sin mostrar en su caída uno solo de los épicos rasgos de Luzbel, sino la vergonzosa y mezquina timidez del vicioso por fuerza, y he llegado á sospechar que el salto de la conducta de mi amigo fué más aparente que real. Refractario por temperamento, y no acostumbrado por educación á tener fe en el inconmovible poder de los pequeños esfuerzos cuando pacientemente se acumulan como las energías infinitesimales de las microscópicas células en la gran resultante de los vigorosos trabajos musculares, soñaba con repentinos éxitos que sin la complicidad del tiempo le elevaran á las más altas posiciones, como acontece en los pueblos apenas organizados, que al encumbrar por ensalmo á los

oscuros en el oleaje de las turbulencias políticas imbuyen con tan funesto ejemplo el pernicioso afán de los triunfos instantáneos. Por tales antecedentes, que persistían en lo íntimo del espíritu de Jacobo, como las malas hierbas no estirpadas por la reja del arado si se aplica superficial y precipitadamente, el joven pensador, á pesar de considerarse severamente lógico y convencido de la solidez de los pausados progresos de la evolución, en las situaciones difíciles asaltaban su mente creencias milagrosas, preocupándola con la esperanza de redentoras loterías que le salvaran de sus conflictos, tan súbitamente, como la lámpara que al encenderse lanza las sombras de una habitación oscura. En cierto modo, puede referirse á este tipo de encumbramientos el único triunfo que había alcanzado en su vida saliendo de la oscuridad á la luz de la opinión, no por extensa serie de sucesivos trabajos científicos que al compás del esfuerzo fueran labrando su reputación garantizada por la serena actitud del entendimiento y por la constancia de la voluntad, sino por brillantes artificios del ingenio ligeramente cimentados, y por las fascinadoras galas de la elocuencia, en todo lo cual se asociaban el autor y el actor, pero predominando este. Jacobo poseía talento y aptitudes docentes sin duda

muy superiores á las de sus contrincantes, pero no puede negarse que la resonancia de sus ejercicios de oposición eran como el aplauso de los espectadores impresionados por la gallardía de una situación dramática correspondiente á excepcional momento de la vida, que solo un espíritu insano pudiera considerar como norma constante de las cuotidianas acciones.

Para coronar á sus héroes, exige la vida pública desde los exámenes y ejercicios de oposición, hasta las luchas parlamentarias, que las facultades de los educandos se desarrollen para brillar en los solemnes momentos de las situaciones teatrales, casi siempre al precio de inmensos paréntesis de inacción. Pide la nerviosa sacudida, aunque sea epiléptica, y el fúlgido chispazo sin importarle que sea fuego fatuo, en vez de la tonicidad normal y de la perenne luz tranquila: prepara los esplendores de la flor y descuida la madurez del carnoso fruto alimenticio.

Consecuencia de estas premisas es el ansia devoradora del momento feliz, la cual se prosterna ante el ídolo del ciego destino, suplicando á su arbitrario poder que en la gran lotería de las momentáneas inspiraciones le conceda el premio mayor de los éxitos avasalladores, y Jacobo alentando en este medio social y ha-

biendo tenido en él su primer éxito, era inconscientemente devoto del azar y jugador desde los primeros simulacros académicos en que apuntaba con los tesoros de su ingenio, á la carta de los estruendosos aplausos. Esta disección psicológica, me ha mostrado la continuidad racional que eslabonaba el cambio, á primera vista anómalo, de la conducta de Jacobo con los sentimientos inspiradores de sus pasadas acciones.

Prosiguiendo el interrumpido relato toca decir que si el criminalista desbancó con arrogancia á sus coopositores en la calle Ancha de San Bernardo, en la casa de juego de la calle Angosta de Peligros, elegida por el pobre sabio para teatro de sus cábalas, hizo su entrada con grandísima vergüenza agravada por la repulsión que la escena le inspiraba. La inmovilidad y el severo silencio de los concurrentes alterados á intervalos por la presentación del naipe que decide la contienda entre los dos antagonistas, la febril impaciencia con que los interesados siguen la mano del banquero, la violenta crispatura de las víctimas del hado adverso, y la displicente retirada de los exhaustos de dinero, y por el momento de ilusiones, mucho le acongojaban incitándole á volver sobre sus pasos para respirar más libremente fuera de

aquella atmósfera pesadísima, que ahoga las expansiones con el vaho de las tristezas, é inficiona la sangre con el humo de los cigarros, sañudamente mordidos por los contrariados en sus cálculos.

Sobreponiéndose á esta antipática impresión, acercóse á la mesa el advenedizo jugador y con mano trémula, se lanzó á desafiar la baraja arriesgando con cautela el valor de la reciente libranza que sus padres le enviaran. Varias alternativas pusieron el débil capital en peligro de que la banca lo tragara, pero al fin la reacción sobrevino y el capitalista quebrado, además de reintegrarse de las pérdidas, triplicó los primitivos fondos, y considerando que su buena fortuna debía estar agotada por aquella noche embolsó las ganancias contentísimo del lisonjero estreno.

Volvió las noches siguientes entrando siempre con repugnancia, que al fin se le tornaba en satisfacción al desplegar la suerte sus más halagüeñas seducciones para tentarle hasta el desvanecimiento y el olvido de sus moderados propósitos. Un caudal de 1.000 pesetas, ganado en diez días sobre la pequeña base de la mensualidad enviada de Compostela, fué el complemento de la perdición de Jacobo, porque ante la facilidad con que veía la multiplicación

de sus exiguos fondos agigantaba las aspiraciones, suponiendo inagotable amabilidad en la mágica riqueza del *tapete verde*, para seguir obsequiando con muchos millares de pesetas á quien tan generosamente había favorecido con las mil primeras. Pero ¡ay! estos optimismos viéronse muy pronto castigados, fracasando su intento de constituir el segundo millar, hasta arrastrar en la resaca de las oleadas que antes inundaran la playa de sus ilusiones, todo lo acarreado por la suerte, sumiéndolo en el voraginoso golfo de donde saliera.

Circunstancia digna de consignar, es la funesta obcecación del perdidoso jugador al atribuir la derrota, no obstante todas sus sabidurías, á ligerezas de procedimiento y descuidos de cálculo, olvidando que la imprevista casualidad es el único poder que premia y castiga en los juegos de azar. Como los tipos de jugador tronado que en comedias y sainetes regocijan al público, con el quejumbroso monólogo de su falta de tino, Jacobo suponía sometida á cierto cálculo, la sucesiva aparición de los naipes, lamentando el mal momento en que un interior atropello le arrastró á prescindir de sus reflexivas jugadas, desoyendo los prudentes consejos emanados del cálculo de las probabilidades. Pensando de este modo el incipiente

te jugador, tomó el más peligroso de los rumbos posibles para consolidar su pervertida afición, porque en vez de sacar escarmiento de las ruinosas pérdidas, acrecentaba en ellas sus ilusorias esperanzas, considerándolas como advertencias de ligeros errores, que á pesar de repetirse con harta frecuencia, presumía corregir indefectiblemente en la jugada ulterior.

Fruto nocivo de este corrompido concepto, fué el apasionarse con tal intensidad de la casa de su degradación, que la visitaba asiduamente, sin exceptuar los días en que no tenía dinero, limitándose entonces al papel pasivo de mirón, si bien interesado en formar la estadística de los golpes de azar más repetidos, como provechoso antecedente para triunfar en la ocasión en que pudiera salir de su pasividad.

Es la vida humana sistema tan solidariamente trabado que la alteración de cualquiera de sus partes se transmite al conjunto de ellas, y así se vió en la total destemplanza de las acciones del filósofo extraviado. Según corría el naipe se regalaba con opíparo banquete ó se imponía ascético ayuno, á la misma circunstancia estaba sometida la renovación del vestuario y hasta las transiciones del humor. No siendo el dinero ganado exacta compensación de anteriores trabajos, producíanse en el régimen económico

del jugador frecuentes desequilibrios en que alternaban sin tino el derroche y la tacañería repercutiendo estas variantes en la volubilidad de su carácter, el cual se mostraba expansivo algunas veces, y huraño muchas. Preocupado en combinar martingalas soñando en riquezas, había preterido sus devociones científicas á un naciente sibaritismo material que le despertaba cierto afán de comodidades que antes no sentía.

Deslizándose por la pendiente del desgobierno material y moral arrastróle la rebelión de sus pasiones á los fáciles é impuros amoríos. No era como en Compostela galeote *á la concha de Venus amarrado*, sino buzo que se encenagaba en el lodo de los corrompidos placeres lascivos enturbiando su vida de malandanza, ora con el hervor de los apetitos, ora con el transitorio disgusto de los remordimientos, alternación que achicaba y envolvía en tétrica niebla el carácter del desdichado calavera presentándole como tipo ridículo ante las gentes orgiásticas, que sin recordar lo pasado ni preocuparse de lo futuro, se entregan en absoluto á la loca expansión del regocijo en el instante del goce. Hasta en el vicio demostraba á Jacobo la experiencia que no basta el deseo para resultar grande en él, sino que además se necesitan aptitudes y hábi-

tos peculiares para que el Quijote de los burdeles no semeje el risible Caballero de la Triste Figura. Los Mañaras y Tenorios son en la depravación tipos tan excepcionales y difíciles de lograr como los genios y los hombres de Estado eminentes.

El opositor recusado se sostuvo más de un año en esta vida atropellada y licenciosa, bajando su altiva dignidad en negocios de dinero hasta repetir ciertos abusos que en ocasiones le sonrojaron con la aspereza del correctivo que fué menester imponerle. No obstante el desvanecimiento que le atolondraba continuó asistiendo al bufete de D. Silverio: pero trabajando perezosamente y oponiéndose con resistencia pasiva á fomentar en la Revista la reputación científica y literaria de su protector, perdió terreno en su privanza, viendo aminoradas las atenciones con que antes le distinguiera.

Las deficiencias de alimentación y abrigo, y las destemplanzas de la falta de sueño del trasnochador ocasionáronle, que al descender bruscamente la temperatura en los últimos días de Septiembre le sobrevinieran convulsivos escalofríos que pronto tuvieron violenta reacción en un intenso calor febril, que en medio del dormitar inquieto le acongojaba con las pesadi-

llas del subdelirio. A la mañana siguiente de esta fatigosa noche la fiebre no le permitió levantarse y sintiendo además punzante dolor de costado con tos continua, á pesar de su desconocimiento de las ciencias médicas, al instante diagnosticó la enfermedad contándose entre las víctimas del terrible azote de Madrid, de la espantosa pulmonía incansable y afortunada emisaria de las necrópolis.

Con urgencia me llamó mi malaventurado amigo y en vista de la gravedad del caso avisé al médico que visitaba á mi familia y extendí la noticia á los amigos coterráneos del enfermo para que ayudaran á cuidarle.

Los síntomas con que la enfermedad se manifestaba eran imponentes. Fiebre altísima, gran delirio, respiración muy fatigosa acompañada de extraños ruidos simulando en ocasiones el estertor de la agonía, tal era el doloroso cuadro que se destacaba en el fementido lecho de su mezquina alcoba. Los medicamentos antimoniales valientemente administrados atenuaron muy pronto las alarmantes manifestaciones, y el enfermo rebasó la línea del peligro entrando en el período de franca mejoría.

D. Silverio, á quien enteré en persona de la peligrosa situación de su pasante, solo una vez le visitó entregándome un billete de 50 pesetas

para subvenir á los apuros de la enfermedad, que muy pronto se hubiera gastado, si no fuesen los obsequios en especie, y hasta en dinero con que mis padres permitían que favoreciese al desvalido convaleciente. Además de estas atenciones no le hubieran faltado, en el caso de prolongarse la enfermedad, los cuidados directos del pobre bedel de la Universidad compostelana, que dispuesto estaba á vender hasta la camisa, para trasladarse cerca de su hijo; sacrificio de que le eximieron las satisfactorias noticias que pude enviarle, aunque advirtiendo que el dictamen facultativo pronosticaba larga convalecencia, y prescribía para lo sucesivo esmerada higiene que cuidase el aparato respiratorio, evitando los cambios de temperatura, y el corazón, huyendo de las vivas emociones que pudiesen afectar á la entraña que funciona en íntima solidaridad con los pulmones.

Salvado el peligro, pudo decirse *no hay mal que por bien no venga*, ante la influencia que ejerció en la regeneración moral del aturdido fantaseador. Discurriendo serenamente, apartado de los lugares de su perdición, confesaba:

—El infierno existe en este mundo uniéndose en cantidad proporcional á la gravedad de las malas acciones, como el dolor corresponde á la

fuerza del golpe. Quien labra una vida delincuente fabrica á la par la cárcel de su expiación. Aunque no hubiese razones más altas, solo por egoismo se debía ser honrado.

Como el turbulento galanteador mundano, herido en militar empresa, depuró sus pasiones en la febril exaltación convirtiéndose en San Ignacio de Loyola, el jugador concurrente á los lupanares, vituperó su pasado de inmundos extravíos, haciendo fervoroso propósito de enmienda; solo que el Santo persistiendo en sus sueños caballerescos, trocó los amores terrenales por el celestial de Jesucristo, y el herido en las sinuosas encrucijadas de la vida moderna, aleccionándose en la organización mecánica de nuestras sociedades, dedujo prosáicamente la conveniencia de rechazar la ponzoñosa copa de las pérfidas alucinaciones, para comulgar el pan encarístico consagrado por el acatamiento á las perennes leyes de la vida.

Movido por este acto de contricción, muy sincero por haberse inspirado en el propio escarmiento, volvió al bufete del ex-ministro y al cultivo de sus levantadas aficiones intelectuales, si no con la ilusión romántica de antes, estimando más el sosiego interior que goza el ánimo cuando se vive rectamente. Del egoismo de su tranquilidad deducía el inmenso valor de

la ley moral. Bajaba á Moisés del Sinaí arrojándolo á la masa del pueblo, pero enaltecía sus preceptos como datos de observación que deben servir de base á la saludable policía individual y social.





XXI.

La viña del Señor.

En Febrero del año 1881 juzgando la Regia prerogativa que el partido conservador ya no convenía á la felicidad de la nación, tuvo á bien sustituirlo por el liberal, llamándolo el Monarca á Su Consejo para el más fácil y próspero gobierno de la cosa pública. Durante los inciertos y cabalísticos momentos que preceden en las crisis políticas á la definitiva constitución del Ministerio, el jefe del partido, árbitro de las carteras, fué diligentemente visitado por su adictísimo correligionario y antiguo compañero de gabinete, D. Silverio Carballo, ya para felicitarle por el honroso triunfo de haber alcanzado la confianza del Trono, ya para repetirle que seguía incondicionalmente á sus órdenes dispuesto á sacrificarse en el cargo á que le conviniera destinarle. El presidente

de la nueva situación, confiando en las múltiples aptitudes y en la omnisciencia de su leal partidario, no vaciló en rehabilitar al ex-ministro, poniendo en sus manos el despacho de una cartera, en cuyo contenido estaba tan versado como en la traducción de las lenguas orientales.

Al posesionarse el Excmo. Sr. D. Silverio del departamento administrativo, encomendado á su *celo é inteligencia*, arengó á la masa burocrática puesta á sus órdenes, advirtiéndole, que quería mucha puntualidad en el servicio, deseando llevar sin retraso el despacho ordinario del Ministerio, y además, desarrollar vastos planes de reforma imperiosamente exigidos por aquel ramo de la Administración para colocarlo á la altura de las necesidades de la vida moderna.

Jacobo vió con sumo gozo la derrota de los conservadores, porque al injusto rigor de su política intransigente, atribuía las calamidades que sobre él cayeran, y habiendo reavivado con el arreglo de su conducta, las amortiguadas simpatías de su protector, este le diputó para secretario particular, aumentando su regocijo moral con el material del sueldo que el jefe le había asignado. Nada le importaba colaborar en privado, y algunas veces en público, á las vanidosas farsas del señor ministro, todo

era insignificante encontrándose al abrigo de las tempestades que con miserable criterio reservan sus golpes más furiosos para los desvalidos.

Al poco tiempo de constituída la nueva situación se convocó á las Cámaras para leerles el Real decreto que tenía á bien disolverlas, pero no tardó mucho en dictarse otro Real decreto, ordenando á la espontánea voluntad nacional que libremente manifestase sus sentimientos políticos, diputando los representantes que sus aficiones prefiriesen. En los meses anteriores á las elecciones, publicáronse en *La Gaceta*, varias circulares dirigidas á los gobernadores, previniéndoles, que se abstuvieran de inmiscuirse en los trabajos electorales, limitando su intervención á proteger en nombre del Derecho, la libre iniciativa de todos los ciudadanos, fuesen cualesquiera sus ideas políticas, porque la sinceridad electoral—debe ser la base de los pueblos que han de vivir al amparo de la justicia y con la garantía del recto proceder de las instituciones sociales,—coreado todo esto con reiteradas protestas de sumiso respeto al fallo de la opinión. A pesar de este lenguaje oficial supo anticipadamente Jacobo que un distrito de Galicia le tenía preparada la sorpresa de nombrarle diputado por mediación de D. Silverio, quien se había propuesto galardo-

nar los méritos intelectuales de su pasante, dándole ocasión para que los luciera en provecho propio y del país, sin cobrar otro interés que el del apoyo, que este y otros agradecidos amigos prestarían al Gobierno, y á él individualmente, si por mal consejo pretendiese el jefe del Gabinete postergarle en alguna combinación.

Terminadas las elecciones obtuvo el Gobierno el sorprendente triunfo de poder decir al país que la opinión pública, no era afecta á la política del partido conservador, como algunos pudieran creer juzgando por la mayoría de las Cortes pasadas, sino que suspiraba por gobiernos liberales, de cuyas ansias era dato fehaciente el gran número de diputados adictos que enviaban los comicios después de unas elecciones ejemplarmente sinceras. Desde que se estatuyó el sistema representativo siempre declaró el Gobierno imperante que las últimas elecciones por él *dirigidas*, fueron singular modelo de pureza é integridad, enfrente de los adversarios que las acusaban como resultado monstruoso de corruptoras violencias y de amaños degradantes.

Apreстados los combatientes para los teatrales luchas de la política, dió comienzo el curso parlamentario con la lectura del mensaje de la

Corona, del cual dijeron los periódicos de oposición y los escépticos maldicientes, que siendo tan idéntico á cuantos se habían leído en análogas ocasiones, quizá guardaban en la Imprenta nacional, para que sirviera en las sucesivas aperturas, la caja en que se reproduce el optimista documento condenatorio de las quejas de los malhumorados, á quienes advierte que están en el mejor de los mundos posibles.

En presencia del Augusto Lector, la atención y el silencio fueron profundos, observando la conducta de un pueblo disciplinado en el respeto á la autoridad, pero apenas el Jefe del Estado abandonó la tribuna, se manifestó la comezón de batallar, si bien este primer capítulo de los dimes y diretes se desarrolla por tradición con tan pomposa solemnidad, que solo las primeras partes colaboran en él. Lindas romanzas, arias grandiosas, enérgicos *parlatos*, es lo único que cabe en la magnífica ópera compuesta sobre el tema del mensaje; las partes de por medio enmudecen ante tanta sublimidad, esperando su papel allá en la machacona pesadez del examen de los presupuestos, ó en los problemas baladíes de la emigración, de la colonización agrícola y otros de igual insignificancia.

D. Silverio fué uno de los designados para

justar en este melodrama con un ex-ministro conservador, y antes preparó las armas, encomendando á su engrandecido secretario el registro del *Diario de Sesiones*, para que en él recogiese las frases que más pudiesen mortificar á su competidor recordándole cuán distinto era el criterio entonces manifestado desde los bancos de la oposición, del antes sostenido defendiendo el poder, y añadió á este primer encargo, hablando con disciplicencia:

—Si para distraer el cansancio de esta labor mecánica quiere V. añadir á la minuta algunas observaciones que se le ocurran, no recele consignarlas, porque es menester que todos unidos y con fe, trabajemos para demostrar á las oposiciones que solo nuestros ideales son los que pueden realizarse desde la esfera del Gobierno.

Jacobo sirvió al Ministro, no solo en lo que este dijo, sino en lo que quiso decir, y armado de prolijas notas, después de haberlas comentado y discutido con el autor en varias conversaciones, el adalid, más hábil en el silencio que en la peroración, pero en todas ocasiones estéril, no siendo para su provecho, salió al palenque disimulando los sudorosos esfuerzos que le costaba romper al través de las postizas ideas y de los laberintos de sintaxis en que se envol-

vía al desarrollar los conceptos anotados en la minuta que le servía de indicador. El joven diputado que presenciaba la horrorosa mutilación de lo que él tan brillante é ingeniosamente concibiera, temblaba de disgusto y de impaciencia por no poder levantarse de su asiento, llamar—¡bárbaro!—al mezquino expositor y arrancarle de su puesto de lucimiento para sustituirle él, y fascinar á la Cámara con los impetuosos párrafos de la grandilocuencia que comprimida estallaba dentro de su cráneo.

No fué esta la única ocasión en que agitaron el espíritu de Jacobo las violentas excitaciones de la musa de la oratoria; muchos fueron los días en que deseó suplantar, ya no á D. Silverio, sino á otros oradores oídos con más respeto, y contrariado por el retraso de su estreno, no podía permanecer mucho tiempo en el salón de sesiones y vagaba por el de conferencias sin adherirse á corro alguno, sintiéndose próximo á formarlo él perorando en su centro con la autoridad de personaje de primera fila.

Al fin llegó su anhelado momento. Discutíanse en el Congreso las alarmantes manifestaciones de Barcelona, hostiles al tratado de comercio con Francia, y la defensa del Gobierno, sosteníase débilmente ante los rudos ataques de los conservadores convertidos en paladines

del proteccionismo catalán, necesitándose entonces para contrarestarlos, algo excitante que reanimase las desmayadas filas de la mayoría. D. Silverio indicó al presidente del Consejo, que quiza Barros, su secretario, diese buen resultado en tal empresa, y aceptada la indicación, se levantó el neófito orador político en medio de la mayor indiferencia del auditorio, que muy pronto convirtió en simpatía por el fuego de su abundosa palabra reveladora de brillantes conceptos. Además de la impaciencia de darse á conocer que hostigaba á Jacobo, sentíase aguijoneado por el deseo de venganza, al batirse con adversarios á quienes no podía perdonar que le hubieran juzgado indigno de ser catedrático, y este anhelo fué poderoso incentivo para que el discurso le resultase brioso y lleno de valientes apóstrofes que arrancaban, interrupciones de los bancos de la oposición conservadora, y entusiastas aplausos de la derecha de la Cámara. Al percibir en el salón de conferencias las primeras palmadas, todos se agolparon á la puerta del de sesiones, y el orador librecambista, fué escuchado hasta el final de su discurso por numeroso auditorio, que tributó calurosa ovación á sus profundos conocimientos económicos y á su apasionada y brillante oratoria.

Desde este momento, todos exhumaron de la fosa del olvido el recuerdo de sus notabilísimas oposiciones á la cátedra de Derecho penal, y al abrazarle muchos diputados, le decían que ya entonces concibieran la esperanza de que fuese algún día *honra y prez* de la tribuna española. Los ministros estrecharon la mano de su valiente defensor, y D. Silverio envanecido de ser buen pachón que olía á gran distancia el talento, abrazó á Jacobo, reclamándole parte de su triunfo por haberle adivinado. En el salón de conferencias fueron muchos los que le rodearon para oirle hablar en el centro del gran corro previsto en sus ilusiones, y por todos los ámbitos del Congreso, se difundieron las alabanzas del joven tribuno, afirmando que con el discurso que pronunciara, ya tenía talla de Director general, y que siguiendo así, muy pronto la tendría de ministro.

Los periódicos de la noche ya participaron al púbico el descubrimiento del gran orador, con los pormenores de su éxito inmenso, y el favorecido por tan repentina y dilatada popularidad, no pudo quedarse dormido, ni aun en las pesadas horas del amanecer, excitado por el estruendo de los aplausos que le impedía caer en la laxitud cerebral, que prepara al sueño amortiguando los sentidos.

A eso de las diez de la mañana, visité á mi amigo para felicitarle con sincero entusiasmo por la resonancia del triunfo que constituía el principal asunto de la prensa política, y que seguramente sentaba su porvenir librándole de los vaivenes de las pasadas aventuras, y él recibió la enhorabuena en la cama, manifestándome que no era completo su regocijo, porque las consecuencias de la pícara pulmonía quebrantaran su entusiasmo, advirtiéndole con tos más fatigosa que de ordinario, y con molestias en el corazón, que impunemente no podía acometer grandes empresas. Reconociendo toda la gravedad de estos síntomas, simulé que no les daba importancia para infundirle ánimo, excitándole á que se levantase, que yo le acompañaría hasta salir juntos. Andando sin precipitación, se iba sintiendo por momentos más confortado, y al llegar á la casa de D. Silverio, en cuya puerta nos despedimos, ya no se acordaba del malestar que antes le preocupara.

Al ver entrar el ministro á su secretario particular, se apresuró á saludarle con extraordinaria amabilidad, envolviéndole en nubes de lisonja; pero pasados estos primeros momentos, en que la liturgia de la cortesía ordenaba incensar al recién encumbrado, lo llamó á capítulo con aire misterioso, para advertirle:

—He gozado como triunfo propio el que V. obtuvo ayer, y en efecto, creo que me corresponde buena parte, no solo por el cariño entusiasta que le profeso, sino por haber tenido la satisfacción de colaborar á su engrandecimiento facilitándole todos los medios para lucir el talento que Dios le concedió.

No fué muy del agrado de Jacobo esta intempestiva alegación de favores, pero no obstante mostróse pródigo en frases vehementes para ratificar la gratitud debida á su protector, y D. Silverio haciendo pié en ellas prosiguió en estos términos:

—La vida política exige de sus hombres severa disciplina é incondicional subordinación á los intereses del partido, sin rehusar el sacrificio de la conciencia, si alguna vez fuese necesario, y espero que V. será siempre leal á nuestra política, aunque no fuese más que por evitarme el disgusto de verme reconvenido por traer semilla de cizaña al Parlamento.

Jacobo extrañado de la demanda, hubo de contestar:

—No sé porque me habla V. de este modo, cuando ni siquiera se me ha ocurrido que pudiera yo ser disidente.

—Ni á mí tampoco, pero los jóvenes de ahora suelen propender á ciertos alardes de

independencia, y todo lo perturban con sus desafinaciones, además de inferirse grave daño truncando su porvenir. No se alucine V.: y como dicen los devotos, á trabajar con ahinco en la viña del Señor, que esta crece muy lozana con el agua de las fuentes de la Gracia y bajo sus pámpanos no hieren los rigores del sol de la Justicia.

Hasta la imaginación del prosaico ministro sentía poéticas exaltaciones en el afán de retener adicto á su persona al magnífico orador, prometiéndole discretamente que los favores solicitados en lo sucesivo se le concederían con largueza, y que los bienes de la tierra, indispensables para el complemento del prestigio social, serían enviados á su casa por los dispensadores de la sopa del Estado en premio de la subordinación á su criterio, y de la constante defensa de todas sus acciones.

Firme Jacobo en el terreno que conquistara, ya no receló perorar cuantas veces juzgaba la ocasión propicia, y aunque ninguna entusiasmó tanto como la primera, quizá por influir en esta la dramática sorpresa causada por lo desconocido, fué acrecentándose su talla política hasta alcanzar la de diputado influyente. Así lo confirmaba la opinión pública dirigiéndole muchas cartas en demanda de credenciales, y el

interesado no lo ponía en duda bajando por la Carrera de San Gerónimo con aire satisfecho entre el cordón de los padres de la patria que contoneándose majestuosamente acuden al Congreso todas las tardes á labrar, henchidos de abnegación, la felicidad de sus conciudadanos.

En pos de la gloria fué acudiendo el provecho que sumaba á la gratificación otorgada por D. Silverio á su secretario particular, los honorarios de algunos clientes que solicitaron para sus intereses la defensa secundada por el valimiento político del flamante orador, y el sueldo que una compañía de ferrocarriles le pagaba por asesorarla en sus litigios. Si no fueran los tristes toques de atención con que en ciertos momentos le recordaba el organismo la grave enfermedad que había padecido, el sueño de la felicidad absoluta se hubiera realizado en la vida de Jacobo, aquietando con el brillo de la fama y la abundancia de recursos, hasta los más leves antojos de sus aspiraciones y necesidades, y este contento de las ovaciones y deferencias sociales recibidas, esponjaba su ánimo limpiándolo de las anteriores melancolías, y modificando sus sentimientos é ideas hasta escribir á sus padres en el siguiente tono:

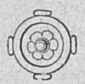
. . . .

«No hay pueblo más generoso que Madrid:

por lo mismo que sus habitantes apenas se conocen no está inficionado de las miserias locales que en provincias rechazan al advenedizo y cohiben con envidiosas murmuraciones al que vieron nacer. Madrid es grande de alma y á nadie le pregunta de donde viene, sino lo que puede y quiere hacer, para premiar á cada uno según sus méritos. Quienes hablan mal de Madrid son como las muchachas sin partido que murmuran de los hombres y de los bailes cuando se ven preteridas por su insignificancia.»

. . . .

Desvanecido Jacobo por las caricias de la corte arrepentíase de sus ímpetus regionalistas, y hasta hubiera sostenido que el campo de Castilla no era menos bello que el de Galicia, que á tanto alcanza en las palabras la calidad de los vapores que del corazón suben á la cabeza.





XXII.

Examen de conciencia.

Pasada la deleitosa embriaguez que desvaneciera al severo y concienzudo pensador con los triunfos del orador, el exaltado júbilo producido por los efluvios de la popularidad fué templándose poco á poco en las corrientes cada vez más serenas del espíritu reflexivo, que antepone en el silencio de los interiores discursos, el valor positivo de la obra humana, á la frivolidad del éxito vanidoso y egoista.

Mostrándome Jacobo el fondo oculto de sus meditaciones, algunos meses después de ser personaje, decía:

—Yo me sentí envuelto y anegado en olas de amor propio, que surgieron de mi pecho herido por los dardos de supuestas injusticias sociales, encrespándose en el furor de la revan-

cha hasta empapar el cerebro, y alucinándome con el delirio de las grandezas; pero hoy que he entrado en reacción, y que las corrientes antes turbias se han vuelto plácidas y tranquilas, me desalienta contemplar la esterilidad del fondo. El país, ¿qué provecho obtiene de mis discursos, ni de que yo desbarate los planes estratégicos de un D. Fulano que le quería echar la zancadilla al Gobierno? Encabalgar párrafos sonoros delante de un pueblo lleno de miseria, en vez de redactar leyes que fomenten la producción, es tan cruel como leer á un joven moribundo un poema amoroso.

Esta conversión de los sentimientos del elocuente diputado, ya fuera por mí sospechada en el tono, no modesto, sino francamente despreciativo que adoptaba para hablar de sus tareas parlamentarias, y caía tan á prisa del lado de estas inclinaciones, que en nada estimaba mis razonamientos cuando le argüía:

—Las empresas sociales son inmensamente complejas, y como han de realizarse por el esfuerzo de todos para dotarlas de viabilidad, es imprescindible perder mucho tiempo en concertar las voluntades que no quieren asociarse.

Jacobo, con austera rigidez, replicaba:

—No es el Parlamento concurso, ni siquiera escuela de hombres de Estado. Los problemas

de nuestra vida nacional allí no se conocen, ni se quieren conocer, y tengo por seguro que si alguien intentara su estudio y aclaración, proponiendo recoger hechos, perseguir antecedentes y hasta visitar con espíritu investigador ciertas comarcas, para ilustrarse previamente con exactas monografías, se pondría en el más soberano de los ridículos.

Le recordé que las Cámaras nombraban comisiones para el estudio minucioso y detenido de tales asuntos, á lo cual me contestó:

—Y tan detenido que es el estudio, que pasan años, y las legislaturas se suceden trasmitiéndose la tarea que jamás madura. Los representantes y promovedores de nuestra riqueza y prosperidad se contentan con la flor literaria del salón de sesiones, aunque á veces no exhale el mejor perfume, y se esmeran en no parecer interesados, despreciando la mies que pudiera granar exuberante aplicándole el cultivo de los estudios positivos.

Ante estas frases de severa censura, hube de exclamar:

—¡Ay Jacobo! en qué malos caminos te veo para el negocio de tu porvenir.

—Ya lo sé, y buen cuidado tuvo D. Silverio de advertirme este riesgo al día siguiente de mi primer triunfo parlamentario; pero he de

confesarte con la sinceridad que siempre te hablo, que no me siento nacido para andar en pelotón, padeciendo verdaderas angustias al sofocar los ímpetus del pensamiento, que me arrastran á tareas más fecundas y trascendentales que las pequeñeces de la política de personalidades.

—¡Qué por lo serio has tomado la regeneración del país!

—Lo encontrarás ridículo, pero lucho tanto entre las excitaciones de mi conciencia y la disciplina que directa é indirectamente se me ha recomendado, y de la cual no puedo salir sino quebrantando fortísimos lazos de gratitud, que para aliviar el peso moral con que estas meditaciones me abruman, escribí noches pasadas una especie de examen de conciencia, no con destino á la publicidad, sino por puro desahogo; te lo daré, pero solo tú y las cuartillas seréis los confidentes de mis escrúpulos, que como los de aquel Lorenzo del drama de Echegaray, no sé si llamarlos locura ó santidad.

Me dió Jacobo la anunciada prueba de confianza, y ví confirmado que el autor de tal documento era alma noble hasta el exceso, pero inútil, no sé si por origen ó por educación, ó por ambas cosas á la vez, para sacar provecho de la vida terrena, adaptándose á la flexibilidad

de sus transacciones. Su reino no era de este mundo, y en él solo debía vivir absorto en el éxtasis de las contemplaciones místicas, suspirando por volar al cielo de los puros ideales.

No subsistiendo hoy los motivos que obligaron al diputado á imponerme la reserva de sus angustiosas vacilaciones, me permito dar al público algunos párrafos de la edificante lamentación del político, que consideraba sus tareas como sagrado ministerio, aspirando con fervor religioso á oficiar en el *Templo de las leyes* sin profanarlo con frívolas distracciones que menoscabaran el prestigio del augusto recinto.

. . . .

«Todos los días libra mi espíritu recia batalla entre nuevas ideas, que con varonil empuje aspiran á convertirse en acción, y anteriores sentimientos, que como leales consejeros, murmuran en mi oído frases de templanza, recordándome que los desalmados yangüeses dejaron muy maltrecho á D. Quijote por pretender este, á punta de lanza, castigarlos con solo su esfuerzo, despreciando la superioridad del número. Así combatido, padezco, oscilando en fatigosa y estéril suspensión, entre unas voces que me llaman y otras que me retienen, viendo en esta actitud vacilante que el tiempo corre y las ideas acrecen sus exigencias, mientras que yo, al des-

atenderlas, vivo como cuenta la fábula de Saturno, devorando á los hijos de mi pensamiento entre las congojas del infanticidio.

»En estos instantes, suponiendo el ánimo flaco y desmayado, levanto la voluntad á Dios, para pedirle con aquellas dolientes frases de Quevedo:

Un nuevo corazón, un hombre nuevo
ha menester, Señor, la ánima mía
desnúdame de mí, que ser podría
que á tu piedad pagase lo que debo.

»Alientos de juventud vigorizan entonces mi pecho, y viene á mi memoria el recuerdo del publicista que escribió: «Nada más corruptor que la debilidad, los débiles son la vanguardia de los malos.»

. . . .

«Todo mi sér parece que lo formó el cielo en una hora de sarcasmo, encomendando á los hombres que extremaran las condiciones de mi infausto nacimiento. Suele la Naturaleza obsequiarme con ciertos momentos de plenitud de vida, que súbitamente agigantan mis anhelos, hasta parecerme pequeña y mezquina la tierra, é insignificante el mundo que me rodea: entonces mi cuerpo se cree el de un Hércules, que envuelto en la piel del león y armado de la

nudosa clava, puede cruzar valles, vadear ríos y subir montes persiguiendo y domando mónstruos, y mi espíritu capaz de señorearse en rápido y firme vuelo de las inmensas regiones del espacio, nadando en olas de luz y satisfaciendo su sed de verdad en los ubérrimos manantiales de la vida donde los mundos se engendraron. Como la rebelión de Satán fué castigada hundiéndole desde las luminosas alturas en las profundidades tenebrosas, así estos mis entusiasmos debe juzgarlos Dios como arrebatos de soberbia, porque al punto los humilla, con molestias de mi estado enfermizo, acrecidas por flaquezas del ánimo, que en su escéptica apatía consideran ridículas presunciones las imaginadas grandezas.

»Esta propensión de mi espíritu á la crítica, colócame en circunstancias muy ventajosas para discutir, sorprendiendo en el discurso del adversario las armas con que he de herirle; pero si aislado de espectadores escudriño las intimidades de la conciencia, me parece evidente aquel principio filosófico que proclama, no haber error sin fundamento de verdad, ni verdad sin deficiencias susceptibles de rectificación en lo porvenir, y en este concepto, ¿no es posible que la defensa de parciales ideas nuble el disco de la verdad total oscureciendo las zonas ilu-

minadas por las doctrinas que pretendemos combatir? Besar y abofetear á la vez á la soberana y augusta matrona, á la eterna desposada del pensamiento, es contraste que no puedo imaginar sin horror.»

. . . .

«Si algún principio existe fuera de discusión en estos nuestros tiempos, es el de tolerancia que garantiza la vida de todas las opiniones por extravagantes que sean, pero debemos ser valientes para declarar que tiene su origen en las regiones glaciales del escepticismo, incompatible con el entusiasmo y enemigo de los caracteres resueltos y enérgicos.

»Solo los apasionados, sectarios y fanáticos actuaron en la Historia, descollando sobre las muchedumbres é imponiéndose á ellas impulsados por la fe que llevó á la realidad los más inverosímiles prodigios. El visionario, siquiera sea momentáneamente, seduce, fascina y arrastra. ¿Qué talisman encierra la fe para que tales milagros obre? Bástale la unidad de acción sin vacilaciones ni desmayos.

»Fijo el espíritu en una idea y ciego, sordo é impasible para todo lo que á ella no conduzca, concentra su energía por tal manera, que si los rayos del sol reunidos en un foco todo lo abrasan, enfocados la mente y la voluntad en una

sola aspiración, inflaman los corazones y ablandan mármoles y bronces. En cambio, quien desde su posición social pretenda atender á todos los intereses y escuchar á todas las personas á fin de evitar descontentos, pierde la mejor parte de su actividad en estériles discusiones. Solo al caminar resueltamente arrollando los obstáculos que se opongan al paso, se puede realizar la proyectada obra. Para abrir nuevos caminos, es necesario terraplenar grandes simas y horadar montañas.»

. . . .

«La doctrina de la evolución proclamada hoy como ley suprema de la vida universal, ordena para no malograr el esfuerzo, colocarse, no enfrente, sino al lado de los acontecimientos y seguirlos en su curso, si bien refrenándolo y torciéndolo en la medida que sea posible. Este criterio positivista, rebosando sesuda monotonía, condena á los gigantes y atletas, y solo aplaude las disciplinadas masas sociales constituídas por hombres correctamente uniformados, trasladando á todos los guerrilleros desde Viriato hasta el Empecinado al histórico manicomio, donde vocean los delirantes revolucionarios, que desconociendo la limitación de sus recursos, se lanzaron á empresas sobrehumanas. Ahoga y deslíe la genialidad individual en

el amplio conjunto de las grandes unidades tácticas.

»Sería negar la evidencia matemática, suponer que un pequeño dique puede detener un gran torrente, y que un hombre solo es capaz de acelerar con su empuje la marcha progresiva de las sociedades; pero en la situación, no sé si semi-organizada ó semi-desorganizada, en que vivimos, sería provechoso que algún nuevo D. Quijote descolgara las oxidadas armas de los generosos y entusiastas patriotas, resucitando los heroicos tiempos de la andante caballería, para socorro de los desvalidos que gimen agobiados por el trabajo, engrosando el presupuesto á fuerza de privaciones, sin la compensación del apoyo sabiamente fecundo que debían darles quienes se erigen en defensores de sus intereses y directores de su vida social. El campo de la política parece invadido por la caterva de malignos encantadores y desalmados gigantes, que envidiosa del coraje que ardía en el pecho del desinteresado Hidalgo, paralizaba su brazo con burlescas ficciones, privándole de la gloria del vencimiento en el peligroso trance.»

. . . .

Bastan los párrafos transcritos, para comprender, mejor que el mismo que los escribió, cuán próximo estaba el impaciente Quijote de

la regeneración social á realizar su primera salida, pasando de la biblioteca, donde se alucinara leyendo aventuras de los Amadises y Orlandos políticos, al campo de sus proezas, dispuesto á humillar en él á cuantos molinos y batanes parlamentarios intentasen amedrentarle.





XXIII.

Extirpación de la herejía.

Nunca Jacobo había fijado su atención en la cifra que representa la suma total del presupuesto de gastos del Estado, ni en las cantidades asignadas á cada uno de los varios capítulos en que se divide. Pasaba por alto las reseñas de los periódicos acerca de tal asunto, desvanecido por la enormidad de los guarismos que excedía los límites de su percepción aritmética. Llegando á los centenares de millones de pesetas, todo era para su potencia calculadora informe é indistinto, como las estrellas de la vía láctea que solo percibe la vista esfumadas y desleídas en la vaga claridad de la nebulosa; pero con la diferencia, que el pálido resplandor de los innumerables soles que extasía el alma en la augusta serenidad de las noches estivales, fué regocijada ficción de

la fábula, que desparramó por el cielo la blanquísima leche escapada del ubérrimo pecho de Juno, y los números de los presupuestos son en su negrura, exacta y sombría representación de la sangre despiadadamente extraída de las venas del extenuado organismo nacional, cada vez en mayor copia, para refinar el sarcasmo de transfundirla de los que trabajan callando, á quienes vocean agitándose en la esterilidad.

La formal rectitud del joven diputado, considerando asunto importantísimo de sus tareas, estudiar la distribución de la parte de la riqueza pública que concienzudamente debe gastarse en hacer más próspero el cultivo de los elementos que la produjeron, le indujo á vigilar los intereses de los contribuyentes, venciendo la repugnancia que las cuestiones aritméticas le inspiraban, y terminado este análisis político-económico, al cual se había entregado con gran ahinco, fueron sus impresiones tan adversas al proyecto del Gobierno, que consideró criminal complacencia no arrostrar las contrariedades de impugnarlo. Para satisfacer tan valientes aspiraciones, tropezaba en el camino con el obstáculo de D. Silverio, á quien no quería herir, no por el valor social de la persona, sino por el propio sentimiento de gratitud, que reprimía sus impulsos con mano más fuerte que toda conside-

ración gananciosa. A pesar de estos nobles escrúpulos, se decidió al fin á insinuarse con el señor ministro en los siguientes términos:

—¿Habrán ustedes acordado en Consejo los presupuestos que el Gobierno presenta para el venidero año económico?

—Desde luego, pero yo solo conozco al pormenor el de mi departamento, y creo que no necesitaré enterarme de los redactados por mis compañeros, que según dijeron, reproducen con ligeras variantes los de años anteriores. Mucho deseamos todos introducir economías, pero es humanamente imposible, conservando los nuevos servicios que establecimos; y estos aunque ahora parezcan inútiles, más adelante demostrarán al país las indudables ventajas que han de reportarle.

Jacobo, arrojándose á rectificar á su protector, arguyó:

—Si hubiese valor, pudieran hacerse grandísimas economías regenerando muy importantes servicios que hoy se tienen en lamentable abandono.

Aunque á D. Silverio no le sorprendían los desplantes de su secretario, se sintió sobrecogido por este voto de censura; pero antes que pudiese protestar, ya el exaltado reformador montara el Hipógrifo de sus imperiosas

cavilaciones, y desbordadamente rompió en este discurso de terrible oposición:

—¿No es ruinoso absurdo que viviendo apartados de todo género de empresas militares, y en la tranquilizadora esperanza de que no han de perturbarnos grandes guerras civiles, tengamos un ejército que cuesta 132 millones de pesetas, el cual todavía supone un quebranto mayor en nuestra riqueza por lo que deja de producir, y que se remediaría si gran parte del contingente militar se dedicara á la industria y al comercio? ¿Y no puede decirse lo mismo de los 33 millones de pesetas pagados á la Marina, cuando el personal carece de barcos en que prestar sus servicios? ¿No les ha extrañado que la lista civil ascienda á 10 millones de pesetas cuando no se pueden destinar más que 7 al ramo de Instrucción pública, desconociendo que en él debía constituirse el primero de nuestros ejércitos para que á partir del centro se extendiera profusamente por pueblos y aldeas, y combatiese sin tregua al implacable enemigo que nos ahoga, que no es otro que la ignorancia de los conocimientos útiles en que vive el país?

Durante tan enérgico ataque, la eminencia administrativa estaba conturbada por la indignación y el asombro, deseando atajar la serie de blasfemias en que cínicamente prorrumpía

quien, antes que otro alguno, debía hablar con mesura en su presencia, y en cuanto la atropellada y temblorosa verbosidad del destemplado impugnador de su gestión económica se lo permitió, dijo:

—No vuelva V. á repetir esas monstruosidades, porque con ellas se socavan los cimientos de nuestras venerandas instituciones que fueron, son y serán garantía de orden, y fomento de nuestra prosperidad. Supongo que rectificará V. tales ideas, porque si en el Congreso llegara á exponerlas, el Gobierno armado de toda su entereza, tendría que desautorizarle y combatirle. Una invectiva como la que acaba de dispararme, hasta á los republicanos inspiraría recelo, porque lo que V. sostiene, es demagógico.

El demagogo se sintió vacilante y avergonzado para continuar en el mismo tono enérgico á que subiera; sin embargo, conservaba la necesaria serenidad de juicio para no renegar de sus propósitos, y suavizando las formas, contestó á su protector:

—Ni por un momento suponga V. que olvido la gratitud que le debo para abandonarle villanamente después de haberme encumbrado; quisiera que me exigiese todo género de sacrificios para demostrarle con obras la sinceridad

de mis sentimientos, pero no me pida V. que proceda contra el grito de mi conciencia. He nacido para tomar en serio cuantas empresas acometa, y esta de representante de los intereses de la nación, la considero más necesitada que otra alguna de desempeñarse lealmente.

—¿Pues qué, cree V., vanidoso mentecato, que los demás no tenemos conciencia ni formalidad?

—Por Dios, D. Silverio, no vea en mis palabras el más leve propósito de mortificarle con intencionadas alusiones. Respeto profundísimamente su manera de pensar y cuanto á V. se refiera, pero mis ideas no coinciden con las suyas en este asunto, y si no cree en la generosidad de mis móviles, tengo que ser mentiroso y hasta traidor, para que no me tache de ingrato.

—¡Qué mayor traición que la que piensa V. hacer al Gobierno, y á mí en particular, pretendiendo herirnos mortalmente con el arma del prestigio que entre todos hemos puesto en sus manos, deseando en nuestra generosidad, no menos honrada que la de sus móviles, pero á juzgar por este resultado mucho más inocente, que V. se engrandeciera!

—Siento con toda mi alma no tener bastantes recursos de expresión para convencerle de

las amarguras que me ha costado formar este propósito, y cuánto he padecido, imaginándome el disgusto de V. y los reproches con que había de mortificarme, fundadísimos todos ellos, si no se penetra del desinterés en que mi conducta se inspira.

D. Silverio, envolviendo en desdenes un disimulado consejo, despidió al que ya podía llamarse su ex-secretario, en estos términos:

—No intente V. conmoverme con hipocresías ridículas; en política, solo los *votos son triunfos*. Medite bien lo que piensa hacer, que va por pésimos caminos: aún es tiempo de que V. se arrepienta de sus majaderías.

Las frases de D. Silverio no eran las más idóneas para mitigar la brusca entereza de un carácter caballeresco, despreciador de las riquezas, ambicioso de todo, pero de nada avaro; y en efecto, siempre que las recordaba en sus laboriosas cavilaciones, antes que abatirle, le enardecían acrecentando sus deseos de pelear para corresponder en público, con palabras de levantado espíritu, á las afrentosas que en privado se le dirigieran. Grande era la pena que sentía de ser juzgado como ingrato, pero en el torbellino de sus impresiones, sobrepujaba el encono de verse escarnecido en su apostolado de redención, extremándolo hasta desear el

martirio, que seguramente había de padecer como consecuencia del fracaso de sus proyectos, para arrojar á los incrédulos de la pureza de sus intenciones, la prueba suprema de la total abnegación de su valimiento político en aras de la santidad de la causa.

Decidióse el innovador diputado á pedir la reforma de los presupuestos, en consonancia con las observaciones que había indicado á D. Silverio, demanda que no sorprendió al Gobierno, ya advertido por su celoso y fidelísimo miembro, de los dislates con que pretendía escandalizar la opinión el mal aconsejado mozalvete. Señaláronle turno para la defensa de la enmienda por él presentada, y antes de explanarla, reflexionó si debía pasar á los bancos de la izquierda ó permanecer en los de la derecha, pero prefirió esto último, fundándose en que su propósito no era impugnar al Gobierno para arrebatarle el poder, sino contribuir al esclarecimiento de su juicio en un punto muy transcendental, y excitar al mismo tiempo la opinión pública á que pensara en el mejor empleo de los recursos destinados á sostener la vida del Estado.

Cuando Jacobo empezó su difícil discurso, como en el día de su estreno, atrajo al salón de sesiones todos los grupos y corrillos dispersos por aquel mentidero político, que se llama salón de conferencias, anhelando sus aficionados contertulios deleitarse con la acrimonía de las interrupciones y de los incidentes tumultuosos que quizá ocasionasen las ideas revolucionarias del joven heterodoxo.

Este colmó las ilusiones del auditorio, obsequiándole con un espectáculo soberbio, realzado por todas las magnificencias del alto drama. Jacobo no habló con la fría serenidad del reflexivo expositor de tesis científicas, que espera el éxito de su obra, de la importancia de los numerosos datos en que apoya las soluciones, sino que declamó sus conceptos con la inspirada vehemencia de los fogosos tribunos, siendo grandilocuente en los párrafos en que desplegaba los esplendores del edén, reservado á nuestra patria en las edades futuras si proseguía la campaña por él iniciada, y acerado y sombrío en las invectivas al egoismo de las viejas rutinas y al apocamiento de los ánimos temerosos de trasladar á la realidad las ideas fecundas, que como celestiales destellos, vivifican el espíritu indicando nuevos horizontes á sus ansias exploradoras. El presidente de la Cámara escuchó esta arenga acariciando la campanilla, y algunas veces la hizo entrar en acción, secundando el coro de apóstrofes con que todos los

monárquicos pretendían ahogar y sumir en el silencio al protagonista, pero este redoblaba su coraje entre las hirvientes olas del tumulto, y la fiereza de la réplica siempre era digna de la bravura de la acometida. A pesar de tanto alarde de rebelión, terminó declarando:

—«Si desde el alto punto de vista del interés nacional, siempre superior á las convencionales restricciones de los partidos políticos, se examina este acto mío, no resulta motivo suficiente para que yo salga de las filas de la mayoría, antes al contrario debo esmerarme en estrechar más y más los lazos amistosos que hasta aquí me han unido á ellas, porque no siendo codicioso del poder, lo que más importa al triunfo de mis ideas es ser bienquisto del Gobierno imperante para conseguir de él facilidades que abrevien el camino de su realización. Si creisteis en algún momento que mis ideas eran hostiles á las altas instituciones, debo apresurarme á rectificar tal creencia. En la política militante, se subordina la cuestión teórica de las formas de Gobierno á los antecedentes y al tipo social de cada país. Vivir bien es la ley que determina los actos individuales y los colectivos de las naciones, y obedeciendo sus preceptos, siempre ha de preferirse lo que más convenga: oponerse á este criterio, es mostrar instintos suicidas. Dice Macaulay que aplicar á un país determinada forma de Gobierno, fundándose solamente en lucubraciones filosóficas, es lo mismo que tomar las medidas al Apolo de Belveder, para vestir según ellas á todos los hombres. Creo que á la figura de España el traje que hoy le sienta menos mal, es el de la monarquía, y por esta razón de oportunidad soy monárquico.»

Así terminó Jacobo su transcendental discurso entre la indignación de todos los grupos de la Cámara. Monárquicos y republicanos, unos por mucho y otros por poco, coincidieron en acusar de impolítica tan extraña é ineficaz oposición. Llevando la voz del unánime descontento habló un ministro de voz estentórea, *voz de trueno y huracanes*, anunciando una especie de apocalipsis de nuestra patria si tan funestas ideas se propagaban. Con el estruendo de su fatídica oratoria todos se sentían amedrentados hasta imaginarse que ya sonaban las aterradoras trompetas convocando al Juicio final. Sin atenuantes complacencias lanzó al rostro del hereje la bula de la excomunión, y aprovechando el momento predicó la necesidad de someterse á la disciplina del partido, terminando con el texto de los moralistas que copian los manuales de la segunda enseñanza: *Bonum ex integra causa, malum ex quocumque defectu.*

Satisfecho el Gobierno de haber desamargado el paladar de los padres de la patria, se levantó la sesión, recibiendo muchas felicitaciones el ministro de las grandes sonoridades, y su impugnado violentas censuras de los que ya no querían llamarle correligionario.

Viendo el apóstol perseguido que en todo el Congreso no encontraba tierra donde sostenerse, salió inmediatamente á la calle en busca de aire más confortable para sus jadeantes pulmones, y de calma para la nerviosa exaltación de su ánimo, huyendo de la pesada atmósfera y de las violentas disputas con que habían de importunarle en el salón de conferencias. En esta caldeada pira de las pasiones políticas, faltando el cordero para el sacrificio, se apoderaron del que siempre se había vanagloriado de ser su buen pastor, para someterlo á un interrogatorio en que revelara las más recónditas intenciones; pero el fidelísimo siervo de la disciplina del partido acusó sin piedad al ingrato blasfemador, y solo atenuó sus iras para compadecerle como infeliz obseso á quien satánica vanidad había precipitado en las tinieblas de la eterna reprobación.

Después de haber sincerado D. Silverio la lealtad de su conducta, antes de despedirse del corro que con capciosa intención le escuchaba,

quiso impresionarlo con un golpe de sabiduría, y para tan solemnes ocasiones guardaba su repertorio de sentencias latinas, todas ellas muy manoseadas, pero por él repetidas con tanto énfasis como si recientemente las hubiera descubierto en erudita investigación. Para justificar la lástima que el descarrío de su oveja predilecta le causaba, apeló á la sentencia bíblica: *Quos Deus vult perderet, prius dementat*, y se marchó satisfecho de haber deslumbrado con este brillante de su guardajoyas á los bausanes que le rodeaban.

Rodando este texto sagrado por las lenguas de los maldicientes, mucho debió engrosarlo el lodo de la infamia cuando salpicó hasta las columnas del adictísimo periódico *El Nacional*, imprimiendo esta mancha de forma indefinida y de fondo sucio: «Decíase ayer en los círculos políticos que un joven orador de genial elocuencia, y de ideas aún más geniales, había sido víctima de un ataque de enajenación mental.»

Como en las calenturas periódicas suceden los ardores de la fiebre al estremecimiento del frío, en el ánimo del fracasado innovador alternaban, pero sin descanso, el melancólico desmayo y la fiera indignación, desgarrando cruelmente sus entrañas y bebiendo el jugo de su

energía moral, y en esta dolorosa situación el suelto anterior le arrebató hasta el extremo de parecer verdad la vil calumnia. Las duras palabras de sus destemplados monólogos subieron hasta las coléricas imprecaciones, y empujado por el furor, corrió á la redacción donde la miserable noticia se perpetrara: ardiendo en sed de venganza, preguntó por su antiguo jefe, el director del periódico, tuvo la rabia de no encontrarle y ciego de ira entró en la sala de los redactores apostrofando á cuantos allí se encontraban con las gruesas palabras,—¡vil canalla asalariada! ¡inmundos reptiles! ¡egoistas estúpidos!—y otras del mismo linaje, que no fueron tantas como el agraviado estaba dispuesto á vomitar, porque uno de los redactores encarándose con él le dijo seca y agriamente:

—Quien en algo se estima no se encanalla vertiendo tales palabrotas, indignas del decoro de toda persona bien criada, pero á pesar de su grosería estoy dispuesto á tratarle como caballero y le enviaré dos de mis amigos para que se entiendan con los designados por V., y ahora vuélvase muy callado, porque si no se llamará á un mozo de cuerda para que le eche de aquí.

Jacobo montando en desesperada cólera sin atenerse á las formalidades de las *leyes del honor*

quería allí mismo hacer añicos á su rival, pero al fin hubo de ceder ante la fuerza de los que acudieron á contenerle en sus desaforados ímpetus, y pletórico de rabia se vió puesto en medio de la calle.

El fantaseador, el filósofo, el tribuno debía completar su carrera batiéndose en un duelo que ponía en manos de la fuerza ó de la destreza el pleito de su dignidad; pero el lesionado corazón protestó con alarmantes perturbaciones de los violentos latidos que la tumultuosa vida de su dueño le arrancara, y en los días de tregua impuestos por la enfermedad, los pocos verdaderos amigos del infeliz valentón gestionamos el pacífico arreglo del lance pendiente, porque mi apadrinado más estaba para que enfermeros le cuidasen, que para salir al campo, aunque sus propósitos no hubieran de excederse de los de un tranquilo paseo. Jacobo, sin empuñar las armas, sancionó nuestra negociación firmando el acta que dejó á todos honrados, dignos y contentos.

Durante los primeros días del gran desarreglo cardiaco, entre los muchos disgustos que atormentaron al intrépido y generoso abogado de la riqueza nacional, no fué de los menores leer en uno de los periódicos de Compostela severos cargos dirigidos á su conducta parla-

mentaria, *tan incorrecta como ridícula*, juicio que le obligó á exclamar con pesadumbre:

—¡Todo está igualmente dañado, desde la cabeza hasta las puntas de los dedos! ¡Oh corruptor caciquismo, con cuánta solicitud inoculas tu ponzoña en los corazones, para perturbar los entendimientos! Pero ¿por qué me ha de extrañar el amargor de tus erróneos frutos, si el pueblo que hoy me acusa, llegó casi á olvidar que fué su hijo D. Casiano de Prado iniciador de las investigaciones prehistóricas en nuestra patria, geólogo eminentísimo que pasó de leer en los libros á interpretar la historia de la creación en sus auténticos documentos, ilustrando el conocimiento de nuestro suelo con sabias publicaciones, y en cambio, recuerda y hasta venera como hijos ilustres y gloriosos algunos que se sentaron en la poltrona de un Ministerio para dormir en ella el sueño de la inacción!

Entre tan amargas meditaciones, fué alcanzando el enfermo de su alborotada entraña que se corrigiera en parte del desarreglo en que se agitaba, después de haberla recluído varios días en el calabozo del mayor recogimiento posible, como se castiga á los muchachos rebeldes. Cuando creyó que podía ponerla en libertad, aunque sin distraerse en su asidua vigilancia,

fué su inmediato proyecto volver al mundo que entre aplausos le había levantado, pero sin renegar de las ideas y sentimientos causantes de la espantosa caída, aunque plegándose con más flexibilidad en los medios á las ineludibles exigencias de la tradición.

Antes de empezar esta nueva política que había de rehabilitarle, visitó á D. Silverio con el propósito de repetirle la anterior declaración de gratitud, pero la entrevista fué muy corta, porque el ministro temiendo que le supusieran cómplice del *ex-abrupto* de su protegido, á quien enviara delante como máquina exploradora, le advirtió muy severamente:

—Salga V. pronto de esta casa y no vuelva á importunarme ni á comprometerme.

Jacobo sobrecogido por tanta brusquedad, le dijo humildemente:

—Pero, D. Silverio, no trate de ese modo á quien le respeta y le quiere como á un segundo padre.

—Líbreme Dios de hijos tan funestos. ¿Y oiga V.? Ya que tan escrupuloso se muestra en cumplir lo que llama su deber moral, ¿le parece justo proceder en contra de las ideas de los electores cuando el diputado debe limitarse á ser fiel representante de todos sus intereses? A V. le eligieron por suponerle un determi-

nado criterio que coincidía con el de ellos, y ahora al hablar de otro modo, abusó de la confianza que en V. depositaron.

Jacobo convencido por este razonamiento y maravillado de que el Sancho político acertara con tales sutilezas, contestó:

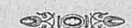
—Hoy mismo escribiremos á los principales electores del distrito consultándoles mi conducta, y si ellos la desautorizan, inmediatamente presento la renuncia.

D. Silverio para quien el anterior refinamiento de moralidad era solo una frase postiza de ajena procedencia, no pudo refrenar el enojo de verse menospreciado en su condición de gran cacique, y parodiando á Luís XIV, replicó:

—Oiga V. *El distrito soy yo* y le mando que deje su representación para otro, y que se vaya pronto para no volver más á esta casa, que ya me he cansado de tolerar desagradecidos.

Jacobo no reprodujo las violencias con que pretendiera castigar al duelista de *El Nacional*, pero no menos irritado que entonces, se marchó silenciosamente murmurando:

—Si tuviera la respetabilidad necesaria, fundaría la *Liga de la ingratitud*. ¡Cuántas infamias se cometen á la sombra de las virtudes mal entendidas!





XXIV.

Todos en él pusisteis vuestras manos.

A QUIEN sea diputado por amistoso otorgamiento del señor feudal de varios distritos electorales, cuyo dominio acapara solícitamente evitando que el enfiteuta usurpe sus privilegios resistiéndose á pagar el cánon del vasallaje, no debe sorprenderle que los actos de independencia de los favorecidos se juzguen como asaltos criminales al capital de las concesiones, y Jacobo, aceptando este criterio, consideró muy razonable, pasado el primer momento de ceguera, que D. Silverio le lanzase de su casa como á un ladrón; pero le fué más doloroso explicarse la indiferencia y hasta el desvío con que le trataban la mayor parte de los que antes se decían sus apasionados, y que en el retraimiento se extremasen los más aduladores. No pasaba día sin decepción para

el infeliz excomulgado. Amigos que no podían verle sin abrazarle, ya apenas le saludaban; toda su importancia social habíase anulado en una hora de sublime sacrificio, y el desfacedor de los absurdos políticos, gravemente herido en la primera salida, era despojado de las armas y reintegrado á la meditación de sus libros de caballería. El D. Quijote de la reorganización social se veía compelido á encerrarse en sus lares sin haber pasado del campo de Montiel.

Todo esto, aún siendo muy triste para quien soñaba con difundir por toda la anchura de nuestro territorio el ideal de la justicia, no lo fuera tanto, si los medios de subsistencia no le hubiesen abandonado, y sin el apremio de las ineludibles necesidades de la vida, que al hostigar con sus demandas nublan por completo el cielo de las consoladoras y desinteresadas meditaciones; pero las riquezas de la tierra, en la modesta proporción en que las había disfrutado, huyeron con los aplausos reduciéndole á la estrechez en que anteriormente se viera. La Compañía del ferrocarril que le había llamado á su servicio, acordó prescindir de los remunerados consejos con que se ilustraba, y los litigantes que colocaran sus intereses al amparo de la poderosa defensa del diputado influyente, no querían helarse retenidos ante un sol, que

por muy intensa que fuese su luz, ya no calentaba.

Falto del alimento espiritual de las ilusiones, y muy escaso del corporal para atender al género de vida á que se había acostumbrado, el inexorable padecimiento crónico agravábase rápidamente sin apenas intervalos de alivio, respondiendo en intensidad á la serie de los sucesos que sin tregua amargaban el ánimo del enmudecido orador con la hiel de los desengaños. Progresando avasalladora la iniciada hipertrofia del corazón fué menester ordenarle que solo para el descanso viviese, suspendiendo todos sus trabajos y evitando hasta las más leves emociones; conviniéndole para realizar este higiénico tratamiento salir de Madrid, y recogerse en un lugar tranquilo para vegetar al abrigo de su monótona calma.

—¡Vivir solo para el descanso!—exclamaba el pobre inválido.—Esto es prepararse á morir con toda solemnidad; pero, en fin, bajemos la cabeza ante el soberano poder de lo irreparable.

Aunque Jacobo tuviese bastante dinero para pagar manos mercenarias, siempre le faltarían aquellos solícitos cuidados que solo el cariño dispensa pródigamente sin cansarse, y en su penuria de recursos, no buscando el refugio de

la caridad, era absurdo vivir enfermo entre extraños. Como única solución practicable se resignó á volver á Compostela.

Le acompañé á la estación despidiéndonos en la creencia de que nos separábamos para siempre, él así lo decía, y yo me esforzaba en vano para rectificar sus tétricos presentimientos, porque solo con el escéptico lenguaje de las amables sonrisas correspondía á mis frases de consuelo y esperanza. En verdad que la respiración jadeante, la fatiga que le ocasionaba cualquier esfuerzo por moderado que fuese, el miserable aspecto de todo el cuerpo, y las profundas ojeras que surcadas por ancha faja violácea completaban la expresión lúgubre de la mirada eran argumento irrefutable de su desconsolado pesimismo. La pena de los padres era lo que más le afligía entre los humillantes y conmovedores episodios de este viaje. Sumidos en tal cúmulo de tristezas nos dimos el último abrazo que más me oprimió el alma que el cuerpo, sobre todo cuando al final murmuró con voz apagada:

—Que seas muy feliz y que yo tenga buena muerte. Quizá no te escriba, porque ya no me considero en el mundo.

Sollozando ambos nos perdimos de vista y subyugado por esta impresión volví á internarme en el revuelto océano de la vida, donde naufragara el infeliz explorador, no por falta de fuerzas para llegar á la costa, sino de habilidad para sortear las corrientes, y de cálculo para burlarse de las olas que furiosas venían á precipitarse sobre él.

Supe más tarde que no eran vanas presunciones del hijo del bedel, temer la primera entrevista con sus padres, porque estos al verle llegar tan desmayado de ánimo y de cuerpo, y con el semblante tan descompuesto, sin poderlo remediar (aunque mucho lo deseaban para no afligir al moribundo) rompieron en amarguísimo llanto, suponiendo que la misión de su vejez, era tan solo la piadosa de dar cristiana sepultura al pobre muerto que de Madrid recibían.

Instalado en aquella casa que tan rápidamente pasaba de cuna á sepulcro de todas las ilusiones, rodeáronle las mimosas atenciones del amor que no tiene rémora en los sacrificios. Visitóle como médico que alcanzara gran notoriedad en Compostela aquel contemporáneo suyo que tanta envidia le diera con el relato de sus observaciones clínicas, quien al ver al antiguo amigo le saludó regocijadamente diciéndole:

—¡Hola, ilustre tribuno!

A lo cual contestó el paciente.

—Ten compasión de mí, y háblame tan solo de cómo se muere menos mal.

El afamado clínico, empezó el reconocimiento auscultándole, ya directamente, ya con el estetescopo y su experto oído le reveló que se encontraba delante de un terrible caso de hipertrofia del corazón, pero al enfermo le aminoró el padecimiento, confesándole:

—Tienes un poquillo hipertrofiado el órgano del sentimiento, según los poetas; debes cuidarte mucho, y poco á poco ya lo iremos remediando.

—Quizá se remedie antes de lo que crees, á pesar de tu ciencia que respeto.

El enfermo por vergüenza de presentarse ante la gente publicando su derrota, y por la constante fatiga que le aconsejaba desistir de todo conato de paseo, apenas salió de casa, dedicando sus atenciones á la digital y al acónito pidiéndoles en compensación que domasen las bravas sacudidas de la entraña que protestaba tumultuosamente de la injusticia con que fuera castigada; pero todo era mezquino ante el bárbaro poder del monstruo de la enfermedad, que arrollando trabas, proseguía su marcha asoladora. La circulación realizábase cada vez más difícilmente, y el corazón, para subsanar deficiencias, luchaba como generoso salvador, doblando el esfuerzo á medida del obstáculo, pero el tinte cárdeno del rostro, advertía el retraso de la sangre en su viaje á los pulmones para encenderse al contacto del aire y difundir por todo el cuerpo el fuego vital, al mismo tiempo que la infatigable entraña crecía y crecía en la afanosa tarea, oprimiendo cuanto encontraba en su dilatación.

Los asiduos enfermeros, que solo se separaban de su hijo para prepararle cuanto necesitase, aprovechando estas breves ausencias para desahogar el comprimido llanto, nunca dirigieron el más leve reproche al político malogrado: inspirados por sublime abnegación, solo con dulzuras y consoladoras esperanzas, distraían el pensamiento, de quien sobradas tribulaciones había padecido y estaba padeciendo.

Duró esta luctuosa jornada, desde Agosto hasta fines de Octubre, en que la trabajosa existencia, preludió las quejas postrimeras de su quebrantamiento, iniciándose aterradora agonía entre ansias y congojas, para rebuscar aire en todas partes que calmase las imperiosas exigencias de los pulmones. El moribundo recogía sus últimos alientos para pedir perdón á los aniquilados padres, por haberlos castigado tan rudamente con punibles desaciertos, en

vez de confortarlos con satisfacciones en su venerable ancianidad. Estrechando con la crispatura de la muerte las manos de aquel que con inagotable entusiasmo le infundiera valor para acometer las más altas empresas, convertía los vidriosos ojos hacia su madre pidiéndole el beso de eterna despedida, y envuelto en estas angustiosas expansiones, agriadas por las heces de los propios remordimientos, exhaló el último suspiro, ahogado por el descomunal crecimiento de su corazón, aquel que vivió en constante tortura por haber ascendido en cuerpo y alma al cielo de las ideas abstractas, desoyendo las inexorables miserias que vocean entre el rumor mundano.

Difundióse rápidamente por todo Compostela la noticia de este fúnebre suceso, que los periódicos ilustraron con sendos artículos necrológicos, y hasta un muñidor de cofradía enfundado en negra hopa, la propagó por los barrios á son de campanilla, anunciando de viva voz la hora del entierro, y pidiendo á las almas cristianas que rogasen á Dios por el muerto.

Aquella salita donde el matrimonio Barros pasara tantas noches trabajando, se convirtió en capilla ardiente que visitaron muchas mujeres y niños, y algunos hombres que con

recogimiento acudían á rezar por el pobre Jacobo, saliendo todos admirados de la expresión dolorida que en el semblante le quedara impresa. Vestido de hábito blanco, con las manos ocultas en las mangas y la capucha cubriendo la cabeza, parecía una de las ascéticas figuras esculpidas en los retablos por el genio místico. La intensa demacración acusando con vivo relieve las alargadas líneas del rostro, escasamente poblado por rubia y sedosa barba, inducía á los visitantes á compararlo con la imagen del Crucificado en su angustiosa resignación.

Al anochecer de aquel día, la curiosidad formaba corrillos delante de la casa mortuoria, y los harapientos pilluelos se perseguían y chillaban esperando la salida de la fúnebre procesión, para dedicarse á recoger las gotas de cera derramadas de los hachones de los concurrentes. Oyéronse por fin los martillazos con que se clavaba la tapa del ataud, los cuales repercutían en el corazón de los consternados padres, como si los clavos se los hundieran á ellos en las entrañas, y después de estos aterradores golpes, que pudieran tomarse como símbolo de los últimos aldabonazos dados en las puertas de la eternidad, tres hombres vestidos como el muñidor, salieron á la calle con el

ataud en hombros, mostrando á los espectadores con las insignias colocadas sobre el féretro, que allí se encerraba el cadáver de un doctor en Derecho, á quien en la vida social dieran carácter y autoridad, la muceta y el birrete rojos, considerados por el bedel como emblema de todas las grandezas, y representando entonces el sudario de todos los infortunios. Obra de refinamiento elegiaco parecía aquel entierro. Los flameantes hachones de las dos largas filas de personas que honraban al muerto, alumbrándole el camino por donde nunca se viaja de retorno, interrumpían con lúgubres resplandores rojizos, las sombras amontonadas sobre la monumental ciudad, para fijar bien la atención del distraído, advirtiéndole:

..... tú que vas
por ese mundo inconstante,
mira que el que va delante
avisa al que va detrás.

Y no solo por la vista edificaba esta conmovedora solemnidad, sino que también por el oído se dirigía á los humanos sentimientos, atemorizando el espíritu con el monótomo murmullo de las devotas, que arrebujadas en sus mantillas de paño, rezaban el rosario detrás del difunto, y sobre todo, por los cantos del

clero, que acompañados por el fagot, elevaban al solio del Juez incorruptible los salmos penitenciales. En estas sublimes inspiraciones, encuentra el alma acongojada frases de soberana elocuencia en que verter sus quejas y confesar sus remordimientos, y por esta universal adaptación á todas las tristezas, parecía que el Rey Profeta vaticinara el rígido idealismo, que apartando de las continuas transacciones de los afectos humanos al fantaseador, le había de sacrificar en la lobreguez de sus soledades. Pudiérase suponer que el coro era solamente el eco de la pesarosa confesión de la víctima, que á través de los pliegues de la muceta roja, daba al viento su voz exclamando:

Similis factus sum pelicano solitudinis: factus sum sicut nycticoras in domicilio.

Pero si juzgándose severamente, así se acusaba el repelido por la sociedad, pronto acudía la eterna clemencia á mitigar los rigores del juicio, eximiéndole de la parte de culpa que á él no era imputable, y entonces en desagravio, salmodiaba el coro aquel versículo del *Miserere:*

Ecce enim veritaten dilexisti: incerta et occulta sapientiæ tuæ manifestasti mihi.

Con toda esta pompa, fué llevado el cadáver casi por las mismas calles que vivo recorriera

con la fantasía exaltada en la memorable noche de su primera cita amorosa; pero al inerte é insensible cuerpo, ya no le estremecían las grandezas arqueológicas que antes le entusiasmaran. Inferior al último de los pedruscos esculpidos por el artista, pronto perdería su forma, disipándose con ella la imagen del espíritu que en él alentara.

Llegó el fúnebre cortejo al cementerio cuando la campana de la catedral lanzaba al espacio los melancólicos sonidos de *la queda* que no cesaron mientras el sepulturero cumplía su oficio muy cerca del ábside ojival de la iglesia de Santo Domingo, en el mismo lugar que reproduce la escena con que da principio el último acto de *La Favorita*, y que por la coincidencia de ambas situaciones bien pudieran los frailes del contiguo monasterio saludar á su nuevo huésped con aquel coro tenazmente monótono en que las notas de Donizetti hacen repetir á las almas desengañadas del mundo: *Compagni andiam dove il dolore ha tregua.*

Al día siguiente, celebráronse solemnes funerales en la capilla consagrada al culto de *las Animas*, y todas las clases de la sociedad compostelana tuvieron en ellos representación honrando piadosamente la memoria de aquel que solo para el dolor viviera, y uniendo sus sufra-

gios á los de la fúnebre liturgia para que Dios le concediese en la vida eterna el reposo que en la terrenal no disfrutara. Todo estaba artísticamente dispuesto para impresionar los ánimos en consonancia con el espíritu de la ceremonía, y el resultado correspondía admirablemente á la intención, porque entre las voces de los cantores, las luces de los cirios que rodeaban el túmulo y el humo del incienso flotaba un ambiente de tristeza, que tenía á la concurrencia sinceramente apesadumbrada. Pero aunque todos en perfecta unanimidad confesaban que, sin saber por qué, se habían conmovido en este funeral como en ningún otro, las personas reflexivas y sesudas se burlaban de las demasiado impresionables por afirmar que oyeran voces sobrehumanas henchidas de tremendas amenazas cuando se empezó á cantar el *Dies iræ*, las cuales rodaban aterradoras desde la puerta hasta el altar mayor y como azotando los groseros rostros de los sayones que en los retablos laterales escarnecen á Jesús, hasta que cesó tan horrisono estrépito pasado aquel aflictivo momento de clamar todos los sacerdotes en grave y robusto acorde:

Judex ergo cum sedebit
quidquid latet aparebit
nihil inultum remanebit.

Los compostelanos desmienten hoy esta absurda creencia, pero los miedosos que conocieron á Jacobo aún repiten—quizá haya sido cierto lo que niega la razonada crítica—porque cruzando la calle de Bonaval los espíritus preocupados en las noches en que el viento sopla con furia, se conturban hasta percibir distintamente entre la confusión de los múltiples y caprichosos ruidos del iracundo vendaval aquella voz que sonó elocuente en la Universidad y en el Congreso, viva aún en la fantástica tribuna, que rodean de espanto los sinuosos calados de las ojivas y el rumor lastimero de los cipreses, para exigir su reivindicación del Código de la Eterna Justicia, clamando en tono amenazador:

¡quidquid latet aparebit!
¡nihil inultum remanebit!

FIN.



ÍNDICE.



